LEOPLAN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

11 FEBRERO 1942



EN ESTE NUMERO:

EL CRIMEN DEL RUBI CAMDEN
la famosa novela policial de
ADAM BLISS

LA LECHUZA
cuento dramático de
ALBERTO GERCHUNOFF

MARTA RICHER ESTABA EN PARIS CUANDO LLEGARON LOS ALEMANES
interview a la famosa espía que actuó una vez en Buenos Aires.

LA TELESITA
tradición criolla por
RICARDO ROJAS

LA ULTIMA CLASE
cuento célebre por
ALFONSO DAUDET

UN HOMBRE DE ORDEN
relato humorístico de
ANTON CHEJOV

y otras muchas crónicas y cuentos de autores nacionales y extranjeros.





La gordura no es, como muchos creen, una prueba de salud. Puede ser, por el contrario, un síntoma de decadencia vital. Combatir la excesiva grasa es prolongar la juventud, el bienestar, y por lo tanto la vida. La moda, a tono con la ciencia, aconseja la línea esbelta y el cuerpo ágil y elegante tanto en el hombre como en la mujer. Hoy la medicina cuenta con elementos valiosos, tales como la Yodosalina, asociación de los alcalinos con el yodo, producto de eficacia e indicado para personas con tendencia a engordar. La Yodosalina regula las funciones de recambio, sus bases alcalinas saponifican el exceso de tejidos grasos y obra a la vez como un activo expelente. También está aconsejada en el Reumatismo y la Arteriosclerosis.

YODOSALINA

PISANI

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. de R. L.

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N.º 97.126

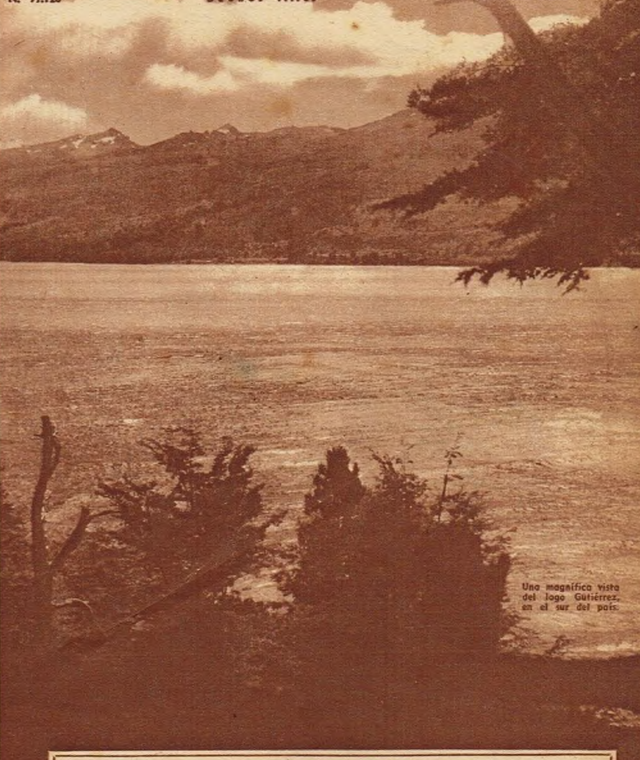
ESMERALDA 116
U. T. 34 - 4067
Buenos Aires

AÑO IX - N.º 185
11 FEBRERO 1942

Sumario

Págs.

Ilustraciones de Valencia, Rechain, Roux, Fairhurst, Arteche, Mariano Alfonso y Villafañe. Fotografías de Castellano, Canesa, Podestá, Romero, Borelli, etcétera. Chistes e historietas de diversos autores.



Una magnífica vista del lago Gutiérrez, en el sur del país.

EN EL PROXIMO NUMERO:

LA HIJA DE FEDERICO BLUM
la famosa novela larga de **ALEJANDRO DUMAS**

EL RAYO DE LUNA
una leyenda de **Gustavo Adolfo Bécquer**

HISTORIA DE UN NIÑO BUENO
cuento humorístico de **Mark Twain**

EL KACUY
tradición criolla de **Ricardo Rojas**

NUEVAS CORRIENTES EN LA LITERATURA HISPANOAMERICANA
una nueva colaboración exclusiva de **Eduardo Mallea**

LA MASCARA
cuento dramático de **Guy de Maupassant**

GUIA CAPRICHOSA DE BUENOS AIRES
otras estampas de la vida porteña, por **Fernández Moreno**

LEOPLÁN aparece el 25 de febrero

A la sombra de "Mis

Crónica de una visita a Samai Huasi, la casa de Joaquín V. González en su tierra natal.

por

Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Joaquín V. González, según aparece en una caricatura de Cao, publicada en una revista de aquella época.

He aquí el lugar denominado "Tribuna de Demóstenes", en la casa que fué de Joaquín V. González.

Montañas"

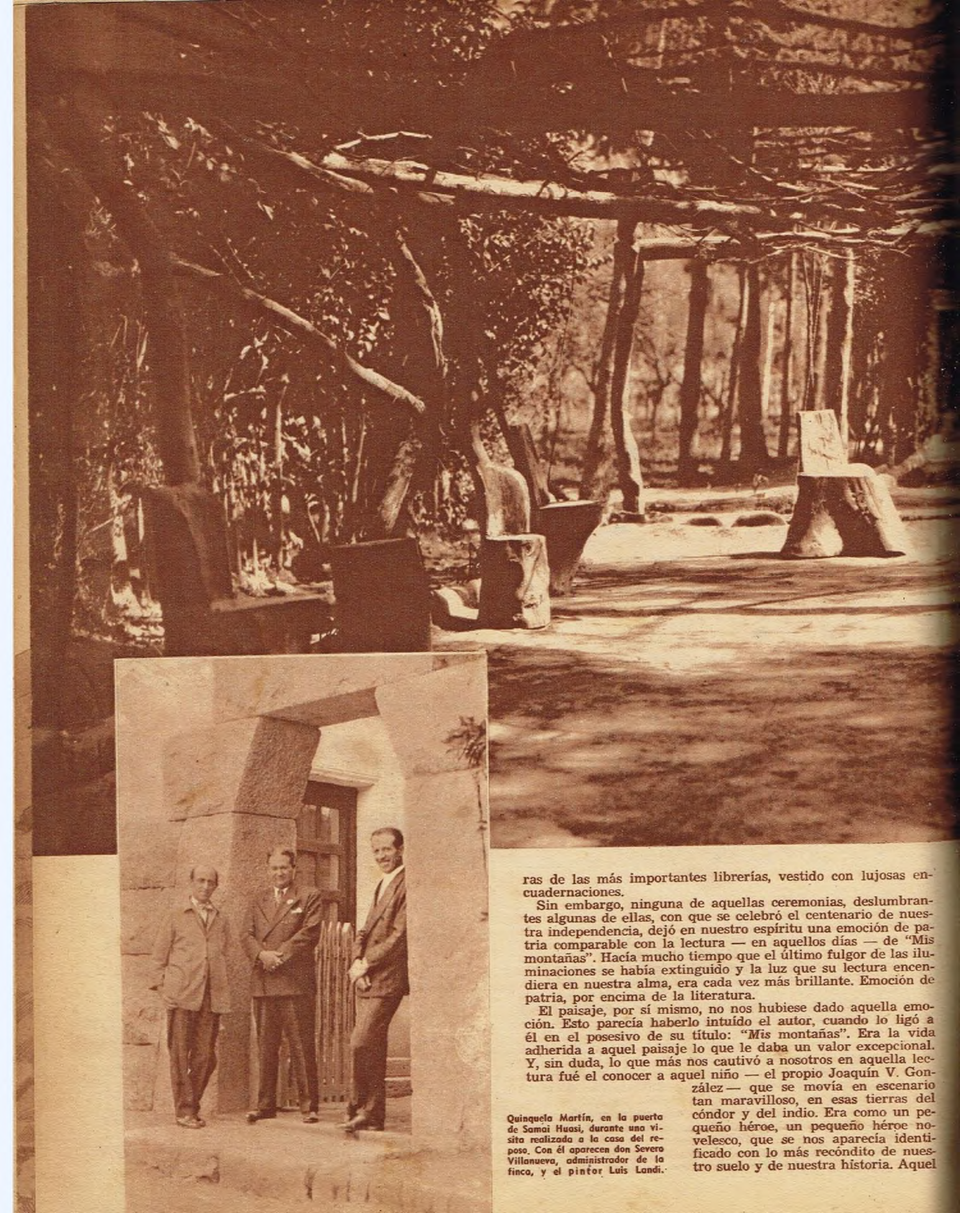


Magnífica escalera labrada en la misma roca, en Samai Huasi.

Esta bella perspectiva de Samai Huasi, muestra la entrada a la "Tribuna de Demóstenes".

JOAQUIN V. González, gran artífice de la cultura patria, nos dejó dos testimonios de su gran amor a la tierra donde nació, al paisaje riojano de su niñez; uno, en el papel; otro, en la piedra: "Mis montañas" y Samai Huasi (la casa del reposo). Una misma poesía se encierra en las páginas de su libro primordial y en las paredes de aquella rústica morada que él fué trabajando y embelleciendo, como si se tratara de una obra de arte. "Mis montañas" fué escrito cuando su autor, a la mitad del camino de su vida, vuelve a las sierras de su origen para curarse del cansancio de la ciudad, buscando en la serenidad de la naturaleza alivio de las humanas inquietudes. Samai Huasi fué construída cuando ya la vida del gran patriarca de nuestras letras se acercaba a su término, como si buscara, no ya en las páginas del libro, sino en la propia roca, la más íntima comunión con su tierra, el supremo descanso, allá en su Chilecito natal, al pie del Famatina. Samai Huasi - Casa del Reposo.

Cuando Buenos Aires se entregaba a las fiestas del Centenario, nuestra alma, en el umbral de la adolescencia, se entregaba a las fiestas del arte, ávida de lecturas. Por entonces, nuestra capital, un poco ebria de universales auras, vivía excesivamente distraída de sí misma. Este libro de Joaquín V. González, publicado hacía veinte años, constituía un monumento de nuestras letras, ante el cual era obligado el homenaje de los argentinos. Sin que, como ocurre casi siempre en estos casos, la fórmula del homenaje signifique profundo conocimiento. La verdad era que, por aquellos días, nuestra literatura más representativa y auténtica estaba bastante olvidada. El propio "Martín Fierro", héroe mayor de nuestras letras, que años más tarde se glorificaría con todos los honores, andaba escondido por las anaquelerías, en ediciones modestas. Imposible verlo, como ahora, en las vidrie-



ras de las más importantes librerías, vestido con lujosas encuadernaciones.

Sin embargo, ninguna de aquellas ceremonias, deslumbrantes algunas de ellas, con que se celebró el centenario de nuestra independencia, dejó en nuestro espíritu una emoción de patria comparable con la lectura — en aquellos días — de "Mis montañas". Hacía mucho tiempo que el último fulgor de las iluminaciones se había extinguido y la luz que su lectura encendiera en nuestra alma, era cada vez más brillante. Emoción de patria, por encima de la literatura.

El paisaje, por sí mismo, no nos hubiese dado aquella emoción. Esto parecía haberlo intuído el autor, cuando lo ligó a él en el posesivo de su título: "*Mis* montañas". Era la vida adherida a aquel paisaje lo que le daba un valor excepcional. Y, sin duda, lo que más nos cautivó a nosotros en aquella lectura fué el conocer a aquel niño — el propio Joaquín V. González — que se movía en escenario tan maravilloso, en esas tierras del cóndor y del indio. Era como un pequeño héroe, un pequeño héroe novelesco, que se nos aparecía identificado con lo más recóndito de nuestro suelo y de nuestra historia. Aquel

Quinquela Martín, en la puerta de Samai Huasi, durante una visita realizada a la casa del reposo. Con él aparecen don Severo Villanueva, administrador de la finca, y el pintor Luis Landi.

Galerías de ensueño, en Samai Huasi, reveladoras del gran espíritu que les dió forma y las embelleció continuamente.

niño había vivido el drama de nuestras guerras civiles. ¿Qué importaba que él mismo nos dijese que no lo comprendía? El misterio en que se le aparecían rodeadas las cosas, daba a éstas un aliciente más; quizás su encanto mayor estuviese en el misterio, que es el que nos pone en contacto con el fondo poético de las cosas... En el misterio de la naturaleza y en el misterio del alma están los más puros manantiales de la poesía. Los azares de la guerra habían llevado a aquel niño de una parte a otra. ¿Y puede haber mayor incentivo para la imaginación infantil que un viaje? El dramático peregrinaje de toda la familia, desde su rincón de la montaña, hacia la ciudad donde el padre estaba encarcelado, cobraba a nuestros ojos un relieve legendario. Y, fresco aun en nuestra memoria el recuerdo de la lectura del libro de Sarmiento, en las selváticas espesuras que atravesaban, veíamos brillar los negros ojos de Facundo, y era como si todo el bosque se vistiese con la maraña de sus barbas, detrás de las cuales se nos aparecía agazapado...

Para que el encanto fuese mayor, la novela de aquel niño acababa bien, sin que por eso su interés decayera. En realidad, la novela de aquel niño era, en cierto modo, la historia de nuestra patria, que, desde el fondo sombrío de la guerra civil, llegaba a los días de paz y prosperidad por los caminos del trabajo y el estudio, por los caminos del amor a su tierra.

Aquel niño era toda nuestra tradición, nuestra tradición de cien años que entonces se conmemoraba. Llevaba en su sangre el grito de su bisabuelo — ¡Viva la Patria! —, que éste lanzó una noche memorable, en medio de la montaña — como para que el viento lo llevara a las más altas cumbres de los Andes —, arrebatado por el vértigo de la libertad, una noche de junio de 1810, al saber que había estallado la revolución.

Joaquín V. González había escrito estas páginas admirables, buscando una compensación a su cansancio ciudadano en la virginidad de su naturaleza; a sus desengaños de hombre en sus ilusiones de niño. Y se advierte en ellas el afán por fundirse a sí propio en el molde incomparable de la infancia, cuando más somos nosotros mismos. La más pura argentinidad estaba contenida en aquel molde, en aquella criatura, que era a la vez su creador.

* * *

Esta emoción primera de nuestra lectura de "Mis montañas", revive al cabo de los años, cuando al volver a nuestra patria nos encontramos sin el sabio maestro, al contemplar estos bellísimos rincones de Samai Huasi, donde iba a buscar reposo en su gloriosa ancianidad. Por aquel sitio, al pie del Famatina, debió estar la casa paterna, el hogar nuevo que levantó su padre, al salir de la prisión, acabado el horror de las guerras fratricidas. Por aquí discurriría en busca de aquel niño cuya imagen nos dejó en su libro magistral, vinculado para siempre en la eternidad de aquel maravilloso paisaje, como convencido de que su inmortalidad estaba en aquel niño... ◈

de **RICARDO ROJAS**

LA TELESITA



ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

REQUIRIÓ el capataz sus armas, y caminó tras el paloapique, por la orilla de la laguna. Llegaban del callejón bullentes ecos, y hasta la tranquera del corral los visionarios perros atropellábanse toreando. Nada se discernía, sin embargo, a pesar de la noche diáfana. Algunos sauces lacios sombreaban la opuesta margen, hasta donde se extendía el agua, aplanada en quietud de espejo. De súbito, varios patos domésticos que dormitaban por allí, se despertaron parpando pavores a la desaforada, cuando una sombra pasó de fuga bajo aquellos árboles, reflejándose invertida en el bruñido azogue de la presa. Se hizo largo silencio; el hombre corrió hacia allá, y vió la aparición, semivestida de harapos, pugnando por zafarse de los perros, y apercollándola, gritóle:

—¿Sois de este mundo o del otro?

La luna se arrebujó de nubes en aquel instante; sutil penumbra veló como de intento la campaña, y una carcajada estridente, larga, cromática, respondió a su reclamo.

❦ ❦ ❦

¡Era la Telesita!

Tiempo hacía que peregrinaba por los bosques tan extraña mujer. Conocida su fama y su bondad, la acogieron caritativamente; pernoctó en el galpón, y al día siguiente avióse, para aparecer después a las riberas del Dulce o sobre la costa del Salado. Se llamaba Telesfora o Teresa; tenía padres y hermanos; hasta se indicaba el sitio de su cuna: *Paaj-yaquitu*... Pero tanto había impresionado al alma crédula de la raza su vida vagabunda y excéntrica, que comenzaron por adulterar en diminutivo de leyenda su nombre bautismal, y concluyeron, después de su trágica muerte, por convertir su espíritu en una especie de Dionisios femenino y sin forma, cuyo culto en la selva era, como en la Grecia jubilosa, culto de guirigayes y coplas, de libaciones y danzas.

❦ ❦ ❦

Yo he visto esas ceremonias.

Habíamos galopado largo trecho del monte, y a fin de que las cabalgaduras descansaran, nos detuvimos en un rancho, casi a mitad de nuestro camino. Al acercarnos, se sintió la música entre la confusa albórbola; y columbramos después el grupo de los que, en el antepatio de la choza, bailaban a la luz de la luna. Moraba allí una vieja alegre, bien conocida en el lugar, por ser la madre de dos muchachas jóvenes, zarca de ojos la una, morena de tez la otra, y ambas dispuestas siempre, lo mismo para una arunga que para un marote. Siendo sábado esa noche, estaban de fiesta...

Cuando asomamos al corro, un hijo de la señora, jarifo como sus hermanas, vino a ofrecerme su anacrónico chambao de aloja, a menos que prefiriese escanciar ginebra, en bote donde habían suxado ya más de veinte labios.

Danzaban chacareras en aquel momento, y a son de cuerdas, el cantor decía:



Si de cristales fuesen
Los corazones,
Qué bien claras se viesen
Las intenciones.

Yuso los pies de la pareja, en la postrer mudanza, chisporrotearon cohetes; zahumóse el aire con el hedor de la pólvora; corvetearon caballos bajo los árboles; sonaron voces y palmoteos en la turba; y así volvió a mostrárseme el cuadro ya conocido de las orgías selváticas. No siendo Carnaval, ni Reyes, ni Nochebuena, ni otra alguna de las ocasiones clásicas, pregunté el motivo de la fiesta.

—Es una promesa a la Telesita — me bisbisó un paisano cuyo bigote en garfio adornaba las hondas comisuras de su boca sensual. Averigüé quién era la Telesita, y él respondióme con laconismo reacio:

—Anima milagrosa...

Como en ese instante se acercaba el ladino de la casa, él abundó en explicaciones.

—Si usté quiere ganar una carrera, o sanar un enfermo, o encontrar una cosa que se le pierda... Vamos: algo que usté desea, le hace una promesa a la *Santa*.

—¿Promesa de qué?

—De ponerle un baile.

Era su deidad milagrosa la pobre loca oriunda de esas breñas, santificada por las devociones populares. Cuando vivió en el bosque, aparecíase hoy en una estancia, más tarde en otra de comarcas luengas. Salvaba a pie distancias fatigosas, recogiéndose a la vera de los caminos, donde asustaba muchas veces a los viajeros nocturnos, o pidiendo albergue en los ranchos, donde encontraba un chuse para dormir, un lienzo para cubrir su engurruñido seno, y para el hambre o la sed de tales jornadas: aloja, charqui, locro, amka, lo que pudiesen darle en el desmantelado chocil. Vagaba sin cesar y sin destino, llevando inoficiosamente a cuestas, sobre el pachquil de la cabeza, de un punto al otro de la selva, carga de leñas y de trastos. La acogieron primero con timidez, en seguida con piedad, al fin con cierta supersticiosa inquietud... Era su rostro bello dentro del tipo de la raza; pero la fijeza anormal de su mirada cernía sobre su faz algo de lúgubre: el alma entera náufraga en ancestrales desventuras.

Y agregaba mi interlocutor:

—El promesante paga las velas y los licores.

Entonces preguntábale yo:

—¿Y qué se hace en el baile?

A lo cual respondía generosamente:

—Chupar y danzar y cantar... El promesante debe tomar siete copas por Ella... Cuando las velas se acaban, el baile sagrado concluye; pero quienes quieran pueden seguir.

—¿Y las velas?

—Ahí están — y se empinó, señalándome con el índice catorce cabos derretidos y coronados por tantas llamas lívidas que oscilaban, umbral adentro de la obscura choza, sobre una mesa adornada de randas y flores.

El rito encerraba, quizás, mucho de ingenuo, mas en su espíritu era fiel a la tradición. La Telesita había sido alcoholista y aficionada a los bailes. Muchas veces desvió su rumbo al oír en la noche de las espesuras natales el compás de los bombos. La acogían también allí; y este recuerdo debió inspirar de nuevo, en medio de la selva santiagueña, los cultos dionisíacos que originaron la tragedia antigua: no faltaban ni la deidad orgiástica, ni la ronda báquica, ni el ditirambo del coro, a cargo aquí de los trovadores populares:

Cuando un pobre se emborracha
De un rico en la compañía
La del pobre es borrachera,
La del rico es alegría.

Veíase a las claras cómo se amalgaron allí las supersticiones católicas del milagro, las costumbres paganas del bosque, y la suprema intuición metafísica que adoraba al puro espíritu de la muerta, sin haber caído en las formas de un subal-

terno fetichismo: pues a nadie se le hubiese ocurrido tallar en la madera de sus árboles la efigie de la santa.

* * *

—¿Lo ve a ese mozo que está pitando cerca del violinista? —me preguntó después el del coloquio.

—¿Cuál?

—Ese de saco blanco... Bueno: ese mozo estaba muy mal enfermo...; lo agarró fuerte el costado...; quince días de cama...; ya la médica dijo que no se iba a levantar... Le hicieron una promesa a la Telesita: y ahí lo tiene usté.

Y como en el curso de la conversación preguntase si ya había concluído la parte religiosa del baile, me respondieron:

—No, señor. Este es más largo porque son dos promesas: la otra fué para que la Telesita hiciera encontrar un caballo de mi primo.

—¿Y lo encontraron?

—Sí, es ese malacara que está en el palenque.

Seguían en el corro coplas, músicas, piruetas, contradanzas, aplausos, chungas, zapateadas, libaciones, contoneos, zarabandas y cohetes; mientras el mozo se expedía con tan fácil locuacidad, gracias a los licores que escanciara.

¿Cómo había podido esa vida tan siniestra inspirar este culto tan alegre?... Fueron los días de la Telesita torvas ambulaciones de neurosis concluídas en un desenlace de tragedia. Recorrió los senderos como una sombra de delirio. Lo despeinado de su greña encuadraba en hirsutos aladares el rostro lleno de inconsciencia mística. Impresionaban la orfandad de su suerte, sus peregrinaciones angustiosas, la noche trágica de sus ojos, su mutismo habitual y siniestro, su castidad incólume, y la juventud que ardía como una llama lóbrega sobre su sexo ya marchito... Iba descalzo el pie, de sudores pringosa la vestidura y raída por la hostilidad de los ramajes... Hasta que cierto día su cuerpo nómade se extinguió en un incendio de árboles, de donde su alma taumaturga surgió beatificada por el espíritu del fuego.

Encaminándose por el bosque en una de sus habituales peregrinaciones murió quemada, según la tradición. Marchaba por su ruta, aquella tarde de invierno, aterida de frío, cuando vió resplandecer a lo lejos un árbol coronado de llamas. Lo incendiaron, tal vez, a designio, industriales que buscaban carbón; o casualmente propagóse alguna hoguera dejada al pie por otros viajeros de la víspera. La vagabunda se acercó para calentar sus entumecidos miembros, y una lengua de fuego, de las que abrazaban el tronco, lamió el grasiento andrajo de su falda, encendiéndola de antuvión. Huyó la desventurada por la ruta, dando gritos atroces; pero el viento contrario de su fuga atizábala cual a una devastadora tea. Llagada hasta los huesos, flameaban fuegos como alas rojas sobre sus hombros; y en su frente, voraces llamas como cabelleras de Furia. Y dijérase que allí, consumida su carne por ese elemento de bíblicas purificaciones, su alma descarnada pudo expandirse más hermosamente trágica en la infinitud de su demencia, hasta que olvidados los episodios reales de su vida, y perdurable sólo cuanto hubo en ella de extraordinario, el viejo culto de los muertos la erigiese en deidad protectora del bosque donde nació ◈

(De "El país de la selva")

MIENTRAS LLEGA LA

EN LOS UMBRALES DE LA CAMPAÑA TEATRAL DE 1942, ANGELES MARTINEZ, NURI MONTSE, IRMA CORDOBA, ELIDA CARLES Y VIKY ASTORI HACEN UN BALANCE DE SUS ACTIVIDADES EN EL PASADO AÑO Y UN GUION DE SUS PROPOSITOS PARA EL PRESENTE

Por Regina Monsalvo

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FOTOGRAFÍAS DE PODESTÁ Y BORELLI



Esta actitud de Angeles Martínez parece una gráfica confirmación de aquello que le dijo una vez a un turista desaprensivo: "Las cosas claras y el chocolate espeso".



Irma Córdoba, que parece estar escuchando alguna cosa halagüeña, se inició en el teatro al revés de como suelen iniciarse las actrices: interpretando un papel de característica.

Balance y perspectiva

PARA nuestras actrices teatrales no existe la tregua de las vacaciones. Termina una temporada y han de pensar en la que le sigue. La actuación de un año determina la que ha de llevarse a cabo en el siguiente. Por eso es interesante saber, a modo de balance de la temporada que ha terminado y de anticipo de la que está por empezar, qué han hecho y qué se proponen hacer nuestras artistas.

—¿Qué ha realizado usted durante el año 1941 y qué proyectos tiene para 1942? — hemos preguntado a algunas figuras del ambiente artístico local.

Y sus respuestas han resultado, como esperábamos, un panorama sintético de lo que se ha hecho y de lo que se piensa hacer en el teatro nacional en este año que comienza.

Angeles Martínez ha hecho cine, y lo seguirá haciendo si tiene tiempo...

Angeles Martínez ha sido la primera de nuestras entrevistadas.

—De todo lo que he hecho este año de 1941 — nos dice —, el acontecimiento capital ha sido, para mí, la actuación en el cine. La filmación de "Así te quiero", que se estrenará en breve en Mar del Plata, y en el mes de marzo en Buenos Aires, ha resultado la novedad y la experiencia más destacadas de mi trabajo...

—¿Qué papel interpreta en esa película?



TEMPORADA



Como puede apreciarse, Viky Astori viste con innegable arrogancia esa prenda que hasta hace poco creíamos firmemente que era exclusiva de nuestro sexo. Claro que Viky piensa trocarla pronto por el traje de novia.

Afortunadamente, los aviones que pilotea Elida Carlés son aviones de paz. Porque una ametralladora en manos de semejante piloto... debe ser una cosa demasiado seria.

—Una solterona supermoderna, con ribetes cómicos y un carácter que, ¡ya verán!...

—¿Y de sus proyectos para el año 1942?

—Les confieso que son proyectos, llenos de optimismo.

"Iré al Liceo con María Gámez y bajo la dirección de Federico Mertens, lo que justifica mi optimismo, pues con una primera actriz como María Gámez y un director como Mertens, cualquiera está contenta y encantada de trabajar...

—¿Seguirá cultivando el radioteatro?...

—Ciertamente. En Radio Argentina desempeñaré el papel cómico de Teresina, en la obra: "Teresina, joven, viuda y piamontesa", de Insausti y Malfatti.

"Excuso decirles que si después de todo esto me queda tiempo me sentiré encantada y feliz de poder volver a trabajar en el cine.

—De sus tres actividades artísticas: radio, teatro y cine: ¿cuál es la que le ha reportado mayor popularidad?...

—Sería difícil asegurarlo de un modo exacto. Pero puedo decirles que mi actuación en la radio es la que me ha dado mayores sorpresas. Por ejemplo, vean lo que me sucedió en Córdoba:

"Yo quería tomarme un breve descanso, y para ello resolví pasar completamente inadvertida. Elegí un hotelito en un rincón muy poco frecuentado de la sierra. El primer día, no más, al bajar al comedor, en una mesa vecina, siento que varios comensales hablaban de mí. Se referían a un papel que yo había desempeñado por radio junto a Marcos Caplán.

Nuri Montsé se olvidó un día de su nombre. Pero el que contemple la magnífica silueta que luce en esta foto no va a poder olvidarse tan fácilmente ni de su nombre ni de ella.

En este papel yo figuraba ser una solterona, fea, malhumorada y hasta... ¡bigotuda!...

"En la mesa había una señora que decía que yo no era así en la realidad, sino todo lo contrario: joven, de buen carácter y bonita...

"En cambio, uno de los caballeros presentes aseguraba que yo era tal como aparecía en la obra...

"No pude oír más. Me levanté y acercándome a la mesa lo interpelé:

"—Oiga, caballero: sepa que Angeles Martínez soy yo. Y que no soy vieja ni desgarbada. Y en cuanto a lo de bigotuda, le diré que los bigotes los tenía por obra y gracia de un pincel. Porque yo, por no tener pelos, no los tengo ni en la lengua...

"Y así fué cómo me descubrí yo misma. Pudo más mi vanidad de mujer que mi deseo de pasar inadvertida"...

Cuando Nuri Montsé se olvidó de su nombre...

Nuri Montsé recuerda el año 1941 como uno de los años dolorosos de su vida.

—Todavía — nos dice — estoy bajo la impresión de ese acontecimiento. Pues aunque quisiera no podría olvidarlo. El 1941 fué el año en que perdí a mi padre..., que tanto me había alentado en mi carrera...

Después de un silencio que respetamos, Nuri Montsé añade:

—Artísticamente fué un año de poca actividad para mí. Actué en el San Martín, en "Doña Clorinda la descontenta". En cine me tocó trabajar en "El mejor papá del mundo" y en "Canción de cuna"...

—¿Le interesa más el cine o el teatro?...

—Las dos actividades me gustan por igual. El cine quizá da una mayor difusión a los que actuamos en él. El teatro permite tener una sensación más directa, más personal del trabajo que se realiza y de su efecto en el público...

—¿No ha sentido usted nunca el temor del público?...

—En el teatro, sí; y de una manera muy viva. Debuté en el año 1934 con Parravicini y más tarde trabajé en la compañía del Teatro Nacional de Comedia.

"Cuando trabajaba con Parra, era yo muy tímida. Tan tímida que un día me ocurrió lo siguiente:

"En plena obra, Parravicini, precisamente para combatir mi timidez, me preguntó de repente, saliéndose del texto de la obra:

"—¿Y vos, cómo te llamás?

"Le contesté con el nombre del personaje que desempeñaba en ese momento.

"—No — insistió Parra —, ése es el nombre de tu papel; pero vos, ¿cómo te llamás?...

"Entonces me di cuenta de que era tan grande el susto que tenía que no podía contestar: el miedo me había hecho olvidarme de mi propio nombre...



Aunque, cuando es necesario, sabe enojarse, Angeles Martínez es una mujer de gran ternura. Esta escena así lo confirma.



Nuri Montsé, la gentil estrellita, es una mujer de hogar. Aquí la vemos precisamente junto a él.

—Por lo que se refiere a proyectos para 1942, Nuri Montsé, ¿piensa continuar en su trayectoria ya conocida?

—Es posible que me toque integrar, como dama joven, un conjunto importante. En cuanto a proyectos cinematográficos, tengo varias propuestas que seguramente habrán de dejarme poco tiempo libre en todo 1942...

Irma Córdoba se inició fumando un cigarro de hoja...

—Puede decirse — nos informa Irma Córdoba — que mi primer debut de éxito, a los 15 años, fué un papel de característica...

—¿Y cómo fué eso?

—Confieso que no es muy corriente que una actriz comience por el final. Pero en mi caso fué así. Yo hice entonces el papel de Martiniana en "Barranca abajo". Para poder actuar con verosimilitud tenían que "rellenarme" el traje. Creo que cuesta más trabajo representar que se tienen cincuenta años, cuando se tienen quince, que al revés...

"Bueno. Ese trabajo de "relleno", el cigarro de hoja que tenía que fumar y que me mareaba, y todo lo demás, constituían para mí un motivo de diversión que no he olvidado hasta ahora...

—¿Cuál ha sido el acontecimiento más importante del año que acaba de pasar?

—Para mí: el hecho de que me he puesto a estudiar canto para iniciarme seriamente en él. Mi actuación con Catalina Bárcena también debo considerarla como algo lleno de interés y de satisfacciones personales.

—Y para 1942, ¿qué perspectivas tiene?

—Por lo pronto, pienso estudiar baile y trabajar. Hay dos compromisos que tendré que llenar. He firmado contrato para actuar en la filmación de "Su noche de bodas", junto a Paulina Singerman, y "Una luz en la ventana", que dirigirá Romero...

"Por el momento esto es todo el plan de actividad que podría considerar para el año que comienza"...

Elida Carlés piensa batir el "récord" sudamericano de altura...

—El año 1941 ha sido para mí un año memorable — nos dice Elida Carlés —. En enero conquisté mi "brevet" de aviadora, cosa que deseaba ardientemente...

"En cuanto a mis proyectos para este año, también se refieren a la aviación. Tengo casi la certidumbre de que en 1942 batiré el "record" femenino de altura que poseía la admirable Carola Lorenzini, con 5.400 metros. Yo pienso elevarme a 6.000...

—Y de su actuación artística, ¿qué nos puede decir?...

—Trabajé en "El ciudadano", por radio, con López Lagar, y junto con mi gran amiga Nilda Arrieta interpreté "Pasajes musicales", por Radio Splendid...

—¿Qué actividades piensa desarrollar en 1942?



Chica estudiosa, Irma Córdoba es de las que opinan que el saber no ocupa lugar. Y, con ese lema, trata de saber todo lo más posible.

—Mis proyectos ya han empezado a concretarse con mi actuación en el teatro Retiro en la compañía de Santiago Arrieta. Por cierto que durante la representación de "Juan Cuello" me ocurrió un percance que siempre recordaré...

—¿Tan grave fué?

—¡Imagínense!... Por estar mal sentada sobre el caballo en que aparecía en escena, se me aflojó el vestido. Algunas prendas corrían peligro de desprenderse. Entre ellas, la pollera. No podía dejar la escena; y, junto a mí, nadie tenía un alfiler...

"Afortunadamente, alzándolo del suelo, alguien me alcanzó un clavo. Gracias a ese clavo pude sujetarme la pollera y seguir la representación. Con la angustia consiguiente fueron pasando los minutos. Apenas me atrevía a moverme, ante el peligro de que mi clavo se soltara y sucediera una catástrofe.

"Por fin, cuando caí *muerta* en la escena, ya no me levanté más. ¡Cualquier día iba a levantarme! El público aplaudía. El telón se alzó dos o tres veces; pero yo no me moví. Seguí perfectamente *muerta*, sin levantarme a recoger los aplausos. ¡El clavo había aguantado hasta entonces, y no era cosa de seguir tentando al destino!...

En 1941, Viky Astori "encontró el amor"...

—1941 fué un año feliz para mí: ¡en su transcurso encontré el amor! Viky Astori sonríe. Y cuando le preguntamos:

—Según eso, ¿sus proyectos para 1942 serán?...

Responde sin vacilar:

—¡Casarme!... Ya ven que no me es difícil contestar a su pregunta. Por lo que se refiere a la escena, pueden decir que, a pesar de mi casamiento, no pienso dejarla. Al contrario, ya he filmado para el cine películas como "Napoleón", "Los celos de Cándida", "Cuando canta el corazón", etc. Teatralmente actué en "13 mujeres"...

—¿Proyectos?

—Más que proyectos para 1942, son grandes esperanzas las que tengo: intensificar mi labor y trabajar con más voluntad que nunca... Tuve ofrecimientos de contratos para actuar en Santiago de Chile, pero ante mi próximo casamiento rechacé esa oferta, que de otro modo me hubiera gustado aceptar.

—¿Cuál ha sido para usted el momento más memorable de su carrera?

—Muchas son las cosas que toda actriz puede recordar. Pero uno de los episodios más pintorescos que me han ocurrido es el siguiente:

"Viajando en 1933, de Nápoles a Alejandría, me hice amiga, a bordo, de cierta señora a quien no conocía. ¡Cuál no sería mi asombro al llegar a Alejandría y ver que a mi amiga la detenían por supuesta espía, y también a mí, por haberme visto hablando con ella!...

"Yo viajaba con un pequeño fonógrafo y los cien discos de mi repertorio. Los empleados de investigaciones, ante la duda de que alguno de esos discos pudiera contener algún mensaje secreto, los tocaron todos, uno detrás del otro...

"¡Y esa fué la ocasión en que di la audición más larga de mi vida, ante el auditorio más atento del mundo! ◆



EL CUENTO TRAGICO

La lechuza

por **ALBERTO GERCHUNOFF**

ILUSTRACIONES DE ARISTIDES RECHAIN

Jacobo pasó en su petiso ante la casa de Reiner saludando en criollo. La vieja contestó en judío, y la chicuela le preguntó si había visto al regresar de la era a Moisés, que partiera a la mañana en busca del tordillo.

—¿Moisés? — interrogó el muchacho —. ¿Se fué en el caballo blanco?

—En el blanco.

—¿Enderezó por el camino de Las Moscas?

—No — respondió Perla —; tomó el camino de San Miguel.

—¿De San Miguel? No lo he visto.

La vieja se lamentó con voz que traducía su inquietud:

—Ya atardece y mi hijo partió tan sólo con unos mates; no llevó revólver...

—No hay cuidado, señora; se puede recorrer todos los alrededores sin encontrar a nadie.

—Dios te oiga — añadió doña Eva —; dicen que cerca de los campos de Ornstein merodean bandidos.

El diálogo terminó con una palabra tranquilizadora de Jacobo; espoleó el petiso, obligándolo a un corcovo para lucir su habilidad de jinete en presencia de Perla.

El sol declinaba y la tarde de otoño se adormecía en una vaguedad brumosa. En el cielo se extendían franjas rojizas. El tono amarillento de las huertas, el verde pálido del potrero, quebrado por el arroyo angosto y gris, daban al paisaje una melancolía dulce, como en los poemas hebraicos, en que las pastoras retornan con el rebaño sonámbulo bajo el firmamento de Canaán.

Sumíanse en obscuridad las casucas de la colonia, y en los alambrados estallaban en reflejos vivaces los últimos rayos.

—Es tarde, hija mía, y Moisés no llega...

—No hay temor, madre; no es la primera vez. ¿Te acuerdas, el año pasado, en vísperas de Pascua, cuando fué con el carro al bosque de San Gregorio? Vino con la leña al día siguiente.


ARÍSTIDES



—Sí, recuerdo; pero llevaba revólver, y, además, cerca de San Gregorio hay una colonia...

Un silencio penoso siguió a la conversación. Grillos y ranas turbaban con su chirriar y croar la paz del crepúsculo. En los charcos vociferaban los teros y de la arboleda próxima venían ruidos confusos.

Una lechuza voló sobre el corral, graznó lúgubremente y se posó en un poste.

—Es feo este pajarraco — dijo la chicuela.

Graznó otra vez la lechuza, y miró a las mujeres, en cuyo espíritu sus ojos produjeron la misma sugestión agorera.

—Dicen que es de mal agüero.

—Dicen así, pero no creo. ¿Qué saben los campesinos?

—¿No decimos nosotros, los judíos, que el cuervo anuncia la muerte?

—¡Ah, es otra cosa!

La lechuza voló casi a ras del suelo hasta el alero, donde lanzó un graznido y tornó al poste, sin dejar de mirar a las mujeres.

En el extremo del camino lleno de sombra resonaron las pisadas de un caballo. La chica hundió los ojos, haciendo visera de las manos. Desengañó a la madre.

—No es blanco...

De la hilera opuesta de casas, el viento traía el eco de un canto, uno de esos cantos monótonos y lamentables en que los copleros añoran en jerga vulgar la pérdida de Jerusalén y exhortan a las hijas de Sión, "magnífica y única", a llorar en la noche para despertar con sus lágrimas la piedad del Señor. Maquinalmente, Perla repitió en voz baja:

Llorad y gemid, hijas de Sión...

Después, con voz más fuerte, cantó la copla de los judíos de España, que le enseñara en la escuela el maestro don David Ben-Azán:

Hemos perdido a Sión,
Hemos perdido a Toledo.
No queda consolación...

Como la madre continuara inquietándose, la muchacha, para distraerla, reanudó la conversación anterior.

—¿Tú crees en los sueños? Hace unos días, doña Raquel contó algo que nos dió miedo.

La vieja contó, a su vez, una historia pavorosa.

Una prima suya, "hermosa como un astro", se comprometió con un vecino de la aldea. Era carretero, muy pobre, muy honrado y temeroso de Dios. Pero la moza no lo quería por ser contrahecho. En la noche del compromiso, la mujer del rabino — una santa mujer — vió un cuervo.

El novio vendió un caballo y con el dinero compró un misal que regaló a la novia. Dos días antes del casamiento se anuló el compromiso y la moza se casó al año siguiente con un hombre muy rico del lugar.

El recuerdo del suceso causó honda impresión en el ánimo de doña Eva. Su cara se alargó en la sombra y en voz baja narró el milagroso acontecimiento. Casóse la muchacha y uno a uno fueron muriendo sus hijos para desdicha de aquel hogar. ¿Y el primer novio? El buen hombre había muerto. Entonces el rabino de la ciudad, consultado por la familia, intervino. Revisó los textos sagrados y halló en las viejas tradiciones un caso parecido. Aconsejó a la mujer que devolviera al difunto su lujoso misal. Así recuperaría la tranquilidad y la dicha.

—Llévalo — le dijo — bajo el brazo derecho, mañana a la noche, y devuélveselo.

Nada respondió la afligida. Al otro día, al salir la luna, misal bajo el brazo, salió. Una lluvia lenta le golpeaba el rostro, y sus pies, débiles por el miedo, apenas si acertaban con el paso sobre la nieve endurecida. En los suburbios ya, fatigada y anonadada, se guareció junto a una pared; pensaba en los hijos muertos y en el primer novio, cuyo recuerdo desapareciera de su memoria durante tanto tiempo. Lentamente hojeaba el misal, de iniciales frondosas y rojas, de estilo arcaico, que le gustaba contemplar, en las fiestas de la sinagoga, mientras recitaba en coro las oraciones.

De pronto sus ojos se obscurecieron, y al recobrarse vió en su presencia al carretero, con su cara resignada y huraña, su cuerpo maltrecho y su joroba...

—Es tuyo este misal y te lo devuelvo — le dijo.

El aparecido, que tenía tierra en los ojos, extendió una mano de hueso y recibió el libro.

Entonces la mujer, recordando el consejo del rabino, agregó:

—Que la paz sea contigo y ruega por mí; yo pediré a Dios por tu salvación.

Perla suspiró. La noche cerraba, apacible y transparente. En la lejanía, las luciérnagas se agitaban como chispas diminutas y llevaban al espíritu de la anciana y de la chica un vago terror de fantasmas. Y allí, sobre el palenque a cuyo rededor reposaba el ganado, la lechuza continuaba mirándolas con sus ojos de imán, lucientes y fijos...

Obsesionada por un pensamiento oculto, la niña continuó:

—Pero si el gaucho dice tales cosas del pájaro, bien pudiera ser...

Doña Eva miró el palenque y luego hundió su mirada en el fondo negro del camino, y con voz temblorosa, casi imperceptible, murmuró:

—Bien pudiera ser, hija mía...

Un frío agudo estremecióla, y Perla, con la garganta oprimida por la misma angustia, se arrimó a la viejecita.

En esto se oyó el eco de un galope. Las dos se agacharon para oír mejor, tratando de ver en la densa obscuridad.

Su respiración era jadeante y los minutos se deslizaban sobre sus corazones con lentitud abrumadora.

Aullaron los perros de la vecindad. El galope se oía cada vez más precipitado y nítido, y un instante después divisaron el caballo blanco que venía en enfurecida carrera.

Se pararon madre e hija llenas de espanto, y de sus bocas salió un grito enorme como un alarido.

El caballo, sudoroso, se detuvo en el portón, sin el jinete, con la silla ensangrentada... ◈



PACIFICO
SANTIAGO
ARGENTINA
BUENOS AIRES
PARAGUAY
URUGUAY
BRAZIL
OCEANO ATLANTICO
ISLAS MALVINAS
En estos Paises jóvenes
SE NECESITAN
Infinidad de TECNICOS
¡Prepárese Ud. cuanto antes!
Le ofrecemos estas 5 rutas de
EXTRAORDINARIO RENDIMIENTO
RADIO—TELEVISION—CINE SONORO
La vía más segura para hacerse de un puesto de responsabilidad en Estaciones Difusoras; de Radiocomunicación o en trabajos de Radiomecánica; Amplificación del Sonido, etc., así como Venta de Aparatos y Accesorios, que tan buena remuneración rinden.
FUERZA MOTRIZ—DIESEL
La fuente de producción de energía en que descansa el adelanto industrial del mundo, por sus aplicaciones sorprendentes a la Transportación Moderna; Minería; Agricultura; Grandes Construcciones, etc. y todo lo relativo a la Ingeniería Mecánica.
AERONAUTICA—MOTORES
Por su palpitante actualidad, así como por el notable impulso que está recibiendo, esta rama del saber humano ofrece miles de oportunidades a los que se preparen en: Pilotaje — Construcción de Aeroplanos — Mecánica de Aviación — Comunicaciones, etc.
ELECTROTECNIA—REFRIGERACION
El auge que está tomando la electrificación de comunidades, grandes y pequeñas, hace que esta profesión ofrezca singulares perspectivas en Plantas y Subestaciones; Instalaciones; Locomoción Eléctrica y Diesel-Eléctrica; y sobre todo en el Acondicionamiento de Aire.
IDIOMA INGLES—PRACTICO
El medio más directo para lograr un grado de adelanto permanente, tanto social como económico. El estudio de este idioma es ideal siguiendo nuestro método patentado consistente en discos fonográficos y lecciones prácticas.
le enviamos Gratis cualquiera de los libros descriptivos de estas cinco enseñanzas.
ENVIE ESTE Cupón HOY MISMO
Fundada en 1905
UNA VENTAJA ADICIONAL MAS
Con nuestra enseñanza de Radiotelefonía, el alumno tiene derecho a practicar en nuestras amplios y bien montadas salas de práctica en nuestra Sucursal de Buenos Aires.
ENVIE ESTE CUPON A:
SR. J. A. ROSENKRANZ, Presidente:
Dpto. Núm. GC8-380
Mándeme su Libro GRATIS sobre la carrera que he seleccionado y marco al margen con una "X", así: ☒
Escoja sólo una:
RADIO ☐
DIESEL ☐
AVIACION ☐
ELECTRO-TECNIA ☐
INGLES ☐
NOMBRE
EDAD
DIRECCION
LOCALIDAD
PROV.
NATIONAL SCHOOLS
(de Los Angeles, California)
Oficina Sucursal: CHACABUCO 146
BUENOS AIRES, REP. ARGENTINA

Stefan Zweig escribe

AUSTRIACO DE NACIMIENTO, Y CIUDADANO BRITANICO A RAIZ DE LA CONFLAGRACION EUROPEA, EL FAMOSO

Por **Jorge Cros**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Como otros muchos escritores, Stefan Zweig escribe sobre una tabla apoyada en sus rodillas.

Zweig es un gran bibliómano, y no se conforma con revisar todas las librerías, sino que anda por todas las bibliotecas.

El famoso escritor se encuentra siempre con sus obras. Helo aquí en una de sus visitas a puestos de libros, sonriendo, satisfecho, al hallar una de ellas entre "Magia negra" y "Magia blanca".

en Nueva York la historia de sus Tres Vidas

ESCRITOR SE ENCUENTRA POR CUARTA VEZ EN AMERICA, DONDE ESCRIBE LIBROS Y COLECCIONA AUTOGRAFOS

Nueva York, diciembre de 1941

PREGUNTO por Stefan Sweig, el famoso autor de *Amok*, *Carta a una desconocida*, *Veinticuatro horas de la vida de una mujer*, *Los ojos del eterno hermano*, *Angustia*, y las célebres biografías. Poco después se presenta.

Ni cabeza despeinada, ni aspecto de bohemio, ni tiesura original; ningún extremo llamativo. Nos ocurre con Stefan Zweig como al niño cuando descubre que quienes le ponen los juguetes en los zapatos la noche de Reyes son personas de carne y hueso como todas. Cordial, sencillo, ni alto ni bajo, con un rostro que no habla de su inteligencia ni dice mucho de otras cosas tampoco y que sería hasta vulgar si no fuese por su nariz, que se excede un poquito hacia abajo, me tiende la mano, y con una sonrisa me invita a tomar asiento. Estamos en un hotel, en Nueva York.

—Mire, amigo – me dice y me sorprende –; conozco a América desde hace treinta años...

—¿Treinta?...

—Cuatro veces he estado aquí. Pero,



Luego de escrito el borrador de una obra, o de parte de ella, se lo dicta a su esposa, destacada dactilógrafa.

El escritor ha viajado mucho y ha estado cuatro veces en América. Aquí lo vemos observando nuestro continente.



Zweig conversa en castellano con dos criollos mexicanos, en una "boîte" llamada "Cabaña", que se halla ubicada en la 110 th Street, de la ciudad de Nueva York.

Stefan Zweig aparece aquí mostrando a su editor las fotografías y manuscritos que compondrán su próximo libro.

en realidad, hasta ahora no había logrado conocerla como es debido.

—¿. . .?

—Sí; no había penetrado su alma. Esto me fué cosa difícil; a los países modernos, el progreso les hace presentar cada año matices nuevos, que desorientan. Pero hoy he logrado descubrir el espíritu de América, y amo este espíritu, amo a América.

—Entiendo que hoy es usted ciudadano norteamericano.

—No; soy ciudadano británico, aunque vienés de nacimiento. Austria fué mi patria hasta que. . .

—Los alemanes, ¿no?

—Eso es. Como poseía una hermosa villa en Salzburgo y estaban por llegar los alemanes. . ., preferí irme. Y en Inglaterra compré una propiedad en Bath. Luego pasé al Brasil. Este es un país interesante.

—Discúlpeme — lo interrumpo —; antes de continuar con el Brasil, me gustaría conocer su opinión en torno a lo que le habrían hecho los alemanes si al entrar en Austria lo hubieran encontrado en su villa de Salzburgo. . .

—Claro que no tengo ninguna certeza sobre detalles, pero... Mire, en Alemania quemaron mis libros, todos mis libros, y seguramente se quedaron con muchas ganas de quemarme también a mí. Yo, que no soy un santo, bramé contra ellos, y, claro, si me encuentran en la jaula. . ., no sé.

—Ahora, ¿podemos volver a los viajes?

—Sí, eso me gusta más. Pero le advierto que del Brasil me vine directamente a los Estados Unidos.

—Entonces, volvamos a usted. Los escritores escriben casi siempre más de un libro al mismo tiempo. . .

—Claro, libros de carácter diferente; escribimos uno para descansar del otro. Ahora alterno entre uno cuyo tema es exclusivamente el Brasil, y otro muy diferente, autobiográfico, y que ya tiene título: "Tres vidas".

—¿Será que se refiere a tres vidas diferentes en una sola persona verdadera?

—Justamente; la primera es el período de mi vida, que termina con el colapso de los Habsburgo en Austria; la segunda, dura hasta la declaración de la guerra mundial presente, y la tercera hasta mi establecimiento en Nueva York.

—Se dice que sus libros son editados en muchísimos idiomas. . .

—Los que estoy escribiendo aparecerán simultáneamente en inglés, francés, alemán, italiano y español.

—Sabemos que en Alemania produjo revuelo un libreto de ópera que usted escribió. . .

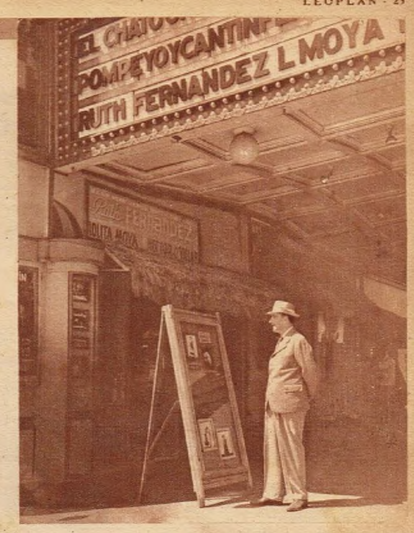
—¡Oh, sí! Un libreto que escribí para la última ópera de Ricardo Strauss: "La mujer silenciosa". Fué estrenada en Dresde, en 1933, a pesar de la oposición del partido na-

zi; éste no aceptaba una obra con un libreto escrito por mí. Pero la energía de Strauss se impuso, y la ópera fué representada.

—Muy interesante todo eso, señor Zweig; pero ahora, para terminar, usted me permitirá que le haga preguntas de esas que exige el reportaje periodístico cuando se trata de un escritor de gran talla (aquí Zweig se sonríe, y no hace aspavientos de modestia). Son éstas: ¿Cómo escribe usted? y ¿Cuál es su "hobbie"?

—Bien. Suelo escribir sobre una tabla que apoyo en mis rodillas, sentado cómodamente en un sillón blando, y luego le dicto a mi esposa, que es rápida dactilógrafa. Con respecto a mi "hobbie", debo decirle que lo conozco porque me lo han indicado los periodistas en diversos reportajes: parece que tengo la manía de coleccionar autógrafos de hombres célebres; también dicen que tengo la de jugar al ajedrez, pero yo creo que a esto no se le puede llamar manía.

Luego que me despido y me voy, me pongo a pensar en que quizá el verdadero "hobbie" de estos hombres famosos sea el de parecer más simples que un par de botas. En todo caso, todos los hombres de verdadero valor, los que no son grandes por su postura ocasional, sino porque contienen los valores dentro de su caja craneana, son sencillos. Stefan Zweig es uno de ellos: sencillo y claro. Y estudia, escruta y planea entre Nietzsche, Kleist, Hölderin, Freud, Stendhal, Casanova, Tolstoi, Verlaine, Baudelaire, Verhaeren, Romain Roland... ◈



Sumamente aficionado a todo lo castellano, el famoso escritor suele asistir con mucha frecuencia a las representaciones hispanoamericanas que se dan en el teatro.

EL CUENTO PATRIOTICO

La última



RELATO DE
UN PEQUEÑO
ALSACIANO

AQUELLA mañana estaba yo demasiado retrasado para ir a la escuela y temía ser reprendido, pues M. Hamel había anunciado que nos interrogaría sobre los participios y no sabía de ellos ni la primera palabra. Por un momento me asaltó la idea de faltar a la clase y tomar mi lección a través de los campos.

¡El tiempo era tan claro y tan templado!

Se escuchaba el canto de los mirlos en el lindero del bosque, y en el prado de Rippert, detrás del aserradero, a los prusianos haciendo ejercicios. Todo ello me tentaba mucho más que las reglas de los participios, pero tuve el coraje de resistir y corrí rápidamente hacia la escuela.

Al cruzar por delante de la alcaldía advertí que había mucha gente detenida junto al muro de los anuncios. Desde hacía dos años era de allí de donde venían las malas noticias, las batallas perdidas, las requisiciones, las órdenes del comando, y, sin detenerme, pensé:

"¿Qué puede haber todavía?"

Entonces, como atravesara el lugar a escape, el herrero Wachter, que estaba con su aprendiz leyendo el cartelón, me gritó:

—¡No te apures tanto, pequeño; llegarás siempre demasiado temprano a tu escuela!

Creí que se burlaba de mí y entré todo agitado en la escuela de M. Hamel.

De ordinario, al comenzar la clase se producía tan grande al-

clase

POR ALFONSO DAUDET



ILUSTRACIONES DE FAIRHURST

boroto, que se escuchaba desde la calle: resonaban los pupitres al ser abiertos y cerrados, las lecciones repetidas en voz alta y la gruesa regla del maestro sobre el escritorio:

"¡Un poco de silencio!"

Yo contaba con todo ese barullo para ganar mi banco sin ser visto, pero precisamente ese día todo estaba tranquilo como una mañana de domingo. Por la ventana abierta veía a mis camaradas sentados ya en sus bancos y a M. Hamel que pasaba y repasaba con su terrible regla de hierro bajo el brazo. Era necesario abrir la puerta y entrar en medio de esa gran calma ¡Piensen ustedes cómo estaría de colorado y temeroso!

Y bien, no. M. Hamel me miró sin cólera y me dijo dulcemente:

"Ve pronto a tu lugar, mi pequeño Frantz; íbamos a comenzar sin ti."

Alcancé mi banco en unas cuantas zancadas y me senté rápidamente en él. Recién entonces, un tanto repuesto de mi temor, observé que nuestro maestro llevaba su hermoso redingote verde, la pechera plegada y el casquete de seda negra bordada que no usaba sino los días de inspección y de distribución de premios. Además, toda la clase tenía algo de extraordinario y solemne. Pero lo que me sorprendió más aún fué ver en el fondo de la sala, sobre los bancos habitualmente vacíos, gente del pueblo sentada silenciosamente como nosotros. Esta-



ban allí el viejo Hauser con su tricornio, el antiguo alcalde, el anciano cartero y muchas otras personas todavía. Todo el mundo parecía triste. Hauser había traído un viejo abecedario, carcomido en los bordes que conservaba abierto sobre las rodillas, con sus grandes anteojos atravesados sobre las páginas.

Mientras yo me asombraba de todo esto, M. Hamel, sentado en su silla y con la misma voz dulce y grave con que me había recibido, nos dijo:

—Mis niños, es esta la última vez que os doy clase. Ha llegado la orden de Berlín de no enseñar más que alemán en las escuelas de Alsacia y Lorena... El nuevo maestro llega mañana. Hoy es la última lección de francés. Os ruego que permanezcáis atentos.

Estas palabras me desconcertaron. ¡Ah!, los miserables. He aquí lo que anunciaba el cartel de la alcaldía:

¡Mi última clase de francés!...

¡Y yo que sabía apenas escribir! ¡No lo aprendería jamás! ¡Cómo me arrepentía ahora del tiempo perdido, de las clases faltadas por correr tras los nidos o patinar sobre el Saar! Mis libros, que siempre encontré aburridos, pesados para llevarlos, mi gramática, mi historia sagrada, me parecían esta vez viejos amigos que me apenaba abandonar. Igualmente a M. Hamel. La idea de que habría de partir para no verlo más me hacía olvidar las penitencias, los golpes de regla.

¡Pobre hombre!

En honor de esta última clase se había puesto sus presuntuosos hábitos del domingo. Y también comprendía ahora por qué esos viejos del pueblo estaban sentados al final del salón. Parecían decir con ello que lamentaban no haber venido más seguido a la escuela. Era también una manera de agradecer a nuestro maestro sus cuarenta años de buenos servicios y de entregar sus deberes a la patria que se alejaba...

Estaba en este punto de mis reflexiones cuando escuché pronunciar mi nombre. Era mi turno para la lección. ¡Qué no hubiera dado para poder decir de una sola tirada esa famosa regla de los participios, bien alto, bien claro, sin una falta! Pero me embrollé en las primeras palabras y permanecí de pie, balanceándome frente a mi banco, con el corazón oprimido y sin osar levantar la cabeza. Oí a M. Hamel que me hablaba:

—No te retaré más, pequeño Frantz; debes estar ya bastante apenado... es la verdad. Todos los días uno se dice: ¡Bah! tengo tiempo suficiente. Lo aprenderé mañana. Y después, tú ves lo que llega... ¡Ah!, es la gran desgracia de nuestra Alsacia, dejar siempre su instrucción para mañana. Ahora esas gentes tienen el derecho de decir: ¡Cómo! ¡Pretenden ser franceses y ni siquiera saben hablar ni escribir su lengua! En todo esto, mi pobre Frantz, no eres tú el más culpable. Todos tenemos nuestra buena parte de reproches para hacernos.

"Vuestros padres no han procurado instruiros lo suficiente. Prefirieron mandaros a trabajar la tierra o a las hilanderías, para obtener algunas monedas de beneficio. Yo mismo, ¿no tengo nada que reprocharme? ¿No os he mandado a menudo a arreglar mi jardín en vez de trabajar? Y cuando quería irme a pescar truchas, ¿no me las arreglaba para despediros?...."

Luego de una cosa y de otra, M. Hamel se puso a hablarnos de la lengua francesa, diciendo que era la más bella del mundo, la más clara, la más sólida; que era necesario guardarla entre nosotros y no olvidarla jamás, porque cuando un pueblo cae en la esclavitud, mientras conserve su lenguaje es como si tuviera la llave de la prisión... Después, con una gramática en la mano, nos leyó la lección. Yo estaba asombrado de ver cómo comprendía. Todo lo que decía me parecía facilísimo. Creo también que yo jamás había escuchado tan bien, y que él nunca había puesto tanta paciencia en sus explicaciones. Se diría que el pobre hombre, antes de irse, quería darnos todo su saber, hacérnoslo entrar en la cabeza de un solo golpe.

Terminada la lección, pasamos a la escritura. Para aquel día, M. Hamel nos había preparado ejemplos absolutamente nuevos, escritos sobre el pizarrón en bella letra redonda: *Francia, Alsacia, Francia, Alsacia.* Esto hacía el efecto de pequeños bande-

rines que flotaran alrededor de la clase, pendientes de nuestros pupitres. ¡Había que ver cómo se aplicaban todos! ¡Y qué silencio! No se oía más que el rechinar de la pluma sobre el papel. En un momento entraron saltamontes, pero nadie les prestó atención, ni siquiera los más pequeñitos, que se aplicaban en trazar sus palotes con un corazón y una consciencia como si esos trazos formaran parte también del francés. Sobre la cumbrera de la escuela arrullaban suavemente dos palomas, y al escucharlas yo me decía:

—¿Las obligarán a cantar en alemán, a ellas también?

De tiempo en tiempo, cuando levantaba la mirada de mi libro, veía a M. Hamel inmóvil en su sillón y observando los objetos a su alrededor, como si quisiera conservar en su mirada su escuelita... ¡Pensar! Desde hacía cuarenta años estaba allí, en el mismo lugar, con su patio al frente y su clase siempre igual. Solamente los bancos y los pupitres estaban pulidos y desgastados por el uso; los nogales del patio habían crecido y la enredadera que él mismo plantara engalanaba ahora las ventanas, hasta el techo. ¡Qué penoso debía ser para el pobre hombre abandonar todas estas cosas y escuchar a su hermana que, en el cuarto vecino, iba y venía arreglando las valijas! Ellos debían partir al día siguiente y abandonar el país para siempre.

A pesar de todo, tuvo el coraje de darnos la clase hasta el final. Después de la escritura tuvimos la lección de historia; en seguida los pequeños cantaron todos juntos el *Ba, Be, Bi, Bo, Bu*. Allá, en el fondo de la sala, el viejo Hauser se había puesto los anteojos, y en voz alta, teniendo el abecedario con las dos manos, deletreaba con ellos. Se advertía que también se esmeraba — la voz le temblaba de emoción — y resultaba tan original escucharlo que sentimos simultáneamente deseos de reír y de llorar. ¡Ah! Yo recordaré siempre esta última clase...

Repentinamente el reloj de la iglesia dió las doce; después, el Angelus. En el mismo momento las trompetas de los prusianos, que regresaban del ejercicio, restallaron bajo nuestras ventanas.

M. Hamel se levantó, pálido, de su sillón. Jamás me había parecido tan grande.

"Mis amigos — dijo —, mis amigos, yo... yo..."

Mas alguna cosa le sofocaba. No podía acabar su frase.

Se dió vuelta entonces hacia el pizarrón, tomó una tiza y, apretando con todas sus fuerzas, escribió con trazos tan gruesos como pudo:

"¡VIVA FRANCIA!"

Quedó allí, con la cabeza apoyada en el muro, sin hablar, mientras con la mano nos hacía señas:

"He terminado ya..., marchad..." ◈

ACTUALIDADES



CINCUENTENARIO.—Con diversos festejos celebróse el 2 del corriente mes el cincuentenario de los Círculos Católicos Obreros, el primero de los cuales fué fundado en 1892 por el presbítero Federico Grote. La foto de la izquierda muestra la primera comisión directiva, en la que aparecen, sentados, de izquierda a derecha: Santiago F. Gahan, Joaquín Bóvedo, presidente; R. P. Federico Grote, fundador; Antonio Solari y David A. Lapido; de pie, Juan Corletto, Francisco Bouvier, Lorenzo Bacigalupo,



PRESIDENTE DE CHILE. — Por gran mayoría de votos acaba de ser elegido presidente de la República de Chile el señor Juan Antonio Ríos, quien culmina así una de las más destacadas carreras políticas del país hermano.



NUEVO SUBJEFE DE POLICIA.—Con general beneplácito ha sido recibido en los círculos oficiales el nombramiento, emanado del Ministerio del Interior y suscripto por el doctor Castillo, designando subjefe de la policía de la capital al inspector general Amleto N. D. Donadío, prestigioso funcionario que ha cumplido una larga y brillante carrera en la mencionada dependencia nacional





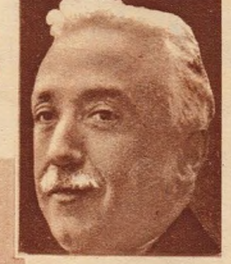
NOMBRAMIENTO.—Por un reciente decreto ministerial ha sido designado comandante del torpedero "Buenos Aires", moderna unidad de nuestra escuadra de mar, el capitán de fragata Eduardo A. Aumann, quien con este nuevo ascenso da un paso más en su ya brillante carrera de marino.

GRAFICAS



Félix W. Dolán, Leo Mirau, José Solesio y Juan Moglia. A la derecha, la actual junta de gobierno de la institución. De izquierda a derecha: Doctor Agustín Poggi, doctor Felipe Sobrero, Eduardo Falcucci, Antonio Arbelaiz, Ezequiel Roldán, presbítero doctor Rodolfo Carboni, Félix B. Marino, presidente; R. P. Jerónimo Reth, Angel C. Palma, Isidoro J. Bolívar, Juan Ireneo González, Román Fernández y José M. Sinde.

ALCALA ZAMORA.—Llegó a Buenos Aires, donde piensa radicarse definitivamente, el ex presidente de la República Española, Dr. Niceto Alcalá Zamora, quien fué recibido en el puerto por muchas personalidades locales y de la colectividad de su país.



INAUGURACION.—En una lucida ceremonia, presidida por el director general de Correos y Telégrafos, doctor Horacio C. Rivarola, y a la cual asistieron otras autoridades de esa repartición, y numeroso público, inauguráronse recientemente las nuevas y amplias dependencias de la sucursal de correos Nº 1 de la capital federal, sita en Avenida de Mayo 757.



BODAS DE PLATA.—Celebrando sus bodas de plata con la profesión médica, ofreció recientemente un lunch a sus profesores, colegas y amigos del cuerpo hospitalario la señora Josefa Agripina Ramos, el cual transcurrió en un ambiente sumamente grato.

De Versalles a Munich



Por

Leandro Pita Romero

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Gustavo V, el decano, el más viejo de los reyes de Europa, uno de los más antiguos de la historia humana, aparece aquí en compañía de sus tres hermanos, algunos de ellos, como puede verse, no menos longevos que el monarca sueco.

GUSTAVO

Un dictamen de Lenín

Si un golpe de Estado estallase en Suecia, el gobierno revolucionario comenzaría por ofrecer una comida al gobierno burgués que acababa de derribar. A su vez, los capitalistas se apresurarían a retribuir esta atención.

¿Saben ustedes de quién es este juicio tan exacto? De Lenín, que lo profirió con el mismo desencanto que si dijese: "En este país no hay nada que hacer". Regresaba Lenín de un viaje a Estocolmo, en la época heroica de su vida de conspirador, perseguido por la policía internacional.

En efecto: en Suecia el comunismo no tiene nada que hacer. La siembra de casi todas las revoluciones es el dolor, y especialmente de la revolución bolchevique, que nació en el dolor y se extendió precedida por el dolor. El Komintern, en sus sabias y terribles instrucciones internacionales, prefería huelgas perdidas a huelgas ganadas, como medios de ahondar el descontento, el sufrimiento y el sentimiento de la protesta.

Suecia es, dentro de lo que cabe en el género humano, un país feliz. Posee una dosis tan privilegiada de cordura, que evita todos los sinsabores humanamente evitables. El ideal de la paz mundial sería hacer del planeta una Suecia desmesuradamente grande. Es un país capitalista, donde gobiernan casi siempre los socialistas. En Ginebra, en

Paisaje de la bella Suecia, país feliz, que es, en el agitado mar del Viejo Mundo, como una boya luminosa representativa de la esperanza de los que aun no sucumbieron y luchan con el temporal desencadenado.

¿Cuándo volverá a jugar su partida de tenis en la maravillosa Niza ese joven anciano, ese rey demócrata que pilotea a su pueblo capeando el temporal, en este atardecer de su vida, largo y sereno como las noches blancas de su nación?

V, EL DECANO

la Oficina Internacional del Trabajo, la delegación obrera sueca votó contra la semana de cuarenta horas, y votó egoístamente, velando por los intereses de la clase trabajadora, seguros de que esa medida, no adoptada por todos los países a un tiempo, perjudicaría al comercio exterior de su patria, produciendo una elevación de los costos y, por tanto, de la vida. El presidente Roosevelt envió, para documentar su política de "New Deal", una comisión a Suecia, para estudiar las condiciones sociales en aquella vieja monarquía europea. En política exterior, la neutralidad es un dogma para los suecos. Paz social dentro, neutralidad afuera.

El regreso de Don Quijote

Esta divisa no es constante en la política sueca. Lo es de la Suecia contemporánea y de la actual dinastía, que culmina en los largos días de Gustavo V, el más viejo de los reyes de Europa, uno de los más viejos de la historia humana. Porque Suecia fué, en días no muy lejanos, una de las más belicosas y afortunadas potencias de Viejo Mundo, y, si fuera casquivana, en vez de ser discreta, podría asomarse al espejo tranquilo de sus lagos innumerables, para cultivar la melancolía de aquel pasado de gloria militar y política, cuando era la señora del Báltico, vencedora de Polonia, de Dinamarca, rival de Rusia, protectora de la naciente Prusia, sede del protestantismo, y llevaba sus estandartes hasta los muros de Praga y los bosques de Transilvania. Hubo, en efecto, una Suecia novelesca, que empieza en Gustavo Adolfo y termina en Poltava en los días de Carlos XII, de cuyo ocaso fulgurante dejó testimonio perdurable pluma tan eximia como la de Voltaire, patriarca de la lengua francesa. Florece, en el intermedio, el episodio galante y cristiano de Cristina, la dama de las altas locuras, que leía a Petrarca entre los despachos políticos de su reinado, y acabó por ofrecer a Cristo su corona, llevada de la mano gentil del caballero de Amarante hasta las gradas de San Pedro, lo que le valió una posteridad ruidosa y poética, y el compartir con la condesa Matilde el raro honor de pudrirse entre los mármoles del Vaticano.

Desde Carlos XII empieza Suecia, como Don Quijote al regresar por segunda vez a los manchegos lares, a descender y a recobrarse de sus aventuras. A la dinastía actual, hija del buen sentido pirenaico de Bernadotte, con gotas de la fantasía marsellesa de Deseada Clary, correspondía la estabilización política y territorial. Gustavo V, felizmente reinante, en sus "primeros ochenta años", es el primer rey de Suecia que gobierna sobre un territorio modestamente nacional, sin anexiones imperialistas ni coloniales. Noruega, unida en las postrimerías napoleónicas, se separó poco antes de subir al trono el rey actual. La ilusión final de este reino, convaleciente de las pasadas glorias, fué la de las islas Aland, pero tal sueño se desvaneció en la conferencia de la paz de 1919, pues se le adjudicaron por el tratado de Versalles a la rediviva Finlandia. Suecia es magra y cuerda, como su rey Gustavo, que no tiene adiposidad ni adorno sobre su cuerpo quijotesco, enhiesto y enjuto, reducido a lo necesario; receta de larga vida.

Dos coronas viejas

Gustavo V renunció a la consagración al subir al trono, no quiso la unción sobre su frente, declinó la ópera wagneriana de la coronación, de sabor imperial. Era un rey a los cincuenta años, edad en que los que nacen poderosos tienen el uso de la razón. Su bisabuela, Deseada Clary, hija de unos afortunados armadores marselleses, no renunció a coronarse, y hubo ceremonia religiosa y santos óleos, y salmos y armiños. Todo el reinado de Gustavo V, culminación del sentido nacional sueco, está ya anticipado en ese gesto sencillo de no querer las exenciones y pasaportes del derecho divino, sino el amor de su pueblo, ganado día

El palacio real de Estocolmo, en cuyos suntuosos interiores, rodeado de quietas aguas, bajo un cielo de cambiantes matices, el rey Gustavo V, tenista consumado, juega ahora su partida más difícil: la de impedir que la contienda bélica llegue a las costas de su país.





Vistiendo con innegable gallardía su uniforme de jefe de la aviación sueca, Gustavo V interviene en una ceremonia patriótica de las fuerzas aéreas de su reino.



Gustavo V es viejo, muy viejo, pero sus arterias no han claudicado aún, y sus músculos están siempre ágiles. Helo aquí, en Norkoeping, durante una visita a dicha población, donde es aclamado cariñosamente por el público.

a día en su ininterrumpido y fiel servicio.

En Europa hay otro rey muy parecido en eso, y en la longevidad, a Gustavo V. Me refiero a Víctor Manuel de Italia, apacible demócrata, frustrado por los ensueños cesáreos de Mussolini, que gobierna con ciertos resabios literarios. Hablando una vez con Poincaré, en los días del Isonzo, le dijo Víctor Manuel que, en materia de perduración de las instituciones monárquicas, consideraba más garantía el voto popular de la monarquía electiva que la legitimidad transmitida por la herencia. Este Víctor Manuel, que cuando habla de la reina nunca dice sino "mi mujer", sencillamente; que no durmió jamás en el palacio del Quirinal, sino en su villa Saboya, de las afueras de Roma, o en su veraniego San Rossore, residencias burguesas, más que palaciegas, y que goza coleccionando monedas romanas, es un Gustavo V frustrado. ¡Con qué desgana ceñirá esa diadema de emperador con que, mal de su grado, le han coronado, y que los azares irrespetuosos de la guerra someten al capricho de sus cotizaciones, tan inestables y veleidosas!

La ilusión de la neutralidad

Gustavo V y su Suecia apacible son hoy el último islote de la neutralidad. Cuando se estableció el ex nuevo orden de Versalles, se dijo que la neutralidad había pasado a la historia; que, en su lugar, se alzaba, en el luciente testero del Derecho Internacional, otro concepto: el de la solidaridad. Organo de esa novedad dichosa era el palacio, hoy callado y triste, de Ginebra. El rey Gustavo se apersonó en la Liga de las Naciones por medio de uno de los más conspicuos ginebrinos, par nada indigno de los Briand, los Titulescu, los Eden, los Benes y los Madariaga: el ministro Sandler, verbo de los neutrales en el areópago del lago Lemán. Deseoso de que fuese verdad la solidaridad internacional que hiciese imposible la agresión, mantenía, sin embargo, la reserva de su neutralidad. La neutralidad podía haber dejado de ser un derecho, pero era un hecho, mantenido ante la locura ajena por las potencias frías. Dinamarca, Noruega, Finlandia, Holanda, Suiza y hasta España, formaron con Suecia, en la Sociedad de las Naciones, el grupo de los neutrales que tuvo el anhelo común de afirmar su abstención de la guerra, visto que la nueva Europa no sabía evitarla, y propugnaban la reforma del pacto de la Sociedad de las Naciones en su famoso artículo 16, a fin de preservar sus territorios de la servidumbre de paso de los ejércitos señalados por la Sociedad como vengadores de los países agredidos; reforma que después apadrinaron algunas repúblicas americanas, entre las que descolló Chile.

Pero la neutralidad era una ilusión, más ingenua aun que la de la paz. No se gana la seguridad con llevar el propio coche a una velocidad moderada, si no se cuenta con la prudencia del que viene en sentido contrario. La carretera es de todos. El neutral, por no temido, resulta pasto de la audacia del agresor. Esta guerra que vivimos es el descrédito absoluto de la neutralidad. No es que la neutralidad no sirva para evitar la agresión; es que la estimula. La neutralidad es una posición solitaria y, por ende, indefensa, que tienta al ambicioso. Neutrales eran Holanda, Bélgica, Noruega, Finlandia, y cayeron, las tres primeras, a manos de Alemania; la última, a las de Rusia. La solidaridad escandinava ha sido menos fuerte que el instinto de neutralidad. Y Suecia vió invadir el año 40 a Finlandia, su antigua provincia, su hermana siempre añorada, sin consentir en su auxilio más que el esfuerzo espontáneo de los voluntarios, pero negándose, ella y Noruega, a dejar pasar ejércitos de socorro de Francia e Inglaterra. Noruega no quiso ni prohibir que se refugiasen en aguas territoriales suyas los barcos perseguidos de bandera alemana. Eso no le impidió caer en manos de Alemania en cuanto la ocasión fué propicia. Ni la rigurosa neutralidad de Holanda, país de corrección ejemplar en sus relaciones internacionales, acertó a evitarle la invasión que hoy sufre. Ni a Bélgica el haberse negado a tener el menor contacto defensivo con los Estados Mayores de sus potencias aliadas. Ni le valdrá a Turquía, ni a Portugal, ni a España, cuando la hora les llegue.

La neutralidad es un concepto que esta guerra parece que va a arrumbar definitivamente. Y, sin embargo, en Suecia es todavía un hecho. Es el milagro del rey Gustavo V, uno de los políticos de más sangre fría de Europa y uno de los enemigos más resueltos de la guerra. Su equilibrio político es una obra maestra, hija tal vez de su gran sentido deportivo. La partida de tenis más difícil que ha



Sportman fervoroso, el soberano de los suecos alienta en su país toda manifestación deportiva. La cámara fotográfica lo sorprendió en momentos en que departe animadamente con la princesa Sibila en un campo de deportes de la ciudad de Estocolmo.

jugado en su vida este campeón es la que ahora está librando en la oscura cancha de su despacho real del Palacio de Estocolmo, rodeado de quietas aguas, bajo un cielo de cambiantes matices.

Una boya luminosa

Más que islote, la paz de Suecia, que es, como la de todos los pueblos del mundo en esta hora turbia, una paz al día, se diría una boya que arbola una luz, una lucecita en medio del mar. Nada la sujeta a tierra. Flota y da tumbos según la violencia de las aguas. A veces parece que las olas se la van a tragar. Al cabo, la lucecita reaparece, cabeceante, pertinaz. Ella representa la esperanza de los que aun no sucumbieron y luchan con el temporal. Que luzca; que dure; que no se apague.

Vela por ella la diligente ansia del rey Gustavo. Es viejo, muy viejo, pero sus arterias no han claudicado aún, y sus músculos están siempre ágiles. La guerra le ha tapado la luz del sol: el sol de la Riviera francesa, donde todos los años acudía, raqueta en mano, a gozar de la vida encantadora del Mediterráneo, paraíso del mundo. Como la reina Victoria de Inglaterra, como Leopoldo II de Bélgica, estos soberanos de las tierras grises o blancas, tenían la necesidad del oro del Mediodía, y de su cielo azul, y de su mar jocundo. En Gustavo V latía, además de esa gravitación poética del abeto por la palmera, mil veces repetida, la tradición familiar de la bisabuela, que desde su ventana de Marsella seguía la llegada y la partida de los barcos que hacían el comercio de Constantinopla, de Creta, del Pireo, de Palermo, de Argel, bajo la consignación paterna; velas de Oriente, cargadas de ilusión, de prestigio legendario, de lejanías; que tocaban en Egipto o en Siria, donde, a la sazón, se jugaba su carrera aquel general tronado y pobre que le hacía la corte y que se llamaba Napoleón Bonaparte...

¿Cuándo volverá a jugar su partida de tenis en Niza ese joven anciano, ese rey demócrata, más presidente que monarca, que pilotea a su pueblo, capeando el temporal, en este atardecer de su vida, largo y sereno como los de las noches blancas de su país? ◈



Un "HIJO DE DIOS" en el

EN TORNO AL DRAMA DE PIEDRA BONITA, LUCTUOSO HECHO HISTORICO QUE TUVO COMO PRINCIPAL PROTAGONISTA A UN FALSO PROFETA, Y QUE ENSANGRENTO LAS ARENAS CALCINADAS DE LOS DESIERTOS DEL NORDESTE DEL BRASIL

La patria del "Lampeão"

FUÉ en la comarca de Villa Bella, en pleno *sertão* pernambucano, tierra calcinada por un sol que siempre parece caer perpendicular, región árida por las continuas sequías, y únicamente rica en bandoleros, de donde salió "Lampeão" para aterrorizar los desiertos durante 20 años de crímenes. En Villa Bella, localidad de Flores, existe un punto que se denomina Piedra Bonita. Un valle fértil donde se levantan dos rocas aisladas, en forma de dos columnas gemelas, de treinta metros de altura. Para los habitantes de los desiertos — gente simple, castigada por una naturaleza despiadada —, estas piedras tenían un poder sobrenatural. Se decía que eran las dos torres de una iglesia sepultada. Y es muy posible que dichas piedras fuesen obra de manos prehistóricas, ya que tienen todas las características de dólmenes druídicos.

El Reino Encantado

En el *sertão* se confunden las leyendas y supersticiones indígenas, africanas y portuguesas. Y fué un pobre campesino, João Santos, quien, por 1836, empezó a esparcir la noticia de que las dos piedras indicaban nada menos que la entrada a un Reino Encantado. Se basaba en una leyenda portuguesa en torno de la figura de Don Sebastián, el famoso rey de Portugal, muerto en Africa, y de quien se afirmaba que, lejos de haber muerto, reinaba en un país encantado donde los pobres se volvían ricos y los enfermos curaban. Y esas dos columnas eran dos torres de la iglesia de esa ciudad enterrada, que esperaba un simple milagro para ser nuevamente de los hombres. João Santos tomó dos pequeñas piedras, que representaban las dos grandes columnas, y empezó a recorrer todo el desierto, propagando su teoría del Reino Encantado.

"—Yo no soy nada — explicaba a todos—, pero El no tardará en venir. Y El será el Hijo de Dios, que volverá a bajar a la tierra para desencantar el reino de Don Sebastián".

João Santos recorrió todas las aldeas y los villorrios del desierto, haciendo una campaña que supo aprovechar un pariente suyo, un tal João Ferreira, que asumió tranquilamente las funciones y los atributos de "Hijo de Dios".

Cunde la locura

Corre 1838. João Ferreira vuelve a visitar las comarcas exploradas por João Santos. Cuenta historias fantásticas, de una poesía sencilla, y prometiendo siempre un mundo perfecto en el que todos los hombres serían iguales, en salud y riquezas. Y después de hacer conocer su figura de profeta, João Ferreira se encamina hacia Piedra Bonita. Y empieza a ir detrás de él toda la miseria del *sertão*. Los ciegos, los paralíticos y los lisiados, son transportados por sus desesperados familiares rumbo a Piedra Bonita, sobre caballos y toscas camillas de palos y paja. Y no menos de trescientas personas se reúnen frente a las dos columnas de granito. Son *sertanejos* famélicos, andrajosos, pero armados hasta los dientes, como está entonces de moda en el *sertão*. Los hay ciegos, lisiados, niños y mujeres, pero casi todos acompañados de sus fieles rifles. Esa turba, fanatizada a un grado inverosímil, llega a ser más peligrosa que cualquier banda de *cangaçeiros* —los temibles bandoleros del *sertão*—. Ellos son *beatos:* a la ferocidad de guerrilleros del desierto agregan el fatalismo y el deseo de matar y morir por el "Hijo de Dios".

Y se forma un villorrio frente a las piedras encantadas. Cada día llegan más peregrinos y se levantan nuevas cabañas. João Ferreira trata de curar a todos los enfermos, y hace lo que pue-

sertão BRASILEÑO

Por

Bernardo Kordon

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIONES DE FAIRHURST

de, pero como es poco, pide a sus fieles que esperen el "gran milagro" que desencantará al reino encantado. Y el "gran milagro" requería sangre.

La sangre del "sertão"

Cerca de Piedra Bonita hay una laguna de agua salada que permanece seca la mayoría del tiempo. Entonces la sal reluce al sol como un espejo. El supuesto "Hijo de Dios" asegura que es la sal de las lágrimas de todas las mujeres y todos los hombres que sufren en el mundo. Y que debajo de esas lágrimas yace el Reino Encantado, que dará la felicidad de la humanidad. La multitud de fieles que lo escuchan diariamente aúlla ante la promesa de João Ferreira, quien pide constantemente la sangre de sus fieles. Las groseras prácticas religiosas fetichistas terminan por enloquecer a la gente. Y un día de mayo empieza la matanza. Un anciano trastornado sube con sus dos nietos a la Piedra Grande y los despeña. Se sacrifican todos los niños que se encuentran en el campamento. Las madres lloran, y según el Santo, esas lamentaciones impiden la realización del milagro. Los hombres empiezan a perseguir a las mujeres para hacerlas callar y terminan por ultimarlas, lo mismo que a los hombres que tratan de defenderlas. En total, en Piedra Bonita son sacrificados 30 niños, 12 hombres, 11 mujeres y 14 perros. Una de las mujeres, de nombre Isabel, es embriagada antes de ser ultimada. Al ser apaleada da a luz. Y la matan junto con su hijito.

João Ferreira observa la matanza desde lo alto de una de las columnas de granito. Y, caso no extraño en los grandes delirios histéricos, la sangre le mana de los ojos, lo que enloquece a sus fieles, que matan para que termine el sufrimiento del "Hijo de Dios".

puede ser únicamenet comparada con el "Facundo", de Sargre, un *sertanejo* consigue escapar inadvertido, y corriendo por el desierto durante un día entero, da cuenta de lo sucedido a las autoridades de la ciudad más cercana. Pero es imprudente mandar cualquier pequeña fuerza policial. Se piden refuerzos al ejército y un batallón se pone en marcha para "aquietar los ánimos" de los fanáticos. La tropa llega frente al campamento de Piedra Bonita el 18 de mayo de 1838. Y es recibida a tiros por los adeptos de João Ferreira. Como sucedería luego en Canudos, se libra una verdadera batalla campal, donde son muertos casi todos los *beatos*.

Y "Piedra Bonita", novela...

Años después, en Canudos sucede algo parecido: las tropas tienen que tomar a fuerza de artillería y cargas a la bayoneta el campamento de los *sertanejos* que siguen a Antonio el Consejero. Euclides da Cunha, entonces militar, describe la campaña de Canudos en "Os Sertões" e inicia con ello la moderna literatura brasileña. Su trascendencia dentro de las letras americanas puede ser únicamente comparada con el "Facundo", de Sarmiento, con la que tiene cierta similitud en tema y estilo.

En 1938, a un siglo del tremendo drama *sertanejo* de Piedra Bonita, el novelista José Lins do Rego aborda en su sexta novela la matanza de los adeptos de João Ferreira. Y la novela se llama así: "Piedra Bonita". Pero Lins do Rego no aborda la historia de cien años ha, sino que hace desarrollar todo el proceso de la fanatización en la época actual. El novelista quiere demostrar que lo de Piedra Bonita puede repetirse cien años después, porque los desiertos del nordeste brasileño son siempre los mismos, con sus sequías que fulminan el ganado y resquebrajan la tierra, con sus campesinos vestidos con ropas de cuero crudo, con *cangaçeiros* y *beatos*. ◈

COMO SE INICIARON EN LA LITERATURA...

Celia de Diego, Celina Neyra de Sola y

Con las respuestas de las conocidas escritoras Celia de Diego, Celina Neyra de Sola y Rosario Beltrán Núñez, proseguimos la interesante encuesta iniciada hace varios números con el propósito de dar a conocer a los lectores de "LEOPLÁN" la forma en que se iniciaron en la literatura las más difundidas y prestigiosas firmas femeninas de nuestro país.

HISTORIA DE UNA "PERLA"

La obra de Celia de Diego abarca por igual la novela y el teatro. Con singular éxito ha publicado "Grandeza serrana", "La exigencia infinita" y "La Tierra llama". Para el teatro escribió, con suceso igual, "Teresa de Jesús" (biografía escénica), y "La última etapa".

La iniciación de esa importante labor es atribuída por Celia de Diego a la casualidad.

Cuando solicitamos la explicación de este enigma aparente, nos contesta con una frase más sibilina aun:

—Sí; mi iniciación literaria se debió a pura casualidad. Y si usted lo prefiere, le diré que se debió a una "perla"...

—¿A una perla?...

—Exactamente, a una "perla" que encontré en un artículo de un difundido escritor argentino: don Manuel Gálvez...

—¿Y cómo sucedió el episodio?...

—En 1929, Manuel Gálvez publicó en "La Nación" un interesante artículo sobre Oriente. Y en él hablaba de *el Dios del Budismo.* Esto me dió ocasión para enviar el dato como "perla" a una revista premiaba y publicaba ese género de hallazgos. Se publicó la "per gané el premio ofrecido, y, lo que es más importante para mí, episodio me valió la amistad, que todavía conservo, del autor artículo: don Manuel Gálvez...

—¿Y de qué modo determinó ese incidente su primer trabajo rario?...

—A raíz del artículo de Gálvez, se me ocurrió escribir una titulada "Breves comentarios sobre el Oriente místico", que se publi a su vez y fué el principio de toda la labor que después he realiza

Tales fueron los comienzos literarios de Celia de Diego, según misma lo refiere. Este ha de ser, sin duda alguna, un caso excepc en la literatura universal: el caso en que el error de un escritor determinado la aparición de una escritora y novelista argentina.

AUTORA A LOS... 5 AÑOS

En la temporada del Colón de 1942 conoceremos un poema escénic titulado "Salomón", con música de Arturo Luzzati, debido a la plum de la distinguida escritora Celina Neyra de Sola. La música de poema mereció un reciente premio de la Comisión Nacional de tura.

Aparte de "Salomón", su autora ha publicado numerosos libros pronunciado muchas conferencias.

El relato de sus comienzos en el difícil arte de las letras es, por parte, uno de los más originales que hemos tenido oportunidad escuchar:

—A los cinco años — declara nuestra entrevistada — ya podía derarme autora. Escribí una obra y se estrenó. Y no solamente estrenó, sino que obtuvo un clamoroso éxito entre el público tente...

—¡Es singular! ¿Y de qué género era esa pieza?

—Espere que le explique el caso, porque no es tan simple parece. A los cinco años yo era dueña de un hermoso teatro de



Celia de Diego.



Celina Neyra de Sola.

Rosario Beltrán Núñez

...res. Mi primera obra la escribí para esa compañía de la cual era propietaria, empresaria y directora. Con todas esas circunstancias, ya comprenderá que no hay autor que se quede sin estrenar. El público que la aplaudió — debo reconocerlo —, era un público parcial: estaba formado por los papás de la autora y el resto de su familia...

—¿Y cuál era el argumento?...

—La obra, el diálogo de la obra, lo escribí íntegramente en las tapas de un libro de Pinal. En ese drama, "auto" o "misterio", pues no es fácil de clasificar, intervenían un inglés, una vieja, una joven, el juez y el diablo. Como reparto no podía darse nada más variado y completo...

—En efecto...

—Es que yo, como muchos autores, escribía los papeles "a medida" para mis actores...

"Bueno; el argumento que me valió mi primer éxito y mis primeros aplausos era el siguiente:

"Al levantarse el telón, el inglés acababa de descubrir que su esposa (la vieja) había desaparecido. Grandemente consternado, después de un monólogo de circunstancias, se iba a ver al Juez.

"El Juez revelaba al inglés que su esposa no se había perdido, ni había sido raptada, sino que, sencillamente, se la había llevado el Diablo.

"El inglés, desesperado, exigía al Juez que hiciera la diligencia necesaria para que su esposa (la vieja) le fuera devuelta. Entonces el Juez argüía que él no tenía jurisdicción en el Infierno; pero, que si se conformaba con ello, él podría indemnizarlo, cambiándole la Vieja por otra esposa: la Joven.

"El inglés, como hombre sentimental que era, ponía sus reparos; pero, convencido por los argumentos del Juez, acababa por aceptar..."

—Ese fué el "drama" que escribí a los cinco años, y que fué largamente aplaudido por mi familia. Después, mucho más tarde, se despertó en mí la afición por la poesía y comencé a publicar mis trabajos...

Tal es, referida por ella misma, la iniciación literaria de una de nuestras escritoras más interesantes. Es de advertir que la afición que la señora Celina Neyra de Sola sentía en su infancia por los títeres, ha perdurado en cierto modo, transformándose en una decidida afición por las muñecas, que ella misma confecciona. Posee en la actualidad una valiosa colección, entre la cual nos recibe y posa para nuestro fotógrafo.

Rosario Beltrán Núñez.

MIENTRAS RUGIA LA TORMENTA...

Es vasta y considerable la obra de doña Rosario Beltrán Núñez. La crítica ha exaltado el valor de libros, tales como "Tierra brava", "Rascacielos", "El retablo de Satanás", etc. Ha producido también para el teatro y es autora de numerosas poesías.

Con estas palabras contesta a la pregunta fundamental de nuestra encuesta:

—Compuse mi primer poema a los doce años. En realidad siempre, desde muy chica, había tenido una profunda afición a los versos. Es posible que en la intimidad de mi conciencia hubiera también deseado hacerlos. Pero recién a los doce años logré mi primera composición poética...

—¿Medió algún hecho especial para inspirarle este primer trabajo?...

—Sí. Debo decirle que yo era particularmente sensible a las tormentas y tempestades que azotan mi provincia: Santiago del Estero.

"Durante una de ellas, inspirada por aquel espectáculo a la vez terrible y magnífico, escribí mi primer poema. Dió la casualidad que mi padre me sorprendió cuando yo terminaba mis versos. Los oculté. No quería mostrarlos. Pero mi padre, creyendo que tal vez podría tratarse de una "cartita sentimental", propia de la edad, me exigió que le mostrara aquellos renglones. Su sorpresa fué grande cuando descubrió que se trataba de un poema. Desde entonces, él fué quien me alentó para escribir y yo he seguido escribiendo. Y así fué como me inicié en una actividad de la que todavía soy cultora..."

Luisa Celia Soto



EL CUENTO DE ESPIONAJE

LA SIRENA DEL

LA monotonía de la navegación en convoy habíase apoderado de todos los pasajeros del "Astrakan" a los tres días del viaje. Las distracciones de la vida de a bordo no eran muchas. Pasaron pronto las que proporcionan los descubrimientos y novedades del vapor. El "Astrakan" era un buque grande, viejo, no muy limpio, con escaso confort y hábitos de persona venida a menos, que conserva la fachada exterior para impresionar a los que no están en el secreto de su existencia difícil. Por dentro, la cosa variaba. El barco crujía, se quejaba ante los embates del viento y del mar; sus máquinas jadeaban, el maderamen gritaba por las noches con lastimeros ayes de dolor; hierros, jarcias, compartimientos y cámaras exhalaban olores y quejidos, añoranzas de tiempos más felices y amargura de continuar navegando entre las dificultades y los riesgos de la guerra. ¡La guerra! La guerra explica muchas cosas, hasta la supervivencia del viejo "Astrakan", al que se le encomendaba una misión peligrosa, misión que había llenado sus calas y bodegas de precioso y delicado cargamento, tesoro de un país amenazado que se quería poner en seguridad.

Vapor mixto, el "Astrakan" era el personaje principal del convoy, destacándose por sus puentes y su tonelaje de los restantes buques que integraban la expedición, menos veloces y más pequeños, carboneros y despintados, que llevaban en sus cascos la impronta de cien puertos febriles y sucios y en sus tripulaciones la huella de los besos apasionados y tristes que se cambian en los cafetines y *cabarets* de los suburbios marineros. Buque insignia y cabeza del convoy, gozaba de las atenciones y cuidados de los diminutos cañoneros que, incansables en su vigilancia, protegían la marcha de la expedición. Pero tenía que acompasar su velocidad a la de sus compañeros, y la navegación se hacía lenta y premiosa, aburrida en su implacable uniformidad.

El tedio invadía a los pasajeros. Los primeros días, la incertidumbre de una mina, el riesgo del torpedeamiento, aumentando las gustosas emociones iniciales del viaje por mar, habían llenado las horas que se hacían interminables después. Una reglamentación rigurosa, las privaciones de todo esparcimiento, la ausencia de comunicación con el mundo trastornado y subyugante que dejaban a la espalda, ponían acentos de misantropía y ascetismo en el deambular de los viajeros.

Escasos eran éstos en las cubiertas superiores: un matrimonio húngaro con su hija, muchacha muy joven, de belleza atractiva y despierto carácter, para la cual las circunstancias especiales del viaje no significaban ninguna preocupación, aparte la de lucir su esbelta silueta con variados *shorts* y *maillots* breves, a través de los que se tostaba su piel morena y suave; la pareja formada por un



"ASTRAKAN" por *Alfonso R. Kuntz*

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

cantante contratado para una república de Sudamérica, hombre gigantesco que hacía olvidar las sutilezas de su arte con su imponente humanidad y su *manager* femenino, escuerzo rubio y frágil, todo grititos y cucamonas, en rivalidad imposible con la juventud exuberante y triunfal de Etelvina, la jovencita húngara; otros dos pasajeros insignificantes, sin relieve alguno, absortos en continuos diálogos sobre la marcha de sus negocios en el Brasil; un matrimonio español, de prócer y distinguida figura ella, y perfiles de hombre de ciencia él, a quienes sus hijos esperaban en Montevideo... Y la búlgara del perro, característica principal que la distinguía mucho más que la de ir acompañada por su esposo, macizo, de pesadas maneras, huidizo en su corpulencia, pronto a eclipsarse en toda ocasión, con vocación especialísima para hacerse invisible, de tal forma que llegaba a olvidarse el vínculo que le unía a su mujer. En la cámara de tercera preferente y en las literas de los emigrantes viajaba un grupo de refugiados políticos, seres arrojados de Europa por la tormenta que azotaba desde hacía años a las naciones del Viejo Mundo. Humanidad preocupada y doliente, que paseaba por la cubierta de proa sin otro pensamiento que el de llegar a la tierra de promisión soñada, donde rehacer sus vidas en la paz y en la tranquilidad.

* * *

¡La búlgara del perro! Mujer sugestiva, de cálidos atractivos incitantes. Se la veía cruzar por todo el barco, recorriendo, infatigable, puentes y pasarelas, cubiertas y cámaras; del *fumoir* al salón y de la biblioteca a la sala de música, siempre con el *chien* pendiente de la correa, acicalado, limpio y rizado como un muñeco de trapo modernista, de líneas graciosas en su horripilante fealdad. Alicia, la rubia balcánica, en constante exhibición de *toilettes* originales y atrevidas, ponía un cierto interés en la navegación monocorde y rítmica, falta de distracciones y de festivales, carente de la ruidosa alegría de las escalas a causa de las restricciones impuestas por la guerra en los puertos en que tocaba el convoy, sujeto a la reglamentación y a las órdenes del Almirantazgo.

Después de Dakar, rota la teoría de vapores, el "Astrakan" se adelantó solo para la travesía del Atlántico Sur, llevándose los pasajeros el sucio recuerdo del día pasado en el puerto africano, de tórrida temperatura, entre el circular de los negros atrafagados en el carboneo, sudorosas sus pieles de ébano y de bronce por la fatiga del trabajo incesante. Angustia del sol abrumador y de la inmovilidad forzosa, del ruido continuo y de la demanda de los negros ingenuos, que asaltaban a los viajeros en incansable petición:

—Chemise, madame! Chemise, monsieur, chemise!

* * *

La brisa de la noche tropical y el

frescor de las duchas borraron pronto la pesadilla de la escala. El pasaje, con puerilidad, indagó la causa de que se redoblasen las precauciones, prohibiendo tener abiertos los *hublots* y da delicia del cigarrillo sobre cubierta, acodados en la borda contemplando el destello de las aguas fosforescentes o acostados en la *chaise-longue*, los ojos prendidos en el fulgor de los planetas lejanos y en el cruce frecuente de las errantes estrellas. Y fué al resplandor fugaz del pitillo medio oculto en la concavidad formada por las manos, cuando tuve la revelación, pasando frente al recodo del bar, en la cubierta superior, de donde me llegó el murmullo apagado de voces apasionadas y anhelantes, el susurro de una caricia, chasquido suave turbador.

¡Conque Alicia y Juan!... Me explicaba ahora las ausencias frecuentes de mi amigo Juan, el radiotelegrafista, a la tertulia habitual, el vaso de whisky en mi mano y en la suya la copa de Martel "cordon bleu", el añejo coñac de su predilección, que calentaba amorosamente y degustaba con placer de sibarita. No sé por qué un sobresalto de inquietud me sacudió ante el conocimiento de aquellas relaciones.

Mi amistad con Juan era entrañable y antigua, hecha de comunidad de ideas y de afectos, puesta a prueba en múltiples ocasiones de nuestra azarosa vida de navegantes. ¿Por qué me asaltaban tristes pensamientos ante la aventura de hoy, análoga a otras vividas en la monotonía de los cruceros? Era inexplicable, pero, sin causa alguna, sin objeción seria, la búlgara no me gustaba. ¿Qué veía yo en ella? No era, desde luego, repulsión física, imposible ante su belleza innegable y su simpatía desbordante. No, no era eso. Qué sé yo. Una desconfianza instintiva me separaba de Alicia, algo más fuerte que yo, un aviso de mi subconsciente siempre alerta. Este viaje tenía para mí presentimientos y zozobras de catástrofe. Quizá la misión que se había encomendado al viejo "Astrakan" impedía mi despreocupación acostumbrada, haciéndome ver peligros inexistentes en todo, hasta en aquella búlgara alegre y desenvuelta que favorecía en su trato a mi amigo Juan.

* * *

La navegación prosiguió con tranquilidad, hallando nuestro buque un mar en calma, límpido y manso, transparente, con ligera brisa que rizaba la superficie de las aguas. Nos acercábamos a las costas americanas. Unas horas más de la misma plácida marcha y el "Astrakan" habría dado cima a su cometido y podría dejar en seguridad las cajas que encerraban el tesoro de nuestro país, garantía del desenvolvimiento económico y de la prosperidad futura de la patria, y también recurso indispensable para continuar la guerra hasta el aniquilamiento del odioso agresor. Mi ánimo se había tranquilizado y ya no asaltaban mi mente pensamientos trágicos. Una sonrisa comprensiva y cordial dedicaba yo a Juan, felicitándome por no haber molestado sus dichosos pasatiempos con mengua, además, de mi caballerosidad.



Y fué entonces, precisamente entonces, en el atardecer de un día que había sido luminoso y radiante, entre las dos luces del rapidísimo crepúsculo ecuatorial, cuando la catástrofe se produjo brutal e imprevista. Alguien dió el tardío grito de alarma, cuando la estela venía hacia nosotros veloz y certera. Un choque, una explosión horrísona, un silencio impresionante. Después... Alaridos de espanto cubrieron el crujido siniestro de la vieja nave que se precipitaba en los abismos del Océano; seres que se agitan en pos del salvamento imposible; y la visión de Juan, el camarada de tantos años que, perturbado sin duda por el torpedeamiento, disparaba su revólver contra dos bultos que se habían arrojado al agua y nadaban alejándose de los restos del "Astrakan" en dirección a una sombra que venía a toda velocidad hacia nosotros.

....

Pude, Dios sabe cómo, encaramarme a una balsa que flotaba próxima y arrastrar a ella al enloquecido Juan. ¡Qué semblante el suyo! ¡Qué expresión desoladora y trágica! Inconsciente, con la mirada extraviada y fija, no respondía a mis llamadas y requerimientos afectuosos, cada vez más apremiantes por la situación en que nos encontrábamos. Hasta que su cuerpo se estremeció en un espasmo, se nublaron sus ojos y la tensión horrible y agotadora de sus nervios se disolvió en amargo llanto.

Le dejé llorar. Sin transición, cuando se hubo calmado, me interpeló:

—¡La infame! ¿No los has visto cómo huían a reunirse con los suyos?

Creí que continuaba su alucinación. Y entonces, atropelladamente, ante mi expresión de extrañeza y asombro, las palabras salieron a borbotones de sus labios resecos, y me explicó:

—Alicia, la búlgara, es la culpable. ¡Qué tonto, qué niño, qué miserable he sido! Caí prendido en su encanto de fémina incitante y perversa, atrevida y gentil. Fueron unos días divinos, de encuentros furtivos y frases cambiadas en la soledad. Durante mis guardias nocturnas tuve su compañía deliciosa y amable, que hacía pasar las horas rápidas y etéreas, consumiéndose en el fuego de nuestra pasión. No tuve fuerzas, no supe resistir. Día a día, con candor increíble que desarmaba mis posibles sospechas, sospechas que no tuve, ¡ay!, fué inquiriendo nuestro destino: ¿a qué se debían las precauciones que tomábamos?, ¿qué precioso cargamento encerraba el "Astrakan" en

sus entrañas? Ciego, loco, insensato, a todo respondí. No me daba cuenta de nada, no veía más que la sonrisa de su boca, la luz de sus ojos, el rubio dorado de su pelo perfumado y subyugador. Hace unas horas...

Juan pasó una mano por su frente, hizo una pausa en la que debieron cruzar ante su retina los instantes atroces, tan próximos y tan lejanos ya, y continuó con voz opaca, apagada, sin entonación, como puede hablar un autómata, un ser sin voluntad ni espíritu:

—Hace unas horas —prosiguió—, estaba yo en mi cabina. Era mi turno de guardia. Con los auriculares puestos, estaba a la espera de las comunicaciones cuando sentí en la puerta su llamada, los golpes convenidos, el repiqueteo de sus dedos de nardo. Abrí en seguida, con la cautela acostumbrada. Entró Alicia y, cuando la estrechaba entre mis brazos, entró él...

Le miré absorto, sin darme cuenta, sin saber a quién se refería. De pronto me gritó con violencia:

—¡El, el marido, el cómplice!

Luego, calmándose, siguió:

—Al principio no comprendí, viéndome apuntado por un arma. Pero pronto, su cínica explicación y los movimientos de los dos me lo aclararon todo.

"—El tesoro del Banco, ¿eh? —dijo con sorna—. ¡A salvo! ¡Imbéciles! —Y rompió a reír mientras se echaba sobre mí—: ¡Alicia, a lo tuyo!"

"Miré absorto, alelado, creyendo soñar aún. Ella, dócil y diestra, manejaba ya el manipulador. Intenté impedirlo arrojándome sobre los aparatos, pero un golpe en la cabeza me hizo caer.

"Desperté, todavía inconsciente, levantado por una sacudida y el atroz estampido de la explosión. Apoyándome en las paredes, medio a rastras, salí de la cabina y llegué a la borda. Y los vi. Nadaban los dos, se marchaban hacia el submarino que habían atraído. Eran unos espías, unos miserables espías. Disparé mi revólver. ¿Les di, crees tú que los alcancé?"

Me di cuenta de que sacudía mi brazo. No le contesté. Su relato me había dejado incapaz de raciocinio. Miraba a Juan sin conocerlo, como si lo viese por primera vez, como si fuese un extraño para mí. Sus palabras zumbaban en mis oídos y martillaban en mi cerebro. A ráfagas, algo penetraba en mi mente. ¡El tesoro del Banco! ¡El vapor hundido! ¡Alicia, la búlgara! ¡Juan!

....

En el firmamento las estrellas parpadeaban impasibles. La noche estival era de una belleza sobrehumana. La balsa, impulsada con dulzura por las olas tranquilas, se mecía blandamente. Cuando volví en mí, Juan no estaba. Cerca, un remolino alteraba la apacible serenidad del mar.

❦ ❦ ❦

La tragedia no dejó más rastro ni tuvo otros ecos que la gacetilla publicada en algunos diarios dando cuenta del torpedamiento. Acaso un grupo humilde de refugiados que huían de Europa encontró la paz definitiva antes de arribar a la tierra de promisión. Y en mi viaje de regreso, sobre cierto lugar del Océano, que sólo yo conozco, arrojé a las olas unas brazadas de flores mientras me descubría en silencio, pensando en Juan ◈

SIETE MIL MUJERES PRACTICAN DEPORTE

EN 1928, A CERCA DE MEDIO SIGLO DE SU FUNDACION, SOLO HABIA EN LA ENTIDAD UNA ASOCIADA. HOY PASA DE SIETE MILLARES EL NUMERO DE PORTEÑAS QUE CONCURREN CASI DIARIAMENTE A LAS DEPENDENCIAS DEL PROGRESISTA CLUB



Elsa Irigoyen, campeona de esgrima que se inició en las filas del club.

Siete de las siete mil socias de Gimnasia y Esgrima, paseando, después de una zambullida, por los jardines del amplio local social.

EN EL CLUB GIMNASIA Y ESGRIMA

Por Juan González Bayón

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FOTOGRAFIAS DE BORELLÍ



Tres socios de Gimnasia y Esgrima durante unos ejercicios de interesantes danzas clásicas.

El patinaje es, como la natación, uno de los deportes que con más entusiasmo practica la mujer argentina.

A tono con la época

CADA día es más importante el puesto que la mujer argentina desempeña en la práctica del deporte.

Lejos ya la época en que las mujeres revelaban su recato y su indolencia permaneciendo alejadas de los centros y lugares donde los hombres ejercitaban sus habilidades gimnásticas y deportivas, hoy, a tono con el tiempo y la realidad, han hecho del deporte, no sólo su diversión preferida, sino el medio más eficaz para el logro de la armonía física, verdadero secreto de la moderna belleza femenina.

Ningún deporte escapa ya en la Argentina a las posibilidades de la mujer.



Sra. Rosa F. de Aldao, primera asociada.



Camino de la piscina.



En la pista de patinaje.



Dispuesta a hacer filigranas.

Todos, desde la equitación y la esgrima, hasta la natación y el tenis, encuentran en ellas diestras y hábiles cultoras.

Un testimonio de nuestras afirmaciones nos lo proporciona la visita que acabamos de realizar al club Gimnasia y Esgrima de esta capital.

Oigamos al señor E. Juan Almeyda, jefe de la oficina de prensa de la institución.



Alicia Laviaguerre, campeona de natación, que se formó también en el club Gimnasia y Esgrima.

La primera socia

—¿En qué año — interrogamos para iniciar la conversación — fué fundado el club?

—En 1880.

—¿En esa época figuraba ya alguna mujer como socia activa?

—¡Ah, no! — responde el señor Almeyda —; debimos esperar varios años antes de consignar en nuestros registros el nombre de una mujer. En aquella época el deporte no les interesaba.

—¿Podría precisar con exactitud la fecha de ingreso de la primera socia?

Nuestro entrevistado abre un enorme libro y lee:

—1º de enero de 1928.

Luego comenta:

—Como ve, cuarenta y ocho años después de haber fundado el club. Fué una larga y paciente espera, que hoy, sin embargo, tenemos ampliamente recompensada.

En efecto, el club Gimnasia y Esgrima recibe, de parte de la mujer porteña, una cantidad de solicitudes de ingreso muy superior a la que sus dependencias, no obstante ser de las más amplias y confortables de la República, le permiten aceptar. Por ese motivo sus autoridades se hallan abocadas a una tarea de ampliación de su sede central, que cuenta ya con un magnífico edificio de diez pisos en la calle Bartolomé Mitre.

Natación y patinaje

Conocidos estos detalles que espontáneamente nos revela el señor Almeyda, volvemos a preguntar:

—¿En qué cantidad estiman ustedes el número de socias con que cuenta la institución?

—La cifra no debe calcularse en menos de siete mil, pero estamos convencidos de que una vez terminadas las nuevas instalaciones esa cifra ha de ser aumentada considerablemente.

—¿Cuál es el deporte por el que sienten preferencia las mujeres?

—En realidad — responde el señor Almeyda —, ninguno es ajeno a su interés, pero la natación y el patinaje sobre hielo son a los que evidentemente dedican mayor solicitud.

—¿Y la esgrima? — preguntamos, al reparar en una aficionada que pasa esgrimiendo el florete.

—Este viejo y caballeresco deporte, que cada día practican en nuestro club mayor cantidad de socias, nos ha proporcionado la satisfacción de que de aquí hayan salido campeonas tan prestigiosas como Elsa Irigoyen, Carlota Achával y Ursula Rissmann.

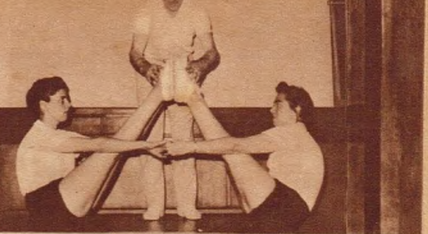
—¿Qué otras campeonas ha dado a nuestro deporte el club Gimnasia y Esgrima?

En el rostro del señor Almeyda se dibuja una sonrisa. Hemos entrado en un terreno que evidentemente es de su agrado. Responde así:

—En natación, por ejemplo, entre otros, podemos citar



Un grupo, junto a la pileta.



Gimnasia y simetría.

los nombres de Alicia Laviaguerre, Inés y Celia Milber y Margit Andresen, todas campeonas de relieve internacional...

Deporte y... amor

—Además de los beneficios que el deporte en sí proporciona a la mujer, ¿en qué otra forma cree usted que opera sobre ella?

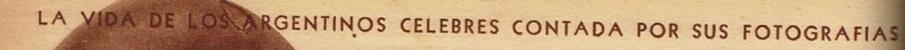
—Mis observaciones y mi experiencia — contesta el señor Almeyda —, me permiten afirmar que el club, entre otras cosas, sirve para establecer entre sus componentes vínculos espirituales de un valor inapreciable.

—¿Vínculos que consisten en...?

—Pueden concretarse en tres palabras: amistad, camaradería y... amor. El hecho de que las mismas personas se encuentren con frecuencia en un mismo lugar, determina entre ellas una relación, que poco a poco se va concretando en amistad, amistad que a su vez, y con bastante frecuencia, conduce al Registro Civil. Entre los componentes de nuestro club esto se produce a menudo. Son muchas las socias que han conocido aquí a los que ahora son sus esposos.

"Las mujeres, por otra parte, sienten por el deporte en sí un interés que cada día es mayor. Es un signo de nuestra época. La necesidad de vivir la vida en la total plenitud, sin escatimar ninguna de sus emociones. Hay en todo esto una comprobación de fuerza y optimismo. La mujer está demostrando que sin abandonar ninguno de los menesteres que son de su particular incumbencia, puede realizar otros que en un tiempo se consideraron privativos del hombre".

Con estas palabras del señor Almeyda damos por terminada nuestra entrevista. Al retirarnos, observamos a un grupo de hermosas jóvenes que con las valijas en la mano esperan el ascensor para subir a una de las dependencias del club. Sus rostros confirman las palabras de nuestro entrevistado. Revelan optimismo, alegría, deseos de vivir. Es, tal vez, un testimonio de refirmación humana frente a la tenebrosa oscuridad de nuestro tiempo. ◈



Vicente G.

1 El doctor Vicente C. Gallo nació en la ciudad de Tucumán. Esta foto lo presenta en compañía de su tío, don Ernesto Colombres. Fué tomada en agosto de 1874, cuando el doctor Gallo contaba nueve meses de edad. Por la parte de su padre, don Vicente Gallo, desciende de don Pedro L. Gallo, firmante del Acta de la Independencia. Por la de su madre, doña Dolores Colombres, es bisnieto de otro firmante del Acuerdo de San Nicolás.

2 Recibió su instrucción primaria en la escuela de Santo Domingo, que dirigía fray Angel M. Boisdron. Luego tuvo de profesor, en la Escuela Normal, a don Pablo Groussac. Se recibió de bachiller en el Colegio Nacional de Tucumán, cuyo rector era don Sixto Terán. La foto lo muestra a los diecisiete años, ya en Buenos Aires, dispuesto a ingresar en la Facultad de Derecho. Lo acompañan Carlos y Ezequiel Paz.

5 Con el máximum de votos sobre sus rivales es reelecto en 1916. Sus discursos, en los que hizo triunfar la tesis más favorable a la autoridad del Congreso, se citan como modelos del género en Derecho Constitucional. En 1919, época en que lo muestra la foto acompañado por el doctor Alvear y autoridades del partido, era senador nacional. Resultó entonces vencedor en los comicios sobre candidatos como Justo y De la Torre.

6 Mientras tanto el doctor Gallo, entre sus múltiples actividades, ejercía la función docente. Era profesor suplente de Derecho Administrativo desde el año 1899. Y en 1920, fué nombrado profesor titular de la materia.



3 Tenía el doctor Gallo 24 años cuando se recibió de abogado. Como ocurrió en su ciudad natal, cuando realizaba sus estudios de la escuela primaria y el bachillerato, fué un alumno destacado y obtuvo brillantes clasificaciones.

Gallo

7 Su pasión era la política. En 1923 renunció al cargo de profesor para ocupar el Ministerio del Interior, bajo la presidencia de Alvear. En la foto aparece, en 1924, dirigiéndose al Tedéum, junto con Alvear y los demás ministros.

4 Su primer discurso político lo pronunció el doctor Gallo a los doce años, al proclamarse la candidatura presidencial del doctor Bernardo de Yrigoyen. Afiliado al partido radical en 1891, actuó desde entonces en primera fila. Electo diputado por la capital, en 1912, triunfó sobre rivales como Zeballos, Justo y Palacios. En esta foto, de 1915, aparece con los doctores Alfredo L. Palacios y González Calderón.



8 Aunque afecto en un principio a don Hipólito Irigoyen, tuvo luego con éste acusadas divergencias. A raíz de eso fué erigido dirigente de las fuerzas denominadas antipersonalistas. Como tal integró la fórmula presidencial Melo-Gallo. La foto lo muestra en aquella oportunidad, dirigiéndose por radio al electorado del país, durante la campaña del año 1928. Junto al doctor Gallo posa el propietario de la emisora.



9 Año 1925. En esta caricatura aparece el doctor Gallo junto al doctor Alvear, armado caballero, y frente a Irigoyen, convertido en feroz dragón. "Si no fuera por el dragón —pone en boca del primero el caricaturista—, podríamos entrar al castillo —el Congreso—, donde nos recibirían a toque de clarín. Pero el remedio es fácil: no hay más que eliminarlo". Y responde don Marcelo: "Es cierto. ¿Y por qué no lo elimina usted?"



11 Y nos aproximamos así al momento en que el doctor Gallo es exaltado al más alto cargo a que puede aspirar un universitario. En 1934, la Universidad lo eligió su rector, en reemplazo del doctor Angel Gallardo. Debía así culminar su carrera docente. En 1935, el doctor Getulio Vargas, presidente del Brasil, visita nuestro país. Con tal motivo, vemos aquí al doctor Gallo entregándole el diploma de doctor "honoris causa".

12 A principios de 1937, aceptando una invitación de carácter amistoso, concurre, en Mar del Plata, a un almuerzo, en la quinta particular del señor Lungazzo, servido en honor del mismo doctor Gallo, el doctor Ortiz y el ex intendente, doctor Goyeneche. Es ésta una de las pocas fotos de Gallo, de esa fecha, en que aun aparece disfrutando de buena salud.

13 A fines de 1937, un ataque de hemiplejía le deja inertes el brazo y la pierna derechos. Para poder escribir, educa su mano izquierda. Publica tres libros y sigue como rector hasta mayo de 1941. Un nuevo ataque lo paraliza, entonces, completamente. No puede hablar ni escribir. Los médicos tienen grandes esperanzas en curarlo. Esta es la última fotografía que se obtuvo antes de verse obligado a abandonar toda actividad.



10 Desde 1928 en adelante, el doctor Gallo sólo se dedicó a la vida privada y a la atención de su acreditado estudio de abogado. Producida la revolución de 1930, le fué ofrecido el cargo de vocal de la Suprema Corte de Justicia, que declinó, teniendo igual actitud al serle ofrecido el mismo cargo por el presidente Justo. Esta foto lo muestra, en 1932, con el doctor Alessandri, ex presidente de la República Chilena.





¿QUIERE USTED SER ARTISTA? En las sabias lecciones anteriores han aprendido ustedes perfectamente, si es que no son unos pazguatos, a besar a las mujeres, los hombres, y a dejarse besar, a tiempo que dicen *no*, las mujeres; a hacer creer, lo que no es, al público y aun a sus mismos compañeros de comparsa; y a gritar "¡salve!" con ímpetu contagioso cuando más ganas tienen de irse a dormir o de acogotarme a mí por ser profesor severo. Con esto ya pueden largarse en el mundo de las aventuras teatrales; ir a pedir trabajo a las compañías de teatro nacional, o al Colón, como primeros bailarines o cantantes solistas, cualquier cosa. Ya se sabe que de todas partes los van a echar, porque no es así ni en tres lecciones cómo se conquista el pináculo de la gloria. Pero no importa, también empezaron por algún lado Sara Bernhardt y Libertad Lamarque. Si no es al año, será a los cinco, a los diez, a los veinte; pero los tomarán. Después, lo principal será estudiar debidamente y con método los papeles. Para que lo hagan bien, les daré hoy la única y última lección. Hay que estudiar en sandwich, esto es, la mujer en el medio, con el libreto, y los hombres a los lados. De este modo ella no puede distraerse porque está controlada por el que quedaría desairado; y ninguno de ellos puede dedicarse a ella porque tiene al otro de testigo y de rival. No importa que ella quede entre los dos un poquito apretada, si es que ellos son un poco cortos de vista; y la medida se puede calcular apretando hasta que ella se enoje; entonces hay que aflojar, como buenos caballeros; aflojar lentamente, hasta que ella sonría, y ahí detenerse. Bueno, esta es cuestión de tacto. El caso es que de esta manera se estudia bien el papel. Ahora, lárguense no más. Y verán. — PROFESOR ROJAIJU.

SIN COMPAS

COSAS RARAS, CURIOSAS, ILUSTRATIVAS.

LO PRESENTO

El famoso actor italiano Luigi Carini tenía que salir a escena representando el papel de Napoleón en "Madame Sans Gene"; pero no encontrando entre bastidores al que debía presentar a "Su Majestad el Emperador", se dirigió al primer partiquino que vió allí y le dijo:

—¡Pronto! Ve adelante y anúnciame.

El otro abrió la puerta del foro, se encaró con el público, y, haciendo una gran reverencia, gritó:

—¡El señor Carini!

EPITAFIO

Aquí descansa una hermosa
Que murió de enamorada;
No fué soltera ni esposa
Ni realidad, sino cosa
De cuento de edad pasada

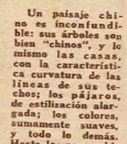
Dras

Dijo La Rochefoucauld: Todo lo bueno que se diga de nosotros, no nos enseña nada nuevo.

DEFINICION

La Lógica es la mecánica metafísica. — ZARUS.

ANIMAL CHINO



Un paisaje chino es inconfundible: sus árboles son bien "chinos", y lo mismo las casas, con la característica curvatura de las líneas de sus techos; los pájaros, de estilización alargada; los colores, sumamente suaves, y todo lo demás. Hasta los peces chinos son extraordinaria y particularmente chinos. Y ahora tenemos a aquellas gentes preocupadas con un animal que trota como los caballos, rebuzna como los burros, tiene la cola como las mulas, y sus pezuñas se parecen a las de las vacas; en fin, es un verdadero animal chino, y ellos no saben si se trata de un ciervo o de otra cosa.

CAMPEONAS DE TEJO

Se diría que esto es norteamericano, y lo es. Se trata de un jueguito en el que, por milagro, la cosa no consiste en correr tras una pelota, como ocurre en todos los juegos modernos: polo, fútbol, rugby, basketball, baseball, tenis, croquet, bolos, ping-pong, golf, etc. Es nada menos que el tejo norteamericanizado, inventado para los vapores, y llevado ahora a los jardines. Estas muchachas son las grandes campeonas de tejo, y se están luciendo ante la cámara. ¡Dios les conserve las piernas!



ACLARACION

—No, no es un accidente automovilístico. Se trata de un accidente "de oficina". Su esposa sorprendió a su secretaria sentada en sus rodillas.



GANO ROSITA

Esta señorita, que se llama Gabriela Carmen Victoria Viñolas Moreno Shauer, es Rosita Moreno. Como buena mejicana, es consumada amazona, y jugó una apuesta a que iría de Buenos Aires a Hollywood cabalgando un matungo.

—Se olvida usted de que no es tan fácil atravesar las selvas y las montañas que encontrará en el camino — le advirtió el contrincante.

—No lo olvido — respondió ella.

—¿Será, entonces, un Pegaso su matungo?

—Tampoco, y ni siquiera sabe nadar el pobre.

—Pues, si no me miente, ganaré la apuesta — concluyó el otro.

Y no mintió, pero ganó Rosita Moreno, según se desprende de la foto.

ARQUITECTURA MODERNA

Esta casa, construída — si a esto se le puede llamar construcción — con "materiales diversos", no constituye ninguna curiosidad para ningún ciudadano moderno. Cuanto más avanza la civilización y se apeñusca la gente en los centros urbanos, más se construye de esta manera; esta arquitectura prospera a la par de la de Le Corbussier y los rascacielos. Es, pues, moderna, y señala una época de gran adelanto. Respetémosla.

EL ARTE DE ECHAR HUMO

En el número anterior los asombré a ustedes demostrándoles que yo tenía la cabeza llena de humo, y espero que no lo habrán dudado, pues es posible que ustedes también la tengan, con la desventaja de que no lo sepan... Pero dejemos esta discusión estéril, y vamos a los cigarrillos. Quiero hacer la sensacional declaración confidencial de que aquel humo que me salía de la cabeza provenía de los cigarrillos, ¡de los cigarrillos que tenía dentro de la boca cerrada! ¡Qué barbaridad! Sin embargo, ustedes pueden también hacerlo, y ello es muy fácil; todo está en no quemarse. ¡Y ya ven qué poca cosa se requiere para asombrar al mundo de los inteligentes! Hagan así: pónganse tres cigarrillos entre los labios, procurando no ponérselos del lado del fuego, o, para mayor seguridad, procurando no encenderlos sino después, y encenderlos del lado de afuera. Uno de los cigarrillos deberá quedar en el medio, y dos a los lados; si no les resulta así, avísenmelo telegráficamente, pues habrán ustedes dado con algo maravilloso, extraordinario, estupendo, y que preocupará enormemente a la ciencia universal. Bueno, por hoy basta, ya tienen bastante con la tarea de observar hasta el próximo número la posición en que quedarán en la boca los tres cigarrillos. Y es muy posible que lo que no he conseguido yo lo consigan ustedes si son sagaces y logran que quede en otra parte el cigarrillo del medio. — PROFESOR TOSCANINI.

NI RITMO

PINTORESCAS Y HUMORISTICAS

Epigrama

No sé por qué amor "platónico"
llaman al que es puro y casto;
porque, si es amor de ayuno,
¿para qué hace falta el plato?

V. Martínez

...Y ASUNTO CONCLUIDO

Un norteamericano llega a Milán durante unas festividades, y deseoso de pasar la noche allí, entra en una posada, y dice al posadero:

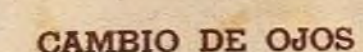
—Desearía alquilar una habitación.

—Están todas ocupadas, señor; hasta el billar tengo comprometido.

—Vea —dice el norteamericano—; no tendría inconveniente en dormir en el baño.

—Señor, en él duerme mi hija...

—Bueno —responde, decidido, el viajero—; me casaré con ella.



CAMBIO DE OJOS

Pronto las mujeres dejarán de ser las que vemos para ser muy diferentes, a fuerza de querer ser lo que no son. El maquillaje hace progresos desesperantes. Se acuesta Julia y amanece Juana. Sólo que, como es maquillaje externo, vaya y pase. Lo tremendo es que ya tienen a su alcance modificarse hasta el color de sus ojos. Un buen día amanecen con ojos azules las morenas, o con ojos negros las rubias. Hasta ahora se obtenía esto por medio de inyecciones; hoy se lo obtiene con cierto régimen alimenticio y determinada luz. La cosa se pone peligrosa. Aunque quizá divertida.

LAS DOS CRIOLLAS

Esto de haber construído la imagen de las Américas con rosas de varios colores, delineando así las diversas naciones de este continente, ha de significar, para muchos, nada más que una trabajosa fantasía puramente decorativa. Para nosotros, en cambio, significa la gran verdad de que en estos países de América todo son flores. Y, por otra parte, ¡qué flores! La latino-criolla, en representación del Sur, y la saxo-criolla, en representación del Norte, ¡y a cual mejor!

IDIOMAS DEL MUNDO

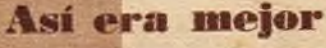
Hay en el mundo nada menos que 6.760 idiomas, según el último censo realizado por los filólogos. De esas lenguas, hoy sólo se hablan 2.796, cosa que no es tan poco que digamos.



OJO POR OJO...
por GONZALEZ FOSSAT

CARNAVALESCA

No sabemos bien cómo terminó esta escena, porque nos fuimos. La señora Juana López estaba empeñada en sacarle el pucho de la boca a este individuo, que, según ella, era su marido; solamente que "un poco crecidito", decía. Lloraba y lloraba. "¡Cómo ha crecido mi marido!", repetía. "¡Y se va a quemar con semejante pucho!" Nadie podía convencerla de que no era su marido. "¡Si es igualito!", insistía. Como sucedió una noche de carnaval, nosotros sospechamos que el gigante no era sino una máscara que estaba engañando a la pobre señora. He aquí la foto.



Así era mejor

El lector, si es viejo, recordará que desde que nació y desde que se construyen barcos chicos y grandes, éstos han sido botados al agua en el sentido de su eslora; cortaban las amarras y el gran casco se deslizaba por fuerte rieles de madera que se recalentaban con el frotamiento y había que regarlos. Ahora, de repente, han descubierto que en lugar de largarlos cuesta abajo de punta, con echarlos de costado, ahí no más, ya está, y es mejor. ¡Cuántos años necesita el hombre para descubrir las cosas más fáciles, cuando no se trata de matar en la guerra!



Humahuaca, la ciudad

EL TIEMPO PARECE HABERSE DETENIDO PARA SIEMPRE SOBRE LOS MUROS CARGADOS DE HISTORIA DE LA PINTORESCA POBLACION JUJEÑA

Por Dinorah Olmos ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Muchacha de Humahuaca, luciendo airosamente la vestimenta típica de la región.

Camino de Humahuaca

VAMOS camino de Humahuaca; llevamos ya algunas horas de tren. Paisaje de montaña.

He aquí un cerro perfecto y regular en sus perfiles. Es una maravillosa pirámide, tumba colosal de algún poderoso rey de la montaña.

Allá en el fondo, grutas prehistóricas, oscuras cavernas donde pareciera habitar algún cíclope desconocido.

El cerro, a veces abre su entraña roja y noble. ¿Qué fuerza extraña impelió esas moles hacia arriba? ¿Qué misterioso Vulcano habita allí abajo entre sus fraguas?

He aquí una montaña y luego otra velada de azul. No hay duda de que el cielo ha bajado a la tierra...

Maimará; Makallé...

Pasamos por estaciones con nombres indios: Maimará... Makallé... Detrás de la estación terrosa y humilde se levanta una muralla inmensa, largo paredón cortado en la roca. Quizá defiende como orgulloso baluarte la ciudad perdida del último inca.

Siento una voz amiga. Es uno de mis compañeros de viaje que me convida con té.

—No..., no..., gracias; no quiero nada, nada más que beber con los ojos toda esta hermosura..., todo este glorioso desfile de tierra nuestra.

Indios...

Allá abajo, por el lecho pedregoso de un río casi seco, avanza una cabalgata. Son indios, "coyas". Se dirigen a festejar el carnaval en Humahuaca.

Llevan trajes vistosos; sobre el cerro gris se recortan las polleras rojas, las

que duerme en la Quebrada



En Humahuaca parece haberse detenido el tiempo. Las horas no pasan. Hasta el paso cansino de los asnos — medio generalizado de locomoción — dice de épocas remotas y sin evolución.

Una indígena de Humahuaca llevando a su hijo al modo tradicional. Una y otro visten la pintoresca indumentaria que es usual en los pueblos de la Quebrada.

batas y rebozos verdes y amarillos, y los ponchos listados. Llegamos a otra estación. Estoy viendo a un indio ciego. Calza ojotas y se cubre con sombrero "ovejón"...; tiene la cara y el alma a oscuras.

Seguimos la marcha. En los pasillos, baúles, canastas, jaulas, aglomeración, polvo. Afuera, la gloria del cielo y de la tierra nuestros.

El aire, fresco y virgen, trae perfumes extraños y húmedos. Un derroche de guijarros brillantes que se desgrana desde una cumbre. Es la pedrería de la montaña.

"¡Plomo casi purito!..."

Otra estación: ranchos de adobe "torteado". Pobreza. Desolación.

Ya comienzan los cardones su eterno peregrinaje hacia las cumbres. Escucho retazos de conversación:

—...y andaba de aquí para allá como un pordiosero... Buscaba mineral..., y de pronto...

—...sí, señor, las piedras que arrimó al fuego, ¿querrá creerme?..., eran plomo casi

purito, señor... Así se descubrió la mina...
Pregunto:
—¿De qué hablan?
—Hablan del hombre que encontró esa mina hace un tiempo. Hace poco no tenía nada. Hoy es un millonario...
Vuelvo la vista hacia afuera. Ahora todo es gris y terroso. Sólo las piedras y el cielo son azules. Pienso en la mina de Pirquitas; pienso en toda la riqueza de nuestro suelo; en aquel plomo aflorando de nuestra tierra...
Desde lo alto del paredón se desprende una menuda catarata que juega llena de espuma al llegar al río. Quisiera mojar los pies en el agua fresca y pura.

"Es el volcán"

Llegamos al volcán.
—Y ahora..., ¿qué hay que hacer?
—Todo el mundo abajo, y a cambiar de tren.
Ya estamos abajo. Hay un silencio oprimente, de expectación. La lava del volcán, con sus olas pesadas, ha destruído y retorcido los rieles del ferrocarril en un largo trecho.
—¿Esto sucede siempre?
—Siempre...; ¿qué se va a hacer? ¡Es el volcán!
Barro, piedras, un río impetuoso y revuelto con esa loca impetuosidad rizada de los ríos de montaña.

Peligro

Hemos pasado por una cornisa de medio metro, sobre la corriente que se desliza desmelenada y gredosa entre piedras. ¡Qué miedo, señor! ¡Yo no doy un paso más!...
—Apóyese en mí *no má*, patroncita. Si no hay nadita de peligro, *pué*...
—¡Gracias!
Es un indio. Por fin los veo de cerca. Cara esculpida en madera; boca recta; ojos negrísimos que rehuyen la mirada; pies seguros y terrosos, y luego... los despojos de algo que fué un traje y un sombrero. Pienso al mirarlo: "He aquí un argentino". Y me da un poco de vergüenza.
Seguimos adelante, ahora sin cremallera. Hay cerros de colores, azules, rojos, verdes. Pasan las horas.



El cabildo de Humahuaca, verdadera reliquia histórica, recientemente restaurado.

Humahuaca

Ya llegamos a Humahuaca.
Callejones de piedra sin vereda, casas de adobe, bajas, amplias, con techo de cardón y paredes coloniales. Un sol blanco y fuerte y "coyas", indios, "churos". Mis ojos se prenden de sus vestidos extraños y de sus caras impenetrables.
Por la callecita estrecha, a lomo de mula, viene avanzando el pasado. Es una mujer pequeñita y enjuta. Tiene trenzas retintas y lacias. Viste bata color "maravilla" (rosa morado) y pollera encarnada de tono violento y desafiante. Al fondo se destaca el cerro velado de azul.
Nos sentimos extranjeros en la propia tierra que, sin embargo, sentimos tan nuestra. Vamos al hotel. Ya me he lavado y cepillado.

Empieza el "carnaval"

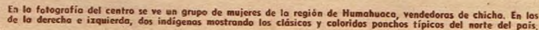
La ventana colonial me muestra un retazo de calle.
De pronto siento algo como un trueno sordo y lejano, y luego un lamento largo, dolorido, triste, de una tristeza resignada y al mismo tiempo salvaje.
Es algo como el gemir del viento en las cumbres. Luego, un alarido duro y cambiante. Es la música típica del lugar.
Los veo venir; ya comienzan a "carnavalear".
Salgo al pórtico. "Coyas" de ojos torvos, polleras plegadas con "atracadas" y con un niñito a la espalda; hombres de color tierra y ponchos vistosos.
Yo sólo vi esto en cuadros...; ¡y lo pensé tan pretérito! Llegan tomados de la mano como los niños, con una carrera rápida y deslizada. Veo "diablos" de cara tranquila con un aro en la cabeza, y luego otros disfrazados con máscaras de género. Aquí se juega con harina y con serpentinas... Sí, ¡con harina! Corren, gritan, siempre siguiendo la farándula. Se canta el "Carnavalito":

¡Ay, pobre de mí..., de mi paloma...,
traidora y mal pagadora!...
¡Ay, dónde andará...
esa cholita traidora!









En la fotografía del centro se ve un grupo de mujeres de la región de Humahuaca, vendedoras de chicha. En los de la derecha e izquierda, dos indígenas mostrando los clásicos y coloridos ponchos típicos del norte del país.

"Erquenchos" y quenas

El bombo tiene un ritmo salvaje, apresurado. Aquel son ronco, profundo, se mete en las entrañas; exalta, estremece hasta el alma. Parece el latido de un potente corazón.

Luego el "erquencho" con su sonido salvaje y desesperado, y las quenas con su queja larga, larga..., como si contaran una historia triste, de amores y renuncias milenarias.

Me está mirando un "churo"; tiene los ojos sombríos. A un lado lleva la "chuspita", donde seguramente tendrá lo necesario para el "acuyico", lo necesario para rumiar su vicio.

Cerca de él pasa una cholita paqueta con su rebozo bordado y sus infinitas enaguas almidonadas. En el sombrero lleva una cinta ancha de raso morado y alrededor del cuello luce collares de "guaicas".

En plena fiesta

Alguien me convida con chicha de maní, turbia y blanquecina.

—No..., gracias, no tomo más... ¡Oh, sí, me agrada; pero... no tomo más!

Se baila dentro de las casas y en la calle. Hoy, mañana y dentro de una semana, Humahuaca es de todos y para todos.

Se levanta un frío helado de cumbres, que sorprende en esta época. Va anocheciendo rápidamente. Una inmensa paz lo llena todo.

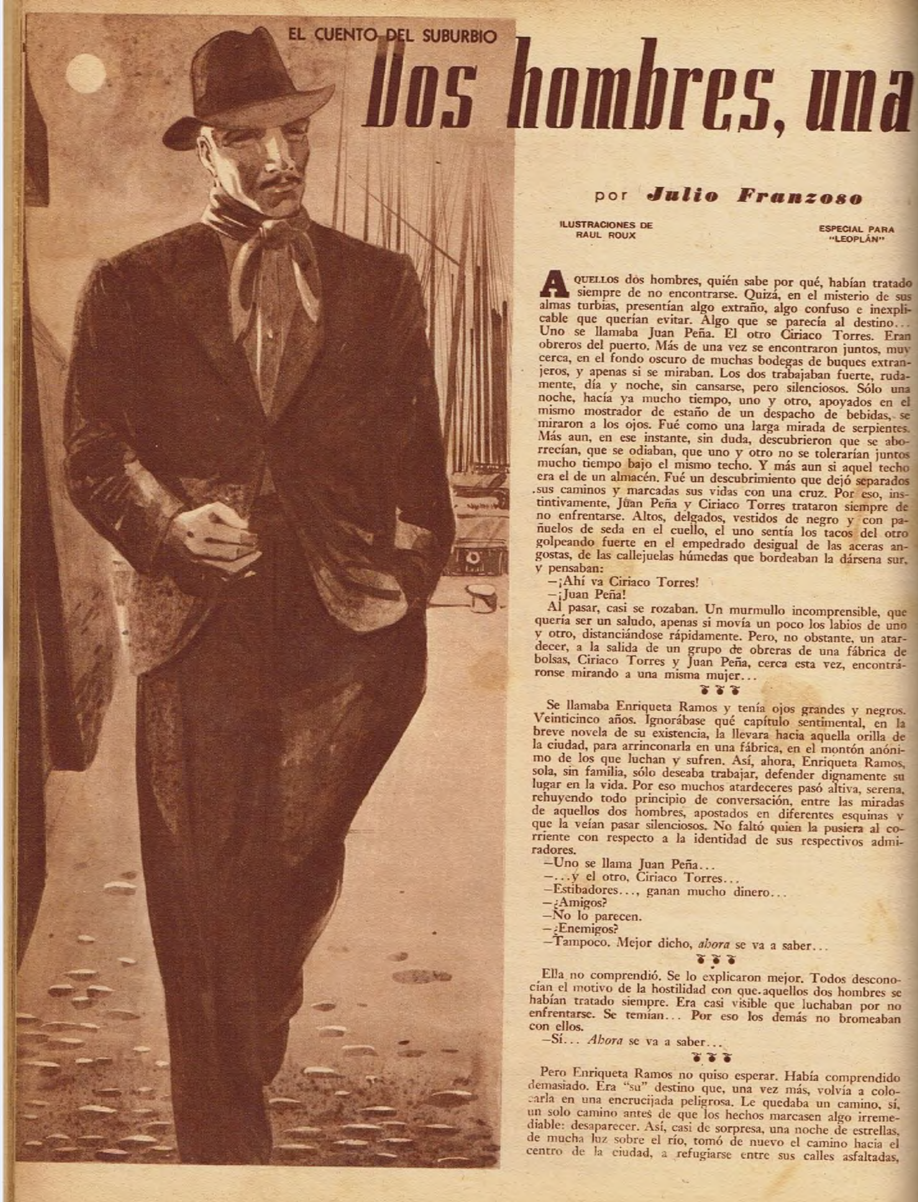
En un cielo azul profundo, en un cielo "cercano", se irá insinuando pronto la blanca floración de las estrellas. Las moles oscuras, inmensas, se recortan en torno, vetustas, majestuosas...

Una luna de cobre, redonda e inmensa, se comienza a elevar, y tiñe las piedras con su luz extraña.

Los candelabros de la montaña...

Allá a lo lejos, cerca del río, resuena el bombo y llegan ramalazos de música traída y llevada por el viento. "Pacha... Mama..., kusiya... kusiya" Una civilización grandiosa y muerta parece surgir sobre la montaña a la luz amarilla de la luna. Pero... no. Sólo son los inmensos candelabros de los cardones que ofrecen en la noche los cálices de nieve de sus flores. Siento oscuras ansias de tener un alma grande y profunda para abarcar toda esta belleza. Pero noto que es pequeñita y humilde. Apenas un pequeño cacharro de barro que no contiene más que un sorbo de todas estas maravillas.

En Humahuaca el tiempo se ha detenido, se ha dormido; las horas no pasan, y dan deseos de arrinconarse en un portal como una "coya" más y dejar transcurrir las horas, dejarse sorprender por la muerte, con los ojos vueltos a la montaña y llenos del azul de este cielo tan azul de la Quebrada... ◈



EL CUENTO DEL SUBURBIO

Dos hombres, una

por **Julio Franzoso**

ILUSTRACIONES DE RAUL ROUX

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

AQUELLOS dos hombres, quién sabe por qué, habían tratado siempre de no encontrarse. Quizá, en el misterio de sus almas turbias, presentían algo extraño, algo confuso e inexplicable que querían evitar. Algo que se parecía al destino... Uno se llamaba Juan Peña. El otro Ciriaco Torres. Eran obreros del puerto. Más de una vez se encontraron juntos, muy cerca, en el fondo oscuro de muchas bodegas de buques extranjeros, y apenas si se miraban. Los dos trabajaban fuerte, rudamente, día y noche, sin cansarse, pero silenciosos. Sólo una noche, hacía ya mucho tiempo, uno y otro, apoyados en el mismo mostrador de estaño de un despacho de bebidas, se miraron a los ojos. Fué como una larga mirada de serpientes. Más aun, en ese instante, sin duda, descubrieron que se aborrecían, que se odiaban, que uno y otro no se tolerarían juntos mucho tiempo bajo el mismo techo. Y más aun si aquel techo era el de un almacén. Fué un descubrimiento que dejó separados sus caminos y marcadas sus vidas con una cruz. Por eso, instintivamente, Juan Peña y Ciriaco Torres trataron siempre de no enfrentarse. Altos, delgados, vestidos de negro y con pañuelos de seda en el cuello, el uno sentía los tacos del otro golpeando fuerte en el empedrado desigual de las aceras angostas, de las callejuelas húmedas que bordeaban la dársena sur, y pensaban:

—¡Ahí va Ciriaco Torres!

—¡Juan Peña!

Al pasar, casi se rozaban. Un murmullo incomprensible, que quería ser un saludo, apenas si movía un poco los labios de uno y otro, distanciándose rápidamente. Pero, no obstante, un atardecer, a la salida de un grupo de obreras de una fábrica de bolsas, Ciriaco Torres y Juan Peña, cerca esta vez, encontráronse mirando a una misma mujer...

❦ ❦ ❦

Se llamaba Enriqueta Ramos y tenía ojos grandes y negros. Veinticinco años. Ignorábase qué capítulo sentimental, en la breve novela de su existencia, la llevara hacia aquella orilla de la ciudad, para arrinconarla en una fábrica, en el montón anónimo de los que luchan y sufren. Así, ahora, Enriqueta Ramos, sola, sin familia, sólo deseaba trabajar, defender dignamente su lugar en la vida. Por eso muchos atardeceres pasó altiva, serena, rehuyendo todo principio de conversación, entre las miradas de aquellos dos hombres, apostados en diferentes esquinas y que la veían pasar silenciosos. No faltó quien la pusiera al corriente con respecto a la identidad de sus respectivos admiradores.

—Uno se llama Juan Peña...

—...y el otro, Ciriaco Torres...

—Estibadores..., ganan mucho dinero...

—¿Amigos?

—No lo parecen.

—¿Enemigos?

—Tampoco. Mejor dicho, *ahora* se va a saber...

❦ ❦ ❦

Ella no comprendió. Se lo explicaron mejor. Todos desconocían el motivo de la hostilidad con que aquellos dos hombres se habían tratado siempre. Era casi visible que luchaban por no enfrentarse. Se temían... Por eso los demás no bromeaban con ellos.

—Sí... *Ahora* se va a saber...

❦ ❦ ❦

Pero Enriqueta Ramos no quiso esperar. Había comprendido demasiado. Era "su" destino que, una vez más, volvía a colocarla en una encrucijada peligrosa. Le quedaba un camino, sí, un solo camino antes de que los hechos marcasen algo irremediable: desaparecer. Así, casi de sorpresa, una noche de estrellas, de mucha luz sobre el río, tomó de nuevo el camino hacia el centro de la ciudad, a refugiarse entre sus calles asfaltadas,

mujer y un recuerdo



brillantes, sus letreros carnavalescos y su ruido ensordecedor. De nuevo, un ser humano más entre otros muchos seres humanos que se cruzaban con ella, apresurados, alocados. Allá lejos, a sus espaldas, quedaban las callecitas tranquilas, tristes, dormidas frente a los barcos, con sus hombres extraños, con sus odios incomprensibles. Y más lejos aun, quedaban Juan Peña y Ciriaco Torres...

* * *

...dos hombres envenenados ahora por un recuerdo. El recuerdo de unos ojos grandes, negros. Por fuera, la vida siguió su mismo curso para ellos. La desaparición de Enriqueta Ramos sólo puso más frío en los ojos de ellos y borró para siempre, definitivamente, aquel murmullo de saludo. Pero, por dentro, fué todo muy diferente. El recuerdo de aquella mujer les mordía, les empujaba a uno contra el otro, con rabia y les obligaba a buscarse. Era como un recuerdo que les ponía sangre en los ojos, haciéndoles latir las sienes apresuradamente.

Un día, de improviso, interrumpieron su trababajo:

—¿Qué me mira? — preguntó airadamente Ciriaco Torres.

—Lo miro, nada más.... — contestó, calmoso, Juan Peña.

Desde entonces, los contratistas de aquellos trabajos los ocuparon separadamente. Después los vieron frecuentar más asiduamente los múltiples despachos de bebidas del puerto. Era como si quisieran ahogar en alcohol aquel recuerdo que los encadenaba, que los obligaba a llevar la mano al cuchillo, disimulado entre sus ropas, cada vez que se encontraban. Era el destino, que se iba cumpliendo sobre ellos, poco a poco...

* * *

Una madrugada se encontraron apoyados frente a un mismo mostrador. No estaban borrachos. Diríase que les estaba prohibido la embriaguez, que buscaban ansiosamente. Ellos llevaban dentro, permanente, la borrachera de su rencor, de su odio. En el almacén quedaban ya pocas personas. El primero en insultar fué Ciriaco Torres.

—No podés negar que tenés ojos de gato...

—A lo mejor los míos te están sirviendo de espejo...

—¿Qué querés decir?

—Nada.

—¡Me están dando ganas de hacértelos saltar!

—Probá.

No hablaron más. No tenían nada más que decirse. Ciriaco Torres se abalanzó sobre Juan Peña. Chocaron dos cuchillos. Ahora, hablaba la muerte en la velocidad y destreza de sus manos. Uno de ellos, gritó:

—¡Salgan!

Obedecieron los pocos testigos. Era inútil separarlos. Ciriaco Torres y Juan Peña habían nacido para matarse, y allí estaban ahora, en la trágica disputa, atacando y defendiéndose, mientras que sobre el piso sucio del almacén comenzaban a verse algunas gotas de sangre.

—¡Salgan!

Y quedaron solos esos dos hombres, escribiendo con sus cuchillos y sobre sus carnes el final sombrío, trágico, de sus existencias...

* * *

(Breve noticia policial: "Ayer, frente a la dársena sur, en singular duelo criollo, perdieron la vida dos hombres. Eran obreros del puerto. Se llamaban Juan Peña y Ciriaco Torres. Se ignora el porqué... etc., etc.) ◈

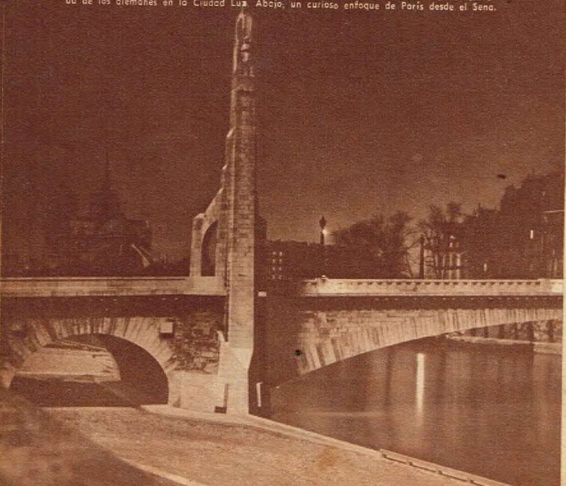
MARTA RICHER estaba en París

¿QUE HA SIDO DE LA FAMOSA ESPIA FRANCESA QUE INTERVINO DURANTE LA PASADA GUERRA EN EL SENSACIONAL ASUNTO DE LOS TRIGOS ARGENTINOS? ◆ EL CRONISTA LA VIO POR ULTIMA VEZ EN UN SANATORIO DE PARIS, POCO ANTES DE QUE LOS ALEMANES OCUPARAN, EN 1940, LA CAPITAL DE FRANCIA

Por
José Quílez Vicente
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Marta Richer, la famosa espía francesa que arribara una vez a Buenos Aires con la misión de destruir el trigo argentino destinado a los aliados, y que, víctima de un accidente automovilístico, yacía postrado en un sanatorio parisiense, en ocasión de la entrada de los alemanes en la Ciudad Luz. Abajo, un curioso enfoque de París desde el Sena.



Una heroína de leyenda...

¡MARTA Richer!... ¿No la recuerdas, lector amigo?... Su vida, sublimizada por el dolor y el sacrificio, ha sido tema que barajaron en cien novelas y comedias los literatos y dramaturgos más populares de Francia. Su figura, de una exquisita delicadeza, de una sutil elegancia, fué plasmada en la pantalla por todas las "star" del mundo, envuelta en el ropaje maravilloso de multitud de hazañas, de lances tenebrosos, de sucedidos increíbles, en los que la muerte rondaba con terquedad codiciosa a los protagonistas y de los que salió siempre a fuerza de golpes de audacia y de genial agudeza. Sus memorias han alcanzado tiradas editoriales formidables. No hay aficionado al "plato fuerte" de la aventura policíaca y del mundo angustioso en que se desenvuelve el espionaje, que no tenga en su biblioteca los ejemplares en que Marta Richer, con sobrio estilo y trazo preciso, descubre todo el dramatismo en que tuvo que hundirse en su ardiente anhelo de triturar a los enemigos de su patria y a fuerza de qué renunciamientos y desvelos llegó a convertirse en una heroína de leyenda.

Francia recompensó a Marta Richer elevándola al rango de la popularidad y del heroísmo. Su pecho, atormentado por peligros escalofriantes, se vió enaltecido con el lazo rojo de la Legión de Honor, y muchas madres francesas elevaron en el altar íntimo de sus corazones plegarias de agradecimiento a la que fué terror de espías y traidores en la espantosa hoguera de 1914-1918...

Pasaron los años. Marta Richer, merecedora de un buen ganado descanso, se refugió en la intimidad del hogar, donde fué feliz, adorada y admirada... Encendida de nuevo la guerra, Marta Richer, ya sin bríos para emprender aquellas luchas de antaño, prestó su concurso a las instituciones benéficas que velan por los "poilus", por sus hijos, por sus mujeres...

Volvió después a ocupar un primer plano en los grandes rotativos parisienses, cuando, conduciendo su automóvil por la avenida del General Claverie, un choque con un taxímetro estuvo a punto de segar su vida de leyenda. La maravillosa mujer fué recogida en el hospital Paul-Marmottan, donde los médicos se afanaron por salvar a la que fué verdadera providencia de la Francia... Después de tres operaciones delicadísimas, Marta Richer escapó una vez más a la caricia de la muerte...

¡Marta Richer! Yo la había conocido hacía veinticinco años en el Palace-Hotel de Madrid...

Veinticinco años atrás

Vivíamos una época de gran inquietud. El incendio de la guerra devoraba, como ahora, a Eu-

cuando llegaron los alemanes...

ropa. Sucumbían pueblos, desaparecían nacionalidades y la civilización parecía, entonces, que se resquebrajaba y se hundía. Una corriente de locura, de despreocupación, de vicio y de especulación azotaba al mundo. En España, los raudales de oro improvisaban fortunas. El vendaval del dinero caía y levantaba bancos, empresas y reputaciones. Una fiebre de ganancias fabulosas lo llenó todo.

Mientras la opinión, ingenua y sentimental, se dividía en bandos y grupos, los hombres sin escrúpulos vendían productos a unos y otros sin más predilección que la señalada por los precios más altos. Se hicieron los negocios más fantásticos y en todas las ciudades florecían los *cabarets* y las timbas. El lujo y el derroche adquirieron carta de naturaleza en España, tan sencilla y sobria siempre, y los grandes hoteles y establecimientos de lujo vieron acrecentar sus clientelas.

El "nuevo rico" se prodigó en demasía. El señoritismo aumentó de modo alarmante. Las mujeres de vida complicada triunfaron de un modo efímero pero estruendoso. El dinero corría por doquier. Hubo un señorito de Bilbao que en un mes tuvo que regalar 32 pianolas eléctricas a otras tantas amiguitas.

El aventurero vivía una época propicia. De los pequeños puertos levantinos salían pequeñas embarcaciones con apariencia de pesqueras, que se dedicaban al abastecimiento de submarinos. Algún fabricante de Vigo se dedicó en gran escala a la exportación de pescado en escabeche. El negocio iba "boyante". Un buen día, uno de sus barcos "cargado de escabeche" no volvió más al puerto. Fué apresado lejos de la costa. Sus barricas de escabeche, en vez de pescado, contenían lubrificante, que los alemanes transbordaban en alta mar a sus barcos de combate.

No importaba el precio de las cosas. Se compraba caro en la seguridad de vender más caro aun.

El siniestro barón de Koening organizaba sus bandas famosas de pistoleros en Barcelona. Los hombres de mar salían en sus barcos, ignorantes de que, muchas veces, sus vidas habían sido vendidas por armadores y consignatarios sin conciencia.

En aquella época — mayo de 1916 —, una belleza francesa llamaba la atención en San Sebastián. Morena, gentil, elegante y graciosa. Se hospedaba en el Hotel Continental, encima de la hermosa playa de la capital guipuzcoana. Una noche acudió al Gran Casino. Jugó. La suerte le fué propicia. En las radiantes salas del lujoso establecimiento, la deliciosa extranjera despertaba murmullos de entusiasmo. Sus admiradores le prodigaron los homenajes más calurosos. Allí, Marta Richer — que no era otra la bella desconocida — entró en relaciones con "Walter", quien, a su vez, la presentó a Von Krohn, sobrino del famoso general Ludendorf y agregado naval de la embajada alemana en Madrid.

Von Krohn quedó prendado de la belleza de su nueva amiga. Y le brindó su amor...

Marta Richer, con ello, había empezado a triunfar. La incondicionalidad de Von Krohn, rendido a sus pies, la pondría en posesión de los secretos del espionaje alemán en España. Que era, precisamente, la misión que en París le había encomendado el *"Deuxième Bureau"*, del que era agente formidable, a impulsos de su patriotismo encendido y sin otras miras que las de ser útil a su Francia amada y de contribuir a su triunfo.

De San Sebastián a Madrid

Marta Richer entra en funciones inmediatamente. Consigue que Von Krohn la incorpore a los servicios alemanes de espionaje. La bella y delicada Marta, a los ojos de la embajada germana, es el agente "S. 32".

Su primera preocupación fué conocer el sistema que los alemanes empleaban para su corres-



RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

PASSEPORT À L'ÉTRANGER VALABLE POUR UN AN

Pour l'Espagne

SIGNALEMENT

Au nom du Peuple Français

Le Préfet de Police

Fait à Paris

He aquí el pasaporte que las autoridades francesas concedieron a Marta Richer para facilitarle sus peligrosas misiones de espionaje.

Marta Richer, según una fotografía de los tiempos, ya lejanos, en que estaba en su apogeo como mujer y como espía.

Mata-Hari, la no menos famosa espía, que vivió en un tiempo en el mismo hotel que Marta Richer, y a cuyo trágico fin no fué ajena, quizá, ésta.



Otra foto de la falsa agente "S. 32", en 1914, al iniciarse la guerra pasada.



El jefe del espionaje francés, Ladoux, estrechando la mano de su antigua y arriesgada colaboradora.

pondencia secreta. Logró desentrañar pronto el misterio. En unos papeles absolutamente blancos supo que iban mensajes interesantísimos. Estaban escritos con "collargolium", producto hasta entonces desconocido. Unas complicadas operaciones químicas hacían la escritura visible. Con el descubrimiento de este secreto, Marta Richer pudo prestar los primeros servicios importantes a su patria. El gobierno de París estaba informado "al día" de cuanto se tramaba en la embajada alemana de Madrid.

Al lado de Von Krohn, hombre inexpresivo y hosco, siempre con un ojo tapado para ocultar una vieja lesión, la bella Marta Richer va a la capital de España.

Se hospedó en el Palace-Hotel. Allí la conoció el cronista una deliciosa tarde madrileña, en que el sol entraba suavemente hasta el espléndido "hall", tamizada su luz por la policroma cristalería de sus artísticas claraboyas.

Ocupaba Marta Richer un departamento del "Palace", contiguo al de una distinguida damita inglesa: Lady Mac Leod, que luego resultó ser la famosa Mata-Hari. Esta salió un día de España. Y Marta Richer no tardó en saber que la Mata-Hari había sido detenida en alta mar. Acaso a Marta Richer no le produjera gran sorpresa la captura de su vecina de hotel...

Un día, en la céntrica calle del Barquillo, Nº 12, se abre un moderno instituto de belleza. Lo dirige una señorita francesa. Y esta no es otra que Marta Richer. El instituto de belleza sirve de pretexto para disimular las entrevistas de su directora con el agregado naval de la embajada alemana, que tiene su domicilio particular en el Nº 5 de la calle de Orfila.

Marta Richer despliega una actividad extraordinaria. Viaja y estudia. A Barcelona va varias veces y se hospeda, unas, en el Hotel de las Cuatro Naciones y, otras, en el desaparecido Hotel de Inglaterra, sobre cuyo solar fué construído, después, el edificio de la Telefónica.

También va a Cartagena, a Marruecos y a Algeciras. En el Hotel Cristina de esta última ciudad tiene una actuación interesante con motivo del internamiento del submarino alemán "U. 26", a cuyo bordo estuvo Marta Richer.

El episodio de los trigos argentinos

En el verano de 1917, los aliados hicieron importantes compras de trigo en la Argentina. El espionaje alemán concibió la idea de destruir los grandes "stocks" de Buenos Aires. Lleva la dirección del asunto Von Krohn. Y piensa en su agente "S. 32" para ese servicio.

Mes de julio. Marta Richer embarca en Cádiz, rumbo a la bella capital del Plata. Hasta el barco la acompaña Von Krohn y, ya a bordo, le entrega una caja con papel, aparentemente sin escribir y dos misteriosos termos. Uno va lleno de trigo. El contenido del otro no puede ser más extraño:

—¿Ves estos pequeños animalitos? — preguntó Von Krohn, extrayendo de la segunda botella unas pequeñísimas bestezuelas, sólo visibles a través de una potente lupa que llevaba.

Marta mostró viva curiosidad.

—Son gorgojos — explicó Von Krohn —, pero los franceses les llamáis "charancons". Estos bichos atacan el maíz, el trigo, el arroz. Son insaciables. En unos días destruyen un gran almacén. Su reproducción es fantástica: doscientos huevos o más por hora.

—Temo que antes de llegar a Buenos Aires, la botella esté llena y hasta que sea insuficiente — advirtió Marta Richer.

—No temas. Los gorgojos no se reproducen hasta el otoño, que es, precisamente, cuando necesitamos que "actúen".

Von Krohn dió otras instrucciones complementarias a su supuesta cómplice. Un día antes de llegar a Buenos Aires mezclaría el contenido de ambos termos. Y una advertencia fundamental:

—Mucho cuidado, porque el agua del mar es mortal para estos animalitos.

El ingenuo señor Krohn había dado a Marta Richer, sin pretenderlo, la clave para neutralizar su propio intento sin que pudiera ser observada la maniobra.

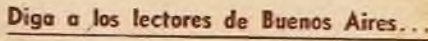
El lector ya supondrá lo que ocurrió a bordo con las cartas blancas, los termos y los gorgojos. Marta Richer refiere este episodio con alegría, como la chica que cuenta a su amiguita una travesura ingeniosa:

—En el termo de los gorgojos — dice —, el agua de mar entró en el momento oportuno. ¡Pobrecitos!... Todos murieron en la "inundación". Y "concienzudamente cadavéricos", fueron a mezclarse con el trigo cuando eran perfectamente inocuos... Otra actuación tuvo también el agua de mar: un sencillo lavado con ella de las planas escritas con "collargolium" hace imposible su lectura...

El éxito fué completo. Marta Richer llegó a Buenos Aires. Se hospedó en el Hotel Royal. Allí acudió Von Muller, agregado naval de la embajada alemana, entonces destinado en la Argentina. Este se hizo cargo de los termos y de la "correspondencia". A los pocos días, cumplida su misión, regresaba a España.



Cuando el espionaje alemán confió a Marta Richer la misión de destruir el stock de trigo argentino destinado a los países aliados, la célebre espía se hospedó, durante su permanencia en Buenos Aires, en el Hotel Royal, hoy Roi, cuya fachada puede verse en la presente fotografía.



Diga a los lectores de Buenos Aires...

Marta Richer recordaba con ilusión este pintoresco episodio de su vivir agitado.

Nos habló de él regocijadamente y elogiaba a Buenos Aires con verdadero entusiasmo.

—Buenos Aires es lindo. ¡El París de América!

El dormitorio y la antesala de Marta Richer, en el sanatorio donde habíamos ido a visitarla, aparecían repletos de flores.

Marta sonreía en el lecho.

—Mi gran pena es no tener la edad que tenía cuando estuve en España — me confesó.

—¿Por qué, señora?

—Por no poder servir a Francia, como entonces.

Y una nube de tristeza velaba sus ojos.

Al despedirnos, volvió a sus labios la sonrisa.

—Adiós... Buenas tardes — nos saludó con su castellano titubeante —. Diga a los lectores de Buenos Aires que no olvido su bella ciudad ni su hermosa Argentina... ¡Me gustaría volver a ella! Lo haré cuando ganemos la guerra.

¡Ay! Esta conversación la tenía yo con la gran francesa a fines de mayo de 1940. Pocos días después los alemanes entraban en París.

—¿Qué habrá sido de Marta Richer, en la tormenta? Lo ignoro. Escribo muy lejos de Francia e incomunicado con ella. ◈

Recuerdos de mi infancia

Por

DELFINA BUNGE DE GALVEZ

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



LA GENTE

En el pueblo de campo, pobres y ricos conviven en un mismo piso: la tierra. Además, en aquel tiempo y en aquel pueblo, la gente lugareña tenía, según mis recuerdos y según la tradición, una particular nobleza: "Gente buena — decíase —, religiosa, trabajadora".

Desconocido el penoso ambiente actual: "lucha de clases". El pueblo no era nuestro enemigo. Dolorosa siempre la impotencia para aliviar ciertas pobrezas, y el privilegio de ser servido pesaba siempre un poco. Pero la gente pobre mostrábase allí tan afable, comprensiva de las jerarquías, y los otros tan deseosos de ayudarla, que las diferencias se dulcificaban.

Más que ahora en los reclamos de una imposible "igualdad", sentía yo en mi infancia la afinidad humana, la igualdad real y existente, cuando — tan a menudo — oía a mi madre conversar con alguna mujer del pueblo que la visitaba. Caían las barreras, poníanse de relieve los intereses comunes; hablábase de los chicos de uno y otro bando. Mi mamá averiguaba lo que los otros comían, cómo se les vestía y cuidaba. Daba recetas de platos substanciosos y baratos, de remedios caseros. Ella conocía a toda la familia de la visitante, y preguntaba por todos, uno por uno. Yo admiraba mucho a mi mamá de que, con ricos o pobres, ella supiera siempre lo que había que decir. Y me interesaba sobremanera aquel mundo de campesinos, cuyas penas me consternaban.

* * *

Una de estas familias amigas era la que cuidaba la casa de campo mientras estábamos en la ciudad. "La casera", con hijos ya casados, como una ayuda para el pan, había adoptado una curiosa profesión: mediante una pequeña mensualidad tomaba huérfanos a su cuidado (creo que de la Casa-Cuna). Más que la propia subsistencia, lo que requería esta compañía era su propio corazón. Hasta muy vieja, Antonia no pudo nunca pasarse sin algún huérfano.

Cuando, durante los inviernos pasados en la ciudad, íbamos por algunas horas a la "casa del Paraíso", veíamos al huérfano "suelto por el jardín... lo mismo que el tero", me parecía a mí; pero sin gritar como él a la primera alarma. La criatura tenía ese aire alerta, esa cautela al avanzar, que dan al tero el aire de un extraño en el jardín que habita, de explorarlo por primera vez. Y este huérfano amparado me inspiraba una especial compasión, quizá porque, en nuestro ambiente familiar, resaltaba más a mis ojos su orfandad. En casa, no era de casa. Ni era siquiera "el hijo de la casera"; no corría a guarecerse en su delantal. Quedábase mirándonos a una prudente distancia; como si llevara en sí mismo un aislamiento irremediable. Tampoco vi a nuestra mamá, hay que confesarlo, interesarse por él como por os hijos y nietos de Antonia.

Sandías y melones

Desde "las lomas", dirección opuesta a la del río, lejanas en aquel tiempo del caballo, visitábannos asiduamente dos prolíferas familias de chacareros: la de Cándida y la de Amelia, ambas de origen italiano. La gente más excelente que me haya sido dado conocer.

El primero de año era muy pintoresca la llegada a nuestra puerta, de uno o dos carros — los de reparto de frutas y hortalizas — cargados esta vez de chicos y de chicas. Las sandías estaban representadas por las ocho o diez hijas de Amelia, de ojos y pelo renegridos, de tez bronceada, todas bonitas: graciosas sonrisas de lindos dientes, y cabezas cubiertas por alegres pañuelos floreados (modelos de los que ahora copia la gente *chic*). Los melones — por lo menos a mí me recordaban los melones — eran los hijos de Cándida, varones y mujeres: rubios, desairados y ceceosos, protegidos debajo de una o dos sombrillas parecidas a los pañuelos de las otras (hasta para los campesinos era entonces "malo" el exceso de sol).

En casa, regalitos para cada uno de los visitantes: prendas de vestir, con el añadido de un juguete cuando el destinatario era de los menores. Y regalo preparado con mayor esmero si el chico era un ahijado. Si era, por ejemplo, Amable, que llevaba bien su nombre: la más risueña de las caras morenas bajo el pañuelo colorado. Valentina y yo, que habíamos ayudado a la mamá en la confección de los vestidos, ayudábamos ahora en el reparto, y convidábamos a los visitantes con alguna golosina.

Pagábamos estas visitas yendo una vez al año a ver a las dos familias en sus respectivas chacras. Ellas nos obsequiaban a su vez con algún especial producto de la tierra. Recuerdo la pareja de gallo y gallinita enanos, completamente blancos, que una vez nos hicieron felices a Valentina y a mí. Nuestra mamá interesábase entonces por las remolachas, por las lechugas...

Mi recuerdo más nítido es un gran plantío de papas, salpicado de florecillas de un blanco terroso, bajo un cielo oscuro y desteñido, en el que se desteñían también las estrellas. ¿Qué? ¿No era en plena tarde nuestra visita?... Es que nos contaban los chacareros cómo, para cosechar estos tubérculos, levantábase toda la familia — incluso la bonita Amable — a las cuatro de la mañana, cuando todavía era noche: todo estaba mojado de rocío, y a veces de escarcha. Desde que esto oí, *supe* como por experiencia propia lo que era el campo en aquellas horas fantásticas, desconocidas, prohibidas. Lo supe como por experiencia propia, a causa de Amable, que era de nuestra edad. Luego, era como si una de nosotras... Tengo, pues, la impresión de haberme hallado yo misma en aquella chacra, desenterrando papas de la tierra húmeda, mientras se apagaban una a una las estrellas.

El *Struwel Peter*

En la familia que me representaba las sandías hubo una vez — no sé si antes de que la conociéramos — una tragedia. Desde el atardecer y durante la noche, se llamó y se buscó en vano a una chiquilla de seis años. A la madrugada encontráronla calcinada, a alguna distancia de la casa, junto a un cerco. Habíansele encendido, al parecer, las ropas en una fogata de pastos secos hecha esa tarde. La pobre criatura debió echar a correr, enloquecida.

Profundamente impresionada veía yo aquel cuadro: un montoncito de humeantes cenizas blancas, y en medio de él un prendedor de coral, lo único ileso; y algo chamuscados, dos zapatitos, bien colocados, uno junto al otro... Lo único que faltaban eran los dos gatitos... Porque esa terrible his-



VIÑETA DE RAÚL VALENCIA

POBRE

toria la teníamos estampada en casa, en figuras pintadas. Un poco cambiada solamente...

Crecimos nosotros aleccionados por aquel célebre libro de figuras, universalmente conocido: el *Struwel Peter* (Pedro el malo). En sus páginas se veía retratado, de la manera más exacta, todo lo que les pasaba a los chicos desobedientes, traviesos, caprichosos. El que se niega a tomar la sopa, enflaquece hasta quedar como hecho de alfileres, y es por fin enterrado en una sopera. Al que se chupa los dedos, crécenle éstos de tal modo que tiene que cortárselos el sastre con sus enormes tijeras. ¡Cómo me interesaba el chico distraído que, por mirar a tres pajaritos volando por el aire, se cae al río, desde donde tres pececillos le miraban con el impotente deseo de advertirle del peligro! El chico sale luego en la red del pescador, mientras los pececillos ríen. Y más de una vez, a mis cuatro años, púsele delante, al hermanito de dos, en su sillita alta, aquel libro. Mostrábale al Nene, que se debatía contra el peine y las tijeras, la terrible maraña en la cabeza del *Struwel Peter*, y los diez dedos estirados, sin poder cerrarse, a causa de unas uñas de medio metro de largo.

Era allí mismo donde estaba la hermanita de Amable, reducida a cenizas. Entre las cenizas, su prendedor y sus zapatos. Y a cada lado, uno de los gatitos que, maullando, habían querido impedir el acto temerario de encender un fósforo. Ahora los animalitos lloraban a cuatro grandes chorros, con un moño de negro crespón atado en la cola.

❦ ❦ ❦

En el *Struwel Peter*, el viento arrebataba al chico encaprichado en salir con mal tiempo. Con paraguas y todo, veíasele en una serie de figuras, llevado muy por arriba de las casas, a través de la lluvia, cada vez más alto y cada vez más chiquitito. Hasta que, por fin, estaba casi entre las nubes. No intentaríamos nosotros la aventura, pero probábamos el soltarnos, desde pequeñas alturas, con algún paraguas abierto. (Aunque no tuviéramos, por cierto, ni noción del futuro paracaídas.) Por mi parte, aseguro que algún poquitito *he volado* así.

En casa de Cándida, sin caprichos de por medio, había habido más: en una noche de tormenta se había volado el techo, que era más pesado que un paraguas, con un chico prendido de él. Lo que más recuerdo es la aflicción de nuestra mamá — hasta las lágrimas — al oír cómo se habían aterrado los chicos, y cómo habían tenido que acurrucarse todos, para el resto de la noche, en el único rincón de la casa donde no entraba la lluvia. Durante muchos años no pude yo oír una tormenta a medianoche sin acordarme de la pobre Cándida, e implorar al Dueño de las tormentas en favor de quienes se hallaren en caso semejante.

❦ ❦ ❦

Lo que no estaba en el *Struwel Peter* era el pacífico drama de Teresa, la hija mayor de Cándida. *Tereza*, como ella decía, excesivamente alta, era la más tímida y la más rústica de aquellas campesinitas; la más rubia y la más ceceosa. Sin embargo, fué ella el objeto del amor más constante y paciente que pueda imaginarse. Por donde se ve que no falta a veces al pobre el consuelo de que suele carecer el rico. Desde chica estaba Teresa de novia con un peón que ayudaba a la familia en el cultivo de la tierra. La madre elogiaba al muchacho "tan bueno y trabajador, tan *rezpetuozo*". Pero Teresa, que tenía ahora veinte años, "no *ce* animaba a *cazarce*" Quince años después — cuando la perdí de vista — ella seguía de novia, y siempre sin animarse. La buenísima Cándida decía resignada: "Ella *ez aci*... no *ce* anima". Y no se animaba ella, ni se animaba mi mamá a empujar a aquel ser inocente a las responsabilidades del matrimonio, agravadas por la pobreza.

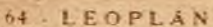
Mientras tanto, el novio, paciente como Jacob en casa de Labán, seguía trabajando en aquella chacra en que los melones debían ser un poco insulsos. Si la una "no *ce* animaba", el otro "no perdía las esperanzas". "La esperanza es lo último que se pierde", repetía. Y se comprendía que perdería la vida antes que renunciar a la rubia y desabrida Teresa, quien, a su manera, le quería..., y sólo a él había querido en toda la vida. Yo creo que no eran nada desgraciados. Para ellos el tiempo "había detenido su curso", como Lamartine lo pidiera en su poesía. El día primero de su noviazgo duraba eternamente.

La España de mi niñez

En cuanto al servicio doméstico, siempre gallego o asturiano, ¿no era más alegre que ahora? Bailes y cantos: viejos romances con su muletilla. Tal vez reside únicamente el cambio en que en nuestros departamentos actuales — *office* y cocina pegados al comedor — la alegría de la servidumbre carece de comodidad: no cabe.

En la "casa del Paraíso", los chicos nos deslizábamos algunas noches hacia la cocina. Era cuando estaban solas las mujeres: María, Josefa, Asunción. Allí, al calor de las hornallas murientes y a la luz de una lámpara de aceite, bailábanse animadas jotas. El instrumento de fondo con que se acompañaban canto y baile simultáneos era la mesa de pino, sobre la que las manos abiertas ejecutaban complicados ritmos. Admirábame todo lo que podía sacarse de este piano de los pobres. Mi oído percibía variedad de notas y matices; parecíame que "las gallegas" arrancaban de él sones más vivientes que yo de mi teclado blanco y negro. María, o Josefa, o Asunción extraía entonces del fondo de su baúl un par de castañuelas, y hasta algún mantón floreado y con flecos, para dar mayor brillo a su danza. Y cuando no se trataba de darnos lección de baile (sin gran rseultado, lo confieso), contribuíamos nosotros al acompañamiento, golpeando también las manos.

Esta es la España que conocí en mi niñez, tan diferente de la que últimamente hemos venido viendo. De esta España de la cocina, apenas gustada y a hurtadillas, corríamos a la cama. Pues hacía ya rato que habíamos dado en el comedor las buenas noches, y se acercaban ya tal vez los pasos de la madre hacia los dormitorios. Al día siguiente reproduciríamos ante ella la escena española; pero ahora era preciso que nos halláramos en Buenos Aires y en la cama. En el *Struwel Peter*, el chico que no se dormía temprano amanecía de mal humor: arrancaba las alas a las moscas, y hasta les pegaba a las sirvientas (¿a alguna de estas que tan bien bailaban?)... ¡Dios nos librara de ser como "Pedro el malo", que se portaba mal con los animales domésticos y con la "gente pobre!" ❖



M. Samuel Foley, fiscal de Bronx, Nueva York, interroga a Cvek, después de haber éste confesado.

EL EXTRAÑO ASESINO DE "LA CIUDAD DE LOS NIÑOS"

TIENE VEINTITRES AÑOS Y EN MENOS DE DOCE MESES HA ESTRANGULADO A DIEZ Y SEIS MUJERES, "RECORD" DEL QUE ASEGURO SENTIRSE ORGULLOSO CUANDO LA JUSTICIA LE EXIGIO CUENTA DE SUS CRIMENES

Por Lawrence Gould

(DERECHOS ADQUIRIDOS)

—¿CONOCE usted a este hombre? — preguntó el fiscal al testigo, señalando a George Joseph Cvek.

—No, señor — respondió el interrogado, luego de una perceptible vacilación.

—Obsérvelo bien — insistió el fiscal —. ¿Está seguro de que no lo ha visto nunca?...

Como se quedara mudo, indeciso, el acusado intervino, con un cinismo que asombró a la concurrencia:

—¿Tiene usted mala memoria, o me tiene miedo? Ya no soy peligroso, ¡hable, no más! ¿No se acuerda de cuando le pedí diez dólares prestados, poco antes de la muerte de su esposa? ¡Míreme bien!

Este era el único esclarecimiento de un crimen en el que George Joseph Cvek se había visto obligado a forzar un poco la declaración del testigo para probar su propia culpabilidad. En los otros quince asesinatos confesados, los testigos, maridos de las víctimas, pudieron reconocer inmediatamente en George Joseph Cvek al hombre que les había pedido prestados diez dólares a cada uno poco antes de la misteriosa muerte de sus esposas.

Parecía que Cvek sentía una horrible voluptuosidad en cargarse de crímenes, en declararse culpable sin atenuantes y en hacer todo lo posible para aumentar la monstruosidad de los hechos que se le imputaban. Esto resultaba extraño, por cuanto durante las primeras sesiones del juicio se había defendido con entereza y sangre fría; tanto que llegó a producir un fondo de duda entre los componentes del jurado.

Luego, probada su culpabilidad hasta la evidencia, trocó su actitud, pasando, en su transición, del llanto al arrepentimiento, para caer en seguida en el afán aparentemente inexplicable de confesar más crímenes que los imputados, con un cinismo rayano en lo patológico. Cuando el décimo testigo declaró que el nudo de la corbata con que la víctima había sido estrangulada era del mismo tipo que el de las otras corbatas usadas en los otros crímenes, Cvek dijo:

—Yo soy así; hago las cosas bien. Ese nudo es el mejor.

No hay duda de que Cvek es el tipo perfecto del criminal nato. Tiene 23 años; es alto, de casi dos metros. A los 12 años de edad fué llevado al juez por su padre, quien declaró que era incorregible, que robaba monedas, cigarrillos, de todo, y que el castigo no lo corregía. Luego delinquió continuamente, pero con una habilidad extraordinaria; tanto que nunca se le podía probar nada, aunque se sospechaba de él.

Hasta que, a raíz de la serie de crímenes que acaba de realizar, fué



descubierto por el análisis de sus impresiones digitales dejadas en un vaso.

—En verdad — ha declarado Cvek —, fué un descuido que merece el mayor castigo; he sido un imbécil imperdonable.

Su último episodio fué el asesinato de Catalina Papas, de 29 años, ama de casa, la que fué hallada estrangulada en su departamento, en el barrio Bronx, de Nueva York. Esta vez se sospechó de Cvek porque los numerosos crímenes, cometidos en un lapso de sólo un año, presentaban todos exactamente las mismas características; y el único hombre capaz de semejante hazaña que quedaba por declarar, era él; y, sobre todo, porque hubo que perseguirlo a través de dieciocho Estados de la Unión.

Relató sus asesinatos demostrando muy buena memoria, y con un orden de exposición digno de una inteligencia lúcida y tranquila.

—No me gusta trabajar, así que no trabajaba. Me entretenía en conversar con toda clase de individuos, con los que en seguida trababa relaciones.

—Parece que a todos los maridos de sus víctimas usted les ha dicho que viene de "La Ciudad de los Niños", que allí ha sido alcalde y que siente un gran afecto por el padre Flanagan...

—Así es; nada más seguro para despertar simpatía y confianza. De este modo yo me hacía amigo de hombres que tenían esposas que quedaban solas cuando ellos iban al trabajo; me enteraba del lugar en que guardaban sus valores, de las costumbres de ellas, y llegaba a adquirir confianza. Entonces, una vez que el marido se hacía amigo mío, le pedía diez dólares, fingiendo un gran aprieto momentáneo, y le pedía su dirección para ir a devolvérselos en seguida. Con tal pretexto me presentaba en su casa, donde me recibía su esposa, la que por lo general ya había oído a su marido hablar de mi persona. Esto hacía que me recibiera en el vestíbulo, lo que facilitaba mi tarea. Le devolvía los diez dólares, y le pedía por favor una pastilla de aspirina, lo que me permitía estudiar el lugar con detenimiento. Tomaba la aspirina, dejaba el vaso sobre la mesa, y, de un golpe bien calculado, desmayaba a la mujer. En seguida, con una corbata de su mismo marido, la estrangulaba. Buscaba los valores que me interesaban, los metía en una caja de sombreros que siempre hallaba en el ropero, limpiaba el vaso, y abandonaba la casa llevándo la caja colgada al brazo. Nadie podía advertir nada sospechoso; yo no dejaba el menor rastro.



El asesino Cvek, en el momento teatral en que llora, arrepentido, la muerte de sus víctimas.

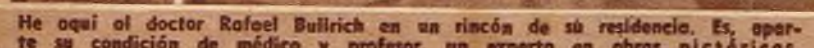
—Parece orgulloso de ello...

—En efecto, había logrado realizar algo que se aproxima mucho al crimen perfecto. Y con dieciséis crímenes en un año, batía un "record", para una persona sola. Entre asesinato y asesinato me alojaba en hoteles de baja categoría. Era ésta una vida fácil y cómoda. Y ya me estaba labrando un porvenir... ¡Pero ese vaso!... Bueno, merezco el castigo por imbécil. Sin embargo, me siento feliz: soy el más grande y el mejor criminal que ha aparecido en este siglo...

Esta idea de George Joseph Cvek fué justamente lo que determinó a los médicos psiquiatras juristas a considerarlo como un evidente caso patológico, un criminal nato, incurable. ◈







He aquí al doctor Rafael Bullrich en un rincón de sú residencia. Es, aparte su condición de médico y profesor, un experto en obras pictóricas.

Sus preocupaciones de médico, profesor y catedrático no impiden, sin embargo, al doctor Marcos Victoria cultivar la poesía y el ensayo, y triunfar en ambos géneros.

Cuando los *médicos* se olvidan

El Salón de Médicos, certamen plástico al que concurre un elevado número de profesionales argentinos y cuyos exponentes están dando a conocer sus obras dentro y fuera del país, nos ha sugerido la presente nota.

Una visita a dicha muestra deja como saldo una serie de comprobaciones curiosas. De ellas, la más interesante es ésta: en la Argentina hay muchos médicos artistas. Artistas, no sólo en el ejercicio de su profesión, en el que se han destacado, sino en el de otras actividades artísticas más netas.

Hemos elegido cuatro nombres conocidos en el mundo de la medicina. Cada uno de ellos, además, está vinculado a un medio artístico porteño, y tiene, al margen de su prestigio profesional, una personalidad concreta. Uno es Arturo Bullrich, crítico de arte. Otro, Miguel Rapoport, escultor. Otro, Miguel Lagleyze, pintor. Y otro, Marcos Victoria, poeta.

Dejémosles que hablen. El lector, al mismo tiempo que irá descubriendo un aspecto íntimo y desconocido de sus vidas lejos de la cátedra o el hospital, podrá darse cuenta, al leer sus opiniones, de que no siempre un médico ha de limitar sus inquietudes artísticas al campo, vasto pero árido, del científico arte de Hipócrates.

El doctor Bullrich descubre un Corot

—A mí no me parece extraño, señores, que un médico rasque el violín o arremeta con la pintura; pues casi todos los hombres lo hacen, y casi ninguno vive de eso; como yo, que pinto, pero que soy médico.

—Sí, mas...

—Sí, claro, quizá resulte notable el hecho de que sean muchos los médicos que se dedican a las bellas artes, sobre todo a la pintura. Yo, en verdad, no pinto, sino pintaba; ahora gozo de la pintura como admirador contemplativo y poseedor de cuadros.

—¿Es coleccionista?...

—Eso es; como lo fué también mi padre. Mi amor por la pintura se despertó en Europa, donde me eduqué.

—Entonces, el contacto directo con los grandes maestros lo ha convertido en un *connaisseur*... Usted descubrió un Corot...

—¡No tanto! Pero..., a propósito de esto, les contaré cómo fué: El cuadro me llamó la atención, y lo compré a bajo precio, en un remate; a pesar del mal estado en que se encontraba, tenía cierta semejanza con el *Arbre penché* que se halla en la "National Gallery", de Londres. Pero lejos de mí atribuírlo de inmediato a Corot. ¡Imagínense! Sólo en Norteamérica hay más de tres mil obras atribuídas al maestro, y es sabido que toda la obra de Corot no alcanza a esta cifra. En mi caso, se trataba simplemente de un cuadro en estado lastimoso, con la tela quebrada, mal clavada sobre el bastidor improvisado. Lo adquirí por adquirirlo, simplemente; por si hallaba algo en ese paisaje anónimo que el rematador ponía en venta sin darle la más mínima importancia. Recién al restaurarlo sospeché que se trataba de un boceto en el que el artista había querido pintar un efecto crepuscular, una variación del que figura en el museo de Londres.

—Y no se equivocó...

—No me equivoqué: al llevar la tela a Europa, en 1936, examinada, entre otras autoridades, por las del conservatorio del "Petit Palais", el cuadro quedó, sin reservas, atribuído a Corot.

Aunque el doctor Bullrich es una de nuestras figuras más descollantes en clínica médica y su obra científica es vasta, nos da la impresión de que más que todo eso él aprecia su hallazgo del valioso cuadro; pero no nos atrevemos a preguntárselo.

—Nos dijo que pintaba, que ya no pinta; ¿por qué?

—Porque me dije: "Esto me va a gustar demasiado y tengo muchas responsabilidades en mi profesión". Calculen ustedes: soy profesor de clínica médica, he sido decano...

Pero, por lo visto, el médico no ha conseguido matar al artista que lleva dentro el doctor Bullrich.

El Dr. Victoria no sabe cómo "se hizo" poeta

El doctor Marcos Victoria, no sólo es médico, sino mucho más: profesor de la Facultad de Medicina, catedrático de psicología en la Facultad de Filosofía y Letras, músico, y principalmente poeta. Como es esto lo que ahora nos interesa, le preguntamos a quemarropa:

—¿Cómo se hizo usted poeta?

—En verdad..., no lo sé. Pero debo confesarles que cuando llegué aquí, venía de Tucumán "con mi daga bajo el poncho": una recopilación de canciones norteñas tomadas en mi tierra.

—Lo cual quiere decir que nació usted poeta; pero, ¿qué lo impulsó a escribir, a dedicarse a la poesía escrita?

—Les dije que no lo sé, y, en verdad, es así. Mi libro "Miradas", publicado en 1929, fué escrito a pesar de mí mismo, y constituye un problema muy curioso sobre la creación literaria, tanto que mis colegas no me creyeron cuando les dije que eso era mío. Seguramente, la vocación...



Con el mismo amor y entusiasmo que pone en su profesión de médico, el doctor Rapoport modela en arcilla sus inquietudes estéticas. Aquí aparece dando forma a una cabeza de mujer.



En una salita de su casa particular tiene instalado su "atelier" de pintor el doctor Miguel Lagleyze, conocido oculista y varios veces campeón de natación.

de la medicina

Por **Baldomero Alvarez**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FOTOGRAFÍAS DE PEDRO CONESA

—Sí, doctor, aquella "daga bajo el poncho" que trajo de Tucumán...

—Ha de ser así. Sin embargo, a mí mismo me dejó asombrado la publicación de "Miradas". Pues lo compuse... no sé cómo. No tenía tiempo. Atendía dos hospitales, y daba clases en dos Facultades. Creo, al fin, que el libro se escribió solo, y como salió lo mandé a la imprenta. No responde a ninguna norma; es una psicología intuitiva de la mirada. Y ahora, justamente, estoy preparando, para desarrollar en mis clases del año que viene, un curso que es un ensayo sobre las miradas.

Y ya de pie, el doctor Victoria nos despide con una sonrisa.

Miguel Rapoport pudo ser "sólo" artista...

El doctor Rapoport, médico especialista, obtuvo en 1936 la medalla de plata en el Salón Nacional por su cabeza "Serrana".

—Desde hacía años — confiesa él mismo — siempre anduve pintando y dibujando, sin lograr captar jamás una emoción... Y después, con sólo un año de práctica, obtuve un premio en escultura...

Nos ha recibido en su *atelier*, y mientras habla, sus manos suben y bajan, agregan o quitan, según lo exija el modelo interior que preside la obra en la mente del escultor. Está dando forma a una cabeza de mujer.

—Eso ha de responder a los misterios de la vocación — le decimos.

—Así es.

—Y ha de tener raíces profundas — insistimos.

—¡Ah! ¡Indudablemente! Yo tuve mi primer encuentro con el arte a los catorce años. El profesor de dibujo del Nacional me aconsejó que ingresara en la Academia de Bellas Artes.

—¿Qué hizo entonces?

—La Venus, el Voltaire, los cuatro capiteles, la hoja de acanto...

—¿Y su carrera? ¿El bachillerato?

—Abandoné el bachillerato para ingresar en la Academia — a esta altura de la conversación, el doctor Rapoport ya está de pie ante nosotros, olvidando la arcilla por un momento —, y a los primeros seis meses me pasaron del primero al segundo año de dibujo. Pero... debido a una conducta revoltosa de mi parte, antes de que me expulsaran, resolví irme yo. Después, con gran alegría de mis padres, volví al Nacional, me recibí de bachiller, seguí primero ingeniería y por último engrané en medicina.

—¿Y el arte?

—El arte siguió, digamos, como un hilito de agua subterránea, corriendo a través de los años. Hasta que, a raíz de mi encuentro con la arcilla, me encontré a mí mismo. Y desde entonces, modelar es para mí una necesidad.

Cuando nos vamos, repasamos in mente los premios obtenidos por el doctor Rapoport en las exposiciones: medalla de oro en el Salón de Pergamino, con "Uranio"; premio Estímulo en el Salón de 1939, con "Ibuí-Porá" (tierra fértil); medalla de oro en el Salón de Médicos, en 1940, con "Chola norteña". Y comprendemos la fuerza de su vocación.

Miguel Lagleyze pinta para sus amigos

—En casa de mi tío Pedro Lagleyze, oftalmólogo, se reunían: mi padre, médico; Della Valle, escultor; Santafé, músico, y otros, también artistas.

—¿Della Valle, el autor de "La vuelta del malón" que está en el Museo Nacional?

—El mismo — contesta Lagleyze —. Y esa gente me "infiltró la pintura". Además, como yo había nacido con un gran amor por al aire libre, también me dediqué al deporte. Pero en aquellos tiempos sólo dibujaba y hacía caricaturas a pluma.

—Sin embargo terminó en pintor, y ello quizá también se haya debido a...

—Eso es, a mi afición al aire libre. Fué en 1914, poco después de recibirme de médico. Empecé por salir al campo a pintar paisajes, aprovechando los domingos y las vacaciones. Por eso soy paisajista, a pesar de que cuando dibujaba me dedicaba más bien a la figura.

—Y sus exposiciones...

—¿Exposiciones? Una sola, en el Salón de Médicos.

—Y sus profesores...

—¿Profesores? No he tenido ninguno. Mejoro, eso sí, a medida que la crítica de mis amigos bien intencionados, técnicos en la materia, me van enseñando; mejoro por medio de la eliminación de defectos.

—¿Tienen ellos nombres conocidos?

—¡Oh, sí! Uno es el doctor Carlos Medina, muy entendido en pintura; otro es Brignardello, el escultor, a quien debo muchos y muy buenos consejos, y el haber aprendido a pintar con espátula; otro, el pintor Delgado Roustand; como igualmente el doctor Malter Terrada y el doctor Bernard; este último ha hecho dos exposiciones en la galería Müller con mucho éxito. Se reúnen todos aquí, en mi casa. Y yo aprovecho estas sesiones de "alacraneo" para exponerles mis trabajos.

—Claro, así se aprende...

—Aprendo mucho; pero también aprendo con la observación de las obras de los grandes maestros, comenzando por Fáder. Miren...

Nos señala la pared: está llena de cuadros de este pintor.

—Creo que soy un impresionista con visos clásicos — nos dice —, ¡un modesto pintor impresionista! Pero el placer mío es venir de cualquier lado, reunir a los amigos, y que alguno de ellos me diga: "¡Te has portado, Miguel, esto sí que está bueno!" Ese es mi mejor premio... ◈

EL CUENTO HUMORISTICO

Un hombre

Por ***ANTON CHEJOV***

ILUSTRACIONES DE DOMINGO VILLAFAÑE



—¡SUBOFICIAL Prichibeyev! Está usted acusado de haber ultrajado, el 3 de septiembre, de palabra y obra al policía Sigin, al burgomaestre Aliapov, a sus ayudantes Efimov, Ivanov, Gavrilov y a seis campesinos. A los primeros los ultrajó usted cuando estaban cumpliendo su deber oficial. ¿Se reconoce usted culpable?

Prichibeyev adopta una actitud marcial, como si se encontrase ante un general, y responde con ronca voz, silabeando cada palabra.

—Señor juez, permítame usted que se lo explique todo, pues no hay asunto que no pueda ser considerado desde diferentes puntos de vista. No soy yo el culpable, si no los otros, y a ellos es a quienes hay que condenar. Ya lo verá usted cuando yo tenga el honor de exponerle el asunto detalladamente. Todo ha sucedido a causa de un cadáver. Anteayer yo me paseaba muy tranquilo con Anfisa, mi mujer. De pronto veo junto al río una aglomeración. "¿Por qué tanta gente reunida? —pregunté—. ¿Con qué derecho? ¿Acaso la ley autoriza las aglomeraciones?" Y empecé a dispersar a la gente. "¡Circulen! ¡Circulen!" —grité—. Además ordené al centurión que dispersase a la multitud.

—Pero usted no tiene ningún derecho —le hace observar el juez—. Usted no es ni burgomaestre ni policía, y no es de su incumbencia dispersar a la muchedumbre.

—¡Claro que no es de su incumbencia! —se oye gritar por toda la sala—. Estamos de él hasta la coronilla, señor juez. Hace quince años que no nos deja tranquilos. ¡No podemos más! Nos hace la vida imposible desde que está en la aldea, de vuelta del servicio militar.

—Sí, señor juez —dice un testigo que se apoya en la barandilla—. Le suplicamos a usted que nos defienda de este individuo. No podemos ya soportar su despotismo. En todo se mete: grita, jura, ordena, aunque no tiene ningún derecho. Basta que nos reunamos con motivo de cualquier fiesta o cualquier ceremonia, para que se presente y nos trate como a vil chusma. Tira de las orejas a los niños, espía, vigila a nuestras mujeres. Ultimamente nos ha prohibido tener las luces encendidas después de las nueve de la noche, y cantar.

—Espere usted —dijo el juez—. Usted declarará luego. Ahora la palabra la tiene el acusado. Continúe usted, Prichibeyev.

—¡A sus órdenes, señor juez! Dice usted que no es de mi incumbencia dispersar a la muchedumbre. ¡Admitámoslo! Pero, ¿y si se producen desórdenes? ¿Pueden tolerarse los desórdenes? ¿Acaso la ley manda que se deje a la gente hacer lo que le dé la gana? ¡No, no puedo permitirlo! Si yo no los llamase al orden, ¿qué sucedería? Nadie en la aldea sabe cómo se debe tratar a los campesinos; sólo yo lo sé. Yo no soy un simple mujik, señor juez: ¡soy un suboficial! He hecho mi servicio militar en Varsovia, en el Estado Mayor. Luego he pertenecido a una compañía de bomberos; después, durante dos años, he sido conserje en un colegio clásico, y sé bien cómo debe tratarse a la gente de origen humilde; comprendo la necesidad de mantener el orden público. Un mujik no comprende nada, y debe obedecerme por su propio interés. Prueba de lo que digo es, por ejemplo, este asunto. Cuando dispersaba a la muchedumbre, vi un cadáver a la orilla del río. "¿Por qué —pregunté— se halla en este sitio? ¿En virtud de qué ley? ¿Dónde está la policía?" Al fin veo a su jefe..., al Sigin de marras. "¿Por qué no cumples con tu deber? —le pregunté—. ¿Por qué no avisas a las autoridades superiores? Tal vez ese ahogado es víctima de un crimen. Tal vez ha sido asesinado". Pero Sigin no hace el menor caso de mis palabras y continúa muy tranquilo fumando su cigarrillo. "Usted no es quién —me dice— para pedirme cuentas, para darme órdenes. Yo sé lo que tengo que hacer". "No —le contesto—; tú no lo sabes cuando sigues aquí, como un imbécil, sin hacer nada". Entonces me dijo: "A su debido tiempo le he avisado al jefe de policía del distrito". "Pero no era a él a quien debiste avisar —le digo—. ¿No comprendes que es un asunto muy grave y que hay que avisar en seguida a las autoridades judiciales? En primer lugar, hay que avisar al señor juez". Y figúrese usted: el imbécil, en vez de tomar en serio mis palabras, se echa a reír. ¡Y los mujiks también! Todos se echaron a reír, señor juez, se lo juro a usted.

Prichibeyev se vuelve hacia la sala, mira a los asistentes y empieza a indicar con el dedo.

—¡Ese se rió! ¡Y aquél! ¡Y aquel otro también! Pero el primero que se rió fué Sigin. "Por qué te ríes" —le digo—. "Porque —me responde— al juez no le incumben estos asuntos". Estas palabras me llenaron de pasmo. "¿Cómo? —exclamé—. ¿Te atreves a decir cosa semejante respecto del señor juez?" Le juro a usted que pronunció esas palabras.

Y volviéndose hacia Sigin le pregunta:

de orden

—¿Es verdad? ¿Dijiste eso, o no?

—Sí, lo dije.

—¡Ya lo creo! Todo el mundo oyó cómo dijiste: "Al juez no le incumben estos asuntos". Excuso decirle, señor juez, hasta qué punto me sorprendieron estas palabras. "Repite —le dije— lo que te has atrevido a decir". Y repitió las mismas palabras. Entonces, indignadísimo, exclamé: "¿Te rebelas contra las autoridades? ¿No sabes, imbécil, que el señor juez, por esas palabras, te puede enviar a la Siberia? ¿Que los gendarmes pueden detenerte y meterte en la cárcel como a un revolucionario?" Entonces el burgomaestre también declaró: "El juez no puede juzgar sino los pequeños asuntos". Todos lo oyeron. "¿Tú también —le dije— te rebelas contra las autoridades?" Yo no podía ya contenerme. Si me hubiera hallado en Varsovia, hubiera llamado a un gendarme. Lo hacía con mucha frecuencia cuando oía hablar a alguien contra las autoridades. Pero aquí en la aldea no hay gendarmes, desgraciadamente. Bueno, decidí obrar por mi propia cuenta, y les di una buena lección... con esta mano. Ya que no se hacen cargo de nada, hay que enseñarles a respetar el poder. Le di algunos sopapos a Sigin, y después al burgomaestre, y después a los demás que se pusieron de su parte. Mi arrebato fué tal vez excesivo; pero esta gente puede llegar hasta la locura si no les pega uno. No hay otra manera de imponerles el respeto al orden público.

—Sí; pero su misión de usted no es ésa. Es cosa que no le concierne en absoluto. Para eso existe la policía, el burgomaestre.

—Pero, ¡como no comprenden su deber!

—¡Dios mío, convénzase usted de que no tiene el menor derecho a mezclarse en esos asuntos! Carece usted de autoridad para ello.

—¿Cómo que no tengo derecho? ¡Es muy extraño! ¿Y si turban el orden público? Yo no puedo verlo con buenos ojos. Por eso se quejan de que les prohibo cantar. ¿Es que no tienen otra cosa que hacer? Luego no apagan la luz hasta la medianoche. En vez de acostarse, charlan, ríen. Están todos anotados aquí.

—¿Quiénes son los que están anotados?

—Pues los que en vez de acostarse temprano se quedan charlando hasta la medianoche y malgastando petróleo.

Prichibeyev saca del bolsillo un papel muy sucio, se pone los lentes y lee: "Iván Projorov, Sarra Mikiforov, Petro Petsov. La viuda Ana Chustov tiene relaciones ilícitas con Lemen Kislov. Iván Sverchok y su mujer son brujos".

—¡Basta! —dice el juez, y procede al interrogatorio de los testigos.

Prichibeyev mira al juez lleno de extrañeza; es cosa bien clara que no está a favor suyo. No comprende su conducta, manifiestamente adversa a él.

Su extrañeza sube de punto cuando el juez lee el veredicto.

—Prichibeyev es condenado a un mes de prisión.

—¿Por qué? —pregunta—. ¿En virtud de qué ley?

Decididamente, el mundo marcha al revés. La vida se hace imposible en estas condiciones. Ideas negras se adueñan de él.

Pero una vez fuera de la sala del tribunal, y encontrándose en su camino un grupo de mujiks que charlan, no puede contenerse y grita, según su costumbre:

—¡Circulad! ¡Circulad! ¡Nada de reuniones! ¡Cada cual a su casa! ◈



Estás torres de pozos de petróleo se levantan en Tarankan y constituyen la gran riqueza de Borneo.



Escena cinematográfica que representa a Stanley Green prisionero y rodeado por los aborígenes de Nueva Guinea.



Muchachas papúas, de Nueva Guinea, luciendo sus atavíos de gala para tomar parte en un baile típico.

POR LOS ESCENARIOS DE LA GUERRA

Las Indias Orientales

CERCA DE DOS MILLONES DE KILOMETROS CUADRADOS Y MAS DE SESENTA Y DOS MILLONES DE HABITANTES CONSTITUYEN EL AMENAZADO IMPERIO COLONIAL DE LA REINA GUILLERMINA, EN EL ORIENTE

El centro de la atención mundial se ha desplazado en estos días en un giro de ciento ochenta grados. En la primera plana de los periódicos aparecen nombres desconocidos, con un sabor de cosa exótica, lejana: Kuala Lumpur..., Kora Khutan..., Sipac..., Tandjong Priok..., Kuantan..., Pahang..' y otros que, aunque más conocidos, no dejan por eso de ser llamativos: Manila, Singapur, Batavia, Malaca...

¿Qué se oculta, en realidad, tras de esos nombres de lugares geográficos, casi olvidados unos, nunca conocidos otros? Eso es lo que vamos a descubrir aquí, o mejor dicho, a renovar en la memoria del lector, con algunos datos interesantes y de actualidad. Porque, a veces, bajo esos nombres indígenas hay otros europeos; Tandjong Priok, por ejemplo, se llama también Batavia...

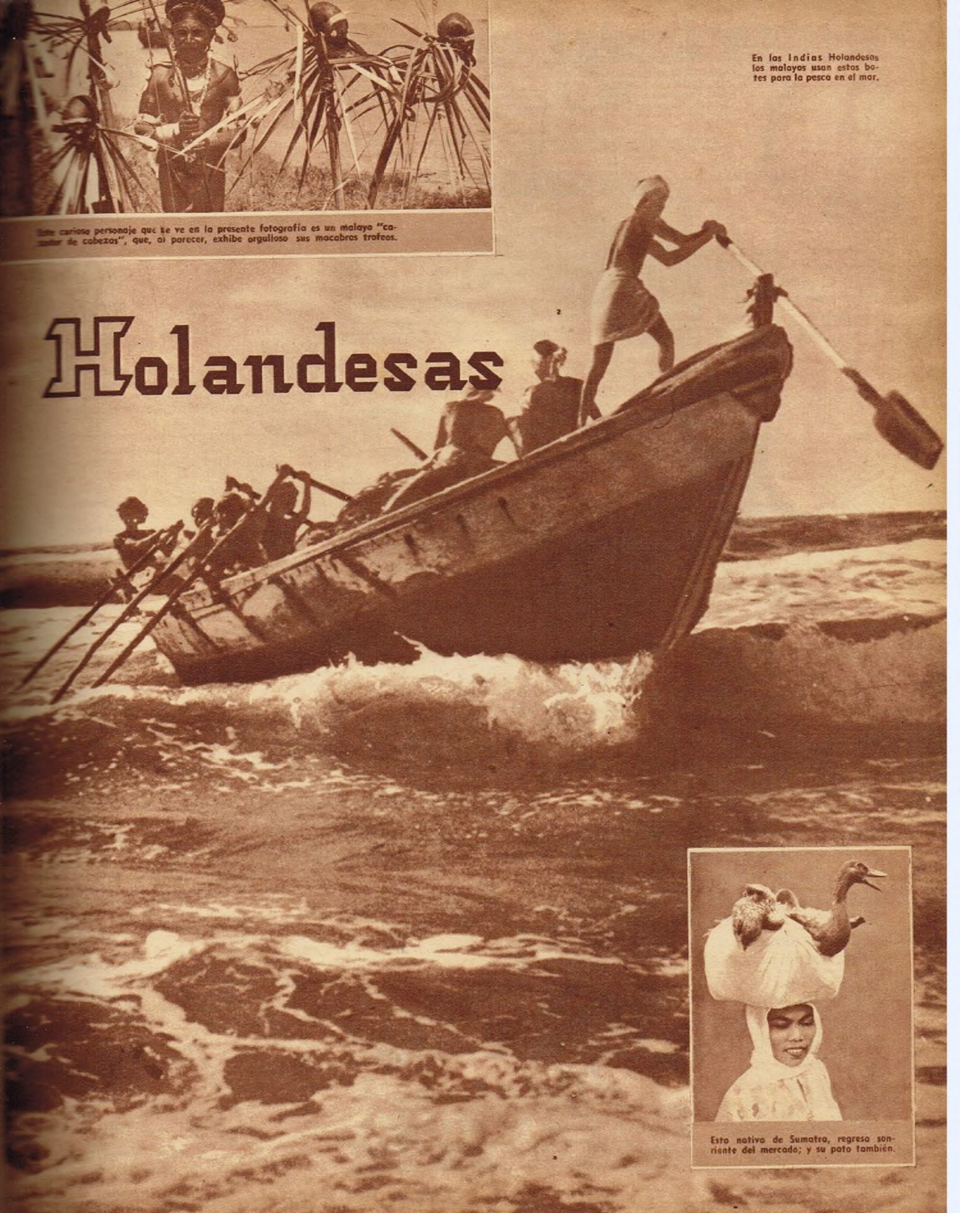
Y ya que estamos en Batavia, quedémonos, por esta vez, en las Indias Orientales Holandesas.

Las citadas posesiones de Holanda son unas de las más ricas y progresistas del mundo oriental. Y también unas de las más extensas, ya que, con excepción de una parte de la isla de Borneo, la porción portuguesa de la isla de Timor y el lado oriental de Nueva Guinea, le corresponde todo el archipiélago Indomalayo. Sus grandes y pequeñas islas tienen una extensión total de 1.900.000 kilómetros cuadrados con más de sesenta y dos millones de habitantes. Forman el archipiélago las Grandes Islas de la Sonda: Java, Madura, Sumatra, Borneo y Célebes; las



Embarcaciones de este curioso tipo suelen verse muchas en la isla de Santa Cruz, Nueva Guinea.





Este curioso personaje que se ve en la presente fotografía es un malayo "cazador de cabezas", que, al parecer, exhibe orgulloso sus macabros trofeos.

En las Indias Holandesas los malayos usan estos botes para la pesca en el mar.

Holandesas

Esta nativa de Sumatra, regresa sonriente del mercado; y su pato también.



Islas Menores de la Sonda: Bali, Lombok, Sumbawa, Flores, Timor y Sumba; además las Molucas y Nueva Guinea.

Las más pequeñas, que se cuentan por millares, están en estado semisalvaje, excepto algunas como Tarakan, cuyas existencias de petróleo les han dado gran impulso comercial.

En las islas mayores se descubre siempre una parte civilizada, con hermosas ciudades que albergan a la población blanca, y otra parte que ha quedado relegada en el ritmo progresista impuesto por la metrópoli. En aquellas tierras se enfrentan, en violento contraste, la civilización y la barbarie; el hombre blanco y el nativo salvaje.

Las Islas de las Especias, nombre con que se las conocía ya en el siglo XVI, producen, además, muchos productos que las hacen codiciables: arroz, café, té, tabaco, azúcar, cacao, aceites vegetales, caucho, petróleo, etc. Este último producto, así como la situación estratégica de las islas, explican el porqué de las violentas luchas que se libran en torno a ellas.

Todas las islas tienen, en su geografía física, en su fauna y en su flora, una gran semejanza entre sí; sus montañas y sus ríos poseen las mismas características: las primeras, de aspecto volcánico y de una altura máxima que no pasa los 2.900 metros, limitan valles fertilísimos. Los segundos, son rápidos, de cursos breves y por lo general poco navegables.

Los blancos se han establecido en la costa, empujando a los nativos hacia el interior de los bosques, formados por una impenetrable maraña tropical, en la que descuella, a veces, la majestuosa belleza de alguna orquídea. La fauna se caracteriza por la abundancia de monos, desde el orangután de Sumatra y el gorila de Borneo, hasta los más pequeños; el tigre, el rinoceronte, el elefante asiático, algunos cérvidos, muchos ofidios y una asombrosa variedad de insectos, especialmente lepidópteros.

En lo que se refiere a la geografía política y económica, Java, la más importante de las islas, es la más poblada, y en su costa occidental se levanta Batavia, la floreciente ciudad capital de las Indias Orientales Holandesas, de aspecto moderno y con una población de 200.000 habitantes. Está situada a orillas del pequeño río Tji-Livonj y se halla rodeada de plantaciones de arroz y de cocoteros. Le siguen en importancia Surabaya y Medán, esta última situada en Sumatra. En las ciudades, el ruido de los automóviles y de la radio; en la selva cercana, el tam-tam de los tambores salvajes... Así es Oriente, región de paradojas singulares y de contrastes inverosímiles...

Nueva Guinea, o Papúa y Sumatra – la Samara de Marco Polo – son las más extensas, siendo de las mayores islas de la tierra. Esta tiene una extensión de 430.000 kilómetros cuadrados; aquélla, en la parte correspondiente a Holanda, 393.106 kilómetros cuadrados. Borneo, la más tropical por su clima, tiene en el lado holandés, una extensión de 145.195 kilómetros cuadrados.

La población está formada, aparte de los blancos, por aborígenes de estatura baja, pero bien proporcionados, pertenecientes a las más diversas razas: malayos, papúas, dayaks, bugis, etc. Viven allí también chinos, árabes y japoneses, que se dedican con preferencia a la explotación de las minas de cobre, hulla, antimonio, hierro, sal, oro y platino.

En aquellas islas, que parecían dormitar, olvidadas, bajo el sol de los trópicos, el cañón ha tronado de pronto, y los ojos del mundo se han vuelto hacia ellas.

Sólo la guerra pudo sacarlas de su olvido. Ahora, su suerte es incierta, pero todas siguen siendo fieles a la metrópoli, que en estos momentos tiene que capear el temporal bélico desencadenado sobre Europa. ✥

El crimen del Rubí



Novela policial de
ADAM BLISS

TAPA E ILUSTRACIONES
DE MARIANO ALFONSO



CAPITULO I

MARGALO había estado soberbia, como yo lo había previsto, pues sabía cuánto empeño ponía en el estudio de sus papeles. Pero aun en ese momento de triunfo, en su última salida al proscenio, seguía siendo la pequeña Maggie Shand, confundida por los calurosos aplausos, que agradecía con tímida sonrisa.

Me quedé tranquilamente sentado en mi butaca mientras desfilaba el público hacia la salida. No necesitaba darme prisa, puesto que le llevaría por lo menos media hora a Margalo para mudarse de ropa.

Ibamos a cenar juntos. No sabía dónde; dejaría que Margalo lo decidiera. Los lugares predilectos que yo solía frecuentar en otra época, probablemente ya no existieran. Hacía diez años que yo faltaba de Nueva York, y las grandes ciudades modernas cambian rápidamente.

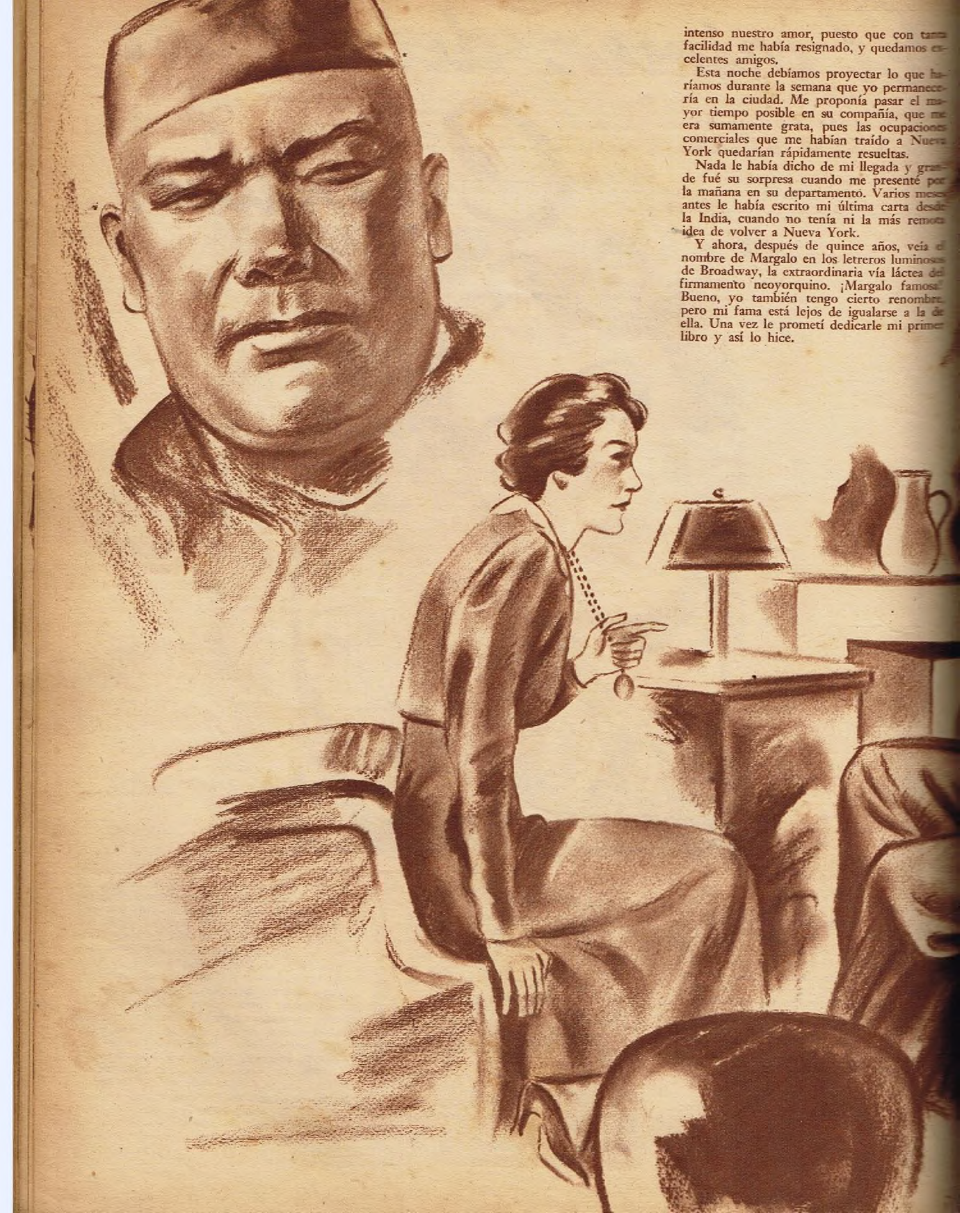
También Margalo no era ya la misma. Tenía un aspecto más reposado. Faltaba una luz en sus ojos, algo que yo mismo no sabía explicarme y que no había podido definir en el breve tiempo de nuestro primer encuentro a mediodía, durante el almuerzo, que para ella había sido el desayuno.

Desde luego, mal podía yo esperar que fuera exactamente la misma después de diez años.

El tiempo deja sus huellas, aunque nosotros mismos no las advirtamos. Ella también me había mirado en una forma que indicaba a las claras que yo tampoco era el mismo de antes.

"Se está poniendo canoso, Gary", me había dicho. Por mi parte, con mis 37 años, nunca se me había ocurrido que tuviese que comenzar a pensar que me estoy poniendo viejo. La misma edad que la de Margalo, aunque seguramente ella no la confesaría. Su agente de publicidad, probablemente, juraría que miss Margalo Younger no tenía más que 30 años, la edad que demostraba, según me pareció. Aun así eran muchos. En estos tiempos en que ninguna mujer quiere aparentar más de 25 años, demostrar 30 significa falta de preocupación por su apariencia personal. Algo raro ese descuido en Margalo.

En cierta época, quince años atrás, habíamos empezado a tejer un idilio amoroso, que afortunadamente sólo duró un verano. Ambos comprendimos, y ella antes que yo, que nuestro amor era imposible. Eramos dos chiquilines, yo recién salido del colegio, un soñador, sin un centavo; ella que apenas se iniciaba en su carrera. En aquel entonces, cuando me hizo comprender que debíamos romper el noviazgo, me pareció experimentar un desencanto incurable, pero con el correr de los años comprendí que no había sido muy



intenso nuestro amor, puesto que con tanta facilidad me había resignado, y quedamos excelentes amigos.

Esta noche debíamos proyectar lo que haríamos durante la semana que yo permanecería en la ciudad. Me proponía pasar el mayor tiempo posible en su compañía, que me era sumamente grata, pues las ocupaciones comerciales que me habían traído a Nueva York quedarían rápidamente resueltas.

Nada le había dicho de mi llegada y grande fué su sorpresa cuando me presenté por la mañana en su departamento. Varios meses antes le había escrito mi última carta desde la India, cuando no tenía ni la más remota idea de volver a Nueva York.

Y ahora, después de quince años, veía el nombre de Margalo en los letreros luminosos de Broadway, la extraordinaria vía láctea del firmamento neoyorquino. ¡Margalo famosa! Bueno, yo también tengo cierto renombre, pero mi fama está lejos de igualarse a la de ella. Una vez le prometí dedicarle mi primer libro y así lo hice.



—¡Maugham! — una voz amiga vino a sacarme bruscamente de mis meditaciones.

—¡Van Every! Cuánto tiempo que no nos vemos—. Y nos dimos un cordial apretón de manos.

—Vaya, hombre, qué sorpresa más agradable. Pensé que nunca volverías a Nueva York.

—Negocios. — Y en ese momento recordé que por la mañana había leído su nombre en un diario, que traía una larga crónica acerca de un famoso rubí, que Van Every había adquirido por un precio fabuloso. "Siete mil dólares, decía el diario, el más alto precio pagado jamás por un rubí".

—Parece que has estado haciendo grandes negocios en piedras preciosas — dije, para enterarlo de que había leído el suelto. En efecto, leyera la crónica de cabo a rabo, por tratarse de él y conocer su pasión por la pedrería.

—Sí, hombre. Ven a mi casa, te lo mostraré —. El también sabía que me interesaban las piedras preciosas. Juntos habíamos visto, algunos años atrás, en Florencia, donde él pasaba el invierno, el famoso brillante Khonivar, uno de los más hermosos del mundo, y desde entonces había empezado a interesarme por las piedras preciosas, posiblemente por influencia de Van Every. Pero yo no las compraba.

—¿Cuándo? — pregunté.

—Ahora mismo, si quieres.

—Lo siento, ahora no puedo; justamente voy a ir a buscar a miss Younger para salir con ella.

—Pues tráela, si quieres.

Seguramente, pensé, a Margalo le agradaría ver tan extraordinaria piedra.

—Mañana voy a llevarla al depósito de seguridad — agregó Van Every.

—¿Así que tengo que ir forzosamente esta noche?

—Si la quieres ver.

Le propuse entonces que me acompañara a la puerta del escenario, a lo que asintió gustoso.

Cuando llegamos al camarín de la actriz, estaba poniéndose el tapado, lista para salir. Saludó a Van Every con formal cortesía cuando se lo presenté, pero en seguida noté el interés que despertaba en ella al enterarse que era el dueño del famoso rubí Camden, y que estaba invitada a examinarlo esa misma noche.

—¿Y usted, señor Van Every, ha dejado el rubí en su casa sin custodia? — preguntó Margalo.

Con una breve risita, característica en él, contestó:

—No, mi estimada miss Younger, no está

sin custodia. Sentado al lado de la caja de hierro está Soon, con una pistola sobre las rodillas.

Me acordé de Soon. Lo había conocido en Florencia, al servicio de Van Every. Un chino silencioso, de edad indefinible, el rostro surcado de mil arrugas y el pelo negro como azabache. Pronto pude observar que Soon era un criado admirable. No sé dónde lo había encontrado; toda la servidumbre de Van Every en Florencia era china, con excepción de la institutriz francesa de su sobrina.

CAPITULO II

—Parece tener una historia bastante siniestra este rubí — comentó Margalo, como insinuando a Van Every que se la contara.

—Efectivamente, pero este no es lugar apropiado para contarla — replicó él.

Poco después estábamos en el departamento de Van Every. Este nos hizo pasar a una habitación que, evidentemente, era su biblioteca. En el otro extremo de la pieza, sobre una mesa, había un velador encendido y cerca percibimos la silueta de Soon, sentado en una silla bastante incómoda, con una gruesa pistola automática sobre las rodillas. Se puso inmediatamente de pie al vernos, apoyó el arma sobre la mesa y me saludó con una reverencia al reconocerme.

—Está bien, Soon — dijo Van Every —. Vete a descansar un rato, pues luego te necesitaré otra vez.

Silenciosamente, el chino se retiró.

Margalo se quitó el tapado. Negligentemente se sentó en un sofá próximo a la chimenea, y yo, acercando una silla, me senté a su lado. Van Every removió la lumbre, que esparció una grata ola de calor por el ambiente.

Era una hermosa chimenea de mármol esculpido. En el ángulo derecho había un trípode de bronce con utensilios del mismo material para el fuego. A la izquierda, cerca de mis pies, una gruesa caja de bronce labrado, para guardar carbón.

—Bueno, vamos a sacar el rubí — dijo Van Every, leyendo en los ojos de Margalo su intensa expectativa, y acercándose a la carbonera la desplazó hacia un costado. ¡Allí tenía su caja de hierro! Yo había imaginado que estaría empotrada en la pared, cerca del lugar donde estaba sentado Soon. Debajo de la carbonera había un pequeño felpudo que nuestro amigo levantó y pude ver una pequeña manija que con el reflejo del fuego parecía de oro. Van Every dió una vuelta a la manija y, empujada por un resorte, se abrió una tapa circular, de unos quince centímetros de diámetro.

Metió la mano en la cavidad y sacó una cajita; luego cerró la tapa de la caja de hierro, bajó el felpudo y volvió a su lugar la carbonera.

Van Every ocupó de nuevo su silla al lado del sofá. Volviendo la cabeza, vi que la puerta, a nuestras espaldas, estaba abierta.

—¿Quieres que cierre la puerta? — dije, levantándome.

—No es necesario — repuso mi amigo —. Dentro de un ratito volveremos a poner el rubí en su lugar.

Me senté nuevamente, mirándole desenvolver la cajita. La abrió, y por unos minutos se quedó mirando su contenido. Luego, sin decir una palabra, pasó la cajita a Margalo, que la tomó vivamente. Yo estaba a su lado, contemplando la piedra al mismo tiempo que ella. Era grande, mucho más grande de lo que había imaginado, posiblemente del tamaño de un pequeño huevo de gallina.

Delicadamente, Margalo levantó el grueso rubí. Noté que una cadena colgaba del mismo, una gruesa cadena de oro rudimentariamente labrada.

—Ya comprendo su entusiasmo, señor Van Every — dijo Margalo al fin, con la mirada fascinada por el rubí.

—Es hermoso, ¿no es cierto? — Se sentía una inflexión de orgullo en su voz.

Observé el agujero a que estaba enganchado uno de los eslabones de oro. Indudablemente el corte era malo, pero aun así no destruía la hermosura de la gema.

Margalo lo apretó en la mano y murmuró: "Parece como si estuviese caliente". — Estuvo así un momento con el rubí apretado en la mano, luego levantó con los dedos la cadena y se dispuso a pasársela en torno del cuello. Van Every hizo un brusco movimiento para impedírselo.

—Por favor, no se lo ponga.

—Quería ver cómo me quedaba.

—Prefiero que no lo haga, miss Younger. Tengo miedo...

—¿Miedo de qué? — dijo ella riendo.

—Tengo miedo; su historia es tan extraña, tan horrible, y para mí mis piedras son como cosas vivientes.

—¿Quiere usted decir que no desea que me cuelgue el rubí al cuello, porque teme que me pueda pasar algo?

—Le llaman la piedra homicida, ¿sabe usted, miss Younger?

Margalo se pasó la cadena al cuello y el rubí quedó apoyado contra su pecho, destacándose con color de sangre sobre el satín blanco de su vestido.

—Yo no soy supersticiosa, señor Van Every. ¿Cómo quiere que una piedra preciosa pueda matarme?

—No lo sé, miss Younger, pero me siento muy inquieto.

—Bueno, cuéntenos la verdadera historia del rubí — rogó Margalo, acariciando con los dedos la brillante piedra roja.

—No se sentirá usted tan valiente cuando haya terminado la historia del rubí Camden, miss Younger — replicó Van Every después de una breve hesitación —. No se lo he mostrado ni a Joyce, que quería verlo, pues no quiero que lo lleve puesto al cuello ni que lo toque siquiera.

Margalo levantó las cejas, sorprendida.

—Joyce es mi sobrina y es impulsiva como usted, miss Younger, y habría querido pasarse la cadena al cuello, como lo ha hecho usted.

—Por favor, cuéntenos la historia — insistió Margalo.

—Es más bien larga, así que conviene que tomemos algo — repuso Van Every, y echó un vistazo al cordón de la campanilla, un grueso cordón de terciopelo rojo que colgaba detrás de él, al alcance de su mano.

—Voy a buscarlo yo mismo. Soon necesita un poco de descanso, puesto que tendrá que custodiar el rubí toda la noche.

Cruzando la pieza se dirigió hacia un pequeño gabinete, una licorera, en el otro extremo de la habitación. Pronto volvió con una bandeja y tres copitas de excelente coñac.

CAPITULO III

—La historia del rubí Camden es vaga y llena de supersticiones — comenzó, luego de echar un traguito —. Buena parte de lo que voy a contarles es probablemente falso. He estudiado la piedra detenidamente, sin embargo, y sé que hay algo de cierto en la historia. Ya podrán juzgar ustedes mismos. Yo estoy convencido de que la piedra es peligrosa. Por qué lo es, no lo sé, pero las piedras preciosas tienen extrañas peculiaridades, y una del tamaño de ésta, debe tener, forzosamente, una historia trágica.

"Los orígenes de la historia de este rubí se relacionan con leyendas que se remontan a la época de la Edad Media. Se sabe que vino a Inglaterra del Asia, probablemente de Turquía. Con seguridad fué una de las piedras de Saladín. La primera noticia positiva que se tiene a su respecto data de después de la primera cruzada, cuando James, lord de Camden, regresó enfermo y cansado de su largo viaje a Jerusalén, a su castillo de Gales, trayendo esta gema. Fué uno de los pocos que volvieron de aquella expedición, pero con la salud quebrantada. Trajo el rubí como regalo de bodas para Gwladys, su prometida.

"Dónde encontró la piedra; si la compró, robó o mató a alguien para conseguirla, no se sabe. Lo único cierto es que volvió a Gales, muy enfermo, trayendo el rubí.

"Hubo gran regocijo a su regreso. Gwladys lo había estado esperando cuatro años y posiblemente ya lo habría dado por muerto. La historia dice que en la noche de bodas, cuando la sala del banquete estaba atestada de elegantes damas y caballeros resplandecientes de antorchas, James llamó aparte a su prometida y le colgó del cuello la extraordinaria piedra. Cabe suponer el júbilo de Gwladys por semejante regalo, valorado por el retorno de su prometido y de los indecibles sacrificios que acaso le había costado la gema. Probablemente la habrá acariciado y besado tiernamente.

"James salió entonces por breves momentos de la cámara y cuando regresó para informar a su prometida que todo estaba listo para el banquete, la encontró tendida en el suelo, muerta, con la cadena que todavía le colgaba del cuello y el rubí estrechamente apretado en una de las manos.

"Gwladys fué enterrada aquella noche, y antes de ponerla en la tumba, James le dió su postrer adiós. Nadie sabía, cuando se cerró la tumba, que el rubí seguía apretado en la mano de la muerta. Pero James debió haber sospechado que la piedra la había matado.

"He dicho que James, primer dueño del rubí Camden, había vuelto de su viaje a Jerusalén enfermo y envejecido. La trágica muerte

La fuerza de la costumbre

—Su señora dejó una nota para usted también, señor Rodríguez.

de su prometida Gwladys terminó de quebrantar su salud y al cabo de un año la siguió a la tumba. Le sucedió un hermano mucho más joven, Juan, que pasó a ser lord de Camden.

"Juan había oído hablar del rubí. No lo había visto, pero los que lo habían visto brillar por breves momentos sobre el pecho de Gwladys le habían contado de su fulgor y magnificencia extraordinaria, y empeñosamente lo buscó, día y noche, durante largos años, sin poder dar con él.

"Se organizó una nueva cruzada y Juan dejó partir a su hijo, un niño, con los cruzados. Tenía dos hijos, el que partió para Jerusalén, cuyo nombre no se conoce, y otro menor, llamado Rolf, que no había nacido aún cuando murió James y que luego figura en esta historia.

"Fueron pasando los años sin que apareciera el rubí, hasta que al fin Juan, ya viejo, se dedicó a violar las tumbas de su hermano James y de Gwladys, en su búsqueda, y en esta última encontró la piedra.

"Juan tenía una novia, joven y hermosa, que codiciaba el misterioso rubí; ella fué quien le había insinuado la violación de las tumbas, y él, cegado por su pasión senil, había consentido. Lleno de júbilo por el hallazgo, entregó el collar a la joven que extasiada se lo puso al cuello.

"Por la mañana la encontraron muerta en su lecho, con el rubí apretado en la mano, lo mismo que había ocurrido con Gwladys. Juan, postrado por el pesar, comenzó a creer en las historias que corrían sobre el maleficio de la fatal gema y la encerró en un cofre, poniéndole un guardián día y noche, con la orden de que nadie la tocara jamás.

"Pronto dejó de existir Juan, y su hijo Rolf, que heredó título y patrimonio, al revisar el cofre encontró el rubí envuelto en un pergamino escrito en latín. Rolf apenas sabía firmar y llamó a un estudioso para que le leyera el documento, que tampoco lo había escrito su padre, sino que lo había dictado.

No tengo el documento, pero en substancia decía esto: Juan legaba el rubí a su hijo Rolf, a condición de que lo dejara en el cofre y no permitiera que nadie, jamás, lo llevara puesto.

"Rolf conocía la historia del rubí. Era ya un hombre cuando murió la novia de su padre, casado él también, y asustado pensó venderlo. Pero nadie quiso comprarlo y al final lo dejó en el cofre.

"Había advertido a su mujer que no se acercara al cofre, y ella, a su vez, había hecho lo propio con las cuatro hijas que tenían, pues Rolf no tenía hijo varón. Pero Ellen, la más joven, había visto una vez la hermosa piedra que su padre mostraba a un rico forastero para que la comprara y ansiaba lucir el collar, siquiera una vez.

"Cediendo a la tentación, una noche penetró sigilosamente en la sala donde estaba el cofre y comenzó a forcejear para abrirlo. Uno de los caballeros de guardia que recorría el castillo, vió deslizarse una sombra, la siguió, sin reconocer a Ellen, y al observar que penetraba en aquella sala y trataba de forzar el cofre, se le acercó y la golpeó con la daga. Así murió Ellen, también por el rubí.

"Rolf, desesperado, resolvió deshacerse del fatal rubí y salió de viaje con ese objeto, llevándose la piedra. Estuvo ausente algunos años. No se sabe cómo ni dónde vendió el rubí, el hecho es que volvió sin él. Cuando regresó al castillo, encontró todo en ruinas. Una banda de merodeadores había saqueado el castillo durante su ausencia, raptado las mujeres e incendiado los campos y el edificio."

Van Every se interrumpió para tomar otro trago de coñac, y yo dirigí una mirada aprensiva a Margalo. ¿Qué efecto le hacía esta macabra historia, a ella que llevaba sobre el pecho el fatal rubí? Con las manos descansando inmóviles sobre la falda, tenía la vista fija en el fuego, con una mirada sin expresión y el semblante más bien pálido. Me sentí furioso contra mí mismo por no haberme opuesto con más energía a que se pusiera el collar. Una historia semejante debía, necesariamente, producirle una impresión de espanto. Sin embargo yo sabía, y ella misma lo había dicho, que no era supersticiosa.

Su copita de coñac estaba intacta. A su lado, en un cenicero sobre el sofá, su cigarrillo se había consumido solo. Evidentemente, la historia de Van Every la había absorbido por completo.

—Francamente, no sé si debo continuar con la historia — dijo de pronto Van Every —. Temo estarla aburriendo.

Volví a mirar a Margalo. No dijo ni una palabra.

—¿Desea que continúe, miss Younger? — le preguntó directamente

—Continúa, hombre — intervine yo —. No puedes suspender ahora tu relato.

Van Every reanudó entonces el hilo de su narración.

—¿Dónde estábamos? Ah, sí, ya recuerdo. Rolf había regresado a su castillo. Allí lo dejaremos, pues es un personaje que no vuelve a aparecer en la historia.

"Durante muchos años no se supo más nada del rubí.

"En 1649 un viejo se presentó en casa de lady Morley, en Londres, para ofrecerle una piedra preciosa, conocedor de su pasión por las gemas. El viejo dijo a la dama que se trataba del rubí Camden, y lady Morley pagó el precio que se le pedía, muy elevado por cier-

to, pues, fuera o no la legendaria gema, era sin duda una piedra extraordinaria, como nunca había visto otra igual. Sin duda el viejo habrá dado alguna versión más o menos plausible de cómo había conseguido el rubí, pero nada se sabe al respecto, ni nunca se supo más nada de ese anciano misterioso.

"Era de noche cuando lady Morley compró el rubí, pero sin esperar ni un momento, llamó a su doncella y le ordenó que fuese a avisar a su joyero que deseaba verlo inmediatamente. Quería dar mayor realce al rubí con el complemento de un collar que hiciese furor. Cuando la doncella salió para cumplir el mandato, su ama, con el rubí colgado sobre el pecho, se contemplaba extasiada en el espejo.

Al cabo de un cierto tiempo regresó la doncella con el joyero, un tal Hans Clap, y lo condujo directamente a la cámara de Lady Morley. No recibiendo contestación a su llamado en la puerta, la abrió y contempló espantada a su ama tendida en el suelo, exánime, apretando el rubí en una mano. Había sido muerta de una puñalada en el corazón.

"Hubo un escándalo en Londres, como es de suponer, pero fué acallado por el viudo, lord Morley. No ha trascendido lo que pasó y posiblemente ni entonces llegó a descubrirse cómo había muerto lady Morley. Posiblemente tendría algún enemigo y su muerte en el momento en que llevaba puesto el rubí Camden fué una mera coincidencia. Lo cierto es que no fué el hurto el móvil del crimen, pues hubiera sido fácil al criminal llevarse el rubí. Es un hecho curioso que en ninguna de las muertes relacionadas con el rubí, fué robada la piedra fatal.

"Lord Morley vendió el rubí al conde de Barrimore y permaneció en posesión de esa familia durante doscientos años. El conde dejó escrita una advertencia acerca del maléfico influjo de la piedra, por el estilo de la que había dejado escrita su primitivo dueño, Juan, lord de Camden.

"Muchas desgracias sufrió el conde de Barrimore desde que compró el rubí. Su esposa huyó con su mejor amigo, su hija le desafió casándose contra su voluntad y él murió después de larga y penosa enfermedad, que nadie supo diagnosticar y que fué consumiéndole lentamente. Sus sucesores también fueron desdichados y de generación en generación fué decayendo la familia de la más grande opulencia a una completa pobreza, hasta cesar la descendencia directa en 1860. Entró entonces en posesión del título y del castillo un heredero de una rama lateral de la familia, quien encontró el castillo vacío de todos sus objetos y moblaje de valor y en completo estado de abandono. Sabía del famoso rubí que había sido preciada posesión de la familia, pero ignoraba si había sido vendido, como inducía a pensarlo el progresivo empobrecimiento de la familia. Hacía como un siglo que no se tenía noticia de la piedra. De cualquier modo se propuso buscarlo prolijamente en el castillo.

"Así lo hizo y al cabo de paciente y minuciosa búsqueda, en la que revolvió toda la mansión, descubrió un receso secreto en una pared donde estaba una cajita conteniendo la famosa gema.

"Apenas encontrada la piedra, el nuevo conde de Barrimore la vendió por una suma enorme, en 1860, a sir Henry Moorehouse, un banquero de Londres. Con el rubí recibió también el estuche y la advertencia que había escrito el primer conde de Barrimore. Su esposa, impresionada, no quiso ni mirar la piedra y consiguió que la vendiera.

"Desde 1860 no ha quedado en manos de nadie durante largo tiempo. Pareciera realmente estar maldita. Es curioso este hecho; cuando lo compré, se me entregó con un estuche relativamente nuevo, que no es, seguramente, el del primer conde de Barrimore".

Van Every interrumpió su relato para agotar su copita de coñac. Aproveché la pausa para dirigirme a Margalo.

—Qué historia más lúgubre — le dije, observándola, para ver el efecto que le había causado. Pero me quedé atónito al ver que no me contestaba ni se movía. No había variado su posición: con la mirada fija al frente y las manos descansando en la falda. Le apoyé la mano sobre el brazo desnudo, y alarmado exclamé:

—¡Margalo! ¿Qué le pasa?

El brazo estaba frío, y ella no contestó, ni se movió.

—¡Margalo! — grité, poniéndome de pie y sacudiéndola suavemente. La expresión fija de sus ojos no varió, ni hizo movimiento alguno. Parecía como si no me oyera.

—¡Van Every, le pasa algo! — dije espantado, al sentir una sensación de frío en la mano, que apoyé sobre su frente.

La mirada de mi amigo se encontró con la mía, y noté en ella una expresión de terror, como sin duda debía tener la mía. Estaba clavado en la silla, atontado, mordiéndose el labio inferior.

CAPITULO IV

—Solamente está desmayada, Van Every.

Pero había algo en el rostro de Margalo que paralizaba los latidos de mi corazón. Sus ojos bien abiertos e inmóviles, que parecían no mirar nada en particular, sus labios apretados, su palidez mortal...

Van Every me ayudó a recostarla en el sofá y la auscultó el corazón. Luego, me dijo precipitadamente:

—Llama al médico. Allí en la carpeta, sobre el escritorio, encontrarás el número del teléfono. Voy a buscar una bata para cubrirla. Tal vez se trate de un ataque al corazón.

Corrí al escritorio, encontré la tarjeta del médico e inmediatamente pedí la comunicación, mientras Van Every tiraba violentamente del cordón de la campanilla y recogiendo una bata colgada del respaldo de una silla, cerca de la ventana, cubría el cuerpo inánime de Margalo.

Cuando volví del teléfono, lo encontré con una copita de coñac en la mano, inclinado sobre Margalo, tratando de hacer pasar el líquido entre sus labios apretados.

—¿Viene en seguida? — me preguntó.

—Hablé con el criado y me dijo que el doctor vendría tan pronto como terminara de vestirse.

—Vive cerca, así que no ha de tardar.

Una sombra se proyectó sobre el sofá. Era Soon que había acudido al llamado.

—Vete a abrir la puerta al doctor cuando llegue — le dijo Van Every —, y tráenos una jarra de agua caliente y un calentador para los pies.

Al cabo de unos cuantos minutos, que nos parecieron horas, entró el doctor.

—¿Qué pasa, Van Every? — preguntó, al tiempo que echaba una ojeada en torno de la habitación. Rápidamente avanzó hacia el sofá y sin esperar respuesta tomó el pulso a Margalo.

Temblando, le vi dejar caer la mano exangüe y sacar un estetoscopio del bolsillo del chaleco. Luego de auscultarla, apoyó las yemas de los dedos sobre los párpados de Margalo durante unos instantes, y cuando los retiró, los ojos de mi amiga quedaron cerrados.

—Está muerta, Van Every — dijo el doctor brevemente.

—¡Muerta!

Había estupor y angustia en la voz de Van Every.

Volvimos a mirarnos Van Every y yo y comprendí que el mismo pensamiento, la misma sospecha cruzaba su mente. Pero ninguno de los dos nos atrevimos a expresar nuestros pensamientos.

¡El rubí! Parecía tan ridícula la idea. ¿Qué tenía que ver esa piedra en el repentino fin de mi amiga? ¿Cómo podía una gema matar a una mujer? En estos tiempos no cabían suposiciones tan absurdas. La siniestra narración de Van Every la había emocionado; sería enferma del corazón y un síncope había puesto fin a su vida. Era la única hipótesis plausible. Y sin embargo yo sabía que Margalo no era supersticiosa, no era mujer de dejarse impresionar por una estúpida leyenda de una piedra homicida. ¿Y entonces, cómo había muerto? ¿Qué es lo que le había causado la muerte?

—Señor Maugham — la voz del doctor me arrancó a mis reflexiones —. Van Every me parece algo incoherente acerca de este asunto. ¿Puede usted darme alguna información sobre la salud de miss Younger?

Negué con la cabeza y le dije que cuando habíamos almorzado juntos, a mediodía, me había expresado que estaba perfectamente bien.

—Van Every me ha estado haciendo un relato ridículo de un rubí homicida.

Se inclinó sobre la figura postrada en el sofá, levantó la bata y le quitó la cadena con el rubí del cuello, entregándola a Van Every, quien la tomó sin decir una palabra.

—¿Cuál le parece que puede haber sido la causa de la muerte, doctor? — pregunté con un poco de vacilación.

—Parece que se tratase de un derrame cerebral, pero no puedo pronunciarme sin antes examinar el cadáver.

—¿Quiere usted quedarse? — me preguntó el doctor.

No, no quería quedarme, y seguí a Van Every a su dormitorio. No salimos al vestíbulo; Van Every levantó una pesada cortina, al fondo de la biblioteca, que daba acceso a su dormitorio. Me dejé caer anonadado en una silla.

Entró Soon en el dormitorio, por el vestíbulo, y se quedó esperando las órdenes de su amo, pero éste pareció no advertir su pre-

Ladrón en desgracia

SUBTE

—Si busca un lápiz de "rouge", un pañuelo viejo y veinte centavos, entonces ha elegido bien el bolsillo.

sencia. No apartaba los ojos del rubí que tenía en la mano, aunque parecía vagar con el pensamiento por otros lados.

Nervioso, me puse a andar por la pieza. El segundo piso de la casa de Van Every tendría, pensé, como la mayoría de las casas de Nueva York, dos habitaciones solamente: la biblioteca y el dormitorio. Me detuve frente a una gran cómoda sobre la cual noté una miniatura en un hermoso marco. ¿Dónde había visto esa cara? No tardé en reconocer a Joyce, la sobrina de Van Every. Era un retrato de su infancia. Posiblemente tendría unos cinco o seis años cuando le habían tomado esa fotografía. Hermosa nena, con sus bucles de oro formando marco a un rostro encantador. Por lo demás, era bonita también cuando la conocí en Florencia, en la edad más ingrata, pues tendría entonces unos catorce años. Hacía cuatro años de esto. Ahora debía estar hecha una señorita.

Me puse a pensar a quién habría que avisar de la muerte de Margalo. Había perdido sus padres en su infancia y no le conocía otros parientes. Habría que avisar a su empresario. ¡Pobre Margalo! Ya nunca más volvería a las tablas, ya no experimentaría más el placer de los aplausos, que constituían su mayor felicidad.

Van Every se había sentado en una silla. Soon de pie a su lado. ¡Cuánto tiempo empleaba el doctor en su examen! Eran las dos de la madrugada. Finalmente apareció la cabeza del doctor entre las cortinas, y nos hizo seña de que entráramos.

Penetramos en la biblioteca. Lancé una mirada al sofá y vi que una manta cubría enteramente el cuerpo de Margalo.

—He telefoneado a la policía, Van Every. Pronto estará aquí. Era lo único que podía hacer.

—¡La policía! — exclamé con estupor.

—Sí, Maugham. Esta mujer ha muerto asesinada.

¡Margalo asesinada! ¡Pero era increíble, imposible! ¿Cómo podía haber sido asesinada estando yo a su lado, tan cerca que casi la tocaba? Y Van Every del otro lado, a menos de dos metros de distancia.

Prendí un cigarrillo, pero lo arrojé a la primera bocanada. Le encontré un gusto amargo, horrible.

La pieza estaba tal cual la habíamos dejado, con la única diferencia que Margalo estaba tendida en el sofá cubierta por una manta. Allí estaba la mesa con las tres copitas de coñac, dos vacías y una llena, la de ella. No la había tocado. ¿Habría estado muerta durante todo el tiempo que duró el relato de Van Every? Su cenicero, con el cigarrillo ahora totalmente consumido, estaba sobre la mesa al lado de las copas. Seguramente el doctor Narro lo había sacado del sofá.

Al cabo de un rato se oyeron pasos en la escalera y apareció Soon en el umbral y detrás de él tres hombres. Uno de ellos preguntó:

—¿El doctor Narro?

Narro se levantó y contestó:

—Soy yo.

—Mi nombre es Keyes, capitán de detectives. Este es el doctor Frank y el detective McManus.

Luego de las presentaciones, Keyes se fué directamente al sofá y descorrió la manta, emitiendo una exclamación de sorpresa.

—¡Margalo Younger! Esto es un asunto grave.

—Así lo pienso — convino Narro —. Explicaré rápidamente la parte que me ha tocado en esto, y luego — sacando el reloj del bolsillo — tendré que irme.

—Vaya diciendo — expresó Keyes, secamente.

—El señor Maugham me llamó desde aquí a la 1.25 a mi casa. Hacía poco que me había retirado. Dijo, si mal no recuerdo, que me necesitaba inmediatamente; una mujer estaba mala. Me vestí y vine; vivo a dos cuadras de aquí, así que me vine a pie. Van Every es un viejo cliente mío, pero es la primera vez que me llamó a esta hora de la noche. Supuse que la enferma sería su sobrina. Comprendí que debía tratarse de algo grave y vine en seguida. Creo que no habré tardado más de quince minutos en llegar. Habré llegado, pues, a eso de la 1.40. Cuando llegué me encontré con que miss Younger estaba muerta. En un principio creí que se trataba de un derrame cerebral, pero no tenía la seguridad y examiné entonces el cuerpo rápidamente. Encontré, oculto entre el cabello de miss Younger, un instrumento puntiagudo, parecido a una aguja, clavado en la base del cráneo. Allí lo he dejado, por supuesto. Por un momento supuse que se trataba de una horquilla. Indudablemente ha causado una muerte casi instantánea, aunque no tengo la menor idea de cómo se encuentra allí, ni por qué. Ahora, caballeros, si me lo permiten, voy a retirarme.

El detective Keyes murmuró algo al doctor Narro, y vi que ambos se inclinaban sobre el cuerpo, examinando la aguja clavada en la cabeza. Luego el médico recogió su valijita para retirarse. Evidentemente, ya no tenía nada que hacer en el asunto.

—Bueno, señores — dijo Keyes, dirigiéndose a Van Every y a mí —; ¿qué saben ustedes sobre este asunto?

—Nada — exclamé. Van Every asintió con la cabeza —. No tengo la menor idea de cómo ha encontrado la muerte miss Younger. Estábamos escuchando un relato que nos hacía Van Every, ambos intensa-



mente interesados. Recuerdo ahora que la actitud de miss Younger parecía algo extraña; estaba inmóvil, mirando al frente. Fuera de nosotros tres, no hubo en ningún momento otra persona en la habitación, desde que salió el criado Soon hasta que llegó el doctor Narro.

—¿Podría usted jurarlo?

Vacilé un momento. ¿Estaba realmente seguro? ¿Había podido entrar alguien sin que lo oyera, absorto como estaba en la narración de Van Every?

—Lo que puedo asegurarle es que no he visto ni oído entrar a ninguna otra persona.

—¿Ha escuchado algún estampido?

—No. No he escuchado más que a Van Every, que hablaba.

Keyes se volvió hacia Van Every.

—¿Podría usted jurar que solamente estaban ustedes tres en la pieza, en el momento en que fué asesinada miss Younger?

—No podría jurarlo, capitán, pero así lo creo — Van Every había recobrado su serenidad y hablaba sin vacilación —. No he visto a ningún otro en la pieza, ni he oído subir a nadie por la escalera; la puerta estaba abierta, pero ni siquiera oí entrar a mi sobrina en la casa, tan absorto estaba en mi relato del rubí.

—¿Así que la puerta estaba abierta? — dijo Keyes, lentamente —. ¿Esa puerta que da al vestíbulo?

—Sí, es la única. La otra que da al dormitorio, la hice sacar, poniendo un cortinado en su lugar.

—Vamos a ver; vuelvan a sentarse en los puestos que ocupaban antes de notar que miss Younger había muerto.

Así lo hicimos, y ahora observé que los tres habíamos estado dando la espalda a la puerta; Margalo directamente de espaldas y nosotros algo de costado, uno a cada lado de ella.

—¿A qué hora llegaron a la casa?

—No estoy seguro, pero debe haber sido alrededor de medianoche.

—¿Hasta qué hora les parece que estuvo viva miss Younger?

Van Every y yo nos miramos perplejos.

—Mi impresión es que estaba viva todo el tiempo que yo hablaba — dijo Van Every —. Recuerdo haberle preguntado si quería que siguiera con el relato, y me parece que me contestó. ¿No es así, Maugham?

—No, fuí yo el que contesté.

Keyes pidió entonces al doctor Frank que examinara el cadáver para determinar la hora del deceso, y luego preguntó qué era el collar del rubí que Van Every tenía en la mano. Este se lo tendió y, en pocas palabras, repitió la historia de la piedra. Sonriendo, Kayes comentó:

—Piedra criminal, ¿eh? Esas son pamplinas. La única suposición lógica es que alguien le arrojó la aguja por detrás, lanzada con algún instrumento o arma.

—Pero no hemos oído ningún estampido.

—Posiblemente el arma habrá tenido un silenciador.

—No lo creo. Ni se sintió olor a pólvora, y aun las armas silenciosas hacen un ruido peculiar que hubiéramos debido oír.

—De cualquier modo — contestó Keyes — la aguja debe haber sido lanzada como un proyectil. Ha penetrado demasiado en el cráneo para que pueda haber sido metida con los dedos y, por lo demás, el criminal no se hubiera atrevido a acercarse tanto, pues, seguramente, ustedes habrían notado su presencia.

Se acercó el doctor Frank, que había terminado su examen, y dijo:

—Creo que miss Younger ha fallecido alrededor de las 12.30.

—¡Qué horror! — exclamé yo —. Debe haber sido, entonces, al poco tiempo de haber empezado Van Every su narración.

—Por supuesto — aclaró el médico —; puede haber sido unos veinte minutos antes o después. No puedo afirmar con exactitud.

—No, debe haber sido después — insistí yo —; porque antes lo hubiéramos notado, cuando no estábamos aún abstraídos por el relato.

—Con su permiso, Van Every, voy a registrar la casa — dijo Keyes —. Deseo, además, que haga venir a esta pieza a todos los que están en la casa. Usted, McManus, avise al juez de instrucción.

Keyes comenzó a revisar la biblioteca y el dormitorio de Van Every, ayudado por McManus, una vez que éste hubo cumplido la orden de su superior. No me sorprendió ver llegar al poco tiempo otros tres detectives que se pusieron a registrar el resto de la casa. A indicación de Keyes, nos sometimos, Van Every y yo, a un registro personal, en el dormitorio de Van Every. Cuando volvimos a la biblioteca, ya no estaba el cuerpo de Margalo en la pieza. Soon y otros tres criados chinos estaban parados contra la pared, estos últimos vestidos a medias.

En ese momento entró en la habitación una joven en quien reconocí inmediatamente a Joyce, aunque había cambiado mucho. Estaba hecha toda una señorita: alta, esbelta y muy agraciada. Echó una ojeada alrededor y al posarse su mirada en mí, exclamó sorprendida:

—¡Usted, míster Maugham!

—No creí que me reconocería, Joyce.

—Cómo no; usted no ha cambiado nada. Pero, ¿qué es lo que pasa? — preguntó, mirando a los criados alineados contra la pared.

Noté, entonces, que estaba completamente vestida. Por lo visto recién había llegado de la calle, lo que no dejó de sorprenderme, dada la hora avanzada.

No le contesté; pues noté que Keyes no nos sacaba la vista de encima. Desde el primer momento observé que me seguía constantemente con la vista, sin perder ninguno de mis movimientos.

CAPITULO V

Se nos acercó y le presenté a Joyce.

—¿Así que usted salió esta noche, miss Van Every? — le preguntó, iniciando de inmediato su interrogatorio.

—Sí.

—¿A qué hora regresó?

—Creo que debe haber sido alrededor de la una.

—¿Tocó el timbre para entrar?

—No; tengo llave.

—¿Vió a alguna persona desconocida, fuera o dentro de la casa?

—No.

—¿Se fué usted directamente a su pieza?

—Sí.

—Y al hacerlo, ¿pasó delante de esta puerta?

Joyce vaciló un instante, y luego, rápidamente, asintió.

—¿Estaba abierta la puerta?

—Sí.

—¿Y miró usted quién había en la pieza?

—Sí.

—¿Está usted segura de que era alrededor de la una cuando entró?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque Allan se fijó en la hora, cuando llegamos, y me dijo que era la una. Había prometido a mi tío volver a las doce. Le disgusta que vuelva tarde.

—¿Quién es Allan?

—Allan Foster. Fuí a bailar con él al Club Lido.

—¿Qué es lo que vió en esta pieza?

—Vi a mi tío y al señor Maugham, a quien no reconocí entonces, porque había muy poca luz en la habitación, y también, a una señora sentada en el sofá, pero no pude verle la cara porque me daba la espalda.

—¿Qué estaba haciendo su tío?

—Estaba hablando.

—¿Oyó usted lo que decía?

—Sí — respondió Joyce ruborizándose —. Estuve escuchando unos minutos, antes de subir a mi cuarto.

—¿Cuánto tiempo?

—¡Ah, no sé! Tres o cuatro minutos; tal vez fueran cinco.

—¿Por qué no entró?

—Estaba segura de que no conocía a los invitados de mi tío, y no quise molestar. Si hubiera reconocido entonces a míster Maugham, no habría vacilado en entrar.

—La señora que estaba aquí era miss Margalo Younger.

—¡Oh! Me pareció una voz que no me era desconocida del todo.

—¿Así que usted conocía a miss Younger?

—Me he encontrado con ella una sola vez.

—¿Estuvo aquí alguna otra vez?

—Ni sabía yo que mi tío la conociera. No creo que haya estado aquí antes. Nunca me la mencionó.

—¿Está segura de no haber visto a nadie en el vestíbulo?

—Fuera de las tres personas que estaban en esta pieza, no vi a nadie desde que entré en la casa hasta que me encontré con mi doncella, Randall, que me estaba esperando en mi dormitorio.

—¿Oyó usted movimiento y ruido a eso de las dos?

—No oí nada hasta más tarde, y creí que el ruido era la despedida de los invitados y no le hice caso.

—¿Así que no se acostó?

—No; estaba...

—¿Estaba qué?

—Estaba ocupada — dijo Joyce secamente.

—¿Y entonces subieron los detectives a su pieza?

—Sí; y fué cuando supe lo que había ocurrido sin que me lo dijeran.

—¿Nada le dijeron, por supuesto?

—Me dijeron, simplemente, que me esperaban en la biblioteca.

—¿Y qué es lo que le parece a usted que ha sucedido?

Prueba a la vista

—Es la número veinticuatro, contando desde la izquierda. ¡La quiero con locura! ¡Es tan diferente de las demás!

Keyes la miraba atentamente al formular la pregunta.
—Pues que ha sido robado el rubí, desde luego.
—¿Qué rubí?
—El rubí Camden del tío —exclamó Joyce con cierta impaciencia.
—¿Qué estaba haciendo su doncella cuando usted volvió?
—Me estaba esperando, como lo hace siempre. Estaba leyendo. Le dije que fuera a acostarse, pues yo me quedaría levantada un rato.
—¿Cómo dijo que se llama?
—Laura Randall.
—¿Y cuánto tiempo lleva a su servicio?
—Unos dos años.
—¿Trajo buenas referencias?
Joyce se indignó.
—Por favor, no vaya a sospechar de Laura —exclamó—. Es la bondad personificada.
En ese momento entró en la habitación McManus acompañando a miss Randall, que había tardado porque había insistido en vestirse.
Era una mujer pequeña, muy delgada y, a primera vista, se reconocía en ella a una de esas mujeres tímidas, sumisas y solícitas.
—Señorita Randall, ¿quiere usted decirnos qué estuvo haciendo esta noche? —comenzó interrogando el detective Keyes, en tono amable.
—A ver, déjeme pensar —dijo, como ordenando sus pensamientos—; pues, simplemente, esperando a la señorita Joyce.
—¿En qué ocupaba usted su tiempo mientras estaba esperando?
—¡Oh!, leyendo.
—¿Fué usted hasta el *hall* durante la noche?
—No; estuve sentada en el dormitorio de la señorita Joyce toda la noche, leyendo.
—¿A qué hora fué usted allí?
—Ella salió a las diez; fué entonces cuando me instalé allí después de haberla ayudado a vestirse, y salió.
—¿Está usted segura de que no fué al *hall* durante toda la noche, o en manera alguna a la planta baja?
—¡Sí, lo hice! Perdone, le pido disculpas, pues se me había olvidado. Bajé durante la noche y entré aquí a la biblioteca.
—¿Para qué?
—Para buscar otro libro.
—¿A qué hora bajó usted?
—Algo después de que la señorita Joyce saliera. Alrededor de las once, señor. Sí, estoy segura, a las once. El señor Van Every había salido temprano, poco después de cenar.
—¿Había alguien aquí en la biblioteca?
—Sí; Soon, que estaba sentado en aquella silla —expresó la señorita Randall, señalando la silla donde había estado sentado Soon.
—¿Encontró usted a alguien en el *hall* al bajar o subir las escaleras?
—A nadie.
—¿Usted no abandonó el dormitorio de la señorita Van Every otra vez?
—No..., sí; cuando el señor Van Every regresó, lo oí y entonces pensé que pudiera ser Joyce, por lo cual salí hasta el rellano de la escalera.
—¿Y qué vió?
—Vi que el señor Van Every tenía visitas.
—Usted regresó a su... al dormitorio, cuando vió que no era la señorita Van Every, ¿no es así?
—Sí; así lo hice.
—¿A qué hora regresó la señorita Van Every?
—Entró en el dormitorio a la una y diez exactamente. Miré mi reloj para cerciorarme de la hora.
—¿Y no abandonó el cuarto después que hubo entrado?
—Yo me fuí a mi propio cuarto, contiguo al de ella, señor. No sé lo que ella hizo después que me dijo que me retirara, ni oí nada. Me quedé dormida.
—Bueno; eso es todo, señorita Randall.
La pobre mujer parecía a punto de estallar en sollozos. No sé por qué motivo tenía yo la impresión, sin embargo, de que no había dicho toda la verdad, impresión que no sabía si también la compartía Keyes. Yo estaba seguro de que ninguno de los movimientos de la casa de Van Every se le escapaban a ella.
—Maugham —decía en esos momentos Keyes—. Le pido que no abandone la ciudad hasta que yo le dé permiso.
—Tenía proyectado partir dentro de una semana exactamente. He reservado ya mi pasaje, pero si usted lo desea, naturalmente, me quedaré.
—Puede ser que lo resolvamos en seguida, como puede ser que no. Me figuro que podré encontrarlo, cuando quiera, en el hotel Warrington, ¿no es así?
—Sí.
McManus trajo a continuación a Soon, que se quedó mirando distraídamente a Keyes. Este pidió a Joyce y a la señorita Randall que abandonaran la habitación.
Luego Keyes hizo venir a Van Every para que éste lo secundara en el interrogatorio a Soon. Hacía un rato largo que no había visto a Van Every. Llegó de su dormitorio lentamente, ya sin el rubí en la mano.
—Soon —dijo—, cuente al capitán Keyes todo lo que usted sepa.

—Yo estar sentado aquí toda la noche. Desde la hora que el patrón se va hasta que él vuelve con el señor Maugham y con la señora. Nadie entra, tal vez la señorita Randall, nadie más.

—¿Seguro que no entró nadie más, excepto la señorita Randall?

—Seguro.

—¿Llamó el teléfono mientras usted estuvo aquí?

—Tres veces.

—¿Quién llamaba?

—Un hombre para el patrón. Yo digo no está. El corta la comunicación y no deja nombre. No sé quién es, pero me parece que oí su voz antes. No sé. Otro hombre, diferente, quiere saber cuándo el patrón estará en casa. Yo digo, tal vez más tarde. El me pregunta si a medianoche. Yo digo, sí; creo que sí. El dice que viene a medianoche; muy importante. El es el señor Barrimore. Yo nunca oí ese nombre antes. Yo digo que venga por la mañana, que el patrón no recibe a nadie de noche. Yo escribo una nota y dejo para el patrón encima de la mesa, allí, con el nombre del señor Barrimore.

Keyes se acercó a la mesa indicada, cerca de la silla donde habíamos encontrado a Soon. Pareció sorprendido al encontrar allí la nota aludida.

—Tercer llamado para la señorita Joyce. Ella estaba en casa entonces, y yo toco su campanilla. Cuando oigo que ella contesta, yo cuelgo el tubo. Una mujer llama a ella.

—¿A qué hora fueron estos llamados?

—¡Oh!, primer llamado, poco después de que el patrón se va. A las ocho tal vez. Míster Barrimore llama más tarde, tal vez las nueve. La mujer llama a la señorita Joyce pocos minutos después.

—La señorita Van Every dijo que había salido a las nueve.

—Bueno, puede ser un poquito antes. Yo no sé.

—¿Vino el señor Barrimore?

—No. Cuando el patrón viene, me dice que me vaya a dormir. Yo voy. La campanilla de la puerta del frente está en mi cuarto y no toca en toda la noche. Yo podía oirla si hubiera tocado. Cerca de mi almohada por la noche; de día en la cocina. Yo duermo.

—Sin embargo, este señor Barrimore tenía urgencia por ver a su patrón, ¿no es así?

—Parece que sí; tal vez.

—¿Usted no pensó en recordárselo a su patrón?

—Yo dejo nota. El patrón la ve.

—¿Usted vió esta nota, Van Every? —dijo Keyes volviéndose hacia el dueño de casa.

—Sí, la vi, pero no le había prestado atención. No conozco a nadie de ese nombre..., a ver..., a menos que sea uno de los Barrimore que en un tiempo fueron dueños del rubí. ¡Cielos! No pensé en ello al momento.

—Keyes, creo que sería conveniente encontrar a este Barrimore que me telefoneó esta noche. Podría ser... —Van Every se detuvo.

—¿Qué podría ser?

—Bueno, en un tiempo, mejor dicho hace mucho tiempo, el rubí Camden estuvo en poder de la familia Barrimore, en Inglaterra.

—El rubí no fué robado, ¿no es así? —dijo el detective Keyes, y luego agregó—: No veo ninguna relación entre la muerte de Margalo Younger y el rubí.

—Creo que usted está equivocado, Keyes —expresé con tono pausado.

Vi que Van Every estaba cansado y abatido, y decidí retirarme. Fuí hasta la silla donde había dejado mi abrigo y mi sombrero y los recogí. Y esto, ¿qué era? El saco de pieles de Margalo. Lo recogí también y me lo eché al brazo.

Keyes me pidió, en momentos en que yo me retiraba, que lo fuera a ver a su oficina al mediodía, cosa que yo le prometí. Estuve a punto de entregarle el saco de Margalo, pero en seguida cambié de opinión, y decidí llevárselo a su criada.

En momentos que descendía las escaleras, una figura femenina vestida de verde me detuvo cuando ya estaba a punto de alcanzar la puerta.

—¡Señor Maugham! Dígame si es o no cierto que la señorita Younger fué asesinada aquí esta noche.

—Es cierto, Joyce, pero ahora váyase a dormir.

—¡No puede ser cierto, no puede ser! Ahora tengo que decirle algo que no dije al detective. ¡Yo vi esta noche a la señorita Younger! Me había mandado llamar. Había oído hablar de ella, mucho. La vi después del segundo acto de la obra en que actuaba en el Knickerbocker.

—¡Esta noche!

—Sí; le repito que me había mandado buscar.

Observé que Joyce me miraba como pidiéndome consuelo; estaba asustada sin duda alguna. La señorita Randall abrió en ese momento la puerta.

Antepasados



—Se sorprendería usted si supiera hasta dónde la señora de Cattaneo ha trazado el árbol genealógico de su familia.

—Señorita Joyce —dijo—, ¿no le parece que es mejor que se vaya a dormir? Estoy muy preocupada...

—Sí, es mejor que vaya —insistí yo—. Si le parece yo vengo mañana a verla, o nos podríamos encontrar en alguna parte.

—Bueno; a las cinco para tomar el té en el Ritz. No deje de ir.

Vi como la puerta se cerraba y luego me alejé rápidamente, temblando un poco, porque hacía frío. Encontré un automóvil de alquiler, desocupado, a corta distancia y lo tomé, dándole la dirección de Margalo.

Atravesábamos el parque y sentí una ráfaga de aire. Levanté el cuello del sobretodo. Eran las cinco de la mañana. No estaba cansado; en realidad nunca había estado tan despierto. Tenía el saco de pieles de Margalo sobre mis rodillas.

Puse la mano en uno de los bolsillos del saco, pues me había olvidado los guantes en la casa de Van Every, y toqué algo, un papel.

El automóvil se detuvo frente a una gran casa de departamentos de la Quinta Avenida. Descendí y pagué al conductor.

Demasiado temprano para que la puerta estuviera abierta. Toqué la campanilla, y un muchacho soñoliento vino a abrirme. Mientras él se dirigía perezosamente hacia el ascensor, saqué el papel que había encontrado en el saco de Margalo. Era un recorte de diario. No comprendía lo que era; un artículo cortado por el medio acerca de las relaciones entre Francia e Inglaterra. Lo di vuelta y no pude menos que asombrarme. Lo que había de este lado me confundió aún más. Era el relato que yo mismo había leído por la mañana en el "Dispatch"; el relato sobre los detalles de la compra del rubí Camden. Había sido cortado con prolijidad y estaba doblado dos veces.

—¿Adónde quiere ir? —me preguntaba el muchacho, llamándome desde el ascensor.

Desechando mis pensamientos, mencioné el departamento de la señorita Younger.

CAPITULO VI

Toqué el timbre dos veces antes de que alguien viniera a abrir la puerta en el departamento de Margalo. La mujer que finalmente vino me miró en forma recelosa. Era evidente que se había levantado de la cama para acudir a mi llamado. Sabía que era la mucama de Margalo, si bien sólo la había visto de pasada en el teatro, en el momento en que le ayudaba a ponerse el tapado.

—Me llamo Maugham —dije mientras entraba al vestíbulo.

—¡Oh, sí! —contestó, cambiando su aire circunspecto por una sonrisa—. Es demasiado temprano, sin embargo, para que usted pueda ver a la señorita Younger. Ella no se levanta hasta el mediodía.

Dirigí una mirada al saco que llevaba en el brazo y titubeé. Ni siquiera en el departamento de Margalo conocían su trágica muerte. Con toda la delicadeza posible expliqué a la mujer lo ocurrido a su ama y luego, silenciosamente, le entregué el saco.

Al principio creí que la señora Peoples —averigüé su nombre poco después— iba a desmayarse. Palideció y, temiendo que se desplomara, la ayudé a sentarse en una silla.

—No me diga que es verdad —suspiró lastimeramente.

—Debemos hacer frente a los hechos.

Sentía profunda pena por la pobre mujer. Sin duda, debió haber querido mucho a Margalo.

El departamento era nuevo para mí. Nunca había estado en él antes. En cada detalle se veía la personalidad de Margalo, que jamás volvería ahora.

—Señora Peoples —dije rompiendo el pesado silencio que se produjera—, ¿quiénes eran los visitantes de la señorita Younger? ¿Ha tenido noticias usted, alguna vez, de amenazas contra su vida? ¿Vino alguien al departamento esta noche pasada en busca de ella?

—Tenía muchos visitantes, muchos. Algunas mujeres, pero en su mayoría hombres. Y de los hombres el que venía más seguido era Roy Barrimore.

¡Barrimore! ¡Ese era el nombre del hombre que había telefoneado preguntando por Van Every anoche!

—¿Quién es este Barrimore?

—El..., él estaba enamorado de ella, naturalmente. Todos lo estaban. Usted también, según supongo.

—No, señora Peoples, yo lo estuve una vez...

—Bueno, es lo mismo, todos lo habían estado o lo estaban ahora.

—¿Estaba ella enamorada también de Barrimore?

—No lo sé. En oportunidades he creído que sí. Sé que él se enojó

ayer cuando llamó, poco después que usted, y ella le dijo que no lo vería durante el día.

—¿Había pensado hacerlo ella?

—Sí, iba a salir con él..., después del teatro, pero se desentendió de ese compromiso. El vino al departamento poco después de haber salido ella para almorzar con usted y me preguntó dónde estaba. Le dije. La señorita Younger siempre me recomendaba ser franca con los visitantes.

—¿Cómo tomó lo que usted le manifestara?

—Se enojó, como ya le he dicho, si bien se esforzó por no demostrarlo. Estaba celoso, seguramente.

—¿Quién más venía a menudo?

—¡Oh!, Manuel González venía con frecuencia. Es un protegido de ella; un poeta.

—¿Celoso también?

—Hasta cierto punto. Si bien sabía que él no tenía esperanza alguna. Era más sensato que el señor Barrimore. El señor Barrimore parecía creer que la señorita Younger se casaría con él.

—¿Estaban comprometidos?

—No lo sé. Algunas veces la señorita Younger parecía estar enamorada de él; otras veces no. Yo conocía a ella mejor que cualquier otra persona en el mundo, y, sin embargo, no la comprendía totalmente.

—¿Fué alguien a verla anoche al teatro? ¿Barrimore o alguna otra persona? Aparte de mí, naturalmente, y del señor Van Every.

—El señor Barrymore no vino, pero sí una joven que dijo que la señorita Younger la había mandado llamar.

—¿Puede describírmela?

—Una joven de no más de 18 años de edad, con un vestido verde debajo de un saco blanco de armiño. Zapatos verdes. Muy rubia y con cabello corto.

Joyce, naturalmente, pensé.

—¿Le oyó usted alguna vez mencionar el rubí Camden?

—No recuerdo el nombre del rubí, pero sí me parece haber oído a ella y al señor Barrimore hablar de un rubí hace dos noches.

❦ ❦ ❦

—Me imagino que la policía no tardará en llegar aquí, señora Peoples. Estaban en la casa de Van Every cuando yo salí de allí. Y ahora, una cosa más antes de que me vaya: ¿Tenía algún enemigo la señorita Younger?

—No, que yo sepa.

—¿Recibió alguna carta que pudiera ser una amenaza?

—Tampoco lo sé. Vino un telegrama mientras ella estaba ausente, el cual, naturalmente, no he abierto.

Señaló una pequeña mesa sobre la cual había un sobre amarillo.

—Lo abriremos, señora Peoples; yo asumo toda la responsabilidad por ello.

Rasgué el sobre y me quedé mirando perplejo su contenido. La señora Peoples se acercó y se puso a mirar la nota junto conmigo. No era un telegrama, si bien el sobre era de tal. Tratábase de una nota escrita a máquina, sin saludos, dirección, ni firma. Decía:

No llegarán a ningún resultado en la búsqueda del asesino de Margalo Younger.

La señora Peoples y yo nos miramos uno al otro y luego volvimos a leer la nota.

Ella fué la primera en hablar.

—Usted me va a preguntar cuándo vino esto. Alrededor de la 1.30. Me acuerdo que pensé que podría ser la señorita Younger que se había olvidado la llave. Recibí el telegrama, firmé por él, y lo dejé sobre la mesita. Luego retorné a mi cuarto a esperar un poco más. Poco después me quedé dormida.

A la 1.30. Después de haber sido cometido el crimen, reflexioné. El asesino se había apresurado para escribir la nota a máquina, obteniendo un sobre de telegramas y un muchacho para enviar el mensaje.

Miré nuevamente el sobre y lo examiné por la parte interior, comprobando que la dirección estaba pegada contra la ventana transparente del mismo. Parecía como si el sobre hubiera sido totalmente abierto y vuelto a doblar de nuevo. Estaba dirigido a la "señorita Margalo Younger, 1009 Quinta Avenida, Nueva York".

Puse el sobre, con la nota al lado, sobre la mesa. A la policía les iba a interesar. Una buena pista. Después me despedí de la señora Peoples.

El muchacho del ascensor llegó después de una corta espera y a él le pregunté si durante la noche había subido algún mensajero hasta el departamento de la señorita Younger. No, no había venido ningún telegrama durante la noche. Le creí. Quienquiera que haya sido el mensajero, pensé, debió haber subido por las escaleras hasta el décimo piso donde vivía Margalo.

El muchacho me dijo, además, que nadie podía entrar en la casa después de medianoche, a menos que llamara a la puerta de calle. Excepto, naturalmente, las personas que viven en la casa y que tienen llaves.

El timbre del ascensor tocó en ese momento, encendiéndose al mismo tiempo una lucecita colorada en el tablero. Alguien estaba en la planta baja. Cuando llegamos allí, Keyes volvía a apretar el botón en ese momento. Hizo un movimiento de sorpresa al verme.

"Salvaje"



—¡Ugh! Poner filtro amarillo, sacar mejor los colores de las plumas.

—¿Usted, Maugham? — dijo casi sarcásticamente.

—Sí; he estado haciendo un poco de trabajo por mi propia cuenta. Allí arriba le está esperando una buena pista.

—Recuerde que quiero verlo en mi oficina a mediodía — me dijo en momentos en que el ascensor emprendía la marcha ascendente llevándolo a él y a sus tres acompañantes.

Cuando llegué a la oficina del hotel, el empleado me informó que un señor Barrimore había telefoneado varias veces durante la noche. El último mensaje que había dejado era en el sentido de que me visitaría alrededor de las 11 de la mañana.

CAPITULO VII

Hasta cerca del mediodía estuve esperando al misterioso Barrimore; luego, impaciente ya, me puse en marcha hacia la oficina de Keyes.

Homer Keyes no estaba en su oficina; tuve que esperarlo media hora aproximadamente. Pude ver de inmediato, cuando llegó, que estaba rendido de cansancio y que no había dormido ni un momento.

Después de comer algunos sándwiches y de tomar un poco de café que trajo un muchacho, Keyes sacó un cigarro, lo encendió y acomodándose en su silla, se dispuso a hablar.

—Maugham, le sugiero que me cuente todo lo que usted sabe del asunto.

—¿Qué quiere usted decir?

—Lo dicho; que me cuente todo lo que sabe del asunto. Usted sabe más de lo que ha dicho ya. Usted sabe quién asesinó a Margalo Younger...

—Dígame una cosa — continuó —. ¿Fué usted quién asesinó a Margalo Younger?

—Keyes, usted sabe que no he sido. Al menos, debería saberlo ya a esta altura. ¿Cómo podría yo haber asesinado a Margalo Younger?

—¿Para qué fué al departamento de ella después de salir de casa de Van Every?

—Fuí para hablar con la mucama, la señora Peoples.

—Maugham, algo ocurrió anoche en la biblioteca de la casa de Van Every que usted me está ocultando.

Estas palabras me irritaron, lo admito, y creo que Keyes se dió cuenta de ello.

—Le aseguro que no, Keyes. Nada sospechoso ocurrió, nada absolutamente hasta que descubrimos que Margalo estaba muerta.

—¿Usted creyó que ella se había desmayado? Eso es por lo menos lo que usted me dijo en el primer momento.

—Eso era lo que hubiera deseado pero tenía el íntimo convencimiento, desgraciadamente, de que estaba muerta. He visto personas muertas antes, nunca una mujer, sin embargo.

—¿Por qué no trabajamos juntos? No podría estar encontrándolo a usted a cada vuelta de la esquina.

Keyes me espetó esto de improviso y luego se quedó mirándome para ver mi reacción. Al principio, el plan me pareció sospechoso, pero creyendo finalmente en su sinceridad, accedí. Desde ese momento Keyes comenzó a resultarme más agradable.

Le conté lo que había descubierto y el hecho de que Barrimore no hubiera concurrido a su anunciada visita.

—No pude dar con su dirección en ninguna parte — agregué.

—Yo la tengo. Fué fácil conseguirla en el teatro, adonde él concurría casi todas las noches para ver a Margalo. Ocupa el departamento de un amigo que está fuera de la ciudad. Iremos juntos dentro de un momento y lo esperaremos. Sé por uno de mis hombres que no está allí en este instante.

—Tengo, además, un compromiso con Joyce Van Every para tomar té con ella en el Ritz, a las 5... — comencé a decir.

Keyes me interrumpió:

—La he estado interrogando por espacio de una hora antes de venir aquí. No me ha querido decir para qué fué al teatro anoche, aparte de que la señorita Younger le había pedido que fuera a verla durante el segundo entreacto.

Asentí con la cabeza. Ella me había dicho exactamente lo mismo.

—Ella no tiene nada que ver con esto, Keyes. Estoy seguro de ello. Ha sido un crimen diabólico y ella es solamente una niña.

—No se deje influenciar demasiado — expresó Keyes ahogando un acceso de tos —. He averiguado que Allan Foster, el hombre con quien ella está comprometida, fué..., ¡hum!..., amigo de Margalo Younger.

Esto me cayó como una bomba.

—En efecto, hace un año Allan Foster estaba festejando asiduamente a Margalo Younger.

—Es posible que ella le indicara que siguiera su camino.

—Es muy posible.

—Pero, ¿qué razones podía tener Margalo para querer ver anoche a Joyce Van Every? Foster vendrá de un momento a otro a verme. Usted puede quedarse, si quiere, mientras yo hablo con él.

—¿Sacó algo en limpio de aquel falso telegrama?

—Todavía no. Es una pista vital, sin embargo, y tengo gente siguiendo el asunto. Interrogaremos hoy mismo a cada empleado de las empresas telegráficas.

—Hay también que tener en cuenta el rubí. Esa piedra tuvo algo que ver en el crimen.

Le hablé acerca del recorte del diario que había encontrado en el saco de Margalo. Era algo nuevo para él y se quedó mirándolo cuando lo coloqué delante de él.

—Bueno — levantó rápidamente la vista hacia mí —; tenemos que el rubí se nos aparece en todas las circunstancias. No sé por qué todavía. Es posible que usted tenga razón en lo que me ha manifestado. Más de lo que me parece en este momento. En tal caso, nuestra lista de sospechosos va en aumento.

—¿Sí?

Yo estaba deseoso de conocer su lista para ver si coincidía con la mía. Nombró a sus sospechosos contándolos con los dedos lentamente.

—Está este hombre Roy Barrimore, Allan Foster, Joyce Van Every, Manuel González, Soon, el sirviente de Van Every, Van Every mismo y usted, mi querido Maugham. Eliminaremos al mensajero. No fué más que un instrumento para despistar.

Sonreí. No podía hacer otra cosa.

—¿Así que usted, realmente, sospecha de mí?

—No puedo hacer otra cosa por el momento. Posiblemente usted quedará eliminado dentro de poco. Usted y Van Every. No veo cómo ustedes podrían haber asesinado a la señorita Younger estando ambos sentados a su lado.

—¿Qué piensa usted de Laura Randall? — sugerí.

—No la considero capaz de cometer un crimen.

—Sin embargo, usted incluye a Joyce en su lista...

—Tenemos una declaración de su parte de que estuvo parada junto a la puerta por espacio de algunos minutos. Eso la complica.

—Creo que usted está equivocado con respecto a Joyce, pero, naturalmente, usted es su propio juez. Usted tiene más experiencia sobre crímenes que yo.

—Así que la señora Peoples dijo que ella había escuchado la palabra rubí en una conversación entre Barrimore y la señorita Younger, ¿eh? A mí no me dijo nada sobre esto.

—Probablemente usted no se lo preguntó; yo, sí.

—¿Usted está convencido entonces de que la única razón por la cual la señorita Younger fué a la casa de Van Every fué para ver el rubí Camden?

—Sí, porque ella no había demostrado mayor interés por Van Every hasta que le expliqué que era el propietario de la piedra. Entonces cambió, mostrándose deseosa, más aun, ansiosa por ir a ver el rubí.

—¿Usted se encontró con Van Every en el teatro?

—Sí. Lo he conocido en el extranjero. El sabe mi interés por las joyas. Anoche era la única oportunidad de ver el rubí, pues hoy, según dijo, lo iba a depositar en su caja de seguridad.

Keyes asintió con la cabeza.

—Lo iba a depositar, pero lo persuadí de que no lo hiciera. El rubí está todavía en su casa. Ahí quiero que esté y tengo tres hombres vigilando la casa.

En ese momento la empleada de Keyes anunció a Allan Foster. Cuando éste entró, me quedé mirándolo con curiosidad. Me costaba pensar que Joyce pudiera estar comprometida, tan joven me parecía. Todavía me acordaba de ella en Florencia; era entonces no más que una niña.

Foster era un joven de muy buena presencia; alto, también, casi tan alto como yo y de fuerte contextura. Realmente, no podía reprochársele a Joyce que estuviera enamorada de él. Su padre era más que millonario, y Allan trabajaba en una de las fábricas de su progenitor, en Jersey. Durante el día, pues, vestía un mameluco y andaba entre las máquinas de la fábrica. Tenía 27 años pero representaba 24. En vez de seguir estudios generales en la escuela superior, se había especializado en ingeniería. Cada detalle nuevo que averiguaba acerca de él, tanto más agradable me resultaba su persona. Volviendo a pensar en Joyce, llegué a la conclusión de que Allan sería un excelente esposo para ella. Eso... si Keyes no lo complicaba demasiado en este asunto.

CAPITULO VIII

Escuché con atención todas las concisas respuestas que Allan Foster daba a Keyes, que le estaba extrayendo una historia de su vida, antes de empezar a interrogarlo con respecto a

Margalo. Todo lo que Allan decía daba la sensación de sinceridad.

—¿Usted está comprometido en matrimonio con Joyce Van Every?

Nos acercábamos a la parte vital del interrogatorio.

—No lo hemos anunciado todavía — respondió Foster prontamente —. Pero el señor Van Every lo sabe y está de acuerdo.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce usted a la señorita Van Every?

—Aproximadamente seis meses, señor.

—¿Conocía usted a la señorita Younger?

—Sí...

—¿Salió usted anoche con la señorita Van Every?

—Sí; fuimos a un club nocturno.

—¿A qué hora regresaron?

—A la 1 de la mañana, creo.

—¿Cuándo vió usted por última vez a Margalo Younger?

Hubo una breve pausa antes de que Foster contestara:

—Hace algunos meses.

—¿Está usted seguro? ¿Puede darme la fecha?

—No estoy seguro. Fué en septiembre.

—¿Entonces fué el mes pasado?

Estábamos a 17 de octubre.

—Fué el 30 de septiembre. Lo recuerdo ahora.

—¿Con seguridad no fué otro día?

—No; fué el 30 de septiembre.

—¿Y desde entonces no la ha visto?

—No.

—¿Dónde la vió en aquella oportunidad?

—La encontré en la calle, nos paramos y conversamos un momento.

—¿Por qué motivo se acuerda usted con tanta exactitud de la fecha?

—Lo recuerdo porque era el día del cumpleaños de mi madre y en ese preciso momento iba a la casa de Tiffany a comprarle un regalo. Había salido ex profeso del trabajo.

—Usted acostumbraba a visitar a la señorita Younger con cierta asiduidad hace aproximadamente un año, ¿no es así?

—Sí...

—¿Usted estaba... enamorado de ella?

—Capitán Keyes, seré franco con usted —. Había algo de desesperación en el brillo de sus ojos. Se inclinó hacia adelante —. Estaba enamorado de Margalo. Terriblemente enamorado. Creía que era la mujer más admirable del mundo.

—¿Y ella?

Ella tenía más edad que yo. Lo sabía, pero eso no me importaba. Deseaba casarme con ella, a toda costa. Mi familia no estaba conforme; trataban de disuadirme, cosa que me exasperaba. Finalmente, Margalo insistió en que cortáramos nuestras relaciones. Me dijo que le agradaba, pero no hasta el punto de quererme. Era imposible que siguiera visitándola después de eso, si bien debo admitir que más de una vez estuve tentado. Con posterioridad conocí a Joyce, de quien me enamoré.

—¿Le ha contado a Joyce sus relaciones con Margalo?

—Sí. Lo sabe y comprende todo.

—¿Sabe usted que ayer la señorita Younger mandó buscar a Joyce para que la fuera a ver al teatro?

—¡No! ¡No!

—Así fué, sin embargo.

—Joyce no me dijo nada al respecto. Yo debía ir a buscarla a las 10, pero me telefoneó a las 9 pidiéndome que la esperara en cambio en el Ritz, cosa que así hice.

—¿Está usted seguro, Foster, de que no vió a Margalo Younger después del 30 de septiembre?

—Completamente... seguro.

—¿Ha oído usted hablar del rubí Camden?

—Naturalmente; sabía que el señor Van Every lo había comprado, pero yo no lo he visto en ningún momento. Joyce estaba deseosa de verlo...

Foster se detuvo de improviso.

—¿Cómo?

—¡Oh, nada!

Apreté los labios fuertemente.

—¿Había oído usted hablar de la piedra en cuestión antes de que Van Every la comprara?

—No; nunca.

Esto último fué dicho en tono categórico. La entrevista había terminado, y mientras Foster abandonaba la oficina pude ver que sacaba un pañuelo del bolsillo y se lo pasaba por la frente.

—¿Y bien? — dije, volviéndome hacia Keyes.

—Este muchacho sabe más de lo que ha dicho.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Sé distinguir cuando una persona de su modalidad miente. El recalcó un poco demasiado la última fecha en que vió a Margalo. Estoy convencido de que la vió después de entonces. Y él sabe además algo acerca del rubí. Creo, Maugham...

—No se preocupe. Yo estoy pensando la misma cosa, Keyes.

¿Qué?

Su tono era desafiante.

—Pienso que el joven Foster acompañó a Joyce hasta dentro de la casa a la 1 de la mañana y que ambos miraron juntos a través de la puerta de la biblioteca. Como usted sabe, estaba abierta.

No hubiera querido decir esto, pero tenía que hacerlo.

—Creo lo mismo. Foster reconoció a Margalo; Joyce seguramente no. Ella sólo la había visto caracterizada en el teatro. Debió haber sido una breve entrevista. Pero Foster, en cambio, la conocía muy bien, aun con sólo verle la cabeza de atrás. Dígame, Maugham, ¿cómo sabe todo esto? Usted posee excelentes facultades de deducción.

—Yo sabía, desde un principio, que alguien había estado con Joyce. La señorita Randall lo reveló sin querer. Pude observar la mirada que le dirigió a Joyce cuando dijo que había mirado desde el rellano del tercer piso. Esa mirada fué suficiente para mí. Laura Randall estaba escandalizada de que Joyce estuviera acompañada, y nada menos que por un hombre.

—Bueno, la cuestión es saber qué estaban haciendo allí y si Foster acostumbraba a acompañar a Joyce hasta arriba.

—Lo dudo, Keyes; afirmaría que no. Ambos entraron con algún propósito y sin hacer ruido. Luego se quedaron parados frente a la puerta de la biblioteca.

—¿Qué es lo que se proponían?

—Sin duda alguna, Keyes, querían ver el rubí. Por lo menos Joyce deseaba verlo y Van Every no quería mostrárselo, como usted sabe. Había luz en la biblioteca; eso pudieron verlo desde afuera. Probablemente creyeron que Soon estaba allí y Joyce se imaginó que podría persuadir al chino para que le mostrara el rubí. Es una presunción mía. De cualquier manera, ella le pidió a Allan Foster que la acompañara hasta dentro de la casa. Ambos entraron con todo sigilo, pero, sin embargo, la señorita Randall los vió. Ella posee esos ojos que todo lo ven y que cuando se posan sobre uno producen una sensación de desasosiego.

—Pero, ¿fué Joyce la que se retiró primero de la puerta de la biblioteca? ¿Se alejó ella de Foster, dirigiéndose a su habitación, mientras él permanecía junto a aquella puerta, o bien lo acompañó nuevamente hasta la puerta de calle?

—No lo sé. Todo lo que puedo decirle es que por algunos momentos ambos estuvieron juntos. Es posible que ella haya acompañado a Foster hasta la puerta de calle. La señorita Randall dijo que era la 1.10 cuando Joyce entró a su dormitorio.

—Voy a hacer que vigilen al joven Foster, y muy de cerca.

—Pero él no es el asesino de Margalo, Keyes.

—Es posible que no, mas todavía no tenemos la certeza. Dispondré que registren su casa. Es posible que entre sus efectos encontremos el arma empleada.

—¿El arma? — pregunté a Keyes cuando mencionó que haría registrar la casa de Foster en procura del instrumento que pudo haber sido empleado para llevar la muerte a Margalo Younger.

—El arma que disparó la aguja de acero. A propósito, según nuestros expertos, la aguja debe haber sido disparada mediante un arma de fuego y desde una distancia de 5 a 7 metros de donde se encontraba la señorita Younger. La distancia desde el asiento que ella ocupaba hasta la puerta es de 6 metros y unos pocos centímetros. La aguja, de acero, pero muy, muy delgada, penetró alrededor de 6 centímetros dentro de la masa encefálica de Margalo. Perforó el cráneo y naturalmente le causó una muerte instantánea.

—¿Por qué quiere usted que el rubí permanezca en casa de Van Every?

—No lo sé. Sólo un capricho. Por si alguien regresa para robarlo, estará allí y nosotros podremos atrapar el asesino — Keyes esbozó una sonrisa —. Con un crimen de esta naturaleza, me extraña que la tentativa de robo no se haya producido ya.

—¿Esperaba usted encontrar en casa de Van Every el arma empleada? ¿Buscaba usted eso anoche?

—Registraba porque ese es mi deber, pero no esperaba encontrarla allí.

Nos disponíamos a salir para ir a ver a Barrimore cuando sonó la campanilla del teléfono interno. Keyes levantó el tubo, contrariado, pues había dado órdenes de que no se le molestara, excepto con relación al asesinato de Margalo.

—Es Laura Randall — me dijo —. Tenía, en cierto modo, la impresión de que vendría. Su conciencia le está reprochando, y además tengo idea de que el joven Foster no le resulta muy simpático.

Laura Randall entró y permaneció de pie, ligeramente temblorosa, hasta que Keyes le indicó que tomara asiento.

—¿Y bien, señorita Randall?

—Yo..., bueno..., capitán Keyes..., yo no

LOS DOS HERMANITOS

IGUALITO por **TIM**









he sido totalmente franca con usted... Anoche..., bueno, cuando oí que la señorita Joyce subía las escaleras, me asomé, como ya he dicho, hasta el rellano del tercer piso. ¡La señorita Joyce no subía sola!

"El señor Foster la acompañaba — agregó bajando el tono de voz —. Subieron juntos hasta el segundo piso. Luego, cuando vi que ambos estaban mirando por la puerta de la biblioteca, mi desagrado fué aún mayor.

—¿Acompañó luego la señorita Van Every al señor Foster hasta la puerta de calle o lo dejó allí en el segundo piso?

—¡Lo dejó allí, capitán Keyes!

—¿Y usted?

—Tan pronto como vi que ella subía la escalera ,entré en su dormitorio, tomé el libro y reanudé la lectura. No quería que ella supiera que yo...

—Comprendo, señorita Randall.

—Habían subido sigilosamente, capitán Keyes. Pero tengo buen oído. Escucho hasta el más leve ruido y anoche pude oír la puerta de calle al ser cerrada con cuidado.

—¿Desde el tercer piso?

—Desde el tercer piso. Estaba en ese momento en el *hall* mirando por la escalera. Estaba preocupada entonces por la señorita Joyce y había estado saliendo de su dormitorio hasta el rellano de la escalera a cada momento.

—Naturalmente, usted no sabe cuánto tiempo estuvo el joven Foster parado frente a la puerta de la biblioteca, ¿no es así?

—No, no lo sé. Tan pronto como oí que ella subía las escaleras, entré en su dormitorio.

—Señorita Randall, haga un esfuerzo por recordar: ¿Oyó o vió usted a alguien anoche en la casa, aparte de la señorita Van Every y de Foster?

—No..., al menos, creo que no.

—¡Hum...! — Keyes alcanzó a ver la rápida mirada significativa que le dirigí —. Foster no le resulta muy agradable a usted, ¿no es así?

—Creo..., creo que es un buen muchacho, capitán Keyes, pero la señorita Joyce es demasiado joven para casarse. Acaba de cumplir 18 años. Debería estar estudiando, cosa que dejó de hacer sin ningún motivo. Nunca abre un libro, como no sea de esas novelas modernas.

—¿Usted protestó cuando ella dejó de estudiar?

—Naturalmente, y también lo hizo el señor Van Every, pero sin resultado. Quería ir a un colegio comercial. ¡Aprender taquigrafía y mecanografía! Yo estaba escandalizada. Ella quería trabajar; todavía lo pretende. Todas las mañanas mira las columnas de pedidos de empleados en los diarios y hasta algunas veces sale en procura de uno de esos empleos. Pero, naturalmente, nunca consigue nada.

—Evidentemente el señor Van Every no simpatiza con las ambiciones de Joyce de salir a trabajar, ¿no es así? — observó Keyes.

—Ella le va a causar un serio disgusto con su insistencia en ir a un colegio comercial — dijo Laura Randall —. Por otra parte, señor Keyes, esos chinos en la casa. Ese extraño Soon. No le tengo confianza, ni le tendré. Siempre en acecho. No me sorprendería si él resultara ser el asesino de la señorita Younger.

—¿Por qué?

—¡Oh, no podría explicarlo! Camina por toda la casa sigilosamente. No se le puede oír; ni yo puedo oírlo. Y nunca habla. Si lo hace es para responder "sí" o "no".

—¿Lo vió usted en las escaleras anoche?

—No; pero no me cabe duda de que estaba allí.

—¿Cómo entró usted al servicio de la casa?

—Contesté un aviso, hace dos años, que había publicado el señor Van Every. Me paga bien... y yo cierro los ojos a ciertas cosas que no están bien, en mi concepto, pese a lo agradable que es el señor Van Every.

—¿Cuáles son esas cosas, señorita Randall?

—¡El señor Every tiene una amiga en quien él está muy interesado!

—¿Quién es ella?

—Una mujer de apellido Bryce. Edith Bryce. Soon es la única persona en la casa que sabe de ella. Por lo menos, así lo creo. El señor Van Every guarda mucha reserva con respecto a la señora Bryce...

—¿Está usted segura de que él está enamorado de la señora Bryce?

—Completamente segura. Por casualidad le oí hablar con ella por teléfono cuando hacía solamente unas pocas semanas que yo estaba en la casa.

—¿Ha visto usted alguna vez a la señora Bryce?

—La vi una vez en la calle —. Diciendo esto, entregó a Keyes la dirección de la mujer. Keyes la copió con cuidado.

—Bueno, señorita Randall — continuó él —. Quiero que usted me haga el favor de comunicarme por teléfono cualquier circunstancia sospechosa que usted observe en la casa. Mejor aun, que usted venga aquí a decírmelo. ¿Lo hará usted?

—Sí, capitán Keyes, con mucho gusto. Esta la señora Bryce sabe algo del rubí...

Con estas palabras se alejó. Keyes retornó y tomó asiento.

—Curiosa mujer — dijo.

En ese momento llamaron al teléfono. No bien hubo levantado el tubo Keyes, pude darme cuenta por su expresión de que el llamado era importante.

Al terminar de hablar, se dió vuelta hacia mí

—Es Neff, que habla desde el departamento de Barrimore. En este momento acababa de regresar y cuando vió a mis hombres en sus habitaciones — éstos habían obtenido la llave del encargado para efectuar una revisación prolija — se mató de un tiro. Neff llamó una ambulancia y lo hizo llevar al hospital de San Vicente. Barrimore había llegado a su departamento distraído y visiblemente agobiado por alguna preocupación. No dijo una palabra, pero cuando vió a mi gente se suicidó. Eso es todo. Confesión propia, ¿no?

Guardé silencio. Si Roy Barrimore era el asesino de Margalo, me alegraba que hubiera tenido la decencia de suicidarse.

CAPITULO IX

Keyes me hizo una invitación para que lo acompañara al hospital de San Vicente a ver a Roy Barrimore. Yo no necesitaba más y de inmediato salimos juntos. El sargento Neff estaba esperándonos frente a la puerta de la sala de operaciones.

—Le están practicando una operación de urgencia. Se efectuó un disparo a través del pulmón izquierdo, pero el médico no sabe es un caso fatal. Lo cree posible, sin embargo.

Neff informó a Keyes brevemente. Nos alejamos de frente a la puerta y fuimos a sentarnos en un lugar un tanto desierto del pasillo.

—Seguí sus instrucciones, señor — prosiguió entonces Neff —, pero no hallamos el arma en el departamento. Cuando llegó, hará... poco menos de una hora, nosotros estábamos sentados esperándolo. Al vernos dió algunos pasos hacia atrás. Estaba sorprendido. Le mostré mi distintivo policial y entonces, rápido como un relámpago, extrajo un revólver y sin tomar mayor puntería, se efectuó un disparo contra el pecho.

—¿Qué encontró en sus bolsillos? — preguntó Keyes.

Neff nos condujo hasta una pequeña habitación contigua a la sala de operaciones, donde estaban las prendas de vestir de Barrimore, manchadas de sangre. Los objetos que había tenido en los bolsillos estaban todos ordenadamente colocados sobre una mesa.

Había un reloj, era un buen reloj de platino.

con cadena, una boquilla de ámbar, aproximadamente doscientos dólares en billetes dentro de una elegante billetera de cuero, varias monedas, algunas tarjetas de visita, un encendedor de plata, un pañuelo de hilo con monograma bordado a mano. También estaba allí el revólver que Barrimore había empleado para atentar contra su vida.

Keyes revisó la billetera rápidamente y extrajo un recorte de diario, que me entregó. Era idéntico al que había encontrado en el bolsillo del saco de pieles de Margalo.

Nos miramos en silencio. Margalo había cortado el suyo cuidadosamente, sin embargo, mientras que éste había sido arrancado.

El rubí otra vez. En todas partes se nos presentaba. Dejé el recorte sobre la mesa junto a los otros efectos.

—¡Maldito rubí! — murmuró Keyes.

En ese momento abrió la puerta un médico vestido con un guardapolvos blanco, cerrado hasta el cuello.

—¿Terminado? — preguntó Keyes.

—Sí. Le hemos sacado el proyectil. Estaba alojado en su pulmón izquierdo. Muy peligroso. No sé si el paciente sobrevivirá. ¡Pobre diablo! Hizo muy mal el asunto.

Keyes me tiró del brazo y salimos del hospital.

Dejé a Keyes, después de prometerle regresar a su oficina a continuación de mi entrevista con Joyce.

Como tenía una hora y media por delante hasta el momento de la cita, tomé un automóvil de alquiler y me hice llevar hasta la casa de Van Every. Soon acudió a abrirme y me acompañó hasta la biblioteca, donde Van Every estaba escribiendo algunas cartas en su escritorio. Me saludó cordialmente y luego me pidió permiso para terminar lo que estaba escribiendo.

Mientras subía las escaleras había visto a McManus y recordé que Keyes me había dicho que había dejado algunos hombres en la casa.

Van Every terminó lo que estaba haciendo en unos quince minutos, y al reunirse conmigo, sugirió que fuéramos a conversar a su dormitorio. Me sentí agradecido hacia él por tal ofrecimiento, pues después de lo ocurrido la noche anterior, no tenía ningún deseo de permanecer en la biblioteca.

—Lamento haberlo demorado — se disculpó cuando nos pusimos cómodos en su dormitorio —, pero tenía que escribirles a mis agentes pidiéndoles que me consigan un arrendatario para esta casa. No puedo vivir más en ella.

—No se lo reprocho — fueron mis palabras de asentimiento —. ¿Cómo está Joyce hoy?

—Almorzamos juntos y después ella salió.

—¿Está todavía aquí el rubí?

Van Every tembló en forma visible.

—Sí; Keyes no quiere que lo mueva de aquí.

—Usted no contó anoche cómo lo consiguió. Recuerdo que sí insinuó haberlo adquirido en circunstancias peculiares.

—No, efectivamente no lo dije anoche. Había contado ya suficiente. Y ahora desearía no haber dicho nada, no haber mostrado el rubí ni permitido que se lo pusiera al cuello la señorita Younger.

—No estuvo en su mano evitarlo, Van Every. Ella sabía bastante acerca del rubí, y de una manera o de otra estaba destinada a ponérselo anoche. Todo es un misterio, ¡maldito asunto! Cómo se enteró ella del rubí no lo sé, pero creo que fué Barrimore quien le dijo.

—¿El hombre que llamó por teléfono anoche mientras yo estaba afuera?

—Sí, y el mismo que hoy se descerrajó un tiro.

—¿Se mató?

—Es posible que muera. El también sabía mucho acerca del rubí. Tenía en su billetera un recorte de diario idéntico al que encontré en el bolsillo del saco de pieles de Margalo. Keyes lo encontró.

—Yo tengo la culpa de que la historia del rubí haya trascendido, Maugham — declaró Van Every —. No quiero tener el rubí en mi poder y menos aun que se lo ponga Joyce, como ella quiere hacerlo para demostrar que mis temores son infundados...

—¡Ella quiere usarlo! — exclamé.

—Durante todo el almuerzo me estuvo pidiendo que se lo dejara usar. Usted debe hablar con Keyes, Maugham, por favor. No puedo tolerar que esa piedra permanezca en mi casa otra noche.

Le prometí hablar con Keyes al respecto tan pronto lo viera más tarde.

—Temo que se ponga a buscarlo cuando no haya nadie y que lo encuentre.

—¿Sabe ella dónde está?

—Ella sabe dónde está mi caja de seguridad, pero el rubí no está allí. Lo he puesto en otro lugar. Solamente Soon y yo sabemos dónde está.

—Usted me iba a contar cómo llegó a comprarlo...

—Sí. Dije, como usted sabe, que hacía años deseaba poseerlo. Desde la primera vez que lo vi.

—¡Usted lo había visto!

—Hace diez años lo vi.

—¿Dónde?

—Aquí. En esta biblioteca — dijo Van Every señalando por sobre el hombro en la dirección de la biblioteca —. Lo trajeron para que yo lo viera..., ¡dos monjas, Maugham! — se inclinó hacia adelante para estar más cerca mío —. ¡Dos monjas! Sí; les ofrecí una determinada suma por la piedra y me pidieron plazo hasta el día siguiente para decidirse. El dinero iba a ser para el convento. Partieron, pues, llevándose el rubí, y no las volví a ver durante diez años.

"Traté de dar con él a través de los grandes mercados de joyas, pero todo fué inútil. Pero, el lunes de la semana pasada — usted no me creerá, Maugham — ellas regresaron. Soon las reconoció cuando llamaron a la puerta. El las había hecho pasar hace diez años. No les hice preguntas ni ellas tampoco a mí. Lo que a mí me interesaba era el rubí. Ofrecí un precio y después otro hasta que estuvieron de acuerdo en vendérmelo. No soy ningún tonto, Maugham, y antes de cerrar el trato, examiné bien la piedra en un pequeño laboratorio que tengo aquí al lado del dormitorio. Me convencí de que era la misma piedra que había examinado haca diez años.

"El precio que convinimos fué de 70.000 dólares. No soy hombre de dar esa suma por que sí. Cuando me dispuse a hacer el cheque, la hermana Teresa me dijo que querían el dinero en efectivo. Soon fué entonces al banco a buscar el dinero, que trajo después de un rato largo, en billetes grandes. De estos billetes yo había indicado a Soon, en reserva, que tomara la numeración. Cerrado el negocio, me pidieron que les hiciera llamar un automóvil de alquiler e instantes después se retiraban.

—Van Every, esto puede ser más importante de lo que usted cree..., con relación al asesinato de Margalo. ¿Dijo usted algo, por casualidad a Keyes, acerca de..., de la transacción?

—No; usted es la única persona que lo sabe, además de Soon y yo. La numeración de los billetes se la hice tomar a Soon para protección mía. El rubí Camden pudo haber sido robado y yo quería cierta seguridad de que, después de haber pagado por él, sería incuestionablemente mío. Acude aquí gente extraña, más extraña de lo que usted se puede imaginar, a venderme joyas, pero las dos hermanas han sido las personas más extrañas con quienes he tenido que tratar. Ya sea que pague

Aprovechado

—¡Qué representante! Cuando trabajo, me descuenta el quince por ciento de mi sueldo; y cuando no trabajo, quiere el quince por ciento de lo que me paga la compañía aseguradora contra falta de empleo.

con cheque o en efectivo, siempre guardo constancia, de manera que sé posteriormente a qué manos va el dinero.

—¿Usted dió a los bancos los números de los billetes que entregó a las dos monjas en pago del rubí Camden? — pregunté a Van Every.

—Les di toda la información — respondió Van Every — inmediatamente después de haber hecho la compra. De billetes de tan alta denominación, fácilmente podré seguir el rastro de algunos, aun cuando sean cambiados en puntos distantes.

—¿Ha averiguado si alguno de esos billetes ha sido cambiado ya?

—No; y estoy sorprendido, porque pensé que por lo menos algunos serían cambiados aquí en Nueva York. Hace ya ocho días que entregué el dinero a la hermana Teresa y a la hermana Magdalena.

—¿Usted está seguro, entonces, de que podrá seguir la pista de las dos hermanas?

—Sí; estoy seguro, para mi propia protección.

—Existe la posibilidad, Van Every, de que ellas estén mezcladas en este crimen.

—He pensado en ello, pero Keyes no me creería si se lo contara. Sin duda alguna él comenzaría a investigar toda mi colección, y eso es la última cosa que deseo. Ahora, si usted, mejor dicho, si nosotros dos pudiéramos trabajar juntos en este asunto, sin que él lo supiera, yo le estaría muy reconocido. Sé que puedo tener plena confianza en usted, Maugham.

Accedí. Tal vez era mejor que Keyes no estuviera enterado todavía, hasta tanto supiéramos algo concreto de las vendedoras del rubí.

Miré mi reloj: las cinco. Se me había hecho tarde para mi entrevista con Joyce. Me disculpé ante Van Every y salí a la calle, con sentimiento por haber tenido que rehusar su invitación para que me quedara a cenar.

CAPITULO X

Llegué al Ritz a las cinco y treinta. Di un suspiro de alivio cuando vi que Joyce me estaba esperando. Por fortuna, ella acababa de llegar, así que reímos con ganas ante nuestra recíproca falta de puntualidad.

Buscamos un lugar tranquilo en el salón de té, y allí nos ubicamos.

—¡Señor Maugham, he estado buscando empleo!

Fingí una gran sorpresa, pero recordé lo que la señorita Randall había contado.

—¡Y lo he encontrado!

—¿Y dónde va a trabajar?

—En la Casa Gribbel.

Me miró como pidiendo mi aprobación. Moví la cabeza en señal afirmativa. Conocía la casa, si bien nunca había estado dentro. Una gran tienda con centenares de vendedoras. Imponente negocio. Una ciudad en sí misma. Sentí pena por Joyce. Ella no sabía lo duro que sería. De pie desde la mañana a la noche, y día tras día...

—Empiezo mañana. Tengo que estar allí a las nueve menos cuarto, por la puerta de entrada del personal — dijo orgullosamente —. Ahora quiero que usted me prometa algo que le voy a pedir. Hasta que usted me haga esta promesa no podré trabajar. Así que prométalo ya mismo.

Y prometí, aun cuando no sabía de qué se trataba.

—Bueno, el caso es que mi tío se opone terriblemente a que yo trabaje. Y si él se enterara de que yo he conseguido este empleo en la Casa Gribbel... ¿Comprende, señor Maugham? No se lo puedo decir y he pensado en otra manera de salir del paso. Usted tendrá que decir una mentira; pero me figuro que no será la primera, ¿no es así?

Le aseguré que, efectivamente, no sería la primera.

—Allan también considera ridícula mi decisión de trabajar. No tiene mucha paciencia con mis ambiciones.

Y adoptando un tono de mayor gravedad, continuó:

—Mi plan, al cual usted ha prestado su conformidad de antemano, es éste: Usted le dirá a mi tío que necesita una secretaria aquí, y que como sabe que yo quiero trabajar, me va a dar el empleo a mí. Lo que usted necesita es alguien que le tome apuntes en la biblioteca, y yo me encargaré de ello. Tío sospecharía si le dijéramos que se trataba de copiar a máquina sus escritos. Así que mi trabajo será tomar apuntes. Dígale, además, que me pagará trece dólares por semana; es lo que me darán en la Casa Gribbel por ahora. ¿Qué le parece el asunto?

A mí me parecía mal, y así se lo dije; pero era inútil discutir con Joyce. Además, ella había obtenido mi promesa por anticipado.

—Iré ahora a casa y le diré al tío lo contenta que estoy con el empleo que usted me ha dado. Es magnífico. Hasta la señorita Randall va a estar conforme, pensando en la influencia de los buenos libros que tendré que consultar.

Ahora era mi turno.

—Joyce, dígame para qué llevó a Allan Foster hasta el segundo piso, anoche.

—¿Usted lo sabe?

—Sí.

—Es difícil de explicar ahora, señor Maugham, pero quería ver el rubí. Pensé que Allan podría ayudarme a persuadir a mi tío de que me lo mostrara. El no quería entrar, pero yo lo convencí.

—¿Por qué subieron con tanto sigilo las escaleras?

—Por ningún motivo particular. Quería darle una sorpresa al tío. Luego, cuando vi que tenía visitas, desistí de mi propósito. Nos quedamos un momento junto a la puerta escuchando, y luego yo me fuí para mi habitación, en el piso de más arriba.

—¿Foster estaba, todavía, mirando por la puerta de la biblioteca?

—Sí. Lo dejé para que después bajara y saliera solo.

—Joyce, ¿dejó usted la puerta sin cerrarla con el picaporte al subir?

—La dejé abierta para que no hiciera ruido. No hace ruido cuando se abre, pero sí cuando se cierra.

—¿Estaba completamente abierta, entonces?

—No, estaba arrimada.

—¿Le contó usted algo al capitán Keyes respecto a que Allan la acompañó hasta el segundo piso?

—No, no le dije nada sobre eso...; parece tan ridículo, pero yo quería ver el rubí.

—Ahora, con respecto a la señorita Younger, dígame para qué quería verla a usted anoche.

—A usted le parecerá extraño. Ahora que pienso acerca de ello..., me aterroriza. ¡Oh, es terrible!

—¿Usted dice que la señorita Younger la había mandado llamar? — pregunté a Joyce.

—Sí. Le contaré todo. Usted puede decírselo al capitán Keyes, si quiere. No tengo nada que ocultar. Bueno, había estado celosa de ella durante algún tiempo..., desde que conocí a Allan. Estaba enterada de las relaciones que habían existido entre Allan y Margalo Younger. El no me lo reveló hasta más adelante..., hasta cuando me declaró su amor y me pidió que me casara con él. Entonces me lo dijo, pero yo ya estaba enterada... Luego, anoche, ¿fué realmente anoche? Parece que hubieran transcurrido años ya. Anoche yo iba a salir con Allan; me iba a venir a buscar a las diez. Ella, Margalo Younger, me llamó por teléfono escasos minutos antes de las nueve. Me asusté cuando me pidió que fuera a verla al teatro a las nueve y veinte. Pensé que me iba a exigir que rompiera mis relaciones con Allan. Tuve un presentimiento terrible. Como no quería que Allan se enterara, lo llamé por teléfono y arreglé para vernos más tarde..., fuera de casa.

"Llamé un automóvil de alquiler y fuí al teatro, a la entrada que conduce a los camarines. La señorita Younger había dejado recomendado que me hicieran pasar. Ella estaba en ese momento en compañía de una mucama, a quien pidió que se retirara cuando yo entré — Joyce hizo una pausa, y se mordió el labio.

—Sí — dije yo para invitarla a que continuara.

—Me pidió disculpas por haberme hecho ir a verla. Me dijo que había oído hablar de mí y de mi compromiso con Allan. Yo me preparaba entonces para escuchar lo peor. Luego me dijo que estaba muy contenta, muy satisfecha; que Allan era un buen muchacho. No podía creer lo que oía; estaba recelosa. Después de terminar con los elogios de Allan, me pidió que le hiciera un favor. No era lo que yo había pensado, afortunadamente. Quería que yo la invitara a tomar el té en casa al día siguiente, vale decir, hoy. Quería ser presentada a mi tío, y quería ver el rubí. Me pidió que le dijera a Van que ella era amiga mía, cosa que yo le prometí.

El rubí otra vez. Margalo había deseado verlo y había intentado usar la amistad de Allan, su afecto por Joyce, para verlo.

—Joyce, ¿le pidió ella que usted no dijera a su tío que ella había venido para ver el rubí?

—Sí, efectivamente así lo hizo. La visita debía ser puramente para tomar el té. Y si yo podía conseguir que el tío se quedara en casa, mejor. Ella sabía que si él estaba en casa, naturalmente había de querer ser presentado a ella.

—¿No le pareció raro esto?

—Sí, en cierto modo, pero estaba contenta de hacerlo. Me daría una oportunidad de conocerla mejor.

Joyce tenía que irse a su casa a cenar, así que nos despedimos.

Me encaminé hacia la oficina de Keyes, quien se disponía a salir, para cenar, cuando yo llegué. Fuimos entonces a un pequeño restaurante que acostumbraba frecuentar Keyes, y allí me puse a contarle la conversación que había tenido con Joyce.

El se sorprendió tanto como me había sorprendido a mí el requerimiento de Margalo de



SOLUCION

Por Barta







ir a tomar té a la casa de Van Every con objeto de ver el rubí.

—¿A quién compró Van Every el rubí?

Era la primera vez que Keyes admitía la importancia que pudiera tener aquella piedra.

No entré en muchos detalles, pero le referí que la transacción había sido en cierto modo irregular, pero que Van Every tenía los números de los billetes que había entregado en pago, y que tales números los había puesto en conocimiento de los bancos.

—Es un asunto curioso. ¿Quiénes eran esas personas?

—Dos monjas, Keyes.

Me miró sorprendido, y luego dijo:

—¿Quiere usted conseguirme el número de esos billetes? Parece que Van Every tiene más confianza en usted que en mí. Arrestaremos a la primera persona que cambie uno de tales billetes —Luego agregó; He estado toda la tarde tratando de dar con la señora Bryce, Maugham. No ha estado en su casa, pero la dirección que me dió la señorita Randall estaba bien. ¿Qué le parece si nos llegamos hasta allá?

Tomamos un automóvil y nos pusimos en camino hacia la casa de la señora Bryce. Mientras viajábamos, Keyes volvió a referirse a la conversación que yo había tenido con Joyce, cosa que le seguía preocupando.

—No sabemos si la señorita Younger estaba muerta ya cuando Joyce y Allan entraron en la casa —dijo—. Cuando hubiera podido alguien entrar, además, al haber dejado éstos la puerta abierta. Por otra parte, el asesino pudo escapar con toda facilidad, cualquiera que fuese, incluso Foster.

CAPITULO XI

La casa que habitaba Edith Bryce era un edificio de tres pisos, parecida a la de Van Every exteriormente, con la diferencia de que en cada piso vivía un inquilino diferente. La señora Bryce ocupaba el de la planta baja.

Una mucama negra nos abrió la puerta, cuando llegamos, y nos hizo pasar a la sala. Momentos después apareció el ama de casa. Era una mujer alta y esbelta, de edad difícil de precisar, pero que estimé debía oscilar entre los 35 y 40 años. No era bella, pero muy simpática, con una sonrisa cautivadora y hermosas manos.

—¿La señora Bryce? —preguntó Keyes.

—Soy yo. ¿Qué desean ustedes?

Keyes le dijo quién era y me presentó, agregando que venía en misión oficial para hacerle algunas preguntas.

Ella nos hizo seña de que tomáramos asiento.

—Deseo preguntarle, señora —comenzó Keyes—, si usted sabe algo acerca del rubí Camden, que actualmente pertenece al señor Dow Van Every.

—Sí, he oído hablar de él —repuso lentamente.

¿Fué mi imaginación, o hubo en realidad un ligero temblor en su voz?

—¿Quién le habló de esa piedra; míster Van Every?

—Efectivamente, él me ha hablado del rubí.

—¿Ha visto usted el rubí alguna vez?

—No.

—¿Conocía usted a miss Younger?

—¿Margalo Younger?

—Sí.

—No, no la he conocido. Tengo entendido que... —vaciló un instante.

—Fué asesinada anoche en el departamento de Van Every.

—Sí, me he enterado hoy por el diario.

—¿Estuvo usted en casa de Van Every, anoche? —preguntó Keyes rápidamente.

Pero, con igual prontitud, ella replicó:

—Nunca he estado en casa del señor Van Every, señor Keyes. Suele venir aquí a visitarme de vez en cuando, somos viejos amigos; pero yo nunca he ido a visitarlo a su casa.

Keyes estaba francamente decepcionado, y ni se preocupó de ocultarlo. Dando las gracias a la señora, nos retiramos sin haber adelantado mayormente en la investigación. Manifesté a Keyes mi impresión de que la visita había sido un error, puesto que si la señora Bryce algo sabía, ahora la habíamos puesto en guardia. Mejor hubiera sido vigilarla unos cuantos días, antes de hablarle.

—No se aflija, señor, que no dejaremos de vigilarla. Fué demasiado rápida su afirmación de que nunca ha estado en casa de Van Every. Pierda cuidado que ya voy a saber dónde estuvo anoche.

—Me parece una mujer muy alerta, y no le va a ser fácil hacerle caer en una celada.

Nos detuvimos en mi hotel, donde me esperaba un mensaje de Van Every. Lo llamé en seguida por teléfono, y me dijo que quería hablarme de Joyce. Que tenía entendido que yo le había dado una "ocupación" a la chica y quería agradecérmelo. En la biblioteca por lo menos estaría tranquila, y me pedía que le hiciera trabajar mucho, tanto que le quitara, de una vez por todas, las ganas de emplearse.

Cuando colgué el tubo no pude menos de sentirme algo apenado por Joyce, aun cuando su plan había salido bien. Van Every lo había tragado como una píldora. No cabía duda de que conocía bien a su tío.

Me volví luego a Keyes, preguntándole:

—¿Y dió con el mensajero que dejó la nota en el departamento de Margalo Younger?

—Todavía no —repuso con evidente fastidio—. La encuesta es para mañana, Maugham, así que usted no faltará, ¿no? Lástima que no tenga más pruebas que presentar. Por todas partes me encuentro con el maldito rubí, como si todo Nueva York supiera de su existencia y deseara verlo. Bueno, me voy a casa a dormir un rato.

En el momento que se disponía a salir sonó el teléfono. La señora Peoples, la mucama de Margalo, preguntaba si podía subir a verme. Cuando Keyes supo quién era, decidió quedarse.

Cuando entró mi visita, pareció titubear al ver a Keyes, pero yo le hice seña, con toda amabilidad, de que se sentara y hablara libremente.

—Así que míster Barrimore se disparó un tiro —exclamó mi interlocutora.

—Vea, mistress Peoples —interrumpí—; eso no es precisamente lo que usted ha venido a dcirme, me imagino.

—No; tiene razón. He encontrado algo hoy en el departamento. La policía revolvió todas las cosas de miss Younger; todas sus cartas y papeles particulares. Y me hicieron una cantidad de preguntas, hasta del dinero que tenía en el banco y de las fuertes sumas que había percibido en estos últimos tiempos. Yo les fuí contestando lo que sabía. De algunos pagos yo tenía conocimiento; de otros, no. Un cheque lo hizo a la orden de Manuel González...

—Eso ya lo sé —intervino Keyes—. Un cheque de 7.000 dólares. ¿A qué vino ese pago de 7.000 dólares de Margalo a su poeta español? Pero siga.

—Yo me encargaba de las cuentas de miss Younger —dijo mistress Peoples—. Ella me confiaba la libreta de cheques, porque sabía que podía fiarse de mí, y yo hacía todos los pagos de la casa, alquiler, luz, comestibles; en fin, todos los gastos para el mantenimiento de la casa..., y mis cuentas siempre balanceaban al centavo. Pero aparte de esto no sé, en realidad, todo el dinero que tenía, como ya se lo manifesté a usted esta mañana, capitán Keyes. Lo que quería decir es esto: que aparte del cheque de 7.000 dólares para González, la semana pasada adquirió acciones por valor de 10.000 dólares, y su banco le dijo hoy a los detectives...

—Ya lo sé, mistress Peoples —intervino Ke-

yes —. El Banco informó a mi gente que la semana pasada había retirado 8.000 dólares en billetes, cosa inusitada en ella.

—Así es, completamente contrario a su costumbre, pues siempre pagaba con cheques y no le gustaba llevar mucho dinero encima. Ahora bien; yo no sé para qué retiró esos 8.000 dólares, que fué el lunes, según creo, pero lo sospecho.

—¿Y cuál es su sospecha?

—Un momentito y ya lo verá. Los detectives encontraron sus alhajas en la caja de hierro del dormitorio. Yo les di la llave. A miss Younger le gustaban mucho las alhajas, y tenía muchas, muy hermosas. Bueno, yo me conocía de memoria todas las alhajas de ella. Cada joya nueva que compraba, me la mostraba. Por eso no me explico cómo yo no sabía...

—Qué es lo que usted no sabía? — preguntó Keyes con impaciencia, al ver que la mujer se detenía.

—Cuando el detective, Neff creo que se llama el que hacía casi todas las preguntas, me preguntó para qué podía haber retirado 8.000 dólares miss Younger, le dije que no lo sabía, porque efectivamente no lo sabía, pero empecé a pensar en qué podía haberlos gastado. En ropa no, porque para eso recibía las facturas, y en cualquier caso hubiera pagado con cheque. ¿Para ayudar a alguien? Tampoco, porque también lo habría hecho con cheque, como lo hizo con González, pues estoy convencida de que ese dinero se lo dió para ayudarlo. ¿Alhajas? Eso era lo más probable. Cuanto más lo pensaba, más me aferraba a esta idea. Hacía varios meses que no compraba ninguna. Seguramente habría comprado alguna alhaja. Supuse entonces que debía estar o en el departamento o en la caja de seguridad del banco, pues nunca guardaba objetos de valor en la casa de campo, por ser muy solitaria. Del banco no había que hablar, porque los detectives habían sacado todo lo que había allí. El departamento también lo habían registrado de arriba abajo. Pero me acordé que antes de hacer poner la caja de hierro en el dormitorio, una pequeña cajita de seguridad empotrada en el piso del ropero de pared, como usted sabe, escondí una vez unos anillos dee llah asta que pudiera llevarlos al banco al día siguiente, y los escondí en el forro de uno de mis sombreros. Se me ocurrió que difícilmente ningún ladrón daría con ese escondrijo. Pensé entonces que ella, acordándose de eso, hubiese hecho lo mismo para esconder la alhaja que suponía había comprado. Evidentemente no quería que nadie supiese lo que había comprado, ni yo; desde que nada me había dicho. Así, cuando los detectives pasaron a la sala, con el pretexto de poner las cosas en orden, me puse a buscar en sus roperos. Revisé toda su ropa: sombreros, vestidos, calzado, y encontré algo escondido en una galocha de un par que había usado una sola vez en el escenario. Estas cosas para el teatro las guardaba en otro ropero aparte. — Y sacando un objeto envuelto en papel de seda de su bolso, agregó —: ¡Es un rubí grande como un huevo!

Keyes casi le arrebató el objeto de la mano, y lo desenvolvió. La mujer había dicho la verdad: era un rubí grande como un huevo, ¡y era una reproducción exacta del rubí Camden de Van Every! Hasta en lo que respecta a la cadena manchada, al agujero perforado en la piedra. Exactamente igual.

—¿Y usted no sabía nada de la existencia de esta piedra?

—Ya le he dicho a usted que no sabía nada, puesto que nada me dijo miss Younger de que lo había comprado. Adiviné que debía haber comprado una alhaja con los 8.000 dólares y me puse a buscarla, como acabo de explicárselo.

—¿Pero usted no está segura de que esto es lo que ella compró?

—No — dijo la mujer, cortada —; pero eso debe ser.

—Es lo que tendremos que averiguar — comentó Keyes.

—La cosa parece muy plausible, Keyes — dije yo —. Van Every también tuvo que pagar en efectivo por su rubí. Compró la piedra el lunes, el mismo día que miss Younger retiró los 8.000 dólares del banco, en billetes. Tendremos que mostrarle este rubí a Van Every para que nos diga si es verdadero o falso.

—Sí, pero antes díganos, mistress Peoples, ¿quién o quiénes visitaron a miss Younger el lunes?

—También a mí se me ocurrió eso, señor, y he traído su agenda, donde anotaba las citas.

Sacando el libro del bolso, se lo entregó a Keyes, que se puso a hojearlo y a examinar atentamente el día de la fecha buscada.

Mistress Peoples iba explicando, rápidamente, las anotaciones. El peluquero, la manicura, la masajista; eran citas habituales de los lunes. "Almuerzo con M. G., a las 12". Manuel González, aclaró mistress Peoples. "R. B. comida, a las 15". Roy Barrimore. No había más.

—¿Fué alguien a la casa ese día?

—Sí, varias personas fueron, pero ninguna de importancia, pues de otro modo lo hubiera recordado y le habría avisado a miss Younger. Salió a eso de las doce para ir a almorzar con González. Supongo, por lo menos, que lo habrá hecho, aunque ella nada me dijo. Durante toda la tarde estuvo en el instituto de belleza. Regresó como a las cinco de la tarde, según recuerdo perfectamente, y encontró a míster Barrimore que la esperaba. Se mudó de ropa y les serví una pequeña cena en el departamento. A las siete y treinta salió conmigo para el teatro, como lo hacía siempre. Allí no la visitó

Chasco



—Me dejé caer en el pozo abierto en el hielo, para que viniera a salvarme, y él ni siquiera se dió cuenta de que me había caído.

nadie que pudiera ser sospechoso. Su secretario, algunos reporteros, y nadie más. Ni quiso salir con míster Barrimore después del teatro, según se lo oí decir mientras les servía la cena. Cuando llegamos a casa, a las once y treinta, dijo que estaba cansada y en seguida se desvistió y se fué a la cama. Eso fué el lunes de la semana pasada.

—Muy bien, mistress Peoples.

—¿Puede usted decirnos lo que hizo miss Younger en los otros días de la semana, con la misma precisión que el lunes?

Había un asomo de ironía en la voz de Keyes, que no escapó a la señora Peoples.

—Le he estado diciendo lo que hizo el lunes — replicó, algo picada —, porque me imaginé que le interesaría saberlo.

—Sí, efectivamente me interesaba mucho.

—Por lo demás, me resultó más fácil recordar sus actos de ese día, precisamente por ser un día lunes, que era el día de la semana que infaltablemente dedicaba al instituto de belleza.

—¿No recuerda si hubo la visita de alguna persona que le fuera desconocida?

—No recuerdo. Siempre la visitaba tanta gente, que a menos de tratarse de un desconocido que me llamase mucho la atención por su aspecto, difícil iba serme recordarlo después.

—¿A qué hora tenía que ir al instituto de belleza?

—A la una y media.

—¿Y a qué hora acostumbraba a salir de allí?

—A eso de las cinco.

—No mucho tiempo, que digamos, para ir al banco a retirar el dinero antes de acudir al instituto, y desde luego no pudo hacerlo a la salida porque a esa hora los bancos están cerrados. Bien..., ¿a qué hora salió para verse con González?

—Cerca de las doce.

—¿En dónde iban a almorzar?

—Eso no lo sé. No me lo dijo.

—¿A qué hora la despertó esa mañana?

—A las 11, como de costumbre.

Con esto Keyes dió por terminado el interrogatorio, algo bruscamente, a mistress Peoples. Después, el detective se puso a examinar el rubí de Margalo y yo también hice lo propio. Era, indudablemente, una reproducción perfecta del otro.

—Tenemos que consultar a Van Every, Keyes. El puede ilustrarnos acerca de la autenticidad de esta piedra.

Keyes asintió con una pequeña inclinación de cabeza, y comentó:

—Otra vez el maldito rubí, pero ahora comienzo a comprender por qué Margalo Younger había citado a Joyce Van Every para tomar juntas el té, por qué se interesaba tanto por el rubí Camden y por qué tenía tanto interés en hablar con Van Every. Evidentemente, ella también había comprado un rubí Camden y quería saber si el suyo era el falso.

—Van Every pagó 70.000 dólares. Margalo, 8.000, así que no cabe duda de que éste debe de ser el falso.

—¡Son los negocios de las mujeres! — exclamó Keyes con un suspiro.

Poco tiempo después el coche se detenía frente a la casa de Van Every, profusamente iluminada. Nos abrió la puerta McManus, quien nos condujo a la sala, donde esta Van Every leyendo.

Luego de tomar un whisky que nos hizo servir Van Every por Soon, Keyes le dijo:

—Haga el favor de sacar el rubí. Tengo algo interesante que mostrarle, pero necesito ver antes el rubí.

Mi amigo, al parecer sorprendido, llamó al chino y le dió unas órdenes en su idioma. Al cabo de unos diez minutos volvió Soon con el estuche que contenía el rubí. Keyes lo abrió y tomando entre los dedos la cadena, sacó el rubí sosteniéndolo colgado en el aire. Poniendo la otra mano en el bolsillo, hizo lo mismo con el otro rubí.

Vi que Van Every se echó hacia adelante, con la respiración cortada y luego volvió a reclinarse débilmente contra el respaldo del sillón.

—¡Hombre, qué sorpresa me ha dado usted! — exclamó —. ¿De dónde lo sacó?

Después de escuchar la breve explicación que le dió Keyes, Van Every dijo:

—Vamos al laboratorio para examinar la piedra. No creo que sea legítima, pero allá veremos.

Pasamos al dormitorio y de allí a una piecita contigua, de unos 2 × 3 metros, con una ventana que daba al jardín. Delante de ella una mesa larga, sobre la cual había tres microscopios y otros instrumentos y objetos.

Sin perder un minuto, Van Every se puso a examinar metódica y minuciosamente el nuevo rubí en uno de los microscopios. Luego lo calibró prolijamente y fué anotando las mediciones.

Después nos lo hizo examinar a nosotros. La piedra era clara, con excepción de una pequeña burbuja en el centro. Examinando a continuación la de Van Every, observamos en seguida la diferencia; ésta era absolutamente clara y tenía una esfumadura de variación en el color.

—Una imitación, naturalmente — comentó Van Every —. Ya abajo me había dado cuenta de ello, pero quise ver cómo estaba hecha. Muy buena imitación, pero, eso sí, es evidente que miss Younger no hizo ver el rubí por ningún joyero experto, que hubiera descubierto en seguida el engaño. ¡Cómo compran las cosas las mujeres! La cuestión patente, sin embargo, es ésta: que el que hizo la reproducción, tuvo el rubí auténtico a la vista. Las medidas de las facetas son casi exactamente iguales, con la diferencia de que la copia está mucho mejor tallada que el original. Mucho mejor, lo que me induce a pensar que se trata de una reproducción reciente, esto es, de los últimos 50 años. Quizá poco más vieja. La cadena es una reproducción exacta, a excepción de la calidad del oro. Puede usted llevar las dos joyas a un experto, que le confirmará mi opinión.

—¿No se le ha ocurrido, Keyes — intervine yo —, que la persona que ha vendido esta joya falsa a Margalo Younger debe tener interés en recuperarla... en vista de lo que ha sucedido?

—Hombre, no había pensado en eso.

CAPITULO XII

La indagación sumaria, realizada a la mañana siguiente, se prolongó aproximadamente por espacio de una hora. Van Every y yo declaramos juntamente con una docena de testigos más, y el fallo fué lo que nosotros esperábamos: que Margalo había sido asesinada por "personas desconocidas".

Keyes parecía estar bastante preocupado cuando se unió a nosotros más tarde. Me invitó a que lo acompañara a su oficina. Van Every nos dejó para ir a ver a su agente de propiedades.

Cuando llegamos a su oficina, Keyes se puso a caminar de arriba abajo, mientras mordía, nerviosamente, un cigarro apagado.

—No estoy adelantando nada en este asunto, Maugham — dijo.

—¿Qué sabe de González, el poeta amigo de Margalo?

—Debería estar aquí en este momento. Ya está retrasado.

Sonó el teléfono en ese momento y cuando finalmente Keyes colgó el tubo, se dió vuelta hacia mí, visiblemente sorprendido.

—Es el joven Foster que desea verme — dijo.

Foster entró poco después y nos saludó con mucha amabilidad.

—Me he enterado de que Joyce está trabajando para usted, señor Maugham — no parecía disgustado por ello —. Muy amable, de su parte. He estado tratando de sacarle la idea de trabajar, pero infructuosamente.

—Así es — murmuré.

—Bueno, ¿de qué se trata, Foster? — interrumpió Keyes con cierta brusquedad.

—He estado pensando mucho, señor, acerca de la noche en que Mar..., la señorita Younger, fué... asesinada. Usted sabe que yo estuve allí esa noche.

—Sí, y sé que usted acompañó a la señorita Van Every hasta arriba

—Efectivamente, así lo hice.

—¿Cuánto tiempo permaneció usted junto a la puerta de la biblioteca después que ella se fué a su habitación?

—Me quedé mirando a Joyce mientras subía la escalera y luego, cuando ella estuvo cerca de la puerta de su cuarto, me puse en camino para salir a la calle.

—¿Un minuto? ¿Dos minutos?

—No más de dos minutos, señor. Estoy seguro.

—¿Exactamente el tiempo que ella empleó en subir la escalera?

Keyes se quedó mirándola fijamente. En ese momento sentí compasión por el pobre muchacho.

—¿Durante ese momento, usted no volvió a mirar dentro de la biblioteca?

—Sí, pero solamente una mirada, mientras me disponía a marchar.

—¿Por qué no me dijo usted esto ayer?

—No lo consideré necesario.

—Tengo entendido que la señorita Van Every había dejado la puerta de calle abierta cuando ustedes dos entraron. ¿Estaba abierta cuando usted salió?

—Sí, estaba abierta. Entornada, más bien dicho. Lo que sí recuerdo ahora es que había un automóvil de alquiler esperando afuera.

—¡Un automóvil de alquiler! ¿Por qué no me lo dijo ayer? — Keyes estaba irritado.

—No es nada extraordinario que un automóvil de alquiler se pare junto a la vereda en cualquier parte. No estaba detenido precisamente frente a la puerta de la casa de Van Every. Me llegué hasta el conductor, que tenía el motor en marcha, y le pregunté si estaba ocupado. Me contestó que sí y entonces caminé dos cuadras hasta encontrar otro auto.

—¿Qué había hecho usted con el automóvil en que había llegado?

Joyce me había dicho que lo despidiera.

Luego que Foster se fué, Keyes llamó al doctor Narro, a quien afortunadamente encontró en su casa. Le preguntó si había observado que frente a la casa de Van Every había un automóvil parado la noche del lunes cuando él acudió a atender a la señorita Younger. Pude observar enseguida, por las facciones de Keyes, que tal cosa no había ocurrido.

Estábamos todavía hablando del automóvil, cuando González fué anunciado. Me quedé mirándolo con curiosidad mientras entraba y tomaba asiento. Era un hombre más bien bajo y delgado. Sus ropas salían de lo vulgar. Su saco era exageradamente entallado y llevaba puestas polainas de color crema. Tenía una perla como alfiler de corbata y un anillo con un diamante en la mano izquierda.

Representaba unos 30 años, pero después supe que tenía, en realidad, 27.

—He estado fuera de la ciudad — comenzó diciendo. Su inglés era perfecto, contrariamente a lo que yo había esperado.

—¿Dónde? — inquirió prontamente Keyes.

—En Washington. Mi hermano estaba en dificultades con los funcionarios de inmigración y tuve que ir a ayudarlo.

—¿Conocía usted a la señorita Younger?

—Muy bien, señor. Ella era mi ángel bueno.

—¿Usted no estaba en Nueva York, entonces, la noche del lunes?

—No, señor, no estaba.

Keyes puso sobre el escritorio, frente a González, un cheque. Alcancé a ver que era por 7.000 dólares, extendido a la orden de Manuel González y que estaba firmado por Margalo Younger.

—¿La señorita Younger le dió esto a usted la semana pasada?

—Sí, señor.

—¿Por qué motivo?

—Era un préstamo, simplemente un préstamo. De vez en cuando me prestaba algún dinero.

—¿Siempre tanto como en esta oportunidad?

—No, esta suma fué la más grande que me prestó.

—¿Usted le reembolsó en alguna oportunidad sus préstamos?

—Todavía no, pero iba a hacerlo.

—¿En qué empleaba usted este dinero? — Keyes entretanto, recogía el cheque y lo guardaba con cuidado en su cartera.

—Mi hermano había venido de España. Mi madre necesitaba dinero. Ella estaba todavía allá, y enferma. Yo también necesitaba dinero para vivir.

—¿Dió usted recibo a la señorita Younger por este último préstamo?

—No, su cheque era su recibo.

—¿Acordó usted pagar esto en una oportunidad determinada?

—Cuando pudiera, eso es todo.

—¿Y esto, González, lo ha visto usted alguna vez? — Keyes dejó caer sobre el escritorio el rubí que la señora Peoples había encontrado en los zapatos de goma de Margalo. González lo miró con curiosidad, lo tomó entre sus dedos y sacudió la cabeza en señal negativa.

—Nunca lo he visto antes. Bonito, ¿no es cierto?

—¿Le oyó usted mencionar alguna vez a la señorita Younger el rubí Camden?

—¿El rubí Camden? ¿Así se llama esta piedra? No, señor, nunca le oí hablar de ello.

Sus dedos, largos y finos, acariciaban entretanto la piedra.

—Sin embargo, esto fué encontrado entre sus efectos personales después de su muerte. Usted, como buen amigo de ella, pudo estar enterado de que ella lo tenía.

—No, no estaba enterado. Nunca me mencionó ella que poseyera esta joya.

—¿Ha hablado usted alguna vez con Roy Barrimore?

—Con frecuencia.

—El era también un buen amigo de la señorita Margalo Younger, ¿no es así?

—Sí, con frecuencia lo veía cuando iba al departamento de ella. El estaba muy enamorado de la señorita Younger.

—¿Y usted?

—Yo sentía por la señorita Younger la adoración que uno siente por una diosa. Ella era buena y amable conmigo, me ayudaba.

—¿Sabía usted que Barrimore se disparó un tiro? — preguntó Keyes durante una pausa que hizo González.

—Lo leí en los diarios. Lo siento...

—¿Cree usted que él pudo haber matado a la señorita Younger?

—No lo sé..., Barrimore era muy celoso. Estaba celoso de mí al principio, pero la señorita Younger le quitó ese pensamiento. Era de carácter impulsivo, pero una excelente persona.

Preguntó si eso era todo lo que quería saber de él, y se levantó para recoger su sombrero. Vi cómo sus ojos brillaban al contemplar nuevamente el rubí.

—Bonito, ¿no es cierto? — le dije como al descuido.

—Muy bonito. ¿Es legítima?

—Antes de que Keyes pudiera responder, le dije que sí, que era legítima.

—Entonces el señor Van Every fué engañado, ¿eh?

González se sonrió.

Cuando González se hubo retirado, Keyes se dió vuelta hacia mí.

—Gracias, Maugham, ése fué un buen trabajo.

—Me pareció que él sabía algo del rubí — expliqué —. Vi cómo él miraba la piedra mientras usted la tenía en la mano.

—Sabe algo de Van Every, también — dijo Keyes —. No me extrañaría que él también tuviera el recorte del "Dispatch" del día lunes.

Recordé en ese momento que me había propuesto ir a ver a Joyce en la casa Gribbel, por lo cual me despedí de Keyes y luego de ingerir un ligero almuerzo, me dirigí a la gran tienda. Cuando finalmente pude dar con Joyce, observé señales ya de cansancio en sus facciones. Con todo, me saludó sonriente.

—Es peor de lo que yo me figuraba, señor Maugham, pero seguiré.

Parecía igual a los centenares de otras empleadas de la casa, parada allí frente a mí, con su sencillo vestido negro y un cuello blanco de encaje. Igual, pero más bonita.

—No sé cómo voy a poder bailar con Allan esta noche — confesó —, pero se lo he prometido. Me duelen los pies y todavía tengo que estar algunas horas aquí.

Cuando salí de nuevo a la calle había comenzado a lloviznar. Las pequeñas gotas me azotaban las cara y se me colaban, además, por la nuca. Apreté el paso y entretanto me puse a pensar en que González estaba mezclado en el asunto del rubí. Podría ser que él hubiera vendido a Margalo la piedra falsa. Tal vez exigió dinero efectivo y también un cheque.

Desesperado al no encontrar solución al centenar de preguntas que afluían a mi mente, me encaminé hacia el hospital donde se encontraba Barrimore, pero al llegar me enteré de que aún estaba sin conocimiento y de que se le mantenía con vida por medio de oxígeno.

La lluvia era ahora más fuerte y desagradoble. Doblé una esquina y después otra, hasta que, por casualidad, me encontré en la calle 42, la calle donde está situada la Biblioteca, empapado y disgustado conmigo mismo. Dos días habían transcurrido ya y nada había podido adelantar en cuanto a resolver el asesinato de Margalo.

—¡Qué casualidad encontrarlo a usted aquí, señor Maugham!

Me sorprendí al oír estas palabras y, levantando la vista para ver quién era la persona que me hablaba, me encontré con Laura Randall, temblorosa y, como de costumbre, vestida de gris.

Le contesté algunas palabras entre dientes y tuve el propósito de seguir mi camino. Mi estado de ánimo no era como para hablar, menos con ella.

—Estoy esperando a la señorita Joyce — me explicó.

Entonces, recordé... Joyce debía estar supuestamente trabajando para mí allí en la biblioteca.

—He estado dentro hace un momento y le he dicho que se fuera. Así que mucho me temo que no la vaya a encontrar — fué la primera mentira que se me ocurrió decirle.

—Es una lástima — dijo suspirando — después de haberme hecho todo el camino hasta aquí. ¿Así que ya está en camino a casa?

—Sí.

Me ofrecí a acompañarla hasta que pudiera tomar un automóvil de alquiler, y en la primera esquina tuve la suerte de encontrar uno desocupado.

—Es mejor que usted suba también, señor Maugham; usted está terriblemente mojado, y además, parece tener frío.

Accedí, y mientras el auto se ponía en movimiento, nosotros guardamos silencio. Varias veces la señorita Randall me miró como para decirme algo, pero, indudablemente, mi aire contrariado la desanimó.

Había dado al conductor la dirección de mi hotel, y cuando llegamos allí, bajé y pagué el viaje para la señorita Randall hasta la casa de Van Every.

Estaba todavía la portezuela abierta y me disponía a cerrarla para luego alejarme, cuando la señorita Randall, haciéndome seña para que me acercara, me dijo:

—Señor Maugham, creo..., creo que mañana tendré algo que contar a usted y al señor Keyes. ¿Sería usted tan amable de decirle que estaré mañana en su oficina, alrededor de las 10?

—Por qué no viene esta noche? Estoy aún a tiempo para avisarle — le dije, pensando que Keyes esperaba un llamado mío todavía esa noche.

—No, esta noche no puede ser. Debo contar con esta noche... todavía. Mañana, sí. Adiós.

Cerré la portezuela del automóvil de alquiler y me quedé breves instantes viendo como se alejaba Laura Randall.

Satisfacción



—¡Mira! La esposa del guardián le prohibe salir de la casa esta noche.

CAPITULO XIII

Cuando llegué al escritorio del hotel, el empleado me dijo que Dow Van Every había querido hablarme con urgencia. Subí apresuradamente a mis habitaciones y me disponía a hacer uso del teléfono, cuando sonó la campanilla del mismo. Era otra vez Van Every.

—¡Mi rubí, Maugham! — su voz era nerviosa —. ¡Ha desaparecido! ¿Recuerda que le dije que lo había sacado de mi caja fuerte? ¿Y que solamente Soon y yo sabíamos dónde estaba? Bueno, ha desaparecido. Lo eché de menos hace una hora y desde entonces he estado tratando de comunicarme con usted.

—¿Llamó usted a Keyes?

—Dejé avisado para que me llamara. Tampoco pude dar con él. Pensé que ustedes dos pudieran estar juntos.

—¿Sospecha de alguien?

—No..., solamente los detectives; pero eso sería ridículo.

No pude menos que sonreírme. ¡Los detectives de Keyes robando el rubí Camden!

—¿Dónde lo había escondido?

—En la pieza de Soon, en la planta baja, dentro de uno de los ídolos que él tiene.

Prometí a Van Every que iría a verlo lo antes posible, tan pronto me hubiera lavado y cambiado las ropas empapadas que tenía puestas.

Veinte minutos más tarde estaba listo para salir. Traté de comunicarme con Keyes pero infructuosamente, por lo cual decidí ir a casa de Van Every y llamarlo de allí nuevamente.

Al salir a la puerta del hotel vi que en ese preciso momento se acercaba hacia mí a la carrera un chofer y un agente de policía.

—¡Este es! — dijo el primero.

El policía me preguntó entonces mi nombre y una serie de datos personales más, a todos los cuales le respondí sin saber de qué se trataba.

—¡Este es el hombre, estoy seguro! — seguía diciendo el chofer.

Lo miré detenidamente, pero no pude recordar haberlo visto antes.

Luego, sin ninguna explicación, el policía me condujo hasta un automóvil de alquiler y los tres nos pusimos en camino. Yo no sabía adónde me llevaban. Pregunté y el policía me contestó secamente que guardara silencio.

Finalmente llegamos a destino. Entramos en una especie de oficina y luego traspusimos otra puerta. Ahora sabía dónde estaba. Era la morgue.

Me llevaron un poco más adelante y allí me encontré con Laura Randall, o mejor dicho, con los restos de la que había sido Laura Randall. Tenía todavía la cara amoratada por el frío, los labios azules y los ojos abiertos. Le faltaba el sombrero y su cabello estaba algo en desorden.

—Acaban de traerla — dijo el empleado.

Tenía todavía el saco abrochado hasta el cuello y en una mano aferraba su cartera negra, de gran tamaño.

Yo me resistía a creer que estuviera muerta. Hacía media hora, quizá menos, que habíamos estado juntos en el automóvil de alquiler. Y ahora estaba aquí, muerta, en la morgue. Miré al chofer, y esta vez me pareció reconocerlo. Sí, naturalmente, ahora lo recordaba. ¡Era el del automóvil que yo había tomado con la señorita Randall! Pero, ¿qué es lo que había pasado?

—Queremos que usted nos diga quién era ella — el policía me dijo con tono muy lejos de ser amable.

—Laura Randall, mucama y dama de compañía de la señorita Joyce Van Every — respondí prontamente. Di también la dirección, todo lo cual el policía anotó con cuidado.

—Este chofer ha hecho un trabajo excelente — agregó el policía —; si no hubiera sido por él no lo hubiéramos pescado a usted.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? — alcancé a preguntar en medio de mi perplejidad.

—¿Qué? ¿Usted no lo sabe? Si no lo sabe, debería saberlo. Es mejor que examine a ver si tiene otra de éstas — y tomándome una mano hizo que tocara una fina aguja de acero que sobresalía a un costado de la frente de la pobre mujer.

—Es un crimen y a mi modo de ver nadie más que usted puede haberlo cometido.

—¡Yo!

—Usted fué la última persona que estuvo con ella, ¿no es así? Resulta difícil creer que usted no sepa qué es lo que ha ocurrido.

El empleado de la morgue había comenzado a desabrochar el abrigo de la extinta señorita Randall. Luego, sobre su vestido gris, un poco más abajo del cuello ¡vi que tenía nada menos que el rubí Camden! ¿O era el otro, la imitación?

—¡Cielos, usaba joyas! — dijo el policía. Pude persuadirlo de que tratara de dar con Keyes lo antes posible. Me dejó a cargo de otro policía y luego se fué a hablar por teléfono.

El chofer del automóvil de alquiler, cuyo nombre supe posteriormente que era Jerry Knox, me contó todo lo que él sabía, a su manera, mientras esperábamos sentados en la oficina de la morgue.

—Usted la dejó, señor, en el hotel Warrington. Pagó el viaje hasta... la calle Setenta y Cuatro Oeste. Bueno, oí las últimas palabras que ella le dirigía a usted. Que tendría algo que contarle mañana. Luego usted cerró la portezuela y yo me puse en camino.

"En la esquina siguiente había mucho tránsito — continuó — y tuve que detenerme. Miré hacia atrás para ver si podía salirme de la fila y adelantar algo. Mi pasajera parecía estar lo más bien; hasta casi sonriente. Vi que no tenía espacio para moverme y decidí entonces esperar hasta que el coche que estaba delante del mío avanzara. Entonces oí que la señora, mi pasajera, bajaba uno de los cristales y llamaba a alguien que estaba en otro coche. "Señorita Joy", me pareció que decía. Lo dijo dos veces. Me di vuelta para ver si podía serle de alguna ayuda. El cristal estaba todavía bajo, pero ella estaba toda acurrucada en el asiento y el sombrero sobre el piso. Por suerte, entre la multitud que se congregó de inmediato, estaba cerca de un agente de policía y de un médico también. El médico dijo que la señora estaba muerta, muerte instantánea, y al pasarle la mano por la sien encontró esa especie de aguja clavada. Los policías llamaron otro auto y se llevaron el cadáver. Entre tanto, yo con otro agente, el que usted conoce y que nos acompañó hasta aquí, fuimos a la carrera hasta el hotel Warrington para dar con usted.

—Muy bien — interrumpí yo —. ¿Qué cristal fué el que ella bajó?

—El del lado de la calle, no el de la acera. Nosotros estábamos parados junto al cordón.

—Entonces, quiere decir que ella había visto a alguien en otro coche o del otro lado de la calle ¿no es así?

—Sí.

—¿Qué hora era cuando usted llegó a la esquina donde ocurrieron todos los sucesos?

—Aproximadamente las 6 menos 10. Había mirado mi reloj cuando estuvimos parados frente al hotel Warrington donde lo dejamos a usted.

—¿Y usted dice que la señora llamó a alguien durante el momento que estuvieron parados? ¿A una señorita Joy?

—Sí, llamó ese nombre dos veces, con todas sus fuerzas.

—Era a la señorita Joyce a quien Laura Randall llamaba — dije.

—Es posible que haya dicho Joyce. Y ahora, quisiera que me dejaran ir.

Yo también quería irme, pero sabía que era inútil hasta tanto llegara Keyes.

Volví a pensar en la señorita Randall y en el hecho de haberse descubierto que llevaba puesto el rubí. ¿Qué significado tenía ese llamado que la pobre mujer había hecho a la señorita Joyce en la calle? Se me ocurría una explicación que me resistía a tomarla en cuenta, pero que persistía en mi mente. ¡Era imposible que Joyce estuviera mezclada en esto! No podía ser. Y, sin embargo, la noche en que Margalo había sido asesinada, Joyce había estado parada un momento al lado de la puerta de la biblioteca. Esta noche, también, al ser asesinada la señorita Randall, Joyce había estado cerca, tan cerca como para que Laura Randall la hubiera llamado. ¿Estaba Joyce en otro automóvil de alquiler? ¿O regresaba a pie a casa de su empleo en la Casa Gribbel?

Joyce en la escena del asesinato de Margalo. Joyce aquí, esta noche, al resultar muerta la señorita Randall. Dos veces. ¿Era una coincidencia?

Sentí un escalofrío al pensar que yo también había estado presente cuando la muerte de Margalo y que yo también había estado bastante cerca de la señorita Randall al morir ésta...

Keyes llegó a los veinte minutos, si bien a mí me parecía que habían transcurrido horas desde que esperábamos. Habían dado con él en el restaurante donde acostumbraba ir a cenar.

—¿Qué es lo que pasa? — inquirió.

Sin pronunciar una palabra,. el policía que nos había estado cuidando a nosotros acompañó a Keyes hasta la tarima donde se encontraba el cadáver de la señorita Randall. Cuando Keyes regresó adonde habíamos quedado nosotros, traía en su mano el rubí.

—Vamos a mi oficina — dijo, y todos nosotros lo seguimos. Cuando estuvo sentado en su escritorio, que ya me estaba resultando familiar, colocó la piedra sobre una hoja de papel blanco y me hizo seña de que hablara.

—Es un misterio, Keyes; no sé qué pensar — comencé a decir, vacilante —. Estaba yo parado frente al edificio de la biblioteca, cuando ella se me acercó..., había ido en busca de Joyce..., usted recuerda lo que yo le he explicado de Joyce, ¿no es así?

El asintió con la cabeza.

—La señorita Randall parecía estar nerviosa; creo que hasta le oí hablar consigo misma. Después de expresarle que Joyce no estaría en la biblioteca, llamé un taxímetro para que ella lo tomara. No tenía intención de acompañarla, pero ella insistió y como yo estaba cansado y

quería llegar pronto a mi hotel, accedí finalmente. Ella parecía querer decirme algo, pero yo no estaba con ganas de conversar y mi silencio posiblemente la hizo desistir de su propósito. Luego, cuando llegamos al hotel, me dijo que quería vernos a los dos, a usted y a mí, mañana a las diez, aquí. En el escritorio del hotel, cuando entré, me dijeron que Van Every había querido hablarme. Cuando me puse en comunicación telefónica con él desde mi cuarto, Van Every me dijo que le habían robado el rubí. Estaba excitado...

—¡El rubí! — exclamó Keyes.

Jerry Knox, el chofer, se encargó de continuar la historia. Lo que refirió a Keyes fué, en substancia, lo que ya me había contado a mí. Cómo la señorita Randall había llamado en voz alta a alguien mientras el automóvil se encontraba detenido por el tránsito una cuadra más allá del hotel, cómo un momento después había visto que ella estaba caída sobre el asiento, y cómo había venido con uno de los policías hasta mi hotel, creyendo que yo tendría que saber lo ocurrido.

—Así que usted vió que la señora estaba con vida cuando el tránsito lo detuvo en la cuadra del hotel Warrington, ¿no es así? — preguntó Keyes a Jerry Knox, el chofer.

—Sí, tan es así que la oí llamar a una señorita Joy..., aquí el señor Maugham dice que era una señorita Joyce..., después de bajar uno de los cristales.

—¿Vió usted a la persona a quien ella llamaba?

—No, no la vi. Lo cierto es, ahora que me pongo a pensarlo, que la señora difícilmente podía ver hasta la acera de enfrente, desde donde ella estaba. Estaba algo oscuro, y además había coches todo a lo largo de la calle a su izquierda. Ella debe haber reconocido a la persona a quien llamó en algún otro automóvil que pasaba. Naturalmente que esa persona pudo haber sido también un peatón que pasara delante de nosotros, pero mi coche no era el primero de la fila. Creo que era el tercero.

—¿Podía usted ver a los peatones desde donde estaba?

—Podía si hubiera mirado, pero no estaba mirando.

—Al bajar el cristal del lado izquierdo, ello indicaría que la señorita Randall vió a alguien en algún otro automóvil ¿no es así?

—O al otro lado de la calle.

—¿Cosa que era casi imposible?

—Bueno — como decía —, se estaba poniendo oscuro y el tránsito era bastante denso.

—¿Qué ocurrió después, cuando usted se dió cuenta de que algo anormal había pasado? — continuó interrogando Keyes.

—Paré el motor del automóvil. Mi coche estaba arrimado al cordón. Pensé que la señora habría sufrido un desmayo. Segundos después se había congregado una multitud, como ocurre siempre en estos casos, y yo mismo no podía moverme. Se acercó entonces un hombre que dijo que era médico. Tenía una valija y entró en el automóvil. La señora ya no tenía su sombrero puesto. El médico le puso la mano en la sien y encontró... esa especie de aguja o lo que sea. "Es un asesinato — dijo —. La señora está muerta. Hay que llamar a la policía". En ese momento un agente se abría camino entre la multitud. Después vinieron otros. Al primero yo le hablé del señor Maugham, y entonces nos fuimos a la carrera hasta el hotel Warrington, mientras que los otros llevaban el cadáver de la señora a la morgue en otro automóvil. Eso es todo lo que sé.

Keyes se dió vuelta hacia donde estaba uno de los agentes.

—¿Y este doctor? ¿Lo han traído también?

—Sí; estaba abajo y se muestra impaciente de tanto esperar. Creo que Murphy tomó además los nombres de todos los testigos.

Un hombre visiblemente preocupado y que llevaba en la mano una pequeña valija negra fué introducido en ese momento. Era el doctor Emile Michel, joven médico del hospital de Santa Ana. Contó a Keyes todo lo que sabía del asunto. Estaba parado en la esquina esperando para tomar un taxímetro, cuando vió que el chofer Jerry Knox descendía de su asiento de adelante y abría la portezuela de atrás, en cuyo interior había una mujer caída sobre el asiento. Abriéndose paso entre la gente que había comenzado ya a agruparse, expresó al chofer que era médico y se ofreció para auxiliar a la mujer. Al tocar luego la cabeza de la mujer había encontrado ese instrumento que parecía una aguja. Sabía que la mujer estaba muerta. La aguja había perforado la sien izquierda de la mujer, causándole la muerte.

Suministró algunos detalles más y luego preguntó si se le permitía retirarse, expresando que tenía que ir a visitar a un enfermo y que ya estaba enormemente atrasado.

Keyes le expresó cortésmente que podía retirarse, después que hubo tomado nota de su dirección. Por el contrario, el detective dispuso que el chofer Knox pasara la noche en calidad de detenido, y de nada valieron sus quejas y ruegos. Finalmente nos quedamos solos.

—Bueno, Maugham, cuente con sinceridad todo lo que usted sepa — dijo Keyes tan pronto la puerta se hubo cerrado detrás de Knox.

—Sólo sé lo que ya le he contado, Keyes. Alguien debe haber oído a la señorita Randall cuando me decía que quería vernos mañana. Y ese alguien debe haberla matado antes de que ella pudiera hablar.

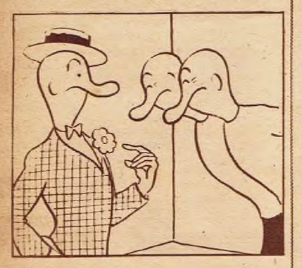
—Un crimen en la Quinta Avenida, a la hora de mayor movimiento... — dijo como hablando consigo mismo.

De un salto me puse de pie.

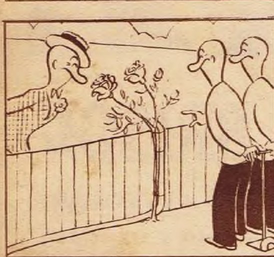
—Keyes, haga traer de nuevo a ese chofer aquí y pregúntele si vió un ómnibus.

LOS DOS HERMANITOS

DESQUITE por **TIM**









—¿Un ómnibus?

—Sí; he pensado en taxímetros hasta que me he vuelto loco. ¡Es posible que el asesino de la señorita Randall haya estado en un ómnibus! ¿Por qué no habré pensado en ello antes?

Knox regresó con aire de estupefacción.

—¿Había un ómnibus cerca de su coche? — le pregunté con rapidez.

—A ver, déjeme pensar... Sí, había. Era uno de esos ómnibus grandes.

—¿Dónde estaba ese ómnibus cuando usted estaba parado?

—Detrás de mi auto.

—¿Usted no observó a alguien bajarse del ómnibus y llegar hasta el costado izquierdo de su coche?

—No.

Después de algunas preguntas más, Keyes lo dejó que se marchara.

—¿Por qué está usted tan interesado en eso del ómnibus? — me preguntó el detective.

—Porque la señorita Randall llamó a Joyce, que bien pudo haber estado en un taxímetro como en un ómnibus. Keyes, tengo una idea, el simple germen de una idea, y es de que el asesino de la señorita Randall estaba en aquel ómnibus. Hubiera sido el medio menos ostensible para escapar y también, a la inversa, para llegar hasta ella. ¡Si sólo pudiéramos saber quiénes eran todos los pasajeros!

—¡Ello es imposible, Maugham! Usted debe darse perfecta cuenta de ello. Y ahora, para aclarar la parte suya, iremos a su hotel.

Obedientemente recogí mi sobretodo y mi sombrero y salimos juntos. En el escritorio del hotel, Keyes preguntó al empleado a qué hora había llegado yo. Por fortuna, el empleado se acordaba y además expresó que yo había subido de inmediato a mi habitación.

No pude menos que sonreir mientras me ubicaba de nuevo en el auto de Keyes.

—Usted no pudo haberlo hecho — murmuró reflexivamente.

—Eso es lo que le he estado diciendo.

—No he informado todavía de lo ocurrido a Van Every, porque quiero caer por sorpresa sobre Joyce. La señorita Randall evidentemente la vió cerca del automóvil de Knox, en alguna parte...

CAPITULO XIV

En la casa de Van Every todo parecía estar revuelto y agitado. Las luces estaban encendidas en toda la casa y varios pesquisas, nuevos allí, estaban en la puerta cuando nosotros llegamos.

—Hemos estado tratando de dar con usted, capitán — dijo uno de ellos —. El rubí de Van Every ha sido robado. El está medio trastornado; informó de la desaparición de la piedra a la jefatura alrededor de las 4.

Entramos en la sala, donde encontramos a Van Every, McManus, Soon y algunos pesquisas.

—¡Al fin han venido!

Van Every me estrechó la mano fuertemente. Sus ojos tenían un brillo extraño, su cara estaba más pálida que nunca.

—¡Aquí está su rubí.

Keyes le entregó la piedra.

Van Every la tomó y se quedó mirándonos alternativamente, con aire de perplejidad.

—¿Dónde la encontró? He estado corriendo por toda la casa, como loco, sospechando de todos sus hombres, seguro de que uno de ellos era quien la había tomado. Y ahora usted viene y me la entrega personalmente.

—Todo a su debido tiempo, Van Every. Hablaremos extensamente.

—¿Qué les parece si cenamos? La comida está lista desde hace una hora, pero yo no podía comer. Joyce sí lo ha hecho ya.

Fué entonces cuando miré mi reloj y comprobé que eran las 8.

Keyes accedió y nos trasladamos al gran comedor, contiguo a la sala donde estábamos. Dos sirvientes trajeron de inmediato el primer plato.

Instantes después, mientras esperábamos por el segundo plato, Keyes preguntó, como al descuido, a qué hora había llegado Joyce.

—¡Oh!, alrededor de las 6, más o menos. Estaba cansada. Creo que usted la hace trabajar demasiado.

Sus ojos brillaban al dirigir la mirada hacia mí.

Estaba arriba ahora, recostada; casi no tenía ganas de comer, pero yo hice que probara un bocado. Está bien, Maugham; déle bastante trabajo. Le hará bien por algunos días.

—Quiero verla después de que terminemos de cenar — dijo Keyes con tono tranquilo.

Van Every llamó a Soon, que andaba rondando cerca, como de costumbre.

—Diga a la señorita Randall que despierte a la señorita Joyce. El capitán Keyes quiere verla.

El chino asintió con la cabeza y abandonó la habitación. Regresó cuando nosotros estábamos tomando el café.

—La señorita Randall..., voy a su cuarto; no está allí. Despierto a la señorita Joyce. Ella dice que el capitán viene arriba.

Keyes terminó tranquilamente su café y luego preguntó a Soon:

—¿Dijo usted a la señorita Joyce que la señorita Randall no estaba en su cuarto?

—Sí.

—¿Y ella qué dijo?

—Ella no dice nada. Parece cansada. Vuelve a dormir. Yo la despierto otra vez.

—Van Every, yo he venido por esto — dijo de pronto Keyes —: Laura Randall fué asesinada hoy..., hace algunas pocas horas..., mientras tenía su rubí puesto al cuello. Tengo motivos para creer que su sobrina estaba cerca de ella cuando fué asesinada y, por lo tanto, quiero que nadie le advierta a ella de la tragedia en manera alguna. Deseo interrogarla ahora mismo.

—¡La señorita Randall! — dijo Van Every, palideciendo.

—Sí; la señorita Randall fué asesinada en un taxímetro.

En el menor número posible de palabras, Keyes le contó todo lo ocurrido.

—No veo por qué usted me lo ocultó en un principio — protestó Van Every.

—Yo hago las cosas a mi manera, Van Every, y especialmente, no quiero que Joyce se entere... todavía. Dígame la verdad, ¿qué pensaba usted de la señorita Randall?

—Era una buena mujer.

—Exactamente la verdad, Van Every — interrumpió Keyes.

—Bueno, ella era un tanto entrometida, Keyes, no voy a negarlo. Me molestaba con frecuencia por pequeñas cosas que ella podía haber resuelto.

—Joyce no la quería mucho, ¿no es así?

—Joyce...; bueno, creo que Joyce sentía simpatía por ella, pero odia ser molestada. Hace poco, Joyce me pidió que despidiera a la señorita Randall; que le diera una pequeña pensión para que no tuviera que trabajar más. Me rogó que lo hiciera, pero yo me negué. No puedo dejar a Joyce completamente sola.

—La señorita Randall no miraba con buenos ojos al joven Foster, ¿no es así?

—Ella me había rogado que no consintiera en el casamiento, pero ¿qué podía hacer yo? ¿Dígame? Joyce es demasiado joven para casarse, pero se casará. Y estoy contento de que haya encontrado un muchacho como Allan. Es un buen muchacho y sabe manejar a Joyce. Yo también había dicho a Joyce que cuando ella se casara, yo me encargaría de la señorita Randall, que le daría suficiente dinero como para vivir. Eso, al parecer, había alegrado mucho a Joyce.

—¿Quiere usted decirme cómo llegó a hacerse cargo de Joyce?

—Ella es hija de mi hermano, de mi único hermano. El..., no puedo decirles una palabra más, caballeros. ¡Por favor!

—¡Debo saberlo! — dijo Keyes con toda energía.

—Mi hermano..., nunca lo he dicho a nadie. Sólo Soon lo sabe. El me ayudó en aquella oportunidad. Todavía me ayuda. El padre de Joyce está en la cárcel de Sing Sing...; ¡cadena perpetua por asesinato! — los ojos de Van Every se habían quedado fijos.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Está allí desde que Joyce tenía un año. Mató... a un hombre. Hace ya diecisiete años. Yo estaba en el extranjero en aquel entonces, y cuando regresé el proceso había terminado. Hice todo lo posible para que lo pusieran en libertad, pero infructuosamente. El había dejado a Joyce con una mujer amiga, y me pidió que yo cuidara de ella..., que le dijera que él había muerto. Así lo hice. Joyce cree que su padre ha muerto y lo seguirá creyendo. Ward, mi hermano, tenía un carácter ingobernable. Y este carácter lo llevó hasta el crimen. Yo hago todo lo posible por Joyce. Ella será mi única heredera. Todo lo que tengo se lo dejaré.

—¿Joyce cree que su padre ha muerto? — preguntó Keyes.

—Le dije que él había resultado muerto en un accidente — expresó Van Every.

—¿Y la madre de ella?

—Murió al dar a luz a Joyce. Ella pudo haber salvado a mi hermano. Lo sé. Era muy amable y paciente con Ward. Cuando ella falleció, él volvió a dejarse llevar por sus impulsos. Ahora, yo trato de aliviar en todo lo posible su reclusión. Existe también una posibilidad de que pueda salir después de algunos años..., a los veinte años. Estoy trabajando reservadamente para conseguirlo. Les pido encarecidamente que no lo divulguen.

—Puede usted estar tranquilo al respecto. Pero necesito ver a Joyce — insistió Keyes —. Desgraciadamete ella estaba cerca cuando los dos crímenes, relacionados con el rubí, fueron cometidos.

—Usted no ha sospechado por un instante...

—No, no sospecho nada, solamente quiero ver a Joyce. Y preferiría que usted no estuviera presente. Iremos arriba, ahora.

Soon, que nos había precedido, llamó suavemente a una de las tres puertas del tercer piso. Una voz somnolienta nos invitó a entrar, y un instante después nos encontrábamos frente a Joyce, que estaba recostada en un sillón.

—Estoy terriblemente cansada — dijo Joyce, ahogando un bostezo —. El señor Maugham me hace trabajar demasiado.

—El capitán Keyes sabe, Joyce — le advertí prontamente.

—Pero mi tío, no; ¿no es así?

—No; a él no le he dicho nada.

—Gracias. Mis pies... todavía me duelen. Mañana estaré bien otra vez... La señorita Randall me regañará cuando vea que estamos aquí en mi dormitorio. Ella va a decir que debí haberlos llevado a la sala.

—¿La señorita Randall está fuera de la casa?

—No estaba cuando yo llegué...

—¿Cuando la vió usted por última vez?

—¡Oh!, a la hora del desayuno.

—¿Vió usted algún conocido suyo durante el día..., desde que salió de su casa?

—Al señor Maugham, que vino a verme a mi empleo.

—¿A qué hora salió usted de su empleo? — Keyes tenía ahora un aspecto severo.

—¿Qué importancia puede ello tener?

—Mucha importancia. Le agradeceré, señorita Van Every, que conteste mi pregunta.

—Salí a las seis menos veinte.

—¿Seguro?

—Sí...; luego caminé hasta la Quinta Avenida y allí tomé un taxímetro.

—¿Por qué caminó hasta allí?

—Porque quería tomar un taxímetro allí.

—Podía haberlo tomado en la calle Treinta y Broadway, frente a lo de Gribbel, ¿no es así?

—Sí, pero no quería que ninguna de las chicas empleadas me vieran. Una, con la cual he hecho amistad, me dijo que iba a caminar hasta la Quinta Avenida para tomar un ómnibus allí. Yo la acompañé, y luego hice otra cuadra a pie hasta que tomé un taxímetro y vine a casa. Al principio tuve el propósito de tomar el subterráneo, pero estaba tan cansada que no podía tenerme ya de pie...

—¿Y, sin embargo, cansada como estaba, caminó cuatro cuadras?

—Sí. No quería que las otras chicas creyeran que yo era diferente de ellas. Eso es todo.

—¿Y usted no vió a la señorita Randall en un taxímetro, también en la calle Veintinueve y la Quinta Avenida?

—No; ¿estaba ella allí?

—Mi estimada señorita Van Every: ¡ella fué asesinada allí! A las seis menos diez, aproximadamente.

—La señorita Randall ¡no es posible! — repitió varias veces Joyce.

—Ella la vió a usted poco antes de que muriera — dijo Keyes —, y la llamó en voz alta. Su taxímetro debe haber estado muy cerca del de ella. ¿Está usted segura de que no la vió entonces?

—Ya le he dicho que no la ví...

—¿Iba su taxímetro en dirección al centro o hacia afuera?

—Hacia afuera. Tomé el primero que vi después de llegar a la esquina de la valle Veintinueve.

—¿Notó usted un ómnibus del otro lado de la calle, yendo en la dirección del centro?

—No; no noté nada. No puedo creer que la señorita Randall haya muerto... asesinada. No puede ser cierto. ¡Dígame que no es verdad lo que usted me ha contado!

—Desgraciadamente es así, señorita Van Every. Usted debe haber estado del lado contrario de la calle, pero de la parte más próxima a donde se encontraba la señorita Randall, si no ésta no hubiera podido verla. Esto es muy importante, así que le ruego que se esfuerce por recordar.

—No recuerdo nada. Estaba muy cansada. Tan cansada como nunca lo he estado antes.

Mientras Keyes hacía algunas anotaciones respecto a las prendas de vestir que Joyce había usado, ella se dió vuelta hacia mí como buscando mi consuelo.

—¿Tenía algunos parientes la señorita Randall? — le pregunté entonces.

—Sí; siempre estaba hablando de sus sobrinas y de lo finas y educadas que eran. Ello me mortificaba. Tiene fotografías de ellas en su cuarto. Les escribía regularmente. Tenía un libro de direcciones, eso lo sé, y creo que también un diario. Todo esto está en su cuarto.

—¿Un diario?

—Sí. Todas las noches, antes de dormir, sé que hacía anotaciones.

Keyes se dirigió hasta el otro extremo de la habitación, desde donde me hizo seña de que lo siguiera, y ambos entramos en la habitación que había sido de la señorita Randall. Era un cuarto ordenado y sencillo. Aparte de la cama, el tocador y una mesa de luz, había un escritorio y una silla. Keyes buscó entre los papeles que había en el escritorio, extrayendo finalmente un libro de direcciones, unas pocas cartas y un libro grande de tapas negras, con la palabra "Diario" escrita en grandes letras plateadas.

—McManus se encargará del resto — dijo —. Por ahora esto será suficiente.

Joyce estaba sentada todavía donde la habíamos dejado, abatida y sus ojos lagrimeantes.

—Señorita Van Every, ¿estaba Laura Randall muy interesada en el rubí de su tío?

—Sí, lo estaba. Durante la última semana,

Los niños terribles



—*¡Bueno, decídete de una vez! ¿Quieres las galletitas o deseas aún hacer de mí un hombre honrado?*

ella me estuvo siguiendo por todas partes, creyendo que mi tío me lo mostraría. Si eso ocurría, ella quería verlo. Eso es lo que ella me había dicho.

—¿Usted no sabía entonces que el rubí fué robado hoy?

—Sí; fué la primera cosa que oí cuando llegué de regreso a casa.

—Ha sido devuelto ahora, sin embargo.

—Me alegro.

—Bueno, eso es todo por ahora, señorita Van Every. Puede continuar descansando y mañana ir a su trabajo en la Casa Gribbel, si le parece.

—No; tengo que vestirme. Allan viene a buscarme a las 10 — dijo Joyce con un suspiro.

A continuación Keyes le pidió permiso para ocupar su salita por un momento, a lo que ella accedió gentilmente; así que poco después quedábamos solos con el diario, las cartas y el libro de direcciones de Laura Randall.

CAPITULO XV

El diario comenzaba, como ocurre con todos los diarios, con el primer día del año. La primera anotación indicaba que éste era el volumen 42. Durante 42 años, todos los días, lluviosos o de sol, ella había registrado los hechos salientes de su vida. Desde su octavo año. Había estado, pues, en lo cierto al calcularle unos 50 años de edad.

Las páginas del diario de Laura Randall estaban llenas de referencias a Joyce, como pude verlo a medida que Keyes lo seguía hojeando, yo mirando por sobre su hombro. Cosas que ella hacía, cosas que ella había dicho — cosas que una madre diría a una hija adorada —. La señorita Randall quería a Joyce, y todos sus desvelos eran para ella.

Keyes pasaba las páginas apresuradamente, cuando mis deseos hubieran sido leer cada una con detenimiento. Allí estaba consignado el primer encuentro de Joyce con Allan Foster. Después de esto, un tenue sentimiento de celos se advertía aquí y allá, celos de Allan Foster.

La anotación correspondiente al 9 de octubre fué una sorpresa para Keyes y para mí. Decía: "Gente extraña visita al señor Van Every, pero las dos personas que vinieron hoy a verlo son sin duda alguna las más extrañas de las que había visto hasta ahora. No me explico cómo el señor Van Every, que es un buen protestante, puede recibir a dos monjas de la iglesia católica.

"Octubre 10. Por la tercera vez desde que estoy en la casa, hoy he visto una carta dirigida desde Sing Sing para el señor Van Every. Era la primera de arriba en un montón de correspondencia que estaba sobre el escritorio, en la biblioteca. La vi al ir a buscar un libro. Soon está casi constantemente en la biblioteca, desde ayer. Cuando llega el señor Van Every, él sale. No me lo puedo explicar. La carta de Sing Sing me preocupa. Esa, esa gran cárcel, ¿Quién puede escribirle al señor Van Every desde allí?".

"Octubre 11. El señor Van Every ha estado fuera de casa durante casi todo el día, y Soon no ha abandonado la biblioteca. Otro de los sirvientes lo ha reemplazado en las tareas que realiza de costumbre. Por lo menos, sé dónde encontrarlo, cuando quiero verlo. Hoy he dado un vistazo en su habitación, situada en la planta baja. Ordenada, pero decididamente oriental. Había tres ídolos sobre una mesa, cerca de su cama; uno de ellos con un dispositivo para quemar incienso.

"Mientras iba a tomar el subterráneo esta noche para ir a ver "Romeo y Julieta", aprovechando que la señorita Joyce había ido a un baile, vi un taxímetro parado a una cuadra de casa. La señora Bryce estaba dentro. Seguramente estaba esperando al señor Van Every, pues él acababa de entrar en el momento en que yo salía. El señor Van Every es muy reservado en sus asuntos particulares. Esta ha sido la segunda vez que he visto a la señora Bryce. La primera vez fué el año pasado. Creo que ella no me reconoció. Yo sí a ella; nunca olvido las caras que he visto".

"Octubre 12. El misterio ha quedado esclarecido por fin. El señor Van Every le ha dicho a la señorita Joyce que tiene un famoso rubí en la biblioteca, donde lo guarda desde hace varios días, y eso explica por qué permanece allí tanto tiempo. La señorita Joyce está ansiosa de ver la piedra. Yo también.

"Resulta molesto ir a la biblioteca cuando Soon está allí. Tiene una manera de mirar que hace daño. En cambio, cuando está el señor Van Every, no parece que hubiera allí una piedra preciosa. La señorita Joyce ha dicho que de una manera o de otra ella va a ver el rubí. No me he atrevido a disuadirla ni a reprenderla por su curiosidad, porque yo también estoy ansiosa de verlo".

"Octubre 13. El rubí está todavía en la biblioteca, pero a pesar de haber insistido Joyce en sus ruegos, el tío no se lo ha mostrado. Estoy perdiendo las esperanzas de verlo, pues el señor Van Every le dijo a la señorita Joyce que dentro de pocos días lo llevaría a su caja de seguridad en el banco. Sé dónde está la caja fuerte en la biblioteca. He descubierto eso. Es en el suelo, frente a la estufa. Pasaba hoy por frente a la puerta cuando el señor Van Every movía algo allí en el suelo y luego se incorporaba y se sacudía las manos como para quitarse el polvo. Es la segunda vez que lo he visto hacer lo mismo. Tiene que ser la caja fuerte.

"El señor Van Every tuvo una visita importante esta tarde. Las puertas de la biblioteca estaban cerradas. Esto es algo desusado, pues siempre están abiertas. Aun cuando hay gente en la biblioteca. Cuando vinieron las dos monjas hace algunos días, estuvieron cerradas. Vi cuando el hombre salía. Tal vez el señor Van Every le había estado mostrando el rubí. El visitante era un hombre bien vestido, alto y con cabello canoso. No parecía viejo; sin embargo, nunca lo había visto antes en la casa".

"Octubre 14. Una mujer ha estado en la biblioteca. Lo sé, debido a lo que encontré allí. El señor Van Every insistió en que la señorita Joyce y yo fuéramos a una *matinée*. El mismo se encargó de conseguirnos las entradas, cosa desacostumbrada y que habitualmente hago yo. Cuando regresamos, la señorita Joyce se fué directamente a su habitación, pero yo me dirigí a la biblioteca con objeto de hablar de la función con el señor Van Every. El no estaba allí, pero sí Soon. La habitación estaba llena de humo y sobre una mesa había un cenicero lleno de colillas de cigarrillos, algunos manchados de *rouge*. Eran de boquilla de corcho y me llevé uno a mi cuarto para examinarlo con más cuidado. Indudablemente debían de ser de alto precio. La señora Bryce fuma, pero no sé qué marca. Debe de haber sido la señora Bryce, de otra manera el señor Van Every no hubiera hecho que la señorita Joyce y yo saliéramos por toda la tarde. La señorita Joyce también fuma, pese a que yo me opongo a ello, pero sus cigarrillos son de otra marca completamente distinta".

"Octubre 15. Hoy vinieron periodistas aquí, me imagino que con motivo del rubí. Fuí a la iglesia esta mañana y cuando regresé estaban en la casa.

CAPITULO XVI

El diario de Laura Randall continuaba con una serie de detalles sobre sus obligaciones y luego, con la fecha del día siguiente:

"Octubre 16. En el día de hoy han ocurrido cosas extrañas en la casa. Un crimen. No sé qué pensar de todo ello. La señorita Joyce sabe algo; de ello estoy segura. Llegó arriba esa noche, antes de que supiéramos nada, y comenzó a llorar. Traté de consolarla, pero me pidió que la dejara sola.

"Yo los había visto llegar al señor Van Every, a la señorita Younger — conocía a la señorita Younger por haberla visto trabajar en el escenario muchas veces — y otro señor. A este último no lo había visto antes. El señor Van Every les estaba hablando del rubí y, como supe después, mostrándoselo también.

"La señorita Joyce y Allan subieron un poco más tarde. No podía creer a mis ojos al ver que ambos subían juntos, a esa hora. Después de todo lo que yo he dicho... Los vi mirar por la puerta de la biblioteca durante algunos minutos, luego besarse, y subir al tercer piso. Allan estaba todavía parado frente a la puerta de la biblioteca cuando yo entré en el cuarto de la señorita Joyce. Fué entonces cuando la señorita Joyce se puso a llorar. Un poco después oí desde mi cuarto que ella salía muy quedamente al *hall*. Estoy segura de ello."

A partir de aquí el diario de la señorita Randall se ocupaba del interrogatorio que había seguido, nos describía a Keyes y a mí minuciosamente y refería las molestias causadas por la policía. Al día siguiente, detallaba su visita a la oficina de Keyes.

Había una anotación interesante correspondiente a la noche del 17: "Soon sabe más de esto de lo que el capitán Keyes cree. Traté de decírselo esta tarde. No comprendo cómo el señor Van Every puede tener confianza en este chino".

La mañana del 18 — era la noche del 18 cuando Keyes y yo estábamos leyendo el diario de la señorita Randall, el mismo día del asesinato de ésta — había sólo esta anotación: "He descubierto el escondrijo del rubí, y esta tarde voy a comprobar por mí misma si la piedra es o no lo que dicen: una piedra fatídica".

Aquí terminaba; el resto del libro estaba en blanco.

—Es curioso, ¿no es cierto? — dijo Keyes después de un momento.

—¿Qué es curioso?

—Todo esto — hizo un movimiento con la mano, indicando el diario que estaba sobre la mesa.

—La señorita Randall tenía una curiosidad desmedida; eso es todo — expresé.

—Ella se refiere a cigarrillos costosos, ¿no

—Y las colillas que encontró en la biblioteca, manchadas con *rouge*.

—Sí. La señora Bryce debe habernos mentido.

—Margalo ha fumado ese tipo de cigarrillos desde hace años. Recuerdo que años atrás yo le había regalado infinidad de cajas de ellos. El día que almorzamos juntos, por última vez en la vida, ella había fumado también cigarrillos de alto precio. Tenía una buena provisión en su departamento.

—Y, sin embargo, usted dice que ella y Van Every no se conocían de antes.

—Estoy seguro de ello. Y estoy seguro también de que los cigarrillos que vi en casa de la señora Bryce eran de alto precio. Lo recuerdo particularmente, pues pensé en Margalo mientras la señora Bryce estaba fumando uno.

—La señorita Randall observó también a las nueve. Ninguno de los billetes ha llegado a poder de los bancos todavía, Maugham. Ello es curioso, después de los días que han transcurrido. Quien quiera que sea la persona que vendió el rubí a Van Every, no estaba muy necesitada del dinero.

—Van Every tal vez sepa algo de este diario. Tal vez pueda hacer luz sobre algunos de los puntos oscuros. Por lo menos podrá decirnos de los dos visitantes misteriosos que tuvo durante la semana; el hombre alto, con cabello canoso, y la mujer que fuma cigarrillos de alto precio.

Bajamos juntos, enterándonos de que Van Every había salido hacía aproximadamente una media hora. Soon nos dijo que su patrón había salido a ocuparse de los asuntos de la señorita Randall.

Iba a hablar para censurar la actitud de Joyce por haberse ido a bailar precisamente la noche en que su dama de compañía había sido asesinada, cuando vi que ella entraba en la biblioteca acompañada de Allan Foster. El estaba vestido de smoking, pero ella tenía puesto un sencillo vestido de color oscuro. Los ojos de Joyce estaban todavía colorados de haber llorado. Me reconfortó el comprobar que no había salido.

Keyes los dejó que se retiraran poco después, y en seguida vimos a Joyce que subía la escalera sola, arrastrando los pies como si estuviera muy cansada.

—Y ahora, Soon, usted me hará el favor de mostrarme dónde estuvo escondido el rubí. Tengo entendido que era en su cuarto —dijo Keyes con tono reposado pero enérgico.

Soon nos llevó a la planta baja, a través de la cocina, y luego hacia el frente de la casa. El cuarto era tal cual lo había descripto la señorita Randall, pequeño y de ambiente oriental. Había pocos muebles y sobre una mesa los dos ídolos, que también había mencionado Laura Randall en su diario. El sahumador era ordinario, barato, pero los otros dos objetos me llamaron la atención de inmediato. Estaban delicadamente trabajados. Uno era de una piedra color amarillenta y muy pequeño, tanto como para no tener cabida para el rubí. En realidad, era escasamente de mayor tamaño que el rubí mismo.

El otro ídolo era de hierro, parecía muy antiguo, de unos sesenta centímetros de alto. Representaba un dios panzudo, con pies pequeños y una barbilla puntiaguda. Soon lo levantó y se lo entregó a Keyes. Este no pudo menos que expresar lo pesado que era. En efecto, la forma en que se lo había entregado el chino, había confundido a Keyes, en cuanto a su verdadero peso. Dándolo vuelta, Keyes y yo vimos una cavidad debajo. Soon dijo que allí había puesto el rubí.

La cavidad en cuestión podía fácilmente alojar el rubí, pero no con el estuche. Hice notar esto a Soon; respondiéndome que su patrón lo había sacado del estuche.

—¿Por qué quería su patrón esconder el rubí, Soon? —pregunté al chino, para saber la explicación que me daba el sirviente de Van Every.

—El patrón dice que demasiada gente sabe dónde está la caja fuerte. Yo digo sí, también. La señorita Joyce podía llegar hasta la caja fuerte.

—Soon, ¿puede usted decirme a qué hora había salido esta tarde la señorita Randall?

Keyes puso nuevamente el ídolo sobre la mesa y miró fijamente al chino.

—A las tres, tal vez. Vi cuando ella salía. Ella estaba sonriente.

—¿Usted no creyó que ocurriera nada anormal?

—No. Ella no quiere a mí. Yo no hablo mucho con ella.

—¿Vió usted a ella en el cuarto suyo?

—No; ella nunca viene aquí.

—¿Cómo descubrió usted que el rubí había desaparecido?

—El patrón está por vender el rubí. Yo lo sé; él me dice. El patrón me pide que lo busque, que un hombre viene a las cuatro a verlo. El rubí no está. El patrón se pone afligido y yo también. Yo no sé quién puede haberlo robado.

—Usted no sospechaba de la señorita Randall, ¿no es así?

—La señorita Randall no roba.

—Sin embargo, ¡el rubí fué encontrado sobre su cuerpo sin vida!

—Así dice el patrón.

A esta altura entró Van Every mismo, con el sobretodo en el brazo. Traía un pañuelo en la mano, con el cual se secó la frente.

—Todo está arreglado, capitán. No podía creerlo hasta que vi con mis propios ojos a la pobre mujer. ¿Vamos arriba?

Una vez en la sala, Soon nos trajo coñac, y nos pusimos cómodos para conversar.

—Quiero aclarar esto, Van Every —comenzó diciendo Keyes— ¿Cuándo fué que usted escondió el rubí en ese ídolo de Soon?

—Fué el martes. El día después de la muerte de la señorita Younger —respondió con voz pausada Van Every—. La casa de seguridad había dejado de ser tal, pues todos los detectives que había en la casa conocían la combinación de la misma. La idea de colocar el rubí en el ídolo me pareció plausible. Todavía no puedo creer que la señorita Randall lo haya encontrado allí. En primer lugar, ella no podía saber dónde estaba. Yo creo que la piedra fué robada por otra persona, a quien se le cayó dentro de la casa y entonces ella la recogió y se la puso, probablemente con la idea de mostrársela a Joyce. Eso es lo que yo pienso.

—La última anotación contenida en el diario de la señorita Randall menciona, sin embargo, que ella había dado con el escondrijo del rubí, y que tenía el propósito de tomarlo. De eso no hay duda —dijo Keyes brevemente.

—Pero ella no era una ladrona..., jamás había tomado nada de la casa antes...

—Estoy de acuerdo con usted, Van Every, en que ella no era una ladrona. Ella, sin duda alguna, tomó el rubí con idea de devolverlo; quería experimentar en sí misma qué había de cierto en cuanto a la fatídica historia de la piedra. La señorita Randall menciona en su diario —continuó Keyes— que la tarde del 14 usted tuvo una mujer visitante en su biblioteca, según las sospechas de ella. Estoy averiguando quiénes fueron todas las personas que estuvieron en la casa durante la última semana, así que usted será tan amable de decirme quién era esa mujer, ¿no es así?

Van Every se estremeció.

—Preferiría no decírselo, pero si es imprescindible, me figuro que no tendré otra alternativa. Quisiera que no trascendiera el nombre de esa mujer. Mi visitante era la señora Edith Bryce..., una vieja e íntima amiga mía. Ella quería ver el rubí.

—La señora Bryce negó, sin embargo, que hubiera, en oportunidad alguna, venido a esta casa. ¿Mintió entonces?

—Más bien que mentir, yo diría, protegerse.

Estuvo aquí el sábado por la tarde. Me dijo que la esperara, ya que yo no había accedido a llevar el rubí a su casa. Conseguí que Joyce y la señorita Randall salieran. Yo no quería que Joyce supiera nada de ella.

—¿Había estado aquí antes la señora Bryce?

—No, que yo sepa.

—¿Le mostró usted el rubí a ella?

—Sí, pero la piedra no salió de mis manos. No le permití que la tocara en manera alguna. Quiso ponérsela, pero yo no consentí.

—¿Conoce usted a la señora Bryce desde hace mucho tiempo?

—Desde hace siete años. Ella ha sido una buena amiga.

—Tenemos motivos para creer que un taxímetro estuvo parado cerca de la casa la noche del asesinato de la señorita Younger. Alrededor de la una y quince de la madrugada. ¿Quiere usted preguntar a los sirvientes si ellos también lo vieron?

Van Every llamó a la servidumbre, pero nadie había visto el taxímetro. Keyes volvió a preguntar a Soon, entonces, dónde había estado la noche del lunes, después que su patrón le dijo que se retirara. El chino dió la misma respuesta que antes. Había ido a su cuarto y se había tirado sobre la cama con las ropas puestas, porque sabía que su patrón lo necesitaría más tarde. No había oído a nadie en las escaleras hasta que Van Every lo llamó nuevamente tocando la campanilla.

—¿Usted no oyó entrar tampoco a la señorita Van Every?

—No, señor. Estaba muy cansado.

—¿No oyó salir a Allan Foster? —Keyes revelaba en el tono de su voz cierto escepticismo.

—No, señor. Estaba durmiendo.

—Sin embargo, alguien en la casa debe haber sabido que la señorita Randall tenía el rubí —dijo Keyes, como hablando consigo mismo.

—A menos que ese alguien esté escondido en alguna parte y no sé cómo. Creo, más bien, que la señorita Randall obró descuidadamente fuera de la casa y dejó que alguien, tal vez el mismo asesino de Margalo Younger, viera que llevaba puesto el rubí.

Keyes se dirigió entonces a mí, y, en forma un tanto abrupta, me preguntó si yo había visto a alguien que nos siguiera cuando yo estaba en el taxímetro con la señorita Randall, o bien frente al edificio de la biblioteca.

In fraganti

—¡Conque ésas tenemos, Enrique! ¡Y me entregabas nada más que ciento cincuenta pesos cada mes!

—Ya le he dicho que no vi a nadie — le respondí —. A decir verdad me molestó bastante encontrar a la señorita Randall. Estaba cansado y quería estar solo.

—A menos, Maugham — expresó el detective con tono desagradable —, que sea usted la persona que seguía a la señorita Randall...

—No es justo que usted acuse a Maugham — interpuso Van Every, visiblemente molesto por las sospechas de Keyes respecto a mí.

—Tengo tanto derecho de acusar a Maugham como de acusar a usted, Van Every.

—Admito que la muerte de Margalo Younger arroja cierta sospecha sobre mí, así como también sobre Maugham, pero ¿quiere usted decirme cómo hubiera podido yo asesinar a la señorita Randall sin abandonar la casa?

—¿Había salido de la casa Soon? — preguntó a su vez Keyes.

—Es mejor que usted mismo se lo pregunte al detective McManus. El estuvo aquí en todo momento.

Van Every hizo seña a Soon, que estaba todavía en la habitación, para que fuera en busca de McManus, con quien regresó después de un momento.

—Siéntese, McManus — dijo Keyes —. ¿Cuándo se enteró usted por primera vez que el rubí había desaparecido?

—Fué a eso de las 4. Soon llegó todo excitado hasta donde yo estaba para decirme que el rubí había sido robado y que su patrón quería que yo lo llamara a usted de inmediato. Fuí rápidamente hasta la biblioteca donde encontré al señor Van Every con otra persona, un señor Sellers. Fuimos todos hasta la pieza de Soon y buscamos infructuosamente y luego continuamos la búsqueda por toda la casa con el mismo resultado negativo.

—¿Salió Soon de la casa después de las 4? — interrumpió Keyes.

—Soon estuvo conmigo en todo momento.

—¿Y el señor Van Every?

—El también estuvo conmigo.

—¿Se dijo algo de que la señorita Randall hubiera podido tomar el rubí?

—No; no pensamos en ello. Tampoco el señor Van Every pensó que alguno de los sirvientes pudiera haberlo tomado.

—A las 5..., mejor dicho, entre las 5 y las 6..., ¿faltó alguien de la casa?

—No que yo sepa, señor. Soon estuvo conmigo en todo momento, como ya he dicho. Los otros sirvientes estaban en la cocina. La señorita Van Every llegó a eso de las 6. Van Every salió al encuentro de ella y trató de persuadirla de que comiera algo, y finalmente la acompañó hasta el comedor.

Keyes se volvió entonces hacia Van Every.

—¿Quién es este Sellers?

—Estaba interesado en el rubí..., quería comprarlo. La entrevista había sido concertada ayer. Le había dicho a Soon que tan pronto viniera el señor Sellers él debía traer el rubí a la biblioteca. Bueno, cuando Sellers llegó esta tarde, Soon fué en busca del rubí y al rato vino azorado diciéndome que la piedra había desaparecido. Usted imaginará la desazón mía.

—Van Every, la señorita Randall menciona a un caballero de cabello canoso, de apariencia más bien joven, que visitó a usted la semana pasada. ¿Recuerda usted quién era?

—Era Sellers. Su cabello es prematuramente canoso.

Sacando su libreta de apuntes, Keyes pidió a Van Every que le proporcionara el nombre y dirección de Sellers.

—No veo qué interés puede tener...

—Todos son importantes en este momento, Van Every. Todos los que hayan estado interesados en el rubí. De cualquier manera, Sellers estaba en la casa cuando el rubí fué robado.

—Pero él no pudo haberlo robado.

—Eso está por verse.

Keyes autorizó a Van Every para que depositara el rubí en su caja de seguridad del banco. Una preocupación menos para Van Every, lo sabía. Poco después Keyes y yo partíamos.

—Sellers tendrá que venir conmigo mañana si quiere ver el rubí — dijo Keyes.

CAPITULO XVII

—¿Dónde anduvo metido usted esta tarde? — le pregunté cuando ya estábamos en el auto.

—Pasé parte de la tarde en el instituto de belleza de Dorothy Reed.

—¿Y había visitado Margalo ese instituto el lunes cuando retiró esos 8.000 dólares en efectivo del banco?

—Usted es demasiado curioso, Maugham. Me parece que no puedo confiar más en usted. Lo siento..., pero este asunto me preocupa cada vez más y más. ¿Cómo sabemos que no ocurrirá otro crimen esta noche? ¿Mañana?

—Si usted está preocupado hasta ese extremo, ¿por qué no saca usted mismo el rubí de la casa de Van Every?

—¿Qué quiere decir usted?

—Quiero decir, Keyes, que el rubí es más importante de lo que usted se imagina, y si quiere evitar otros crímenes, usted debería tomar el rubí en su poder. En cada caso, [illegible] crimen, una mujer ha resultado muerta [illegible] tras tenía puesta la fatídica piedra. ¿No le [illegible] algo eso a usted? Después de la [illegible] Laura Randall, creo que no se trata de [illegible] coincidencia. Lejos de ello.

—¿Usted cree, entonces, que ambas [illegible] fueron asesinadas por la misma persona?

—¿No le parece así a usted también?

—Sí, así me parece. El medio emplea[illegible] el mismo. Sólo que el criminal parece [illegible] don de la invisibilidad.

—La puerta de la biblioteca estaba [illegible] lunes por la noche. Y la Quinta Avenida [illegible] repleta de gente y de vehículos esta noche. [illegible] podemos hablar de invisibilidad. Lo que [illegible] es simple ignorancia de nuestra parte. [illegible] en Nueva York sabe del rubí, tiene [illegible] en él...

—No fué robado — me interrumpió Keyes.

—No hubo tiempo en ninguno de los [illegible] sos para robarlo.

—Es posible que siga su consejo.

Los acontecimientos del día me habían [illegible] jado extenuado y disgustado hasta [illegible] mismo. Primero, Margalo; luego, la [illegible] Randall. ¿A quién le tocaría después? La [illegible] ra vibración del automóvil me irritaba [illegible]

—Si no estuviera tan seguro de McManus — decía Keyes en ese momento — cree[illegible] Soon logró escapársele de vista.

—Usted está equivocado con respecto a Soon. El no sabe nada de esto.

—Usted me preguntó hace un instante si [illegible] galo Younger visitó el instituto de belleza [illegible] lunes de la semana pasada — me dijo Keyes —. Bueno, no lo hizo. Llamó por teléfono [illegible] decir que no iría. La señorita Reed no sabía [illegible] nada al respeto. A las 2 de la tarde, la [illegible] rita Younger retiró 8.000 dólares en efectivo del banco. Estaba sola y la transacción [illegible] aproximadamente quince minutos. Pidió [illegible] nero en billetes de pequeña denominación, [illegible] mayores de 20 dólares. Había ido prep[illegible] llevando una valija chata, de tamaño ade[illegible] A estos billetes no es posible seguirles [illegible] tro por lo pequeños, y el cajero del [illegible] por otra parte, no les tomó la numeración.

—Es posible que tanto Margalo como [illegible] Every hayan comprado sus rubíes de la [illegible] ma persona o personas — sugerí —, y que [illegible] razón por la cual los billetes de Van Every [illegible] han aparecido todavía es que esa persona [illegible] personas han estado usando los billetes de [illegible] queña denominación entregados por Margalo. Es sólo una teoría, Keyes.

—No mala, por cierto.

—El asesino es muy astuto — continué [illegible] Más de lo que a usted le parece. No [illegible] perder ninguno de sus trabajos. El asesinato de la señorita Randall fué planeado al minuto. [illegible] fué un accidente...

—Si usted dice eso, usted admite la posibilidad de que Joyce Van Every fuera cóm[illegible] en el hecho.

—Yo no admito nada semejante. Si la señorita Randall no hubiera abierto la ventanilla [illegible] llamar a Joyce, la hubiera abierto en [illegible] otra circunstancia. El asesino la hubiera [illegible] gado en alguna forma, de alguna manera. [illegible] ce en este asunto es un accidente, igual que [illegible]

Keyes pidió al chofer que nos llevara [illegible] mi hotel, a donde llegamos instantes des[illegible] Descendimos y juntos subimos hasta mis [illegible] taciones.

—Volvamos a pasar revista a los acontecimientos, comenzando por Margalo Younger — dijo Keyes una vez que se hubo sentado [illegible] modamente —. Usted, Van Every y ella lle[illegible] a la casa de Van Every a medianoche, qui[illegible] poco más tarde. A la 1, Joyce y Foster [illegible] suben hasta frente a la puerta abierta de la biblioteca y miran hacia adentro. A la 1 y [illegible] Joyce llega a su cuarto. Pocos minutos des[illegible] Allan baja y sale a la calle por la puerta [illegible] había quedado abierta. A la 1 y 20, usted [illegible] Van Every descubren que algo le ha oc[illegible]

a Margalo y llaman al médico. A la 1 y 30, el misterioso supuesto telegrama es entregado a la señora Peoples para la señorita Younger. El departamento de la señorita Younger está a varios kilómetros de distancia de la casa de Van Every. A la 1 y 40 el doctor Narro llega a la casa de Van Every y declara que la señorita Younger ha muerto. Posteriormente, nuestro médico dice que ella ha debido de morir alrededor de las 12 y 30, no exactamente, pues pudo haber sido veinte minutos antes o veinte minutos después. Me inclino a creer que ella murió alrededor de las 12 y 45, cuando la señorita Randall oyó ese misterioso crujido en la escalera...

—Eso ocurrió antes de que Joyce llegara a la casa — dije yo prontamente —. Mediante esa teoría usted elimina a Joyce por completo y también a Foster.

—Ahí está la cuestión, Maugham. La cuestión de la hora está horriblemente confusa. En la forma que yo digo, el asesino pudo haber estado parado al lado de la puerta de la biblioteca, disparar el arma homicida, salir de la casa a la carrera, tomar un auto, llegarse hasta la casa donde vivía Margalo, abrir la puerta de calle, subir por las escaleras hasta el décimo piso y entregar su telegrama alrededor de la 1 y 30. Si el crimen hubiera sido cometido más tarde, digamos a la 1 ó a la 1 y 10, no hubiera tenido tiempo de llevar el telegrama.

—Eso, Keyes, suponiendo que el propio asesino fué a entregar el mencionado telegrama.

—Estoy haciendo deducciones sobre esa base. He estado tratando de dar con el mensajero en todo Nueva York y los suburbios, pero sin lograrlo. Es por eso que sigo bajo la impresión de que el asesino entregó personalmente el telegrama. El mensaje en sí parece tan estúpido, tan descabellado. ¿Qué objeto perseguía el asesino al enviarlo? Era absolutamente innecesario.

—Mi teoría es de que ese mensaje fué enviado sólo para crear confusión. No puedo atribuirle ninguna otra finalidad.

—Es posible que así sea, y tal objeto está siendo logrado.

Estuvimos sin cambiar palabra un momento.

—González sabe algo — dije yo, rompiendo finalmente el silencio.

—Sí, pero no quiere hablar. Ninguno de los que tenemos por sospechosos quiere hablar. A propósito, Barrimore sigue grave, casi muriéndose. Sería interesante saber cómo está en este momento.

Llamé por teléfono al hospital. La enfermera que lo atendía me dijo que estaba igual, sin la menor señal de mejoría, pero parecía haber recobrado parcialmente el conocimiento. Había estado llamando a Margalo.

Salimos a la carrera del hotel y en pocos minutos nos encontrábamos en el hospital. Llegamos hasta la habitación donde estaba Barrimore después de atravesar varios corredores escasamente alumbrados. Entramos muy despacio y la enfermera nos pidió que no excitáramos al paciente. Estaba muy débil y su corazón apenas latía.

Al lado de la cama, sobre una mesita, había una pequeña lámpara que daba una luz mortecina. Esa luz nos bastó para cerciorarnos de que Barrimore se estaba debatiendo entre la vida y la muerte. Sus labios descoloridos se movían lentamente como si estuviera formando palabras que no alcanzaba a pronunciar.

—Margalo... Margalo... — comenzó a murmurar después de un instante.

Keyes tomó una silla y se sentó junto a la cama. Sacó unas hojas de papel y su lapicera de depósito del bolsillo y me las alcanzó sin decir palabra. Sabía, sin embargo, que lo que quería era que anotara todo lo que dijera el hombre agonizante.

—¿Sabe usted quién mató a Margalo? — le preguntó Keyes lentamente para que las palabras llegaran hasta la mente del enfermo.

—Yo le... dije... que no... — su voz era apagada y dificultosa.

—¿No qué, Barrimore? — lo incitó Keyes.

—Ella... estaba... en peligro. Yo sabía... que si... ella... compraba... el rubí..., ella iba...

Keyes me miró. Barrimore creía que Margalo había comprado el rubí verdadero. El debía conocer la historia de la piedra.

—¿Fué usted quién le vendió el rubí?

Un espasmo de dolor cruzó por las facciones de Barrimore. La enfermera se puso al costado del enfermo y se quedó tomándole el pulso.

—González...

—¿González le vendió el rubí? — preguntó Keyes al agonizante Barrimore.

—Sí... González... bandido... Margalo... nunca quiso escuchar mis consejos...

—¿González mató a ella, Barrimore?

—El le vendió... el rubí...

—¿González mató a ella? — insistió Keyes.

—No lo sé... Creo que sí... Lo vi esa noche...

—¿La noche del lunes cuando Margalo fué asesinada?

—Sí...

—¿Usted habló con él?

—Sí...

—¿Usted está seguro de que no la mató, Barrimore?

—González... le vendió... el rubí...

—¿Por qué quiso usted suicidarse, Barrimore?

—No podía vivir... sin ella... Yo la adoraba...

—¿Está seguro de que usted no la mató?

—Yo la quería..., yo no podía... matar a quien... quería...

—¿Sabía usted que el rubí que González vendió a Margalo era falso?

—Era... legítimo...

—Era falso, Barrimore. Dow Van Every compró el verdadero. ¿Para qué llamó por teléfono el lunes por la noche al señor Van Every?

—Tenía... un mensaje... para él...

—¿Relacionado con el rubí?

—Un mensaje para él...

—¿De quién?

—De... su hermano...

Keyes hizo un gesto de asombro al tiempo que me miraba.

—¿Su hermano, Ward Van Every?

—Sí, Ward...

—¿Usted conocía a Ward?

—Hace años... Me llamó... el lunes por la noche..., y me pidió... que llamara al hermano... — Barrimore estaba cada vez más débil. Parecía a punto de perder el conocimiento por completo.

—¿Conocía usted también a Dow Van Every?

—No... Ward... estuvo... en mi... casa... el lunes por la noche....

Permanecimos todavía algunos minutos al lado de la cama sin que Barrimore pronunciara una palabra más. Finalmente la enfermera nos dijo que había dejado de existir y nosotros salimos antes de que ella fuera a llamar al médico.

—Un nuevo aspecto del asunto, ¿no le parece? — me dijo Keyes cuando estuvimos de nuevo en la calle. Yo guardé silencio, no estaba con ánimo de hablar.

—Haré detener a González antes de que haya transcurrido una hora — agregó —. ¡El grandísimo mentiroso! ¡No había visto nunca el rubí!

—Es más importante, Keyes — le insinué — averiguar qué estaba haciendo Ward Van Every aquí el lunes por la noche, ¿no le parece? Ni siquiera su hermano sabía que él estaba en la ciudad. Creía que estaba a buen recaudo en la cárcel.

—¿Qué le parece si vamos a Sing Sing ahora? — me dijo rápidamente Keyes.

Accedí. Cualquier cosa con tal de hacer algo.

—Mis hombres se encargarán de detener a González, de manera que yo lo pueda interrogar en las primeras horas de la mañana.

Eran las 2 de la madrugada cuando tomamos el tren en la estación Grand Central. De inmediato me quedé dormido y parecía que había transcurrido sólo un minuto cuando Keyes me despertó al llegar a nuestro destino. El coche del alcaide de la prisión nos estaba esperando. Llegamos a la cárcel con toda rapidez, y un instante después estábamos en la oficina del señor Lawn, el alcaide. Este apareció en seguida, con una salida de baño sobre su pijama.

Saludó a Keyes afablemente; se conocían de mucho antes. Conmigo fué también muy atento desde que fuí presentado.

—No interrumpiremos su descanso más de lo estrictamente necesario — comenzó diciendo Keyes —. Quiero saber todo lo que usted pueda decirme sobre Ward Van Every.

Lawn fué hasta un extremo de la habitación, donde había una caja fuerte, de la cual sacó una carpeta, regresando con ella a su escritorio.

—Lo conozco bien, desde luego. Ha sido uno de los presos de mi confianza, desde hace años. El estaba aquí desde antes que yo. Era estimado por todos. Un hombre diferente de lo que usted se puede imaginar. No el tipo del asesino. No está más aquí, sin embargo. Recibí la orden de ponerlo en libertad el domingo.

—Oh, ¡así que no está aquí!

—Sí; salió el lunes por la mañana. No quiso salir el mismo domingo, pues insistió en terminar un trabajo que yo le había encomendado. Un gesto simpático.

—Sírvase decirme todo lo que usted sepa de él...

—Bueno, como decía, él estaba aquí desde antes que yo viniera, y eso fué en 1915. Pronto descubrí que era diferente a los demás, bien educado, con buenos modales, y por tales motivos le di un empleo aquí en mi oficina. En todo momento fué digno de la confianza que deposité en él. Hemos conversado mucho en todos estos años. He jugado también a las cartas con él; juega muy bien al bridge. Ward era aquí más un huésped que un prisionero.

"Pero, ese no es el verdadero principio — continuó —. Quiero que usted sepa que cualquiera sea el motivo por el cual usted ha venido aquí por él, estoy dispuesto a recomendarlo en la forma más decidida. Cuando él se fué de aquí, lo sentí por haber perdido un buen amigo. Me alegré también, naturalmente, porque su partida representaba su libertad.

"En 1911 Ward Van Every mató a Angus Rockett. La fecha exacta fué el 15 de abril. No tengo la menor duda de que fué él quien lo mató. Ward mismo lo ha admitido, si bien no lo dijo cuando le tocó declarar en el proceso respectivo. Parece que en su juventud Ward era propenso a violentos y repentinos ataques de furia. Su carácter era insoportable. Rockett era uno de sus mejores amigos.

"La noche del 15 de abril, Rockett le dijo algo que lo molestó — él no recuerda exactamente qué — y en uno de esos ataques, corrió a buscar un revólver que guardaba en su dormitorio y mató a Rockett efectuándole dos disparos, uno de los cuales le atravesó el corazón. Durante el proceso negó ser asesino de Rockett, pero a mí me lo dijo aquí, en confianza, hace algunos años. Ward fué condenado a prisión perpetua sobre la base de las pruebas circunstanciales de ser él el autor del homicidio.

"Aquí, en la prisión, Ward jamás demostró ese temperamento impulsivo e iracundo. Parece ser que aquel suceso le quitó para siempre los









ataques que sufría. Su hermano Dow ha venido también a verme. El también estaba deseoso de conseguir la libertad de su hermano, pero no habíamos tenido éxito hasta ahora. Los parientes de Rockett, me imagino — son gente influyente —, han sido los que entorpecieron nuestras gestiones.

"El domingo, sin embargo, llegó inesperadamente la orden para que fuera puesto en libertad.

—¿A qué hora salió el día lunes? — preguntóle Keyes.

—En el tren del mediodía. Yo, personalmente, le presté las prendas de vestir necesarias para que pudiera llegar donde quisiera en forma presentable. Mis ropas le quedaban bastante bien. Tenía el cabello corto, naturalmente, pero pronto le crecerá.

—¿Usted le prestó dinero?

—No quiso aceptar ninguna suma. Por otra parte, él tenía ahorrado alrededor de un centenar de dólares. Se le pagaba aquí por su trabajo; poca cosa, pero lo suficiente como para poner unos dólares a un lado, si se es ahorrativo. Tengo la impresión, además, de que él tenía dinero depositado en algún banco de Nueva York. Su hermano lo ayudará, seguramente, también.

—¿Ward fué a Nueva York?

—Creo que sí, pero no pensaba quedarse por aquí. Una vez que arreglara sus asuntos, en cuestión de algunos días, partiría para el oeste.

—¿Ha tenido noticias de él desde que se fué?

—No, pero las tendré antes de que haya pasado un mes. Las condiciones de su libertad incluyen la de que durante diez años él debe establecer contacto conmigo una vez por mes, teniéndome siempre informado de su dirección.

—Usted ha leído acerca del asesinato de Margalo Younger...; la circunstancia de que el crimen fué cometido en la casa de Dow Van Every, ¿no es así?

—¿Quién no lo ha leído, Keyes? Sé lo que usted piensa; sé a qué ha venido. ¡Usted cree que Ward Van Every fué quien lo cometió! ¡Usted está más convencido que nunca desde que le dije que él había salido de aquí el lunes!

—Para decir la verdad — expresó Keyes — yo no me enteré hasta muy tarde esta noche de que Ward Van Every había salido en libertad. Dow Van Every no me dijo nada al respecto. ¿Cree usted que él sabía.

—No, Dow no sabía. Esa fué precisamente una de las condiciones que me puso Ward. No quería que su hermano supiera hasta que él estuviera en camino para el oeste. Creo conocer a Ward como un libro, y quisiera que usted me permitiera hablarle después de que usted lo arreste en la ciudad. Yo puedo extraerle la verdad. Si él fué quien asesinó a Margalo Younger, él me lo dirá...

—El hombre que asesinó a Margalo Younger el lunes, ha dado muerte a otra mujer esta noche en idéntica forma..., en la Quinta Avenida, atestada de gente.

Ahora me tocaba a mí.

—Alcaide, ¿odiaba Ward Van Every a las mujeres, que usted sepa?

Lawn se dió vuelta hacia mí:

—Muy rara vez mencionaba él a alguna mujer, excepto su hija. Estoy seguro de que él no hablaba ni siquiera de su hija con otra persona que conmigo. Yo lo alentaba a hablar de ella porque me parecía que le hacía bien, lo confortaba.

—¿Usted no recuerda haberle oído frases de repudio a las mujeres?

—No. En una o dos oportunidades dijo algo acerca de su esposa. Pero estoy seguro de que no fueron más de dos veces.

—Gracias — murmuré.

—¿Qué tiene que ver esta cuestión mujeres con Ward Van Every? — me preguntó Keyes con cierta irritación.

—Simplemente esto, Keyes. De los [illegible] sinatos cometidos, las víctimas fueron [illegible] casos mujeres. Aparentemente fueron [illegible] das por la misma persona. Creo que [illegible] a este criminal, debíamos esforzarnos [illegible] cubrir a un hombre que odia a las [illegible]

—¡Dow Van Every odia a las muj[illegible]

—El quiere mucho a Joyce. Y ten[illegible] zones para creer que quiere a Edith [illegible] También sentía gran aprecio por Lau[illegible] dall. De no ser así no la hubiera tenido [illegible] casa ni un solo día. Creo que el hom[illegible] buscamos es un desequilibrado en [illegible] mujeres, la víctima de alguna tara men[illegible] co común.

—No veo por qué se olvida tan pr[illegible] rubí — dijo Keyes en tono de admon[illegible] No alcanzo a comprender sus razonam[illegible]

—El rubí es importante también, Key[illegible] existen otros factores que debemos [illegible] consideración. El carácter del asesino, [illegible] lidad...

—¿Qué agilidad?

—¿No cree usted que eso es impo[illegible] ¿Cómo, si el asesino hubiera sido [illegible] achacoso, hubiera podido subir con [illegible] lo las escaleras de la casa de Van Ev[illegible] ladarse tan rápidamente hasta la casa [illegible] galo y subir y bajar los diez pisos de [illegible] ¿Cómo podía haber desaparecido tan [illegible] mente anoche en la Quinta Avenida? [illegible] ser joven, activo por lo menos.

—¿Cuál es el estado físico de Ward [illegible] Every? — preguntó Keyes a Lawn.

Lawn contestó sin vacilaciones:

—Aun aquí, Ward se tomaba el cuida[illegible] hacer ejercicio para mantenerse en [illegible] tado. Usaba mi gimnasio, y siempre [illegible] excelentes condiciones.

—¿Tiene usted alguna idea de dónde [illegible] haber ido en Nueva York?

—No; estoy seguro de que no habrá [illegible] ver a ninguno de sus viejos amigos, para [illegible] que su hermano se enterara de que [illegible] libertad.

—¿Dow Van Every lo ha visitado [illegible] aquí?

—Sí. Hemos discutido en detalle la si[illegible] de su hermano.

Mientras abandonábamos la oficina, [illegible] volvió a insistir ante Keyes para que [illegible] permitiera hablar con Ward después de [illegible] hubiera sido arrestado.

—Con mucho gusto. Le enviaré un te[illegible] ma tan pronto hayamos dado con él — [illegible] respuesta de Keyes.

Otro pequeño sueño durante el viaje [illegible] greso en el tren, y cuando llegamos a la [illegible] ción Central un mensajero nos estaba es[illegible] do con un mensaje telefónico para el [illegible] tive. Keyes regresó de hablar por tel[illegible] todo sonriente.

—Tenemos a González. Me están esp[illegible] para que lo interrogue.

CAPITULO XVIII

Keyes decidió ir a darse un baño antes [illegible] proceder al interrogatorio de Manuel G[illegible] lez; de manera que me dejó en mi hotel [illegible] tras él se trasladaba a su departamento. [illegible] de separarnos me pidió que después que [illegible] mara mi desayuno, fuera a la casa de [illegible] Every y me enterara de si Dow sabía [illegible] Ward estaba en Nueva York.

Eran casi las once cuando llegué a la [illegible] de Van Every. La puerta de calle estaba [illegible] ta de par en par, razón por la cual entré, [illegible] contrando a mi amigo haciendo una lim[illegible] de papeles en su escritorio de la bibliote[illegible]

Interrumpió su tarea al verme, y le [illegible] a que tomáramos una taza de café.

—Joyce insistió en ir a trabajar hoy. No [illegible] recía sentirse bien cuando salió, de manera [illegible] le pediría le dijera que al mediodía reg[illegible] a casa. A mí no me hace caso, pero [illegible] tendrá más influencia con ella, dado que [illegible] baja para usted.

Murmuré que no tenía idea de que ella hubiera ido a trabajar hoy. En realidad, agregué, no la esperaba. Pasaría por la biblioteca al mediodía...

—¿Ha tenido noticias de Ward, últimamente? —pregunté tan despreocupadamente como pude.

Van Every me miró fijamente, mientras sus ojos se entrecerraban.

—¿Con qué objeto me lo pregunta, Maugham?

Sentí que los colores me subían a la cara ante el poco tacto que había desplegado. Naturalmente tenía que resultarle extraña la pregunta a su hermano. Lo mejor que podía hacer ahora era decirle toda la verdad, incluso las sospechas de Keyes.

—Dígamelo, Maugham — insistió Van Every.

—Keyes y yo fuimos a Sing Sing anoche. Nos enteramos de que Ward estuvo en Nueva York la noche del lunes, la noche del asesinato de Margalo.

Van Every palideció, y el pocillo de fina porcelana que tenía en la mano se le cayó, haciéndose añicos.

—¡Ward en Nueva York el lunes por la noche! — exclamó — Maugham, usted está equivocado; usted no sabe lo que está diciendo. ¡El estaba en Sing Sing! Lo hubiera sabido con anticipación si él hubiera sido puesto en libertad...

—Es verdad, sin embargo. Usted debe creerme, Van Every. Keyes y yo nos enteramos de ello por boca de Lawn. La orden para que Ward fuera puesto en libertad llegó el domingo, pero él salió el lunes para aquí, para Nueva York.

—Entonces ¿por qué no fuí notificado?

—Ward no quería que usted se enterara. Temía que usted le fuera a decir a Joyce que él vivía aún...

—¡Maugham, usted sabe lo que esto significa, desde luego! ¡Por qué lo habrán puesto en libertad para que pudiera estar aquí el lunes por la noche!

Van Every se pasaba las manos por la cabeza.

—¡Esto significa que Keyes va a arrestar a Ward..., que tratará de imputarle este crimen a él!

—Ya lo está tratando.

—Ward no pudo haberlo hecho, Maugham.

—Keyes quiere saber dónde puede haber ido — lo interrumpí con toda la amabilidad posible.

—No puedo decírselo...

—Es mejor que me lo diga, Van Every, si es que lo sabe. De lo contrario, Keyes se dedicará a atraparlo y la situación que se podría crear sería peor para usted y para él.

—Ya le digo que no lo sé. Y si lo supiera tampoco se lo diría. Después de todo lo que Ward ha tenido que pasar... todos estos años..., usted pidiéndome que lo entregue...

—¡Entonces usted sabe dónde está!

—No; no lo sé, pero insisto en que si lo supiera mi respuesta sería la misma. Por otra parte, piense en la desilusión que representaría para Joyce si Ward fuera apresado. Debo advertírselo a él en alguna forma. ¿Quiere usted ayudarme? — Sus palabras eran suplicantes.

—De nada serviría eso. Keyes igual daría con él. Lo mejor es buscar a Ward y arreglar una entrevista con Keyes. Lawn quiere estar presente también. El tiene fe en Ward y cree poder extraerle la verdad.

—Ward ni siquiera conocía a la señorita Younger — gimió Van Every —. Jamás había visto a Laura Randall tampoco. ¿Cómo pudo haberlas matado? ¡Dígame!

—Es un asunto terriblemente confuso — dije para confortarlo —. ¿Quiere usted hacer como yo le digo?

—Lo haré, pero no tengo la menor idea de dónde puede estar Ward. Si lo supiera, iría de inmediato junto con usted.

—El llamado de Barrimore el lunes por la noche se relacionaba con Ward, no con el rubí. Barrimore sabía que él estaba en la ciudad.

—¿Roy Barrimore?

—Sí. ¿Usted lo conoce?

—Nunca he oído hablar de él.

Van Every me prometió que tan pronto supiera algo de Ward me lo comunicaría. Diciendo esto, me acompañó hasta la puerta.

Una exclamación de horror salió de los labios de Van Every en ese momento, mientras me tomaba del brazo como si temiera perder el sentido. En la madera de la puerta, cerca de la cerradura, había clavada una aguja fina, de acero, de la cual sobresalían unos cinco centímetros.

No tuve necesidad de examinarla. Sabía de qué se trataba.

—¡McManus! — llamé yo en voz alta, sabiendo que el detective estaba todavía en la casa. Cuando llegó corriendo, le señalé la aguja.

Cuidadosamente examinó él para tratar de descubrir impresiones digitales, pero sin éxito. Luego, con un gran exfuerzo logró extraer la aguja.

—Llame a los sirvientes — indiqué a Van Every —, a ver si han observado alguna persona extraña cerca de la casa.

El interrogatorio fué infructuoso. Soon no se había acercado a la puerta de calle. Yo no había llamado al llegar. El no había escuchado ruidos sospechosos. Los otros sirvientes tampoco proporcionaron datos útiles.

McManus les indicó que se retiraran. Van Every y yo seguimos luego al detective hasta la sala.

—Bueno, ¿qué cree usted que significa esto? — dijo el policía lentamente, mientras examinaba una vez más la aguja.

—Es bien aparente a mi modo de ver, McManus — dije —. A mí me parece que es una especie de advertencia.

De inmediato, McManus se puso a hablar por teléfono, comunicándole a Keyes el hallazgo.

Sentí una presión en el brazo.

—Maugham, ¿cree usted, realmente, que esta aguja ha querido significar una advertencia para alguien dentro de la casa? — me preguntó Van Every.

—Eso es lo que yo creo. No podemos perder tiempo. Correré a ver si Joyce está bien. Usted quédese aquí junto a McManus hasta que él consiga que lleguen sus hombres. Yo lo llamaré a usted desde... la biblioteca.

—Preferiría ir con usted.

—No, quédese aquí. No es conveniente que usted salga. Piense en la señorita Randall y tenga cuidado de no asomarse a las ventanas.

—Pero, ¿y usted? — insistió —. Si no es seguro para mí, no es seguro para usted tampoco.

—No veo por qué iban a querer matarme a mí, Van Every.

Tomé mi sobretodo y mi sombrero y salí a la calle como una exhalación. Tenía que ver a Joyce de inmediato, asegurarme de que estaba sana y salva. Cuando había dado pocos pasos, acertó a pasar un taxímetro desocupado. Le hice señas y un instante después corríamos todo lo velozmente que permitía el tránsito hacia la Casa Gribbel.

Cuando llegamos a destino, entré apresuradamente en la gran tienda y me dirigí hacia la escalera. Sabía que haría más rápido que utilizando el ascensor entre tanto público. Abriéndome camino, pidiendo disculpas aquí y allá por mi precipitación, llegué finalmente hasta el mostrador de la sección de artículos de tocador donde trabajaba Joyce. Ella no estaba allí. Había otros empleados pero no ella. Mi corazón dió un vuelco; pensé lo peor por un momento. Luego me dirigí a la otra parte del salón. Tampoco alcanzaba a verla aquí. Después una sensación de alivio. Sí, estaba, atendía en ese momento a una clienta.

Me quedé allí, frente a una vitrina, esperando recobrar mi compostura y que Joyce terminara



de atender a su clienta. Era una mujer alta, bien vestida, demasiado bien vestida — pensé — para estar comprando en el subsuelo de la Casa Gribbel. Su lugar parecía ser los lujosos establecimientos de la Quinta Avenida.

Había algo que me resultaba vagamente familiar en ella. Me quedé mirándola para alcanzar a verle la cara, y cuando se dió vuelta ligeramente, pude observar sus facciones. ¡Era Edith Bryce! ¿Qué hacía aquí, hablando con Joyce? ¡La advertencia! ¿Sería posible que ella?...

Joyce la estaba atendiendo con toda amabilidad. Me fuí acercando, sin quitar los ojos de la señora Bryce. Recogió su cartera en ese momento..., la abría... Me asaltó el pensamiento de que ella pudiera tener esa misteriosa arma que daba una muerte silenciosa e instantánea... ¡El arma que disparaba esas poderosas agujas fatales!...

Joyce se dió vuelta, dando la espalda hacia el mostrador, mientras buscaba algo en los estantes. Fué entonces cuando golpeé con el codo a la señora Bryce y murmuré algunas palabras pidiéndole disculpas. Me incliné apresuradamente para recoger su cartera, que había caído al suelo haciendo un ruido seco.

¡Bastante pesada..., bien podía contener el arma misteriosa! Mis dedos tocaron algo duro en los breves instantes que tuve la cartera, antes de entregarla a su dueña. Me miró fríamente y luego, reconociéndome, me favoreció con una sonrisa.

—Lo siento mucho — dije —. Hay tan poco espacio libre aquí...

Pero Edith Bryce no esperó más. Se alejó rápidamente y cuando Joyce se dió vuelta nuevamente, vió que su clienta ya estaba en el otro extremo del salón.

—Pero... — alcanzó a decir Joyce extrañada.

—¡Hola! — dije yo, con la mejor de mis sonrisas.

—¿Cómo está, Gary? — era la primera vez que me llamaba por mi nombre de pila. Siempre había sido antes "el señor Maugham" —. ¡Qué clienta más rara! No veo por qué se ha ido.

—¿Por qué era rara? — le pregunté.

—¡Oh, no lo sé. Estuvo dando vueltas hasta que yo terminé de atender a otro cliente y luego se acercó rápidamente y se puso a pedirme que le mostrara distintas clases de cremas. Le he mostrado todas las clases de cremas que tenemos y ahora se va sin comprar nada.

—No le puedo dar mayores explicaciones, Joyce, pero usted debe salir de aquí conmigo, ahora mismo.

Cuanto más pensaba acerca de la cartera de la señora Bryce, tanto más me convencía de que era demasiado pesada para que una mujer anduviera con ella de un lado para otro.

—Eso es ridículo, Gary — protestó Joyce —. No puedo dejar esto; estoy muy contenta y ya me voy acostumbrando: hoy no estoy tan cansada. Usted se está poniendo tan gruñón como mi tío.

—No es ridículo, y es necesario que usted deje esto. No quería decírselo, Joyce, pero me parece que tendré que hacerlo. Esa mujer..., me parece que ha tenido el propósito de hacerle daño. Es posible que ella vuelva o que envíe a otra persona para lograr su intento, ¡y usted no debe estar aquí para una de tales eventualidades!

Inconveniente



—La próxima vez que tengamos una cita, procura no estar de guardia. Me duelen los pies de tanto caminar de un lado a otro.

—¿Daño? ¿Qué quiere decir usted?

—Quiero decir daño. Peligro. ¡Oh, no le puedo decir, Joyce!

—¿Que quisieran asesinarme? —preguntó Joyce con voz valiente e inquieta a la vez.

—Exactamente eso. Me costaba decírselo tan claramente.

—¿Fué esa mujer la que asesinó a Margalo Younger y a Laura Randall?

—No lo sé. Pero no veo el motivo de que ella estuviera aquí y que hubiera esperado hasta que usted la atendiera, a menos, Joyce, que como ya he dicho, ella haya tenido el propósito de hacerle daño.

—Bueno, de cualquier manera, no estoy dispuesta a abandonar esto — fueron sus categóricas y terminantes palabras.

Traté de persuadirla en alguna forma, no ocultando la irritación que me producían sus reiteradas negativas.

—Le agradezco sus buenas intenciones, Gary, pero aquí me aprecian mucho y ya me han dicho que tengo el empleo asegurado en forma permanente. Si usted me quiere sacar de aquí, a la 1 voy a almorzar — agregó sonriente.

Miré mi reloj. Era la 1 en punto. Me pidió que la esperara afuera mientras ella iba a arreglarse y me quedé pensando qué actitud adoptar. Joyce quería conservar su empleo, estaba firmemente resuelta. Keyes tendría, entonces, que establecerle una guardia.

Entretanto, la señora Bryce informaría a Van Every de que su sobrina estaba trabajando en la Casa Gribbel. A menos..., a menos que ella fuera la culpable, que ella fuera quien mató a Margalo y a Laura Randall.

Debía informar de todo esto a Keyes y avisar a Van Every de que Joyce estaba bien. Traté de pensar cuál pudiera ser el motivo, si la señora Bryce era la asesina. ¿Celos? ¿Insanía?

La pobre señorita Randall, sin embargo, no se ajustaba bien a ninguna de mis teorías, a menos que ella hubiera sabido que Edith Bryce fué quien mató a Margalo... Sí..., era posible.

CAPITULO XIX

Joyce salió finalmente del negocio cuando ya estaba empezando a preocuparme por su tardanza. Un instante después, yo telefoneaba a Van Every para decirle que su sobrina estaba bien y conmigo.

—Téngala con usted, Maugham, y no deje que regrese aquí a casa. Consígale alojamiento en algún hotel..., mejor aun, tome habitaciones para ella en el Warrington, donde está usted. No me sentiría tranquilo si ella estuviera aquí. ¿Quiere usted hacer lo que le pido?

Se lo prometí.

—Le enviaré a ella algunas ropas esta tarde al hotel y también le conseguiré una dama de compañía.

Nos despedimos y yo quedé en libertad para llevar a almorzar a Joyce. Fuimos a un pequeño restaurante, de esos de servicio rápido, pues Joyce tenía solamente una hora para almorzar.

—Su tío quiere que usted venga a mi hotel y pase allí algunos días. El le mandará sus ropas, por lo menos algunas, y también una nueva dama de compañía. El está muy preocupado con respecto a usted. Y con justa razón. Esta mañana fué encontrada clavada en la puerta de calle de su casa una aguja similar a las que fueron empleadas para causar la muerte de Margalo Younger y de Laura Randall. Si usted hace esto por mí, quedarse en sus habitaciones del hotel durante algunos días, hasta que pase todo este asunto, le prometo convencer después a su tío de que le permita trabajar a su gusto.

Antes de que ella pudiera responderme, yo continué:

—También está Allan Foster. ¿Qué diría él si supiera que usted se expone a un peligro?

—¿Está usted seguro de que existe peligro?

—Completamente seguro.

—¿Esa aguja era, entonces, para mí?

—Para usted o para su tío. Me inclino a creer que para usted. Este asesino misterioso ha dado muerte ya a dos mujeres. Otra mujer puede ser la próxima víctima. No es un asunto de tomarlo a broma, Joyce; es trágicamente serio...

—Naturalmente, haré como usted me dice. Usted debió haberme dicho...

—He tratado de hacerlo, pero usted no me ha dado una oportunidad — le recordé.

—Haré esto sólo por el tío y por Allan. Tan pronto desaparezca el peligro, volveré a trabajar.

Cuando salimos a la calle llamé un taxímetro y en pocos minutos estuvimos en el Hotel Warrington, adonde llegamos en el preciso momento en que Van Every me llamaba por teléfono. Era para decirme que vendría con una mujer, una señora Sumner, a quien acababa de tomar como dama de compañía de Joyce. Ella traería algunas ropas para Joyce.

Mis habitaciones estaban en el quinto piso y daban frente a la Quinta Avenida. Cerré con llave las dos puertas que dan al pasillo y me quedé con Joyce esperando pacientemente la llegada de Van Every. Este apareció en poco menos de media hora junto con la señora Sumner, una señora madura, de aspecto refinado. Su presencia me causó buena impresión desde el primer momento.

—Gracias, Maugham —me dijo Van Every al tiempo que se sentaba en una silla—. Keyes quedó en casa cuando yo salí y él ha aprobado los planes que hemos hecho. Estuvo de acuerdo en que Joyce no debía permanecer en la casa.

Cedí mis habitaciones a Joyce y yo tomé otras que había desocupadas en el mismo piso, aunque no contiguas a las de Joyce.

En un momento que quedé solo con Joyce, le dije que no le contara nada a su tío respecto al incidente ocurrido con la mujer en el negocio. Le expliqué que no debíamos afligirlo más de lo que estaba. Ella me prometió que el asunto quedaría entre nosotros dos. Entre nosotros dos y Keyes, agregué yo. Keyes debía ser informado al respecto.

Mi propósito era salvaguardar a Van Every. El sentía un profundo afecto por Edith Bryce y cuanto menos supiera él del interés que [illegible] había demostrado por Joyce, tanto mejor.

Luego, mientras observaba a Joyce [illegible] sando con su tío, no pude menos que pensar [illegible] la señora Bryce.

¿Por qué habría dado muerte a Margalo, [illegible] ella era la asesina? Celos, tal vez. Eso era [illegible] masiado vago. Realmente no había allí mo[illegible] de celos. Van Every había conocido a Mar[illegible] galo recién la noche en que ésta fué ases[illegible] Debía encontrar otro motivo, pero ese mo[illegible] no aparecía.

¿Y por qué había de dar muerte a L[illegible] Randall? ¿Porque Laura Randall sabía q[illegible] había asesinado a Margalo? Eso estaba m[illegible] Ahora estaba más cerca de lo posible.

¿Qué interés podía tener la señora Bryce [illegible] asesinar a Joyce, si era ese el propósito [illegible] la había llevado por la mañana a la Casa Gri[illegible] bel? ¿Cuestión de celos? Tal vez.

El problema se complicaba, pero estaba [illegible] guro de que tenía un hilo en mis manos, [illegible] hilo importante.

Antes de retirarme, me encargaría de [illegible] ner de Van Every algunos datos más sobre [illegible] señora Bryce, empleando mucho tacto para [illegible] provocar las sospechas de aquél.

Van Every y yo salimos caminando des[illegible] de un momento hasta el ascensor.

—¿Ha visto usted últimamente a la se[illegible] Bryce? — le pregunté mientras íbamos por [illegible] pasillo.

—Voy a la casa de ella esta noche, a [illegible]

—Usted no cree posible que ella tenga [illegible] llave de su casa, no es así?

No debía hacer que él entrara en sospe[illegible] aun acerca de lo que yo sabía.

—No, ella no tiene una llave de mi casa. [illegible] una mujer excelente, Maugham, y hubiera [illegible] seado que usted y Keyes no hubieran [illegible] verla el otro día...; la afectó terribleme[illegible]

¡Ella le había contado a Van Every!

—Keyes insistió. Yo le dije que estaba [illegible] vocado, pero él no quiso escuchar mis [illegible] zonamientos.

—La señora Bryce es una excelente mujer — continuó Van Every —, pero Joyce es [illegible] una mujer también. Nunca he querido que J[illegible] ce se enterara de la señora Bryce..., por [illegible] tivos propios. No podía tolerar que Joyce p[illegible] sara..., bueno, usted se da cuenta.

—Estoy seguro de que Joyce es una j[illegible] moderna — dije —, y ella no pensará [illegible] malo de sus relaciones con la señora Bryce.

—Tal vez, pero yo soy bastante antic[illegible] y pienso en forma diferente. Joyce me a[illegible] Soy todo lo que ella tiene en el mundo.

—Es posible que usted esté en lo cierto — expresé aún cuando anteriormente consi[illegible] ba que su sacrificio no conducía a un [illegible] práctico —. ¿La señora Bryce no está in[illegible] sada en Joyce?

—Sí, ella siempre me pregunta por Joyce [illegible] yo le confío todo. Tengo que confiar en [illegible] guien. Yo no sé cómo corresponde cri[illegible] educar a una joven.

—¿Cree usted que la señora Bryce tiene [illegible] los de Joyce?

Van Every me dirigió una rápida y pe[illegible] trante mirada.

—Por cierto que no. La he acusado de [illegible] pero sé que no es capaz de tal cosa. Me co[illegible] ta positivamente.

Después de un cambio de frases intras[illegible] dentes, tomé el ascensor y desde el hotel [illegible] trasladé todo lo rápidamente que me fué po[illegible] ble hasta la oficina de Keyes. Por suerte lo [illegible] contré allí; en realidad, acababa de llegar [illegible] se estaba quitando el sobretodo.

Tan pronto como estuvo dispuesto a es[illegible] charme, me puse a explicarle mi nueva te[illegible] narrándole en detalle el hallazgo de la [illegible] clavada en la puerta de la casa de Van E[illegible] de lo cual estaba ya enterado pero que [illegible] escuchó pacientemente, y de mi posterior [illegible] a la Casa Gribbel. La cartera de la señora B[illegible] ce, la forma en que se había alejado apres[illegible] damente, todo.

—Buen trabajo — comentó cuando hube terminado de hablar—. Me parece, Maugham, que hemos dado con el asesino.

—La cartera era pesada — repetí. Después le referí los arreglos que acabábamos de hacer respecto a Joyce y la conversación que había mantenido con Van Every acerca de Edith Bryce.

—¿Qué suerte tuvo con respecto a Ward? — me preguntó Keyes.

Van Every no sabe dónde está. Estoy seguro de ello. Le causó una gran desazón que usted abrigara sospechas de que Ward pudiera estar complicado en los asesinatos.

—No se preocupe; daré con él de un momento a otro. No se me puede escapar. En todas partes tienen una descripción de él y además todavía tiene la cabeza rapada, como se acostumbra en la cárcel.

—¿Y González? — pregunté a mi vez.

—¡Oh, sí! Estaba a punto de contarle..., espere un minuto. Hice que un taquígrafo tomara nota de las preguntas y respuestas. Antes de que las lea le diré que mis hombres encontraron a González durmiendo en su hotel, y que sus contestaciones comenzaron siendo, como la otra vez, categóricas y terminantes, pero pronto le quité esa seguridad en sí mismo y ahora está preso como sospechoso, por supuesto.

Keyes me alcanzó un legajo de papeles. Era una larga lista de preguntas, formuladas por Keyes, y de respuestas, hechas por González. Las transcribo íntegramente de una copia que después me facilitó el detective.

Pregunta. — Su coartada con respecto al lunes por la noche no es satisfactoria, González. Usted mintió cuando me dijo que había estado en Wáshington. Usted estaba aquí en Nueva York. ¿Por qué mintió usted?

Respuesta. — Yo no mentí. Estaba en Wáshington..., no tiene más que ir allá para comprobarlo.

P. — Ya le he dicho que he investigado y he descubierto que su coartada es falsa. ¿Qué tiene usted que decir al respecto?

R. — Nada. Sólo que yo estaba en Wáshington.

P. — Roy Barrimore lo vió y habló con usted el lunes por la noche.

R. — Roy Barrimore ha muerto.

P. — Recogí una confesión de sus labios en su lecho de muerte.

R. — Estaba en Wáshington. Barrimore debe haber visto a mi hermano. Nos parecemos mucho.

P. — ¿Cuánto dinero le dió Margalo a usted por la piedra que usted le vendió como el rubí Camden?

R. — Yo no sé nada del rubí Camden.

P. — La señorita Younger confesó a Roy Barrimore que usted le había vendido el rubí. ¿Es cierto?

R. — No, no es cierto. Yo jamás había visto el rubí antes.

P. — Tengo una orden de arresto contra usted bajo la acusación de asesinato en las personas de Margalo Younger y Laura Randall.

R. — Le digo que yo no tengo nada que ver con esos crímenes..., se lo aseguro..., jamás vi a Laura Randall en mi vida, y en cuanto a Margalo, nunca podía pensar en hacerle daño. Capitán, déme una oportunidad..., una oportunidad de demostrar que soy inocente.

P. — ¿Usted vendió a la señorita Younger el rubí que ella tenía?

R. — Sí, fuí yo.

P. — ¿Cuánto le pagó ella por la piedra?

R. — Me dió un cheque por 7.000 dólares y 8.000 dólares en efectivo.

P. — ¿Billetes de pequeña denominación?

R. — Sí, así se lo pedí.

P. — ¿Dónde consiguió usted el rubí?

R. — Mi hermano Pedro lo trajo de España.

P. — ¿Cómo lo consiguió su hermano?

R. — El..., lo compró en España por una ganga. Yo sabía que Margalo estaba interesada en joyas y por eso se la ofrecí... Ella se mostró de inmediato muy ansiosa de tenerla. No regateó el precio en lo más mínimo. Pedro y yo acordamos dividirnos el producido. Pedro era el que quería los billetes de pequeña denominación. El creía que suscitaría sospechas si se le veía con billetes grandes.

P. — ¿Usted estuvo entonces con la señorita Younger el lunes por la tarde de la semana pasada?

—R. — Sí. Fué entonces cuando le entregué el rubí y ella me dió el dinero.

P. — ¿Por qué no lo guardó ella en su caja de seguridad?

R. — No lo sé. Le expliqué que la operación debía ser mantenida en reserva. Que la joya que Pedro había comprado en España podía haber sido robada. Pedro no conocía al hombre que se la había vendido. Debíamos tener cuidado. Yo le aconsejé a Margalo que no dijera nada a nadie.

P. — ¿Por qué no llevó ella la piedra a un joyero para hacerla examinar?

R. — No lo sé.

P. — ¿Usted le aconsejó que no lo hiciera?

R. — No. Lo único que le dije fué que no se la pusiera por algún tiempo.

P. — ¿Hizo mención de la piedra la señorita Younger durante los días siguientes de la semana?

R. — Varias veces. Siempre cuando estábamos solos.

P. — ¿Hacía mucho tiempo que usted no veía a su hermano?

R. — Cuatro años. Yo le mandé el dinero para el pasaje a fin de que viniera.

P. — ¿Dónde estuvo usted el lunes por la noche?

R. — Estuve en Wáshington, atendiendo a ciertos detalles relacionados con la admisión de mi hermano al país.

P. — ¿Estaba su hermano en Nueva York?

R. — Sí.

P. — ¿Leyó usted en los diarios del lunes por la mañana acerca de la compra del rubí por parte de Dow Van Every?

R. — Sí, lo leí.

P. — ¿Qué pensó usted al respecto?

R. — Me preocupó mucho. La señorita Younger me llamó el lunes, pero yo no estaba. Posiblemente ella estaba afligida pensando que había adquirido una piedra falsa.

P. — ¿La vió usted el lunes?

R. — No, estaba en Wáshington.

P. — ¿Quién atendió el llamado?

R. — Yo vivo junto con otro hombre, como usted sabrá. El recibió el mensaje. Bayard Kemp, se llama. El también es un escritor.

P. — ¿Qué dijo él con respecto al mensaje?

R. — Que la señorita Young había estado y que parecía estar preocupada. Quería verme lo antes posible, tan pronto regresara a la ciudad.

P. — ¿Su hermano no estaba viviendo con usted?

R. — No. Le encontré un alojamiento cerca de donde yo vivo.

P. — ¿Usted leyó en el diario acerca del rubí mientras se encontraba en Wáshington?

R. — Sí. En el hotel donde paraba.

P. — ¿Y usted se sintió preocupado?

R. — Creí que tenía razones para ello.

P. — ¿Por qué?

R. — Mi primera impresión fué de que la piedra que Pedro y yo habíamos vendido a Margalo era falsa.

P. — ¿Usted creía que era legítima cuando la vendió?

R. — Naturalmente, de otra manera no se la hubiera ofrecido a la señorita Younger.

P. — ¿Regresó usted de inmediato a Nueva York?

R. — Partí de Wáshington en el tren que sale a medianoche y llegué aquí a las 6 de la mañana del martes.

—P. — ¿Vió usted a su hermano Pedro en seguida?

R. — Sí, y decidimos no decir nada acerca de la joya que habíamos vendido a la señorita Younger.

Cosas de ellas



—Tenemos que cambiar todos los vestidos, tapados, sombreros y medias que compramos, Luis. No encuentro guantes que hagan juego con ellos.

P. — En consecuencia, usted me mintió cuando primeramente me dijo que no sabía nada del rubí, ¿no es eso?

R. — Sí, lo siento, señor. No volverá a ocurrir. Ahora le he dicho toda la verdad.

P. — Usted estaba en lo cierto, González, al pensar que la joya que usted vendió a Margalo Younger era falsa: efectivamente lo era.

R. — ¡Pero usted o el señor Maugham, alguno de ustedes dos me dijo que la piedra era legítima!

P. — No lo era, sin embargo. ¿Fué usted quien mató a Margalo Younger?

R. — No. Repito que estaba en Wáshington.

P. — Sin embargo, usted dice que su hermano se parece mucho a usted. ¿No sería posible que fuera su hermano quien estuvo en Wáshington en lugar suyo?

R. — Mi hermano, señor, habla inglés con bastante dificultad. Yo, en cambio, me precio de hablarlo muy bien. Usted puede, pues, averiguar fácilmente cuál de nosotros dos fué el que estuvo en Wáshington.

P. — Barrimore habló con él entonces y nos dijo que era con usted.

Aquí terminaba el interrogatorio. Entregué los papeles a Keyes, que me estaba mirando fijamente, como tratando de descubrir cuál era mi impresión.

—Parece que González pudiera ser culpable — dijo.

—Tenía un buen motivo para querer asesinar a Margalo — admití yo —: El temor de ser puesto en descubierto. Pero, Keyes, ¿por qué habría de matar a Laura Randall?

—Eso es lo que me confunde. He dispuesto que su hermano venga de inmediato aquí. Tal vez podría usted esperar un momento.

Accedí. Pedro González no se hizo esperar mucho tiempo, pues un instante después su presencia era anunciada a Keyes.

A primera vista la semejanza de Pedro González con la de su hermano Manuel era poco menos que asombrosa. Ambos eran de la misma estatura, del mismo cuerpo, mientras que las facciones eran idénticas en sus líneas generales. Pero ahí terminaba la semejanza; mientras los ojos y la expresión de Manuel eran enérgicos y vivaces, Pedro representaba ser un



Prueba a la vista

—Discúlpame por haber llegado tarde, querida; pero se confundieron los sobretodos y los sombreros en el guardarropa.

individuo indolente, despreocupado y de pocas luces.

Lo que Manuel había dicho respecto a la forma en que Pedro hablaba el inglés, era exacto.

La entrevista fué prolongada, pero cuando finalmente lo hicimos retirar en compañía de dos policías, poco habíamos adelantado. Pedro se había aferrado a la historia descripta ya por su hermano y no pudimos extraerle ningún dato más de algún interés.

El rubí que había traído a Estados Unidos lo había adquirido de un pordiosero de Madrid. Pedro había pensado que podría ganar dinero con la piedra y había pagado por ésta el equivalente de cien dólares.

Cuando finalmente Keyes y yo quedamos solos, hice unas rápidas reflexiones. Este había robado él mismo el rubí, o de lo contrario la historia que nos había contado era fidedigna. Aparentemente no había forma de que verificáramos de qué parte estaba la verdad. Keyes cablegrafió a la policía de Madrid pidiendo datos sobre Pedro, así como también información acerca de la piedra. Sin embargo, me dí cuenta de que el detective esperaba poco de esta gestión.

—En vez de acercarnos a la solución, cada vez se nos torna más confuso el problema —admitió Keyes.

—Tengo idea, sin embargo, de que nos estamos acercando al final —dije—. Pedro no tenía motivos para matar. Manuel los tenía...

—También los tenía Ward Van Every y Edith Bryce...

Lo interrumpí antes de que me incluyera a mí—. ¿Por qué había de matar Ward Van Every a Margalo y a la señorita Randall?

—Contésteme usted mismo. El fué un asesino en cierta oportunidad; posiblemente sus años de cárcel le han producido un estado de morbosidad mental.

—No me parece lógico, Keyes. Por otra parte, Dow Van Every me ha dicho que la casa donde vive la tiene desde hace quince años y hace diecisiete años que Ward está en Sing Sing, de manera que nunca ha visto la casa. Entonces, ¿cómo podía saber dónde estaba la biblioteca? ¿Dónde estaba la señorita Randall? No podía averiguar todo eso en las horas de una tarde y una noche.

—Usted cree que el asesino conocía bien la casa, ¿no es así?

—Tal vez no exactamente bien, pero lo suficiente. Sabía dónde estaba la biblioteca, dónde estaba la señorita Randall.

—Si no fuera por ella, por la pequeña Laura Randall, el problema estaría comenzando a despejarse. Pero ella resulta una figura incongruente en el asunto. Cuesta ubicarla en este rompecabezas.

En ese momento sonó la campanilla del teléfono. De la conversación me di cuenta en seguida que Keyes estaba hablando con Van Every. El detective me pasó poco después el tubo y Van Every me contó que acababa de dejar a Joyce en el hotel. Ella se había quedado leyendo y en excelente estado de ánimo. Allan Foster había prometido ir a cenar con ella, en el departamento del hotel, de donde Van Every había obtenido la promesa de Joyce de que no se movería en toda la noche. El, Van Every, tenía el propósito de pasar nuevamente por el hotel de regreso de su... compromiso. Yo sabía ya que él iba a cenar con la señora Bryce.

Le pregunté qué precauciones había adoptado para su propia seguridad y me respondió que el capitán Keyes había puesto a su disposición uno de sus hombres. Otros dos pesquisas quedarían en la casa durante toda la noche, y con éstos y Soon, él se sentiría tranquilo. Me preguntó si yo también pasaría por el hotel para cerciorarme de que Joyce estaba bien, cosa que le prometí hacer. Parecía muy satisfecho de la obediencia que estaba demostrando Joyce, así como también de la atención que le estábamos dedicando Keyes y yo. Después de reiterarme su agradecimiento por todo, cortó la comunicación.

El hombre que había sido encargado por Keyes de vigilar los movimientos de la señora Bryce llamó un momento después. Alrededor de las 11 de la mañana la señora Bryce había salido en un taxímetro y se había dirigido a un instituto de belleza. El pesquisa la había seguido en otro automóvil. La vió entrar en el negocio y luego esperó fuera una hora, dos, tres, hasta que saliera. Finalmente, perdida ya toda paciencia, entró en el negocio y preguntó por ella. Había esperado tanto tiempo porque él sabía que las mujeres se pasan algunas veces varias horas en los institutos de belleza. El resultado de su averiguación había sido que allí no estaba y ni siquiera la conocían. Poco después el pesquisa descubría que el negocio tenía otra puerta que daba al vestíbulo de un hotel contiguo. Lo que la señora Bryce había hecho fuera entrar por la puerta del negocio, pasar directamente de éste al hotel, para salir de allí por otra puerta que daba a una calle lateral.

La había perdido de vista y el pesquisa pensó que lo mejor que podía hacer era regresar al domicilio de ella para esperar allí su regreso. Cuando llegó, la señora Bryce des[…] día de un automóvil y entraba en la casa.

—¿Va usted a llamar a la señora Bryce? —pregunté a Keyes.

—¿Usted dice que Van Every va a c[…] con ella?

—Sí.

Estiró la mano para tomar el teléfono, p[…] yo lo contuve.

—No la llame ahora. Deje que cenen j[…] Más tarde, tal vez...

—Ella puede matarlo esta noche.

—No lo creo..., por lo menos esta no[…] Eso si ella es la criminal. ¿De qué le se[…] deshacerse de él antes que de Joyce? U[…] debe recordar que todo lo que él tiene […] decidido dejárselo a Joyce. Edith Bryce n[…] beneficiaría a menos que Joyce..., muriera […] tes—. Me repugnaba decir esto, pero d[…] decirlo.

—Tiene usted razón..., si es que ella est[…] ciendo todo esto por dinero.

—Por dinero o por celos, Keyes. So[…] únicos motivos que puedo encontrar si e[…] Edith Bryce es la persona que buscamos.

—¡Maldito asunto! ¿Cómo se explica […] entonces el asesinato de Margalo Younger?

Hice un ademán de desaliento y dije:

—No lo sé. Ojalá pudiera comprenderlo.

CAPITULO XX

Un sinnúmero de pesquisas desfilaron […] por la oficina de Keyes. El primero, un […] bre que había estado de guardia en la ca[…] Van Every. Informó que McManus conti[…] en la casa, que Van Every había regresado […] cos momentos antes de salir él y que Soo[…] había abandonado la casa en todo el día, a[…] mo tampoco ninguno de los otros sirvi[…] Van Every, naturalmente, había entrado y […] lido.

Otro informante trajo datos de mayor […] rés. Roscoe se llamaba, y Keyes le había […] cargado en horas de la tarde que aver[…] datos personales y detalles de la clase de […] que llevaba Edith Bryce. No había tenido […] po de completar su informe en tan pocas […] ras, pero venía con suficientes datos para […] pezar.

La señora Bryce vivía — nos dijo — en […] casa de su propiedad desde hacía cinco […] La casa había sido una sola cuando ella la […] quirió, pero la señora Bryce la hizo refecc[…] luego y dividir en tres departamentos. Ella, […] mo nosotros ya lo sabíamos, ocupaba el pr[…] piso y el entresuelo. En este último ten[…] cocina, el comedor y el cuarto de la sirv[…] En el primer piso estaban la sala y el dor[…] rio de la señora Bryce. Esta parecía disp[…] de mucho dinero; se surtía en los mejores […] gocios de la Quinta Avenida y parecía […] todo lo que necesitaba. No tenía muchos […] gos y tampoco parecía echarlos de m[…] Quien la visitaba con cierta asiduidad e[…] hombre, su abogado, según una inquilina […] cual había sido la principal fuente de info[…] ción de Roscoe. Esta inquilina era una mujer […] aproximadamente la misma edad que la se[…] Bryce, sola también y con algún dinero, […] había intentado infructuosamente entablar […] laciones amistosas con la dueña de casa.

La señora Bryce y la inquilina tenían […] sirvienta cada una, y éstas cambiaban co[…] tarios acerca de sus respectivas patronas.

Keyes se dió cuenta de inmediato de […] esta mujer era una mina de información […] ello envió apresuradamente a Roscoe […] busca. Afortunadamente ella estaba en su […] y pudo traerla sin pérdida de tiempo.

Se llamaba la señora Taft. El relato que […] señora nos hizo concordó en un todo c[…] que nos había anticipado Roscoe. Nos […] además que en su concepto la señora Bryce […] una mujer misteriosa. Tenía muy pocos […] y no parecía interesada en recibirlos en la […] Confirmó lo del visitante asiduo, el abog[…]

según le había contado a su sirvienta la criada de la señora Bryce. ¡Van Every era el abogado!

En ese momento, el departamento del tercer piso estaba desalquilado, siendo por lo tanto las únicas ocupantes de la casa la señora Taft y la señora Bryce. Esta última, agregó, no parecía tener interés en alquilar aquel departamento. Curioso; había estado desocupado cuatro meses. La señora Taft había tratado de conseguirle un inquilino, pero la dueña de casa le había dicho que estaba reservando el departamento para alguien que debía llegar del extranjero.

Interrogada si veía salir con frecuencia a la señora Bryce, contestó en sentido afirmativo. Con respecto a la noche del lunes, después de hacer memoria un momento, expresó que esa noche ella había ido al teatro y que al regresar vió luz en el departamento de la señora Bryce, pero no podía decir si ésta había salido también o no.

La señora Taft no sabía nada acerca del rubí.

¿Y el miércoles por la tarde? ¿Qué podía decir la señora Taft del miércoles por la tarde?

De eso precisamente le iba a hablar al capitán Keyes.

El miércoles por la tarde la señora Bryce había tenido un extraño visitante. La señora Taft había bajado a buscar la correspondencia, cuando una pequeña mujer, vestida de gris, estaba tocando el timbre correspondiente al departamento de la señora Bryce. Después de un rato llegó la sirvienta de la señora Bryce e hizo pasar a la visitante. Esta era ciertamente rara: se trataba de una mujer vestida de gris y con anteojos; en conjunto una persona anticuada, no elegante como la señora Bryce. A decir verdad, la señora Taft había pensado que era extraño que esa mujer pudiera ser de la amistad de la señora Bryce.

Keyes sacó una fotografía de un cajón y se la alcanzó a la señora Taft.

—¿Era ésta la mujer que usted vió el miércoles por la tarde?

La señora Taft identificó de inmediato la fotografía, una bastante mala de Laura Randall, pero la única que tenía Keyes. Sí, ésta era la mujer, sin duda alguna.

¿A qué hora había llegado? A eso de las 4; la señora Taft lo sabía bien porque a esa hora acostumbraba bajar por la correspondencia cuando estaba en casa.

¡Laura Randall había visitado a Edith Bryce el día de su muerte! ¡Pobre Laura Randall! A las 4 había estado con Edith Bryce y a las 6 menos 10 había sido encontrada muerta dentro del taxímetro.

Como en un sueño oí que Keyes preguntaba a la señora Taft más detalles de Laura Randall. Si había estado allí antes o si la conocía por haberla visto o hablado en alguna otra oportunidad. A estas preguntas la señora Taft respondió en sentido negativo.

¿Por qué si la señora Bryce había querido asesinar a Laura Randall, no había aprovechado para darle muerte allí mismo, en su propia casa? ¡Oh, no! Eso no era posible; hubiera sido complicarse demasiado abiertamente. La señora Bryce debía ser astuta. Lo había demostrado en el asesinato de Margalo... si es que ella era la asesina. Y todos los indicios comenzaban a señalarlo así. Era la persona lógica. Margalo había tenido la joya puesta. Van Every se había rehusado a que ella, su amiga íntima, se la pusiera. Celos.

Laura Randall yendo a verla, a acusarla. Lo único que cabía hacer era quitar a Laura Randall del camino.

No del todo bueno, sin embargo. Por cuanto el motivo no era lo suficientemente poderoso como para justificar el asesinato de Margalo, a menos que Edith Bryce fuera una enferma mental.

Keyes insistía en conocer más detalles relacionados con la tarde del miércoles. ¿Había salido la señora Bryce más tarde, después de haberse retirado su visita?

Sí; la señora Bryce había salido a eso de las 5. En un taxímetro. Era una tarde desagradable, el tiempo era malo, lluvioso, pero la señora Bryce había salido bien abrigada, con un saco costoso que tenía. La había visto desde una de las ventanas de su departamento, en un momento en que por casualidad se había asomado para mirar a la calle.

Eran casi las 8 cuando la señora Taft se retiró. Es posible que se hubiera quedado un rato más aun, pero nos expresó que tenía un compromiso a las 8.30.

Keyes y yo fuimos a comer algo en el restaurante más cercano y regresamos después de un rato a su oficina, donde nos pusimos a discutir el plan de acción. Era necesario hablar esa misma noche con Manda, la criada de la señora Bryce. Llamamos por teléfono y nos enteramos de que la señora Bryce había salido y que no volvería en toda la noche. Keyes, que era quien hablaba, preguntó quién atendía el teléfono: era Manda. Estábamos de parabienes, pues nos hubiera resultado desastroso tener a la señora Bryce rondando cerca mientras interrogábamos a su sirvienta.

Entretanto Keyes se encargaba de conseguir su automóvil, yo aproveché para telefonear a Joyce a fin de ver cómo estaba. Estaba bien y Allan Foster le hacía compañía.

Salimos a toda marcha hacia la casa de la señora Bryce, adonde llegamos en contados minutos. Manda, la sirvienta, acudió a nuestro llamado y sin esperar a que nos invitara a pasar, nosotros nos abrimos paso hasta el vestíbulo. Una vez que se hubo repuesto de la impresión de verse ante nosotros, nos empezó a contar que hacía cinco años que estaba con la señora Bryce y que ésta era muy buena.

Con respecto al señor Van Every, dijo que iba a la casa con cierta frecuencia y que precisamente esa noche había estado para cenar, después de lo cual ambos, él y la señora Bryce, habían salido, ella no sabía adónde.

Luego la sirvienta nos mostró la casa, aun las dependencias del subsuelo.

¿Venían otros hombres a visitar a la señora Bryce?

No; Van Every era el único. Algunas veces venía el mucamo del señor Van Every, un chino de nombre Soon, con algún mensaje para la señora Bryce.

Keyes le preguntó si la señora Bryce había salido el lunes por la noche, pero ella no supo contestar sobre eso, pues esa noche había salido ella misma con su novio, y regresado tarde a las 3 de la madrugada.

Respecto al miércoles por la tarde, Manda recordó después de algún esfuerzo a la visitante, la mujer vestida de gris. Le parecía que ésta se había quedado aproximadamente media hora, si bien no la había visto salir. La señora Bryce había llamado poco después a Manda para decirle que tenía que ir hasta el centro y que regresaría a cenar. Parecía estar apurada.

¿A qué hora había regresado la señora Bryce? A eso de las 6, así le parecía a Manda, pero no estaba segura.

¿Había demostrado estar preocupada la señora Bryce? Bueno; muy bien no había estado y se había ido a dormir con un terrible dolor de cabeza.

Manda no sabía nada del rubí ni tampoco había oído hablar de joyas a su patrona y ni al señor Van Every.

¿Había mencionado la señora Bryce alguna vez el nombre de Joyce Van Every? Sólo alguna vez había oído ese nombre en forma indirecta.

¿Podía Manda decir si la señora Bryce estaba celosa de ella? No, ella no podía decir nada al respecto.

¿Conocía la señora Bryce a Margalo Younger? Manda creía que no. Nunca le había oído mencionar ese nombre.

Keyes dejó de hacer preguntas. Evidentemente la sirvienta sabía poco de la vida de su patrona. Keyes se puso de pie y se dirigió hasta el dormitorio de Edith Bryce. Manda lo acompañó, preguntándose, posiblemente, qué podría interesarle ver en el cuarto de su patrona.

CAPITULO XXI

Mientras Keyes observaba y revisaba las habitaciones de la señora Bryce, yo me quedé sentado en el vestíbulo. Con el solo objeto de hacer tiempo tomé una revista que resultó ser de carácter teatral. Dando vuelta despreocupadamente las hojas, me encontré de pronto ante una fotografía de una página entera de Margalo.

Me quedé mirándola un largo rato y luego seguí dando vuelta las hojas sin mirar nada, pensando sólo en Margalo y en su trágica desaparición. Luego, sin haberla buscado expresamente, su fotografía estaba de nuevo delante de mí. Me sorprendí, y poniéndome a observar la revista detenidamente, comprobé que ésta se abría automáticamente en la página en que estaba la foto de Margalo, como ocurre cuando una revista o un libro son abiertos con frecuencia en la misma página.

La revista era del mes de octubre. ¿La habría comprado antes o después del asesinato de Margalo, la señora Bryce?

Sobre una mesita había otras revistas. Las tomé y me puse a mirarlas con detenimiento. Una de ellas, la "Revista Azul", estaba allí. Sabía que en ésta había aparecido publicada la fotografía de Margalo; lo sabía porque yo tenía la misma revista en mi cuarto en el hotel. Rápidamente di vuelta las hojas y al llegar a la que buscaba, me encontré con que el extremo de la página estaba doblado como si la persona que lo había hecho deseara encontrar sin demora esa página al buscarla otra vez. Luego mi atención fué atraída por una artística carpeta para guardar papeles. La abrí y me encontré con que estaba llena de programas de teatro. ¿Así que la señora Bryce guardaba los programas de las funciones a que concurría? Costumbre poco usual en nuestros tiempos. Tal vez el teatro era una de las pocas cosas que atraían a esta mujer extraña, casi sin amigos. Uno de los programas era de la obra "Lo que toda mujer sabe", en la cual trabajaba Margalo. ¡La señora Bryce había ido a verla!

El programa en sí no me sorprendió, pues la obra era muy popular, lo que sí me sorprendió fué la fecha. Correspondía a la función de la noche del lunes 16 de octubre. ¡Pero, si yo mismo había asistido a esa función! Era la misma noche en que Margalo había sido asesinada. Van Every había estado también en el teatro. ¿Habría estado él con la señora Bryce y luego de acompañarla hasta un taxímetro, había venido a mi encuentro?

El no había dicho nada de que estuviera acompañado. En realidad, yo creía que él estaba solo.

Me quedé con el programa y con las dos revistas, y cuando Keyes regresó adonde yo estaba, se los alcancé sin decir palabra.

—¿Van Every estaba solo el lunes por la noche? Eso es lo que usted manifestó ¿no es así? — me dijo Keyes después de fijarse rápidamente en la fecha del programa.

—Eso es lo que yo creía.

—Si la señora Bryce lo vió salir por la puerta que conduce a los camarines junto con usted y con Margalo, ahí tendríamos un buen motivo de celos. Muy bueno.

Mostré luego a Keyes las páginas de las revistas donde estaban las fotografías de Margalo, señalándole la circunstancia que parecía indicar un gran interés en Margalo por parte de la señora Bryce.

Manda, la sirvienta, no nos pudo suministrar ningún detalle respecto a las revistas. Lo único que sabía era que su patrona compraba muchas al cabo del mes.



Comprador entendido

—Desearía un lápiz de "rouge" que no marque al besar... Quiero hacerle un regalo a mi amiga y soy casado.

—¿Nos iremos? — pregunté a Keyes impacientemente.

—Yo pienso quedarme. Usted puede irse, si quiere, o quedarse aquí conmigo.

—¿Hasta cuándo?

—Por lo menos hasta que venga la señora Bryce.

Esto me atemorizó, principalmente porque creía que Van Every vendría con ella y se pondría furioso ante nuestra presencia. A eso de la medianoche, sin embargo, oímos el ruido de un taxímetro, vimos por una ventana descender a Van Every y acompañar a la señora Bryce hasta la puerta de entrada y luego alejarse él nuevamente en el taxímetro.

Ella entró y se sorprendió al vernos.

—La hemos estado esperando, señora Bryce —anunció Keyes fríamente.

Ella se quitó el tapado, tomó un cigarrillo de su cartera y se sentó en un sillón sin pronunciar palabra. Sólo hizo un gesto a Manda para que se retirara.

—Usted disculpará nuestra intromisión y la búsqueda que yo he hecho en su departamento.

La señora Bryce siguió guardando silencio.

—Quiero saber, señora Bryce, qué es lo que Laura Randall vino a decirle el miércoles por la tarde cuando vino a visitarla —dijo Keyes con gesto severo.

—¿Y si yo prefiero no decirles nada?

—¡Usted me dirá lo que sabe, señora Bryce!

—No le diré nada, capitán Keyes, y le agradeceré mucho si usted y su amigo, el señor Maugham, se retiran. Yo sabía que ustedes vendrían esta noche, e hice los preparativos necesarios. Por eso el señor Van Every y yo salimos, así ustedes tendrían toda la casa a su disposición. Creí suficiente el tiempo para realizar su... trabajo..., entonces le pedí al señor Van Every que me trajera de regreso a casa.

—¿Usted dice que hizo preparativos para esta visita? ¿Se da cuenta de que dejó algunas pruebas comprometedoras por aquí?

—Dejé todo como estaba. Yo no tengo nada qué ocultar.

—Usted se olvidó, señora Bryce, de que usted dejó un programa de "Lo que toda mujer sabe"; y el programa era del lunes 16 de octubre.

—Tengo la costumbre, infantil si se quiere, de guardar los programas de las representaciones a que concurro.

—¿Usted fué entonces al teatro el lunes por la noche?

—Sí.

—¿Sola?

—Efectivamente.

—¿Vió usted al señor Van Every allí?

—Sí, y hablé con él durante uno de los intervalos.

—Sin embargo, usted no fué con él, ¿no es así?

—Ya he dicho que no. Voy con frecuencia, diría casi siempre, sola al teatro. Alguna que otra vez, pero muy rara, el señor Van Every me acompaña.

—Ahora, con respecto a Laura Randall...

La señora Bryce se puso de pie.

—Si eso es todo lo que desean saber, caballeros, les pido que se retiren.

Keyes no ocultaba su contrariedad. Lo tomé del brazo y lo llevé hasta donde habíamos dejado nuestros sombreros y sobretodos.

—No le arrancaremos una palabra — le dije al oído —; es mejor que nos vayamos.

—¡Qué frialdad de mujer! — exclamó una vez que estuvimos en la calle —. Demasiado fría. Tenía esperanzas de que lograría quebrantar su entereza.

—No logrará quebrantarla — dije —; no piense ni siquiera en ello. Yo la tomé desprevenida en la Casa Gribbel..., no sé cómo, pero esta noche ella estaba en pleno dominio de sus nervios.

—Maugham, no la puedo arrestar. Ella tiene razón. No tengo ningún cargo concreto contra ella y me está pareciendo que será difícil encontrarlos. Si es que fué ella quien mató a ambas, Margalo Younger y Laura Randall.

—En todo momento yo le he dicho, Keyes, que la persona que cometió ambos crímenes tenía que ser muy astuta.

CAPITULO XXII

Van Every nos estaba esperando en un taxímetro frente a la puerta de la oficina de Keyes. El detective gruñó algo a modo de saludo; estaba furioso, furioso por la actitud de la señora Bryce.

Cuando estuvimos, finalmente, en su oficina, Van Every nos dijo que había estado esperando más de media hora. El había reconocido el automóvil de Keyes detenido frente a la casa de la señora Bryce y había creído que de un momento a otro regresaría a la oficina.

Observando el abatimiento de Keyes, Van Every extrajo del bolsillo su frasco de bebida, y dirigiéndose hasta donde estaba el filtro de agua, tomó algunos vasos de papel, los cuales llenó de whisky. Keyes tomó su porción de un trago, y como Van Every había dejado el frasco sobre el escritorio, el detective volvió a llenarse el vaso.

—Muy buen licor, Van Every —dijo con un poco de mejor humor.

Yo también me serví un segundo vaso. Era un buen whisky, realmente. Mientras tomaba este segundo vaso, miraba las letras V E finamente grabadas sobre una de las caras del frasco de metal. Sabía que Van Every había tenido este frasco desde hacía mucho tiempo. Recordaba que en Florencia me había servido muchos vasos de él. O tal vez de otro muy parecido. Se me ocurría un poco pesado, más pesado que los modernos, pero un hombre de edad como Van Every naturalmente se aferra, pensé, a las cosas antiguas, cosas que le son familiares.

Si bien ni Keyes ni Van Every se sirvieron un tercer vaso, yo lo hice. El licor me estaba levantando el espíritu.

—¿Por qué insiste usted en sospechar de Edith Bryce? —dijo de pronto Van Every, encarándose con Keyes.

—¿Cómo sabe usted que yo sospecho de ella?

—Porque esta noche ella me dijo que sabía que usted sospechaba de ella.

—Bueno, entonces le diré por qué. El miércoles por la tarde... Laura Randall visitó a Edith Bryce. Como usted sabe, la señorita Randall murió el miércoles poco antes de las seis de la tarde.

—Por el solo hecho de que la señorita Randall visitara a la señora Bryce no puede usted...

—Escuche, Van Every. ¡La señora Bryce fué a ver la obra en que actuaba la señorita Younger el lunes por la noche!

—¡Naturalmente! Yo la vi allí, pero eso no significa nada.

—Para mí significa mucho. Otras circunstancias sospechosas se vinculan con la señora Bryce. Cuáles son, no le puedo decir por ahora...

—Yo lo sabría si ella lo hubiera hecho.

—¿Puede usted decirme dónde estaba ella cuando los dos crímenes fueron cometidos?

—No; pero ella puede decírselo.

—Tuvo una oportunidad esta noche, pero se rehusó.

—Ella es difícil de manejar; lo sé. Yo puedo interrogarla si usted quiere. Pero usted no va a...

—¿Arrestarla? Todavía no. No tengo suficientes pruebas contra ella, me refiero a pruebas concretas.

Con estas palabras Van Every se despidió, no sin antes pedirme, sin embargo, que le avisara cómo está Joyce, desde el hotel, cuando yo regresara allí.

Poco después nosotros también abandonamos la oficina. Keyes me dejó en mi hotel, y yo, consiguiendo las llaves de mis nuevas habitaciones, subí en el ascensor hasta el quinto piso. Golpeé suavemente en la puerta de la habitación de Joyce. La señora Sumner acudió a mi llamado, vistiendo un kimono. Joyce estaba a punto de meterse en cama. Insistí en verla, y pude comprobar por mí mismo que estaba en excelente estado de salud y de ánimo. Le expresé mi esperanza de que pronto, tal vez al día siguiente, desaparecería la necesidad de que se mantuviera oculta. Con esto me despedí deseándole una noche tranquila y de sueño reparador.

Me quedé parado hasta que oí girar la llave en la cerradura, y luego me alejé hacia mis propias habitaciones, situadas a la vuelta del corredor. El pasillo estaba débilmente alumbrado y no vi a un hombre que se encontraba a la espera hasta que hube puesto la llave en la cerradura.

—¿El señor Maugham? —dijo una voz algo ronca a mi lado.

Expresé que, efectivamente, yo era Maugham.

—Hace horas que lo estoy esperando. ¡Debo hablar con usted! —su voz temblaba, nerviosa.

Lo invité a pasar mientras yo prendía la luz. Cuando estuvo dentro, a la luz, sus fac-

caras me resultaron familiares; difícilmente olvido las caras que he visto una vez. Luego, cuando se quitó el sombrero, mis dudas se disiparon. La cabeza rapada. ¡Era Ward Van Every!

Miré a mi visitante con curiosidad. No tenía la menor semejanza con Dow Van Every, se parecía mucho más a Joyce. Por otra parte, Dow Van Every era más alto, de una mejor presencia, con su cabello gris y su cuerpo derecho, erguido.

Ward era algo encorvado, más delgado, su cara más bien pálida, el color que adquieren los presos.

—A usted le parecerá extraño que yo haya venido a verlo —dijo vacilante—, pero no me he atrevido a ir a ver a Dow; él iba a sentirse muy preocupado por el peligro a que yo me estoy exponiendo. Tampoco me he atrevido a ir a ver al capitán Keyes, que está realizando las investigaciones; me encontraría de nuevo en la cárcel a los dos minutos. He leído en los diarios —no he dejado de ver una edición— que usted era amigo de Dow. Que usted estuvo aquella noche cuando la actriz fué... asesinada.

"No podía ir a ver al capitán Keyes —continuó—. El no podría entender. Usted, de acuerdo con los relatos que publican los diarios, posiblemente pueda comprenderme. He estado escondido desde la noche del lunes, mejor dicho, desde la mañana del martes. Quería venir a contarle lo que sé, pero no me atrevía, y menos me hubiera atrevido a decírselo a la policía. He venido esta noche para pedirle que me ayude. Esta vez, si no, me mandarían a la silla eléctrica.

"Usted tendrá que disculparme la incoherencia de mi relato —siguió diciendo—. No tenía el propósito de esconderme hasta que leí los diarios del martes por la mañana. No había dormido en toda la noche, preocupado por mis asuntos y por lo que debía hacer. Mientras caminaba en horas de la mañana del martes, compré un diario, una edición especial. Entonces me di cuenta del peligro en que me encontraba..., habiendo estado tan cerca la noche anterior de la casa de la tragedia. ¿Se da cuenta?"

—Sí, me doy cuenta —dije mientras me dispuse a escuchar pacientemente lo que mi interlocutor tenía que contar.

—Llegué el lunes, en horas de la tarde, de... Sing Sing —me dijo Ward Van Every—. El primer hombre con quien me encontré en la calle fué Roy Barrimore. Un viejo amigo mío. Se sorprendió al verme. Le conté, naturalmente, acerca de la prisión, y tuvo palabras de consuelo. Me preguntó si podía hacer algo por mí y finalmente fuimos hasta su casa. Le pedí que me hiciera el favor de hablar por teléfono con mi hermano. Yo tenía dinero en una caja de seguridad, pero Dow tenía la llave; la ha tenido desde hace años. Barrimore llamó —le estoy contando a usted todo— y le dijeron que Dow no estaría de regreso hasta más o menos la medianoche.

"A usted le extrañará que no llamara yo mismo —continuó—. Pero hacía años que no usaba un teléfono. Nunca había usado uno del sistema de disco. Estaba nervioso, además, y Barrimore se mostraba más que dispuesto a ayudarme. Salí de su casa después de eso, si bien él insistió en que me quedara. Pero estaba nervioso. Mi presencia me mortificaba; el pelo corto, sobre todo. Me parecía que todo en mí denunciaba que acababa de salir de la cárcel. Busqué en la guía la dirección de Dow y me propuse ir a verlo en persona a la medianoche. No antes, porque temía que Joyce, que como usted seguramente sabe a esta altura, es hija mía, saliera a recibirme. En tal caso, ella tal vez me hubiera reconocido, pues Dow me ha dicho que ella tiene una fotografía mía, que conserva con mucho cariño. Bueno, el caso es que llegué hasta la casa un poco temprano: eran las 11.30. Decidí esperar un rato y por tal motivo me quedé agachado detrás de una verja de hierro próxima a la puerta de entrada. ¿Usted seguramente conoce esa verja?

Asentí con la cabeza. ¡Así que Ward Van Every había estado allí la noche del crimen!

—Esperé bastante tiempo. Finalmente llegó Dow y junto con él usted y esa actriz. Recuerdo que me pregunté si me convendría esperar o volver al día siguiente. Decidí esperar porque no quería venir a plena luz del día.

"Cansado de la posición incómodada en que estaba —continuó—, me senté en el suelo, ocultándome siempre lo más posible. Estaba decidido a que, tan pronto los visitantes de Dow salieran, me levantaría y tocaría el timbre. En ese momento vi llegar un taxímetro, el cual se detenía frente a la casa de al lado. Una mujer descendió del auto; en el primer momento pensé que pudiera ser Joyce, pero en seguida vi que era una mujer madura. Tenía un elegante saco de pieles. Caminó a lo largo de la pequeña verja donde yo estaba, pero ella del lado de afuera, y luego entró en punta de pies por el pequeño camino de piedra hasta la puerta de calle de la casa de mi hermano, puerta que ella abrió sigilosamente con una llave que llevaba. No oí ruido alguno de la puerta al abrirse, pero sí el click de la cerradura al cerrarse. Cuando miré de nuevo, la mujer había desaparecido dentro de la casa.

"Me quedé preguntándome hasta cuándo se quedarían las visitas de mi hermano. No tenía la menor duda de que esta mujer del saco de pieles era también una invitada.

"Un poco más tarde, no sé exactamente a qué hora porque en la oscuridad no podía ver mi reloj, llegaron otras dos personas: un hombre joven y una señorita. Esta última parecía estar pidiendo al joven que hiciera algo que él se resistía a hacer. No podía oír la conversación, sin embargo. Ella se había quitado el sombrero y su cabello brillaba en la semioscuridad. Tuve la convicción de que era Joyce. Finalmente ambos entraron, pero yo no oí cerrarse la puerta como la vez anterior.

"Después de un momento relativamente largo, la mujer que había entrado primero, la del saco de piel, salió furtivamente como había entrado, pero aparentemente oyó algún ruido a sus espaldas, pues vino a acurrucarse cerca de mí, detrás de la verja. Estoy seguro de que ella no me vió a pesar de que yo estaba a corta distancia de ella, tan cerca, que la oía respirar con ritmo acelerado y hasta me parecía que temblaba. Vi en seguida, mejor dicho, oí el motivo por el cual ella se había escondido cerca de donde yo estaba. La puerta de calle volvió a cerrarse suavemente, pero lo suficientemente fuerte como para que yo la oyera, y en seguida un hombre pasó delante de nosotros. Evidentemente él observó de inmediato el taxímetro que estaba parado, y se dirigió hacia éste. Oí que le preguntaba al chofer si estaba desocupado, pero al recibir una respuesta contraria, el hombre, que me pareció el joven de antes, se alejó a pie, más bien apresuradamente. Breves instantes después la mujer abandonó su escondite y dirigiéndose a donde estaba el auto esperándola, se alejó."

Edith Bryce; la mujer del tapado de piel, pensé yo mientras Ward Van Every hacía una pausa en su relato. No podía ser otra. El caso que investigaba Keyes estaba completo ahora. Y pensar que todos estos días Ward había tenido la llave para resolver el misterio...

—Me vinieron tentaciones de irme. La tertulia de Dow se estaba prolongando demasiado. No sabía si entrar y avisar a mi hermano de esta mujer..., podía ser una ladrona o quién sabe qué. Sin embargo, ella había usado una llave para entrar. Mientras pensaba todo esto, me demoré algunos momentos más. Luego llegó otro hombre, con una valijita, quien tocó el timbre, saliendo a abrirle un sirviente, al parecer chino. Una vez que la puerta se hubo cerrado detrás de ambos, yo salí de mi escondite y crucé a la acera de enfrente, pero cuando poco

inexperto



—¡Ajá! ¡Apuesto a que es la primera vez que ese cliente toma un baño de vapor!

después llegaba un automóvil tocando la sirena, se paraba frente a la casa y de él bajaban varias personas, me alejé apresuradamente. La policía, no tenía la menor duda.

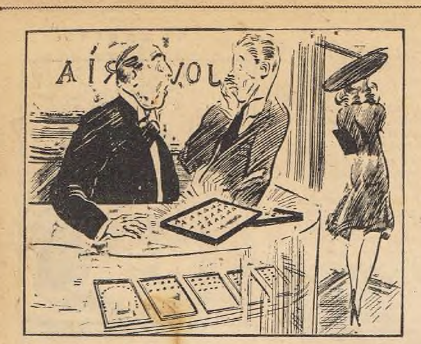
"Estaba seguro de que la mujer del tapado de piel había robado en la casa. Y sin embargo, ¿qué tenía que hacer el hombre que había llegado un momento antes a la casa, el cual, sin duda alguna, era un médico?

"Pencé en Joyce y me quedé afligido imaginando que pudiera haberle ocurrido algo a ella. Por horas enteras estuve como enloquecido. Caminé y caminé sin rumbo. Entré en un café para matar el tiempo. Luego volví a caminar. Ya empezaba a verse gente por la calle, en dirección a sus ocupaciones. Compré un diario del primer vendedor que encontré. Cuando hube leído la crónica del suceso, me quedé perplejo y sin saber qué hacer. ¿Debería presentarme a la policía y contarles lo que sabía? ¿O debería dejar que ellos lo averiguaran todo por sí mismos? Una actriz muerta en la casa de Dow. Yo, también un asesino, rondando la casa en ese momento. Pensé entonces que si iba a la policía, todo mi pasado iba a salir a luz y Joyce se iba a enterar.

"Finalmente llegué a una decisión. Regresé a mi hotel..., uno pequeño situado en la Séptima Avenida. Tomé mis maletas y me marché. Me fuí al barrio de Brooklyn, donde tomé alojamiento en otro hotel bajo un nombre supuesto. Allí me quedé, saliendo sólo de noche, especialmente para procurarme los diarios. Estaba preocupado por Joyce. Yo estaba seguro de que la mujer del saco de piel era la asesina. El otro crimen..., el ocurrido en la Quinta Avenida, sobre el cual leí también en los diarios, fué otro motivo de preocupación para mí. Tenía la sensación de que si no hablaba, iban a ocurrir más asesinatos. Tal vez Joyce fuera una de las víctimas. Yo debía decir lo que sabía. Barrimore era el único contacto que yo tenía con el mundo, pero él estaba muerto ahora. No tenía nadie más en quien confiar. Pensé en el alcaide Lawn, pero si le telefoneaba a él, mi llamado sería investigado en cuanto a su procedencia, y por otra parte no tenía a quien enviar hasta Sing Sing.

"La casa de Dow estaba llena de detectives, según decían los diarios. Usted era amigo de él, usted había estado presente cuando el asesinato. Usted había sido, además, amigo de la señorita Younger.

"Esta noche tomé el subterráneo y vine aquí.



Flechado

—Señor, acabo de vender a plazos un anillo de mil pesos.

—¡Magnífico, muchacho, así me gusta! ¿Y quién lo compró? ¿Aquella señorita?

—No, lo compré yo. Era tan hermosa, que en cuanto la vi me comprometí con ella.

medio muerto de miedo, lo confieso. Sabía el hotel donde usted estaba viviendo, por los diarios. Subí sin consultar a nadie, como si fuera de la casa. Primero me escondí cerca de la escalera de escape y después me llegué hasta su puerta. Eso es todo...

Ward Van Every hizo una breve pausa después de terminar su relato y luego, inclinándose hacia adelante en su silla, me preguntó:

—¿Va usted a entregarme a la policía ahora? Joyce se enterará entonces. Dow, su situación, un hermano que ha sido un convicto...

—No, no lo entregaré; no se preocupe. Usted puede quedarse aquí a pasar el resto de la noche, y por la mañana pensaré un plan de acción.

—Gracias.

—Ahora, unas cuantas preguntas, por mi parte, si es que usted está dispuesto a responderlas.

—Cualquier cosa...

—Esta mujer..., ella ha sido identificada... como amiga de su hermano Dow.

Ward se quedó mirándome con curiosidad.

—Keyes sospecha ya de ella. Y sus declaraciones la condenarán. —Al observar el temor que se reflejaba en sus ojos cambié de táctica—. Pero no voy a decir nada por ahora hasta tanto tenga un plan definido. ¿Recuerda usted si la mujer tenía un arma en la mano?

—Una cartera era todo lo que tenía en la mano. Sí, una cartera.

—¿Era una cartera más bien grande?

—Sí.

Seguí haciéndole preguntas acerca de la mujer, pero si bien pocos datos más pudo aportar, yo estaba convencido de que ella era Edith Bryce. El rompecabezas se estaba resolviendo poco a poco, aunque hasta el momento no podía darme cuenta del motivo de la muerte de Margalo Younger. Me pregunté si la pobre Laura Randall habría sabido que Edith Bryce había estado en la casa esa noche; también me pregunté si ese no habría sido el motivo de la visita a la casa de la señora Bryce la tarde lluviosa en que encontró la muerte.

Extraña coincidencia: Ward Van Every y su hija en el mismo hotel, en el mismo piso, sólo a unas pocas puertas de distancia.

—Gracias, una vez más, por todas sus atenciones —murmuró Ward.

Le presté algunas prendas mías de dormir, e hice que se acostara de inmediato.

CAPITULO XXIII

La historia que me contó Ward me había afectado en una forma extraña. Decidí salir, y tomando un taxímetro me hice llevar hasta algunas cuadras de distancia del domicilio de la señora Bryce. Luego me fuí caminando lentamente el resto del camino. Eran, aproximadamente, las cinco de la mañana cuando me encontré frente a la casa. Demasiado temprano aun para los más madrugadores.

Sin embargo, a través de las ventanas de la sala de la señora Bryce se veía luz. Las cortinas estaban bajas, pero de tanto en tanto se veía pasar una sombra. Parecía como si la señora Bryce estuviera caminando de arriba abajo por la pieza.

No pude menos que sonreírme mientras subía los pocos peldaños y golpeaba suavemente en la puerta. ¿Vendría ella misma a abrir?

Me sorprendió un tanto que la puerta se abriera casi de inmediato. La señora Bryce se quedó mirándome sorprendida cuando yo entré en el vestíbulo. Evidentemente ella no me esperaba a mí.

—¡Usted! — dijo débilmente.

—¿Esperaba usted a alguien? —le pregunté, mientras dejaba mi sombrero sobre una mesita. Observé que había allí un cenicero repleto de colillas de cigarrillos; algunas manchas de *rouge*. La señora Bryce no sólo estaba esperando a alguien, sino que estaba nerviosa.

—A Dow —contestó, mientras reanudaba su paseo de arriba abajo —. ¡Me estoy enloqueciendo! —exclamó—. Esta incertidumbre...

—Creo conveniente que usted diga lo que sabe, señora Bryce... —sugerí con tono reposado.

Me dirigió una rápida mirada, como tratando de descubrir qué era lo que yo sabía ya.

—Sé que usted visitó la casa de Dow Van Every la noche del lunes, señora Bryce. Mañana todo el mundo sabrá...

—¡Cielos! —su gesto era de azoramiento— ¡Usted sabe eso!

—Sí. Usted entró utilizando una llave que llevaba consigo.

—¿Cómo lo sabe usted? —me preguntó con gran rapidez.

—Alguien la vió a usted y la reconoció.

—¿Entonces, alguien lo sabe además de usted?...

—Sí.

—¡Oh!, ¿qué debo hacer? —dijo la señora Bryce mientras encendía otro cigarrillo.

—¿Usted mató a Margalo Younger?

—¡No..., no!...; eso es lo peor...

—¿Usted subió hasta la biblioteca?

—¡Por favor..., no me hable de eso...; me estoy enloqueciendo! Dow me va a llevar lejos de aquí. No puedo quedarme aquí más...

—Usted no puede abandonar Nuev
señora Bryce. Es imposible.

—Dow me va a llevar, sin embargo;
contrará la manera de hacerlo. No pu
portar esto...; todo, todo está mal, se
guro. Yo no maté a Margalo Younger.
odiaba, sí. Yo quería ver qué era lo q
hacía en casa de Dow aquella noche...
había espiado aquella noche, lo habí
salir por la puerta que conduce a los
nes, junto con ella...; mi taxímetro
detrás del de él...

—La señorita Younger estaba conmigo,
Bryce. Van Every no la conoció hasta
nes por la noche... —la interrumpí.

—Pero él la admiraba. La había ido
tres veces en su última obra...

—Tal vez él...

—Yo estaba celosa. Cada vez que él
de ella, veía que se estaba empezando a
rar de la actriz. Y yo lo quiero a él...;
único que tengo.

"Joyce viene primero en sus sentimient
pués yo. Nadie desplazará jamás a Joyce
lugar. Esa es la parte terrible. He tratado
todos los medios, pero es inútil. El es to
vida; sin embargo, para él alguien viene
que yo.

—Señora Bryce, si usted se sentara podr
hablar.

—¡Algunas veces la odio tanto que... po
llegar hasta matarla!

—¿A quién? — me quedé esperando tem
la respuesta.

—A Joyce, naturalmente. Si ella no est
ra...., sería diferente...

—¿Cómo dió usted con Joyce en la
Gribbel? — le pregunté.

—Recorrí toda la biblioteca y no la pude
contrar. Quería verla, conversar con ella.
quería hablar con ella aunque fuera sólo
vez. Al descubrir que no estaba en la bibl
ca, encomendé a un detective particular
la siguiera cuando salía a trabajar el seg
día. El regresó y me dijo dónde estaba.
fuí yo. Había estado hablando con ella
espacio de unos diez minutos cuando
usted. Ella estaba...

—¿Qué tenía usted en su cartera?

—¿Cómo sabía usted que yo tenía algo
cartera?

—¿Un arma de fuego?

—No...

—¿Qué, entonces? ¡Usted la iba... a ma

—No..., solamente la iba a desfigurar...
poco de vitriolo. Ese día la despreciaba
que nunca. La odio. No puedo evitarlo. ¡Q
ro tanto a Dow!...

—¿Mi presencia la hizo desistir de su prop
sito?

—Después me alegré..., reflexionando en
que había estado a punto de hacer.

—¿Por qué no llama usted a Dow para
cirle que no venga? — le sugerí.

—No, él no vendrá ahora. El me dijo
posiblemente vendría sólo para tranquiliza

—¿Dow no sabe nada de su visita del lu
por la noche?

—No; no me atreví a decirle. Y después de
que ocurrió... tenía miedo...

Me despedí entonces, luego de hacerle pro
meter que se iría a la cama y que trataría
dormir algunas horas.

Mientras caminaba, en medio de la gris
fría mañana, me reproché duramente lo to
que había sido. Cierta simpatía había nubl
mi vista y desviado mis sentimientos. Yo sab
quién era el asesino de Margalo Younger y
Laura Randall. Me sonreí al pensar en
había sospechado de Edith Bryce... Tamb
de haberla asustado cuando había intent
desfigurar a Joyce Van Every...

Pero no tenía tiempo que perder. Ward V
Every estaba en el mismo piso que Joyce V
Every en el hotel Warrington. Si no llega
allí rápido...

Las tres de la tarde llegaron mucho antes

que yo me diera cuenta. No había tenido tiempo de hacer todo lo que quería, y tenía que estar en la oficina de Keyes lo antes posible. El había estado atareado cuando lo llamé por la mañana y arreglé esta entrevista, pero por teléfono no podía decirle nada más. Además no tenía tiempo para explicaciones. Los minutos eran preciosos, más preciosos de lo que habían sido en cualquier momento antes para mí.

No había pegado los ojos en toda la noche ni había descansado en manera alguna. En otras circunstancias hubiera estado exhausto, pero hoy no lo estaba. Mis ojos estaban pesados, me ardían, pero mi mente estaba alerta, funcionando a la perfección.

Cuando regresé al hotel y después de lavarme estuve listo para salir, le pedí a Ward que me acompañara.

Mientras salíamos, me asomé al departamento de Joyce. Estaba lo más bien. Quería que me quedara a conversar, pero yo no tenía tiempo. Más tarde...

Keyes estaba caminando de arriba abajo en su oficina, impaciente, cuando nosotros llegamos. Le presenté a Ward, y antes de que tuviera que empezar a hacer preguntas a éste, le inquirí si la señora Bryce no había llegado. Apenas acababa de decir estas palabras, cuando Edith Bryce y Dow Van Every fueron anunciados por el teléfono.

Ambos hermanos se saludaban emocionados un minuto después. De los dos, el más afectado parecía ser Dow.

—No debiste venir — le decía Dow moviendo la cabeza de lado a lado.

—Ha estado conmigo toda la noche, Van Every — dije —, y yo quería que él viniera hoy aquí a ver a Keyes. Creí que sería conveniente que usted también asistiera a la entrevista.

Dow asintió con la cabeza y a continuación todos tomamos asiento. Me incliné hacia Van Every y le dije algo al oído. El de inmediato sacó su frasco de licor del bolsillo y yo me lo llevé hasta donde estaba el filtro de agua, donde, tomando un vaso de papel, lo llené para mí. Estaba dando la espalda al pequeño grupo de personas. Si sólo pudiera tener un minuto más...

—Podría pasarnos a todos un vaso — sugirió Dow Van Every —. A Edith no la molestaremos...

—Estoy seguro de que no — y regresé hasta el escritorio con varios de los vasos de papel. — Quiero que usted escuche la historia de Ward Van Every, Keyes; para eso lo he traído aquí. ¿Me permite que la cuente?

Antes de que pudiera darme su asentimiento, yo comencé. Mientras hablaba, fuí vaciando el contenido del frasco en los distintos vasos, no haciendo ademán, sin embargo, de pasarlos ni de devolver el frasco.

—Ward Van Every estaba esperando cerca de la entrada de la casa de Dow Van Every la noche en que Margalo Younger fué asesinada. El estaba escondido junto a la verja. Desde su escondite vió a cuantas personas entraron y salieron de la casa esa noche. Vió a la señora Bryce entrar utilizando su propia llave un momento antes de que llegara Joyce con Allan Foster. Vió que ella salía después, pocos segundos antes que Allan Foster. En realidad, ella se escondió junto a la verja y próximo al lugar donde Ward se encontraba hasta que Allan Foster se perdió de vista. Recién entonces ella salió y tomó el taxímetro que la había estado esperando...

—¡Ward! ¡Tú no estuviste allí! — exclamó Dow.

Ward agachó la cabeza.

Una breve exclamación de triunfo salió de los labios de Keyes.

—La señora Bryce no sabía que alguien la hubiera visto — proseguí —, meno aun sabía que durante esos pocos segundos que estuvo escondida contra la verja, ella había estado junto a Ward Van Every. ¿No es así, señora Bryce?

Ella inclinó levemente la cabeza.

—¿Qué estaba usted haciendo allí? — preguntó Keyes dándose vuelta hacia Ward.

—Antes de que Ward conteste esa pregunta, Keyes — dijo Dow —, yo tomaré mi whisky. — Estiró la mano sobre el escritorio y tomó su vaso, cuyo contenido vació de un trago, indicándome luego que se lo volviera a llenar.

—No hay más — expliqué —; lo vacié todo. Tal vez Keyes tenga algún poco...

Pero Keyes no contestó. Repitió, en cambio, su pregunta a Ward, quien, sobrecogido de emoción, no podía hablar. El detective apretó entonces un botón que había sobre su escritorio. Un pesquisa contestó al llamado.

—Ponga estos dos — indicando a Ward y a Edith Bryce — bajo arresto, inmediatamente.

Dow Van Every protestó, pero Keyes pareció no escucharlo. Sin pronunciar una palabra, Ward y Edith Bryce abandonaron la habitación junto con el policía.

—Muy buen trabajo Maugham — me dijo Keyes palmeándome la espalda.

—Usted debió haberme dicho, Maugham — murmuró Dow; había puesto la cabeza entre las manos, y era la verdadera imagen de la desesperación.

—Los interrogaré más tarde — el detective estiró la mano hacia el teléfono —; pero ahora, es decir, cuando haya terminado con este llamado, quiero que me explique cómo averiguó usted que Ward...

—No hay motivo para interrogarlos, Keyes — mi mano temblaba alrededor del frasco que estaba sobre el escritorio.

—¿Que no hay motivo?

—No, no hay motivo; ¡porque ninguno de ellos fué quien mató a Margalo o a Laura Randall!

Keyes dejó caer de un golpe el tubo del teléfono en la horquilla.

—¡Qué!...

—No..., ellos no han tenido nada que ver. Dow Van Every...

La tormenta se avecinaba; me preparé para ello, pero el hombre tenía ya en sus manos el frasco, habiéndolo tomado rápidamente de delante de mí.

—¡Quítele ese frasco! — grité mientras yo mismo me tiraba sobre Van Every. Era demasiado tarde. Yacía en el suelo y el frasco había rodado hasta debajo del escritorio.

Me arrodillé al lado de él y le pasé los dedos por la cabeza. Allí estaba... una aguja, en la sien. Había cumplido bien su obra.

—Está muerto, me imagino — dije mecánicamente —; será mejor conseguir un médico, aun cuando...

Keyes estaba ya pidiendo uno. Luego nos quedamos sentados en silencio, hasta que llegó uno de los médicos de policía. Después de examinar el cuerpo de Dow Van Every, declaró que estaba muerto.

Keyes seguía silencioso. Tenía fija la mirada en la pared frente a él; su gesto era de abatimiento.

—¿Cómo lo supo usted? — me preguntó.

—Fuimos tontos, Keyes. En todo momento fuimos unos tontos; yo especialmente. Dow Van Every ha estado riéndose de nosotros desde el principio, alimentándonos a mí de sentimientos, y a usted de mentiras. Debíamos habernos dado cuenta, pero no ocurrió así.

—No veo cómo él pudo haberlo hecho...

—Es todo muy claro para mí. Demasiado claro.

—Usted estuvo allí. Usted dijo que no sabía...

—No, no sabía hasta anoche...; mejor dicho hasta esta mañana temprano. Luego maldije mi simpleza.

—El no pudo haber estado en la casa y también en la Quinta Avenida...; debe haber tenido un cómplice...

—No, no lo tuvo. El hizo todo solo.

Serafín el ingenioso

Por Barta

BUENA PIEZA







LOS DOS HERMANITOS

RECIPROCIDAD por **TIM**



—¿Y Soon?

—Soon no sabía nada. Estoy seguro de ello. Nada absolutamente.

—No es posible...

—Déjeme que le cuente desde el principio. Yo lo había conocido en Florencia, hace cinco años. Un individuo agradable, de muy buen trato. Luego, aquella noche lo volví a encontrar en el teatro Knickerbocker. Me invitó a que fuera a su casa. Le dije que tenía un compromiso con Margalo. Entonces me pidió que la llevara también a ella, que deseaba conocerla. Yo entraba perfectamente en sus planes, demasiado perfectamente. El había estado buscando una oportunidad semejante desde hacía tiempo, especialmente durante el transcurso de la última semana.

"El rubí no fué una excusa —continué—, fué el motivo, el motivo de la muerte de Margalo. Usted conoce la historia que él nos contó. Bueno; hubo algo que yo no le dije a usted, algo que ocurrió aquella noche. Dow Van Every, después que estuvimos sentados, y antes de comenzar con la historia del rubí Camden, fué hasta un armario situado cerca de la puerta, y nos sirvió licor. Cerca de la puerta, fíjese usted. El mató a Margalo entonces, una media hora antes de lo que nosotros presumíamos. Usted recuerda que el médico dijo que ella había muerto alrededor de las doce y treinta. El dijo, además, que su muerte pudo hacerse producido media hora antes o media hora después de las doce y treinta. Fué, en realidad, antes; mientras nosotros estábamos trabajando sobre la base de la otra teoría... Después de las doce y treinta.

—Pero cómo...

—Espere. —Levanté el frasco del suelo y lo puse sobre el escritorio.— Van Every lo había hecho funcionar tan rápidamente, que no había tenido tiempo de observarlo. ¡Así! El mecanismo estaba en el fondo; un pequeño tirón y una aguja salió y fué a clavarse en la pared, cerca del escritorio de Keyes. Por buena suerte había apuntado contra la pared. No hubo ningún ruido, nosotros no vimos nada, pero Keyes fué hasta la pared y de allí sacó la aguja de donde estaba clavada. Luego él tomó el frasco y se puso a examinarlo cuidadosamen. Una especie de pistola de aire.

—Sí, mitad depósito para el licor, y la otra mitad esa especie de pistola de aire.

Keyes se quedó contemplando maravillado el ingenioso mecanismo, cuando hubimos desarmado la parte inferior del frasco.

—Siempre lo llevaba consigo. Sus pesquisantes se lo encontraron en el bolsillo aquella noche, ¿no es así?

—Sí; recuerdo una anotación al respecto. Le ruego que continúe.

—El mató a Margalo mientras nos estaba sirviendo el licor. Ella no llegó a tomar el suyo, como usted recordará. No lo tocó. En realidad no se movió desde que Van Every tomó asiento. El le dirigía ocasionalmente la palabra, mientras nos contaba esa larga y sórdida historia que usted conoce. Me sentía horrorizado; ese era, precisamente, el objeto que perseguía él. Estoy seguro ahora de que la mayor parte de la historia fué una invención suya, simplemente destinada a producir efecto. Joyce, sin quererlo, le hizo el juego. Edith Bryce y, afortunadamente, Ward también se vieron envueltos en el asunto. Todos, naturalmente, estuvieron en o cerca de la casa aquella noche.

"El hizo bien su parte, pero Laura Randall le estaba resultando demasiado viva para él. Ella era entrometida, demasiado curiosa. El dejó que ella se encontrara el rubí. Fué por eso que lo escondió en la pieza de Soon, según creo. Y estoy seguro de que Laura Randall le dijo a él que iría a esperar a Joyce a la biblioteca. El sabía dónde y cuándo encontrarla."

—Una vez que Laura Randall estuvo fuera de la casa, Van Every lanzó el grito de que el rubí se había perdido —expliqué a Ke... Es cierto que Laura Randall lo tenía ... cuello, pero él sabía que ella lo tenía. L... dad que él demostró, ¿usted se acuerd... llamó al hotel seis veces en el término ... hora y media. Siempre diciéndole al em... que me dijera que lo llamara a su ca... pronto yo llegara. A su casa. Yo pres... todo momento que él estaba en su casa ... Laura Randall fué asesinada. En realid... hubiera jurado que él había estado en su ... Finalmente yo me puse en comunicación ... fónica con él cuando llegué al hotel... ... empleado me dijo después que nuestras ... das fueron simultáneas. Van Every me ll... y yo lo estaba llamando a él. El hizo in... cia en que yo lo fuera a ver a su casa ... mediato, haciéndome creer que estaba ... en ese momento. En realidad, él esta... la Quinta Avenida. Un hombre que ... a su descripción telefoneó desde una fa... situada en la calle Veintinueve y la ... Avenida pocos instantes después del ... Uno de los empleados lo recordaba, ... negocio estaba vacío debido al revuelo ... había producido en la calle. La suerte ... su parte en todo momento. Mi presencia ... mero con Margalo; luego Joyce por ... dencia en la Avenida cuando él quería ... a Laura Randall. Pero si no hubiera sido ... él igual se hubiera ingeniado en alguna f... Tal vez hubiera llamado la atención de ... Randall él mismo.

—El no pudo haber abandonado la ca... que uno de mis hombres lo viera... —me ... rrumpió Keyes.

—Sin embargo, salió. Su casa tiene un... puerta de salida a la calle, como usted sab... puerta de atrás da al jardín. No hay nin... salida por allí, es decir, usted no vió nin... Yo encontré una hoy. Una puerta corred... el enrejado, entre los arbustos. Por esta ... se puede salir a la calle Setenta y Cinco ... pués de atravesar un pequeño pasaje. Me ... gino que él había utilizado ya este pasaje ... Desde allí él tomó un taxímetro hasta ... blioteca. Sin embargo, yo le dificulté sus ... allí.

"El no tuvo tiempo de matar a Laura ... dall, porque yo la puse en seguida en un ... metro. Por eso él nos siguió en otro auto.

"El regresó a su casa antes de que ... sencia fuera advertida. Había salido con ... reserva, que nadie pensó que pudiera ... abandonado la casa ni un solo momento.

—No hay un motivo...

—¿No? Bueno, Edith Bryce me dijo que ... Every había demostrado repentinamente ... simpatía por Margalo. Desde hacía poco. ... también él usó su inteligencia. Hablaba co... terés de Margalo ante Edith Bryce, volv... celosa naturalmente a esta última. Ella...

—¿Pero, por qué?

—Es sencillo cuando usted se compenetr... asunto, Keyes —dije pacientemente—. ... galo tenía el rubí legítimo. Sé eso ahor... otra manera él no la hubiera matado. El ... pasión por las joyas, las quería por sobre ... otra cosa en el mundo. Y él quería la joy... Margalo había comprado a Pedro Gon... El había hecho otra piedra semejante que ... la que Margalo tuvo puesta la noche en ... fué asesinada. Hizo circular la versión de ... había adquirido el rubí Camden. Los ... recogieron la versión, tal como él lo habí... perado. Margalo leyó eso y se quedó pen... si la joya que ella había comprado sería ... tima. Ella llegaría hasta él en alguna form... ra ver su piedra. El con toda sangre fría ... el asesinato. Usted me podrá decir que él ... haber hecho un cambio de piedras. El ... blemente pensó en eso, pero existía la ... bilidad de que Margalo hiciera examin... suya por un joyero y que entonces descu... la treta de que había sido objeto. ¿Por ... Iba a ser fácil entonces llegar hasta él. ... mataría, en cambio. Después de eso, sería ...

Al pie de la letra



—¿No te parece que Antonio toma demasiado en serio nuestra política de buena vecindad?

La policía, buscando entre los efectos de ella, encontraría la joya... Si él estaba con ellos, o por lo menos en contacto, seguramente se la mostrarían. El era un experto, además, y el anunciado comprador del rubí Camden.

¿Fácil ahora, no es cierto? Eso es exactamente lo que ocurrió, y en un momento dado, mientras nosotros lo estábamos observando en su laboratorio, él cambió las piedras ante nuestros propios ojos. Yo le dije a usted que él era muy diestro con sus manos. Lo era, pues estoy seguro de que él mismo fué quien hizo el falso rubí Camden. Es posible que en alguna oportunidad lo haya tenido en sus manos, que lo haya medido, pues el duplicado era casi perfecto. ¿La historia que él contó? Usted recuerda que él mismo dijo que el rubí era una buena imitación, pero no lo suficiente como para engañar a un experto.

—Pero, ¿y las monjas? ¿Cómo explica usted eso?

—El las mandó buscar de intento. El quería que fueran vistas en la casa. Vistas por Soon, Laura Randall; por todos. Ellas no tenían nada que ver con el rubí. Sin duda alguna, Van Every les dió algún donativo para su iglesia. Otra pista falsa.

—Ninguno de los billetes cuyos números él le dió a usted, han sido cambiados en Banco alguno del Estado de Nueva York — comentó Keyes secamente.

—Naturalmente que no, porque él no entregó esos billetes. ¡Oh!, es posible que Soon los retirara del banco, pero fueron repuestos en la caja de seguridad de Van Every por él mismo en tal caso. Su simulación era realizada aún delante de su propia servidumbre.

—Sí, Soon me dijo que había retirado los billetes y que había tomado la numeración — admitió Keyes —. ¿Y ahora, cómo explica usted el telegrama que fué enviado a Margalo? El falso telegrama.

Yo admití mi fracaso allí. No podía explicárselo porque no lo sabía.

—Tal vez yo pueda explicar eso — dijo Keyes con un guiño —. Esta tarde averigüé que el mensaje en cuestión había sido dejado en el suelo, en la calle, ante la oficina de una compañía telegráfica, frente por frente con la entrada del teatro Knickerbocker. Fué recogido por uno de los mensajeros, quien creyó que algún compañero lo había extraviado en un descuido. Sabiendo que su compañero sería severamente reprendido, tal vez despedido, él, después de distribuir sus propios telegramas, fué a entregar el que había encontrado en el suelo. Varios meses antes, este mensajero había prestado servicio en la oficina telegráfica correspondiente al distrito donde estaba situada la casa de Margalo, y muchas veces había ido a entregar telegramas en esa casa. Así que él conocía bien la casa. En vez de ir por la puerta del frente, fué por la entrada de servicio, que encontró sin llave, y él mismo tomó el ascensor para carga hasta el piso de Margalo. Salió luego en la misma forma sin que el ascensorista del frente se enterara.

—Una cosa más, Keyes — señalé —. La aguja en la puerta de la casa de Van Every. Debe haber estado allí cuando yo entré. Van Every no dejó la habitación mientras yo estuve con él. Fué una torpeza de mi parte no haberla visto al entrar.

—No podía haber estado — expresó Keyes —. La aguja fué disparada desde la parte de adentro mientras la puerta estaba abierta. Esa es la única explicación posible. Fué hecho mientras usted estaba en la casa, tal vez en el *hall*. Probablemente mientras Van Every estaba hablando con usted. ¿Se adelantó él a usted?

—Sí, yo estaba recogiendo mi sombrero...

—¿Usted no oyó nada?

—Absolutamente. Y Keyes, otra cosa. Ward nunca estuvo seguro de haber dado muerte a Rockett. El llegó a creerlo, pero nunca estuvo seguro. Eso me lo dijo anoche. Sería posible que Dow hubiera matado a Rockett. Se suponía que él estaba en el extranjero..., y sus coartadas...

—Tal vez. De cualquier manera, todo ha terminado.

—Me voy de regreso mañana. Eso si usted me lo permite — dije sonriéndome.

—Puede hacerlo no más. A propósito, usted no me ha dicho qué era lo que estaba haciendo Edith Bryce en casa de Van Every la noche del crimen.

Y entonces me puse a contarle esa parte del asunto.

FIN DE "EL CRIMEN DEL RUBI CAMDEN"

Aquí le contestamos

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

Luis A. Como, *Santa Fe.* — 1º Los procedimientos que conocemos al respecto están protegidos por marcas industriales. 2º Para preparar un buen engrudo, se forma una masa muy flúida con almidón y agua y se calienta hasta que quede opalescente. Si se forman copos, se diluye la masa y se calienta hasta que presente aspecto homogéneo. Se agregan dos gramos de bórax por litro de agua para evitar la fermentación. 3º Al engrudo se le añade goma arábiga en ciertas fórmulas, por ejemplo: almidón de trigo, 45 grs.; goma arábiga, 60 grs.; azúcar, 15 grs. Se disuelve la goma en la cantidad de agua necesaria para formar el engrudo, se añaden el almidón y el azúcar, y se hierve hasta que el engrudo esté listo. Se le agrega un poco de alcanfor. Este engrudo sirve especialmente para maderas y pergaminos.

Rosa Lamar, *San Fernando.* — Sus preguntas acerca de las bibliotecas argentinas y de los monumentos de la capital federal hallan amplia respuesta en sendas notas publicadas, respectivamente, en el número 181, del 17 de diciembre pasado, y en el número 183, del 14 de enero, de nuestro magazine.

Irene, *González Chaves.* — Para planchar los cuellos con brillo, se tiene una noche, en un tarro bien tapado, 60 gramos de goma arábiga en polvo, en un litro de agua. A la mañana siguiente se echa el líquido en un tarro limpio, sin dejar pasar el poso formado, y se tapa bien. Con una cucharadita de esta agua mezclada con medio litro de agua de almidón ordinario, se da a los cuellos un brillo incomparable. Actualmente existen también, en el comercio, unas planchas con reborde especial para tal fin.

B. K. S., *Capital.* — Además de las que usted menciona, la actriz del cinematógrafo norteamericano Dorothy Lamour ha filmado las siguientes películas: "Alona", "Malaya", "Sorpresas 1938", "Alegre y feliz", "Pescadores de Alaska", "La danza de la vida" y "El hombre de la calle".

Maria Dolores Diano, *Minas, Uruguay.* — La novela "Nacha Regules", de Manuel Gálvez, se publicó en el número 68 de este magazine, correspondiente al 18 de agosto de 1937.

H. G., *Rosario.* — 1º El diamante sin pulir se presenta en cristales aislados, en maclas o en agregados cristalinos; es carbono puro cristalizable, diáfano y brillante, y raya a todos los cuerpos, pues tiene dureza 10. 2º El diamante puro se distingue fácilmente de las imitaciones por su mayor dureza y su mayor refringencia. 3º El valor de dichas piedras preciosas depende de su color, de su transparencia, de su talla y del peso, variando en el mercado según las épocas y la demanda.

Mario Rodriguez, *Capital.* — Lamentamos comunicarle que, debido al exceso de originales, no podemos aceptar, por el momento, colaboraciones espontáneas.

Clelya Longo, *Montevideo, Uruguay.* — Lamentamos no poder satisfacer su pedido.

R. D. Bufi Pera, *Guadalupe.* — Contestamos a su carta en el número de LEOPLAN correspondiente al 14 de enero, no habiéndolo podido hacer antes debido al gran número de respuestas que debemos atender.

J. A. Prado, Capital. — Diríjase a la secretaría de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Perú 222, donde le facilitarán toda clase de informes con respecto a las condiciones de ingreso a la Facultad de Ingeniería.

J. E. Ruiz, *Lomas de Zamora.* — 1º Nos vemos en la imposibilidad de acceder a su pedido. 2º Hemos tomado nota de lo que pide, que procuraremos complacer tan pronto como lo permita nuestro plan de publicaciones.

J. Deran, *Cruz del Eje.* — El casamiento puede efectuarse en casa de la novia, quien, si no desea usar el vestido clásico para la ocasión, ha de llevar uno corto, de seda blanca.



Problemas de ingenio, de lógica, charadas, comprimidos, metagramas, acertijos y todo cuanto puede proporcionar agradable distracción.

LA ILUSION DEL FUMADOR

Si al fumador más empedernido se le dice que el fumar es una pura ilusión, se negará a creerlo y mucho menos creerá que no es capaz de distinguir el gusto de un cigarrillo encendido y uno sin encender. Para probarle que es cierta la aserción, se toman dos cigarrillos y se le manda que encienda uno de ellos; inmediatamente se le vendan cuidadosamente los ojos y se le da a fumar unas veces el cigarrillo encendido y otras el apagado, dejando transcurrir entre pitada y pitada unos pocos segundos.

Al cabo de algunos instantes, sobre todo si da pequeñas chupadas, comprobaremos que le será imposible decir si fuma de veras o no.



PROBLEMA: EL PASEO POR EL JARDIN

Presentamos el trazado de un jardín con su paseo, en cuyos ángulos han sido colocadas algunas letras. ¿En dónde empieza el paseo? Esto es lo que debe acertarse, a fin de que, averiguándolo al propio tiempo que se vaya recorriendo, se pueda leer, con las letras por donde se pasa, un conocido refrán. El paseo ha de terminar en el sitio donde se empezó.



(La solución en el próximo número)

PROBLEMA: EL AMULETO

A un convento instalado fuera de las rutas habituales llegó cierto día un peregrino en tan lamentable estado que apenas había traspuesto la puerta cayó desvanecido. Al soltarle las vestiduras, los monjes vieron que tenía colgado del cuello un papel doblado en forma que no se veía escritura en él por fuera, pero que desdoblado presentaba la siguiente combinación de letras:



(La solución en el próximo número)

Sorprendidos los monjes [...] tan extraña escritura, espera[...] a que el viajero volviera d[...] desmayo para preguntarle [...] significaba.

—Ese papel — dijo el hombre — es un remedio soberano contra [...] fiebres, y pronto me veréis [...]do, gracias a él. Pero no p[...] revelaros el secreto de cómo [...]ra, sin que antes me digáis [...] cuántas maneras se puede leer [...] palabra ABRACADABRA e[...] amuleto, empezando siempre [...] la A de la cúspide.

PARA CLAVAR UNA "CHINCHE" EN EL TECHO

Como es fácil de comprender, se trata de las chinches que utilizan los dibujantes para fijar el papel en el tablero.

Cualquiera creerá que clavar una de estas chinches en el techo, sin valerse de escalera ni de martillo, es cosa poco menos que imposible, y, sin embargo, es de lo más sencillo del mundo, si se tiene un poco de habilidad.

El procedimiento es el siguiente: Sobre una moneda de diez centavos se coloca la chinche, y encima de ésta, atravesando la punta, se pone una hoja de papel delgado, cuyos bordes se doblan de manera que las tres cosas, moneda, chinche y papel, formen un solo cuerpo. Dispuestas de este modo las cosas, se arroja con la mayor fuerza posible contra el techo, procurando que la moneda dé de plano, lo cual se consigue con un par de tanteos, y al chocar, la chinche se clava, el papel se rompe y cae al suelo la moneda.

PROBLEMA: CUESTION MATEMATICA

Hablaban de problemas dos aficionados a las matemáticas, y uno de ellos le dijo al otro:

—A ver si me resuelves esta cuestión: eleva al cuadrado el número 3.

—Ya está — dijo el otro —; pero esto es muy sencillo.

—Aun no hemos concluído. Multiplica ese cuadrado por 5.

—Ya está.

—Y ahora divide el producto en cuatro partes, de modo que sumando 2 a la primera, restando 2 a la segunda, dividiendo por 2 la tercera y multiplicando por 2 la cuarta, resulte siempre un mismo número.

¿Qué cuatro partes serán estas y cuál el número que resultará en los cuatro casos?

(La solución en el próximo número)

PROBLEMA: LAS ISLAS DEL CAPIT[...]

Tomó un pasajero el capitán [...] cierto barco de vela que se d[...]caba a recorrer varias islas [...] Pacífico comprando mercaderías[...] ambos pasaban los ocios de la t[...]vesía planteando y resolviendo p[...]blemas.

Empezó el capitán diciendo:

—En esta carta marina puede [...]ted ver señaladas las cinco [...] con cuyos indígenas trafico, y [...] rutas que sigo. Cada año, mi b[...] "Gaviota" recorre cada uno de [...] diez derroteros indicados en [...] mapa; pero nunca pasa dos ve[...] por la misma ruta en un mismo año. Vamos a ver si acierta usted por cuántos puntos distintos puedo dirigir mi "Gaviota" para hacer diez viajes al año en esas condiciones y partiendo siempre de la misma isla.

(La solución en el próximo númer[...])

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

Del problema de PALABRAS CRUZADAS

			A	L	E	■	T	A	C	O	S	
		A	T	E	■	L	I	M	A	■	A	L
	C	R	E	A	T	I	N	A	■	A	B	A
A	R	C	O	N	■	M	A	■	A	M	A	R
D	I	O	S	■	N	A	■	A	L	E	L	I
R	A	S	■	P	E	■	A	L	A	R	O	N
I	R	■	C	A	R	I	Z	■	S	I	■	G
A	■	L	A	T	O	N	■	A	T	■	R	E
N	E	U	R	O	N	■	A	R	R	E	O	
A	L	I	A	S	■	C	A	P	A	S		
	E	S	O	■	M	O	R	A	R			

DEL PROBLEMA "EL RELOJ"

Por la figura que acompañaba al problema, podía verse que entre la aguja de la hora y el minutero mediaba exactamente un tercio de la circunferencia de la esfera. Esto ocurre veintidós veces en cada doce horas; once veces, la manecilla que marca la hora está precisamente un tercio de esfera delante de minutero, y otras once veces está el minutero a igual distancia delante de la manecilla de la hora. Observando el dibujo se verá que solamente hay que considerar el primer caso. Partiendo de las cuatro en punto, no hay más que ir añadiendo una hora, cinco minutos, veintisiete segundos y tres onzavos de segundo para obtener las once ocasiones referidas, la última de las cuales es precisamente a las dos y cincuenta y cuatro minutos y treinta y dos 8/11 segundos. Una nueva adición nos lleva otra vez a las cuatro.

Volviendo a examinar la esfera, se verá que la aguja de los segundos está separada del minutero por una distancia que señalan 22 divisiones de las que indican los minutos. Si consideramos los once momentos antes mencionados, veremos que sólo en un caso ocupa esta posición, respecto al minutero, la aguja de los segundos, y ese caso es precisamente el último de los once. Por consiguiente, el rayo debió caer a las dos y cincuenta y cuatro minutos y poco más de treinta y dos segundos, es decir, casi a las tres menos cinco.